

The background of the cover is a photograph of a forest. A dirt path, covered in fallen yellow and orange leaves, winds through a dense forest of tall, thin, light-colored tree trunks. The lighting is warm, suggesting a late afternoon or early morning setting. The overall mood is serene and mysterious.

# ZENIA

*y las Siete Puertas  
del Bosque*

MAR DENEZ

**ZENIA**  
**y**  
**las Siete Puertas del Bosque**

Mar Deneb

© Mar Deneb 2016

Diseño de cubierta: Evangelina Becerra Rodero

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación ni de su contenido puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en modo alguno sin permiso previo y por escrito de la autora.

**Para Enrique,  
por brindarme la bella oportunidad  
de crear juntos un buen amor...**

# Índice

## Agradecimientos

1. La Decisión de una Tresla
2. El Comienzo
3. Los Kramitas y un Sueño
4. El Lago Violeta, las Shajas y una Llave
5. Los Hermanos del Firmamento
6. Los Hermanos del Corazón de la Tierra
7. Brances
8. El Árbol de la Bella Sonrisa
9. El Shirim
10. El Fuego
11. El Buen Amor
12. El Enigma
13. Las Puertas de la Vida
14. El Reencuentro y una Despedida
15. Regreso al Hogar
16. Celebrando...

## Agradecimientos

A **Enrique**, por su gran aliento y empuje en el nacimiento y crecimiento de esta insólita aventura de las letras, y por ser una insondable fuente de inspiración y conocimiento.

A **Leticia**, por sus ánimos y su alegría, y por ser pilar fundamental.

Gracias a los dos por vuestra amistad incondicional, vuestro increíble estímulo y entusiasmo, y por confiar en mí. Sin vosotros, nada de esto existiría...

A **Saraelrene**, por su cariño y apoyo.

A **Evangelina**, por su generosidad, dedicación, paciencia y profesionalidad.

A **Rocío**, por su inestimable ayuda en la difusión de mis obras, apoyándolas incluso antes de conocerlas. Amiga de amigos, sus numerosos y decisivos contactos la convirtieron en el hada madrina de mis palabras.

A **Manu**, por su disposición y afecto, siendo punto clave para dar los primeros pasos.

A **Pilar**, por su ayuda técnica y moral.

A **Isabel**, por su interés permanente, en la distancia.

A **José JuanyRafa**, por ser muy buenos colegas en este mundo de las letras.

A **Paco**, por ser el primero en introducirme en el universo infinito del libro.

A los escritores **Myriam Millán** y **José Carlos Carmona**, por su atención y amabilidad, y por su inestimable información y sus ideas, decisivas en los principios de divulgación de mis obras.

A mis grandes amigos de **La Comarca**, que me animaron y creyeron en mí.

A mi **Familia**, por apreciar y colaborar en estas nuevas andanzas.

A **MarteyZeus**, por su nobleza, devoción y comprensión durante mi labor como escritora.

Y a todos los demás que han insuflado muchas de estas letras.

## 1. La Decisión de una Tresla



Los rayos dorados de luz irisada se derramaban con generosidad desde allá arriba, desde lo más alto que pudiese alcanzar vista alguna, y formaban un hermoso prisma multicolor que envolvía de amables brillos de plata cuanto acariciaba, a su paso hacia la sombría y húmeda tierra, cubierta ya de hojarasca otoñal.

Y ella, como por arte de encantamiento, se encontraba justamente en el mismo centro de esa figura geométrica que dibujaba el prisma de luz en su base, mirando hacia arriba pero con los párpados cerrados, embebiendo cada átomo de aquella bienaventurada luz que la traspasaba de pies a cabeza.

Hasta llegó a sentir cómo su cuerpo, su energía vibrante, todo su ser, se diluía por sus bordes en aquel entramado lumínico... y ella misma era esa luz.

Por un instante, se sintió reconfortada y confiada; ya no se sentía tan afligida y desolada. Aquella súbita lluvia de luz le trajo un rayo de esperanza en medio del brumoso destino de aquellos momentos.

Rodeada de altísimas y altivas hayas, en esta ocasión se le figuraban acogedoras y hasta protectoras, en su alicaída suerte.

Algo más repuesta, entreabrió sus ojos violeta, para ver un sol cálido tímidamente asomando por entre el follaje cobrizo que aún se mantenía intacto en muchas ramas de estos majestuosos árboles, esperando las lluvias del otoño, que arrancarían del todo sus hojas, dejándolos desnudos y adormecidos.

Y ahora, al volver a mirar entorno suyo, todo tenía otro color, otra textura, no sabría decirlo. Pero sintió en lo más íntimo de su corazón, que todo iría bien.

«Ya me lo dijo Banlot», pensó.

Frunció su boquita de tresla a la vez que el ceño, en esa expresión tan suya cuando algo se le iluminaba en su mente y veía una verdad.

«Cambias tu mirada, cambias el mundo», siguió recordando.

Sólo hacía unos instantes era el ser más infortunado de todo el Condado de Tresla, pero ahora... Ahora tenía esperanza.

¿Cómo había podido cambiar el bosque de esa manera?

- No, el bosque no cambió ni un ápice. Cambió mi mirada... y yo con ella. Ahora veo matices que mi oscuridad interna me ocultaba -esta vez pensaba en alto.

«Mira las cosas ante ti como cuando ves llover». Banlot de nuevo.

Y lo mejor del caso es que a ella le encandilaba la lluvia. Se regocijaba al contemplar la fina red de gotitas precipitándose en la tierra. Todo se volvía mágico.

¿Se refería a eso? A la magia de las cosas, a saber verla.

En esta ocasión, entornó los ojos en esa otra expresión tan propia suya, cuando intentaba sacarle todo el jugo a lo que en ese momento se instalaba en su mente.

En fin, el caso es que ahora veía la situación con más claridad, la que le daba aquel hechizante haz de luz.

Ya le habían prevenido sobre no alejarse más de lo indispensable de los lindes del condado, aunque fuese una prolongación del Bosque de Plata, para ella tan entrañable y familiar; se conocía cada palmo al dedillo.

¿Cómo podían dar un consejo así? Los treslas eran gente de espíritu curioso y aventurero, y aunque las mujeres treslas solían tener un carácter más apaciguado, por Dios que no era el caso de Zenia, que era alma libre y nada ni nadie podía, ciertamente, retenerla por mucho tiempo.



Veía cómo iba pasando el tiempo, discurría su vida plácidamente, sí, pero su mente inquieta y decidida la instaba una y otra vez a comprobar lo que latía en su corazón: más allá del condado había algo, debía haberlo, no podía existir éste y nada más. ¿Quién se creía semejante bobada?

Que el miedo los recluía en aquel territorio de fronteras imaginarias, de acuerdo; que la prudencia no les permitía aventurarse más allá de esas fronteras, de acuerdo; pero que eso equivaliese a la inexistencia de otras tierras lejos de aquellos lares, eso era harina de otro costal.

¿Cómo podía ser que ni en los cuentos que escuchó en su niñez se hablase de otra cosa que no fuese el condado? ¿Cómo podía ser que, por más que indagó y rebuscó por todos los textos que encontró en bibliotecas o escuelas, no encontró ni la más mínima referencia a otras tierras? Hablaban sólo de un mar lejano que muy pocos habían conocido, y ya peinaban canas.

Cómo había cambiado el carácter intrépido de su gente, tornándose monótono y hasta huraño. Aislaron sus confines del mundo exterior, y su petulancia se hundió en su mediocridad. Ya nadie recordaba los primeros tiempos de aquella reclusión voluntaria, pero el ostracismo los sumió en una apagada y cansina existencia.

No obstante y a pesar de todo, un pálpito demasiado fuerte la empujaba lejos de sus raíces; ella sabía que algo le esperaba más allá de su mundo.

Y por eso fue que un día, sin pretenderlo, esa magia que había en las cosas la llevó, decididamente, a buscarse en tierras inhóspitas y lejanas...



La fragancia humeante de su taza de té se le antojó como un bálsamo aromático y penetrante en aquella tórrida y lluviosa tarde de otoño. Quiso mezclar clavo y jazmín con jengibre y canela, y ahora las benditas hierbas estaban consiguiendo sosegar su hastiado corazón.

«Bien», se dijo, «y... ¿adónde iré?».

Los nubarrones acechaban su maltrecha mente, pero no quiso más batallar tormentas que solían dejarla tan malograda. Aspiró el olor a jazmín, sorbió tan preciado caldo y se quedó hipnotizada mirando el discurrir de las gotas sobre el cristal irisado de la ventana. Apenas un último rayo solar se aventuraba, cohibido, entre los hilillos de agua que se desperdigaban por el ventanal.

Y la noche no se hizo esperar... oscura, lúgubre, negra como el tizón, que hasta la luna se ausentó en busca de paraderos mejores que alumbrar. Nadie supo con certeza si un manto cubrió el cielo o si los ladrones de luces se empecinaron como nunca, pero esa noche ni una sola estrella centelleó.

Sería el efluvio y la calidez que penetraron en su cuerpo tras beber la tisana -no en vano la había preparado con esmero y una pizca de hechizo- o la sordidez profunda y aterrante de aquella noche, ella misma lo desconocía. Pero decidió que partiría definitivamente y sin más demora a la mañana siguiente.

Pero antes, quizá por cautela, quizá por temor, probaría suerte en un breve paseo matinal para acabar de estar certera, no fuese que así, oteando una primera vez, ya con convencimiento descubriese lo osado de su propósito.



Y hete aquí que, al despuntar la mañana y tras un deleitoso y abundante desayuno -repleto de bizcochitos y pastel de arándanos rojos, cerezas y grosellas silvestres-, partió a su paseo de introspección.

Pero su corazón necesitó antes ir a verle...

No se explicaba cómo, pero cada vez que algo importante o digno de destacar en su vida estaba a punto de ocurrir, acababa en aquella casa. Y sin saber muy bien por qué, su morador le hablaba de cosas que no entendía, pero acaso comprendía, y parecía que supiese con mayor presteza que ella de sus transformaciones hasta más íntimas.

Tomó el sendero que le llevaba a su amado Bosque de Plata y, justo a su entrada, vio una vez más la casa de Banlot.

Toda ella emitía un fulgor dorado que siempre la había invitado a acercarse y dejarse envolver por su caluroso abrazo. Porque eso es lo que se le representaba cuando estaba ante aquella morada: que un ser mágico y precioso era su espíritu, y éste resplandecía más allá de sus paredes.

A pesar de estar toda rodeada de naturaleza, el umbral de la vivienda siempre ofrecía al visitante sus flores y su verdor. Una puerta de madera de nogal, maciza y labrada, estaba flanqueada a cada lado por sendos ventanales igualmente de madera acastañada, cuajados de flores multicolores y de olores dulces. Los muros de piedra de toda la casa eran níveos para poder reflejar al máximo los tórridos rayos del verano, y el tejado rojizo se desparramaba en dos simétricos aleros para escurrir bien las aguas otoñales.

No le había dado tiempo a llamar, cuando la puerta se abrió y, tras ella, apareció una acogedora sonrisa.

- Mi querida Zenia, te esperaba -dijo, invitándola gentilmente a pasar con un sutil gesto con la mano.

«Ya ha vuelto a hacerlo», pensó contrariada.

Le desconcertaba, pero a la vez agradaba, las veces que hacía eso: se adelantaba a sus pasos y respondía como si ella ya hubiese actuado, cuando casi ni había movido tan siquiera un músculo.

Por la aldea parloteaban toda suerte de chismorreos sobre aquel enigmático anciano: sobre su origen, sobre los motivos de su llegada y establecimiento entre ellos, sobre su edad o hasta sobre sus posibles artes mágicas, si acaso pudiesen ellos definir las así.

El caso es que, en cuanto apareció por aquellas tierras -hacía ya muchos meses-, se encariñó irremediablemente con aquella muchacha de mirada asombrosamente violeta y sonrisa dulce pero profunda... Ella fue la primera lugareña con la que tropezó en el camino y asistió desinteresadamente a sus primeras pesquisas.

Ella tampoco olvidaría nunca la imagen de aquel viajante de aspecto intrigante, al que acertó a ver a lo lejos de la senda que conducía a la entrada del poblado.

Su medianamente extensa barba blanca resplandecía con los primeros rayos de la fresca mañana. Sus largos cabellos de plata -que le caían más allá de los hombros-, estaban cubiertos por un curioso sombrero que a ella le recordó algún cuento de su infancia, con ala ancha y corto capuchón ocre. Portaba un bastón de madera rojiza, pero no aparentaba necesitarlo en absoluto; tal era su porte lozano y jovial. No obstante, parecía tener cierta edad, aunque ella siempre lo vio tan vigoroso y vivaz que nunca puso atención cuando los vecinos parlamentaban sobre éste o cualquier otro asunto relacionado con él, puesto que ella siempre tuvo desde el primer instante una idea bastante precisa de todo cuanto necesitaba saber sobre aquel caballero.

Aquellos ojos de miel y penetrante mirada la dejaron absorta en cuanto se clavaron por primera vez en los suyos. Todo su ser se estremeció y, en un segundo, la afilada idea de que toda su vida estaba a punto de cambiar desde ese mismo instante, ya no le abandonó, por más que ella a lo largo de aquellos meses la desechara una y otra vez.

En aquella ocasión, y tras aquel primer encuentro de miradas -probablemente, apenas duró unos escasos segundos, pero a ella se le hicieron largos minutos; es más, el tiempo, al menos el de ella, se paró y se esfumó-, él rápidamente y con voz

exquisitamente amable le preguntó, tras un cortés saludo, si aquella aldea que se veía a lo lejos era Larimor, a lo que ella contestó afirmativamente.

Y antes de que se diese cuenta, se estaba ofreciendo de buenas a primeras a acompañarlo hasta el pueblo, a pesar de que ella venía de allí mismo y en absoluto le llevaba al destino al que se dirigía aquella fría e invernal mañana. Pero nada le atrajo más en aquellos momentos que acompañar a aquel señor de capa larga y ocre como su peculiar sombrero.

Y sólo en ese primer paseo, plantaron una simiente que llegó a germinar, con el tiempo, en una singular amistad. Y eso que más de un aldeano le prevenía de tan raro personaje, decían. Pero con él siempre había una fuerza mayor que cualquier otra, que salía Dios sabe desde dónde en su interior, y que la hacía actuar casi sin pensar, pero con la mayor certeza del mundo de hacer siempre lo correcto.

De hecho, Banlot tuvo mucho que ver con la decisión final que acababa de tomar la pasada noche de partir, puesto que todos aquellos meses de encuentros, de largas conversaciones, de paseos por el Bosque de Plata y de visitas a su acogedora casa, habían hecho mella en ella hasta el punto de ir transformando en lo que se había convertido: una joven y bella mujer segura de sí misma y capaz de todo lo que ahora se propusiese.

Ella comprendía, en el fondo de su alma, que Banlot era el espejo que ella había necesitado desde siempre para verse a sí misma en lo que verdaderamente era, no en lo que tantos le habían hecho creer que era. Y también sabía que era tan sólo el principio de su metamorfosis, puesto que apenas comenzaba a asomar desde su crisálida.

Le debía mucho a aquel buen hombre. Y a pesar de que partía, una extraña sensación de que no pasaría mucho tiempo antes de volver a estar con él, se instaló en ella.

Y allí estaba, una vez más, cruzando el umbral del hogar de Banlot, sin tener mucho que decir respecto a su plan de ruta, pero con la esperanza de que él le transmitiese lo que ninguno de sus paisanos: ese apoyo y ese afecto que nunca él le escatimó.

Al entrar en la estancia, un dulce olor a espliego la reconfortó: en una esquina del espacioso salón, una serpiente de humo zigzagueaba hacia el techo, difuminándose antes de llegar a él e impregnando toda la habitación de un aroma a flor de espliego seco y chispeante.

El salón podría decirse que era el corazón de aquel hogar, ya que de él partían las puertas que daban a todas las demás estancias. El constructor de la casa, sin duda gran amante de la naturaleza, cuidó que todas sus piezas tuviesen amplios ventanales con vistas al bosque, de manera que en cada uno de estos espacios uno se sintiese siempre acompañado por la vida que fluía a borbotones allá afuera.

Cuando Banlot le había preguntado, al llegar a aquellas tierras, por una vivienda donde poder alojarse por una buena temporada, Zenia cumplió con los cánones establecidos en la aldea sobre estos menesteres y le informó correctamente de la disponibilidad de aposentos que había por entonces allí y en los alrededores. Pero una vez cumplida su tarea informativa, no pudo resistirse a hablarle de la casa abandonada en el bosque.

A pesar de estar más que desahuciada por los habitantes del lugar -ofrecía un aspecto bastante deplorable y ruinoso, especialmente en su interior-, no cesaba de venirle a la mente una insólita imagen de este anciano, al que acababa de conocer, habitando la casa.

Así y todo, no pudo menos que sorprenderse cuando él exclamó *¡perfecto!* la primera vez que visitó el edificio.

Y perfecta, con toda certeza, acabó siendo aquella casa, tras pocas semanas de arreglos, reformas y adecentamientos arquitectónicos y ornamentales, que los mismos

paisanos no daban crédito de semejante transmutación. Fue entonces cuando comenzaron las habladurías sobre aquel misterioso forastero, que sin duda obró algún tipo de sortilegio con aquellas cuatro paredes.

El sol se colaba ya por los dos ventanales de la entrada, lo que le daba a la sala un ambiente entrañable y acogedor. En la esquina opuesta al quemador de espliego había un hogar encendido que crepitaba suavemente, haciendo aún más relajante el lugar.

Zenia se sentó en un rinconcito, cerca de la chimenea, y se quedó absorta contemplando las pequeñas chispas que saltaban de los maderos que ardían.

Banlot le ofreció una taza de una mezcla de hierbas y flores que él mismo acababa de preparar, y no pudo negarse, porque aquel hombre siempre tenía a mano el elixir mágico que conseguía aportarle lo que más necesitaba en cada momento.

Y, ciertamente, ahora mismo necesitaba algo que la reanimase, porque si no, no iba a ser capaz de dar el siguiente paso.

Una vez se la sirvió, se sentó junto a ella.

- Cómo me fascina ese vestido... Hace juego con el cielo y con tus ojos.

Ella se sonrojó con la ocurrencia; Banlot sabía cómo suavizar un momento de nerviosismo o tensión.

A ella también le gustaba ese vestido, que además fue tejido por su madre para el día que cumplió veinte años. Turquesa y violeta combinaban maravillosamente bien en su estilizada figura, haciendo que las sedas cayesen majestuosamente hasta el suelo. Algunos de sus ondulados cabellos dorado oscuro le caían hasta el borde del escote, ofreciendo una imagen encantadoramente femenina.

- Sabes por qué he venido, ¿verdad?

Zenia, en situaciones incómodas, prefería ir al grano y saltarse prolegómenos o cumplidos.

- Porque crees no tener ni idea de lo que vas a hacer... ¿me equivoco? -respondió él.

Bueno, en eso había acertado. Que le cayese un rayo ahora mismo si supiese en este momento qué rumbo tomar en su vida.

- Ni hacia delante ni hacia atrás, Banlot. No sé adónde llevar mis pasos, pero es que no puedo ya mirar atrás, no puedo levantarme ni un día más para hacer lo mismo que he hecho hasta ahora.

- Pues ya sabes algo... -el hombre la miró enigmáticamente.

- Pero si no sé qué hacer y no quiero hacer lo que hacía... ¿qué me queda? -la joven empezaba a estar confusa.

- No, no... -él se quedó pensativo-. Estás equivocada en un detalle, que puede ser la llave que te dé la luz para comenzar esta nueva etapa. Aunque, en realidad, hace meses que la comenzaste.

- Un momento, un momento... ¿Cuándo comenzó esta etapa? -ella frunció el ceño.

- Ya sabes que, si estás en este punto, es porque algo anteriormente te fue llevando a él. ¿O crees que estas cosas ocurren porque sí y de buenas a primeras uno lo deja todo para aventurarse en no se sabe dónde?

Se sentía cada vez más abrumada y confundida; todo esto era muy engorroso. Ella sólo quería simplificar las cosas, ¿para qué tanto embrollo y complicaciones?

- Dime cuál es ese detalle en el que estoy equivocada -dijo la muchacha, poniéndose realmente seria.

- Dices que *no sabes* qué hacer, pero yo lo que te he dicho es que *crees* no saberlo -aclaró él.

Estaba tan cansada... ¿Creer?

- Sé más claro, por favor, Banlot, que no estoy ni para acertijos ni para estrujarme mucho la mollera.

- No pretendo ofuscarte más de lo que ya estás -le dijo el anciano dulcemente-. Tan

sólo digo que tú *ya sabes* qué hacer, pero aún no te has dado cuenta porque no dejas de darle trabajo a tu mente, agotándola.

Era cierto que ya no quería pensar más. Lo miró, invitándolo a que continuase.

- No tengas tanto miedo al futuro, que éste ya llegará y se hará presente. Cada día tiene su afán, y el afán de hoy es serenarte y reencontrarte, que no es poco, porque sólo así, calmando y aquietando tu mente y tus caóticos y temerosos pensamientos, podrás conectar con otra parte de ti que espera calladamente a que le des su turno de palabra.

- ¿Qué parte? -al menos, empezaba a ser capaz de escuchar.

- Ésa que empieza a escucharme... -contestó él.

Se quedaron mirándose. Y comprendió que no hacía falta hablar mucho más.

Entonces, él acercó su mano al corazón de ella, y le susurró:

- Éste de aquí...

Zenia bajó los ojos y suspiró.

Aunque a veces se reprochaba a sí misma haberse siquiera planteado abandonar aquella vida -fácil, cómoda y apacible, pero también tediosa y aburrida-, sabía que era ya irremediable continuar así, y que era cuestión de tiempo que dejase atrás todo aquello. Nada había cambiado, pero ya no encajaba en aquel perfecto entramado para el que cada vez sospechaba más que no estaba hecha.

Hasta ahí, no cabía ya duda. Pero ahora se le presentaba ante sí un firmamento tan vasto de posibilidades, que se perdía en él, y acababa viendo sólo un gran vacío.

Y así pasaron los minutos, en un pausado silencio de miradas ocasionales, llenas de apoyo y afecto reclamados y generosamente recibidos.

Iba comprendiendo poco a poco lo que era eso de reencontrarse. Era verdad que el miedo la atenazaba y nublabá sus pensamientos, incluso ahora que iba impregnándose más y más de la paz del lugar, del sosiego y entereza de aquel ser y, como no, de la templanza que le aportó el brebaje. Aprovechó, pues, esa incipiente calma y lucidez para tomar una pequeña decisión.

- Me voy al bosque -dijo-. Al fin y al cabo, era lo que había decidido hacer esta mañana: hablar con las hayas.

- Todo irá bien, ya verás -la consoló él-. Porque ten presente que, al cambiar tu mirada sobre las cosas, podrás llegar a cambiar el mundo. Y esa mirada es tan simple e inocente como la lluvia: mira las cosas ante ti como cuando ves llover.

Se paró un instante, como para dejar que sus palabras calasen en ella tal cual esa lluvia de la que hablaba, y añadió:

- Bien, nos vemos luego.

No estaba precisamente en sus planes volver a aquella casa, pero como ya conocía sobradamente el misterioso proceder de su amigo, se despidió con un *hasta pronto*, tras darse un breve abrazo.

Y se adentró en el Bosque de Plata, ahora que cada vez iba haciendo más honor a su nombre a medida que avanzaba la mañana: rayos de plata colonizaban de forma creciente el espacio, hasta perderse entre la hojarasca.

Y el temor también iba apoderándose nuevamente de aquella cabecita vivaracha y sagaz, cuanto más se alejaba de la casa de la entrada del bosque y de sus irradiaciones, y se introducía cada vez más en el espeso hayedo.

Aquel temor ante la incertidumbre comenzó a transformarse en incipiente terror a lo desconocido y a la soledad que sabía que le esperaba, cuando se dio cuenta de que el gran vacío que veía no estaba afuera como creía, sino dentro, en su interior, y le atenazaba hasta el punto de quedársele cogido en la boca del estómago.

Así que desesperada -y aún más por no saber con exactitud por qué lo estaba y cómo podía estar siendo tan vulnerable-, se detuvo en medio del bosque, alzó los ojos al cielo y los cerró...



Desde el interior de aquel bienaventurado y hechizante prisma de luz multicolor, tras aquella esperanzadora lluvia de luz, Zenia volvió a mirar entorno suyo: había llegado la comprensión. Aunque más que la comprensión, había llegado el momento y nada más. Así de simple: como las gotas de lluvia.

No quería engañarse, bien sabía que la incertidumbre y el temor aún la rondaban -y bien sabía también que iba a ser así por un tiempo-, pero cuando el alma redescubre qué hacer, ya no hay peligros ni inquietudes que la detengan.

Y regresó por sus enseres, para comenzar definitivamente su viaje.

Al pasar de nuevo por delante de la casa de Banlot, le extrañó verla tan cerrada: no era habitual en él -ni por aquellas comarcas- cuidar mucho de proteger su vivienda cuando se acercaba al poblado, pero no le dio mayor importancia.

Continuó su camino hasta la entrada de la aldea, y pensó -y ello le apenó- que quizá pasaría mucho tiempo hasta que volviese a ver aquellas hermosas casas floridas de madera que flanqueaban la entrada principal de Larimor, orgullo de sus habitantes, que estaban convencidos de que la primera impresión para los nuevos foráneos que arribasen al lugar, es la que cuenta.

Llegó a su pequeña casa.

Aunque su adorada madre le insistiese, una y otra vez, que no era necesario que se instalase en aquel cuchitril -como ella lo llamaba-, y que podía seguir viviendo con ella hasta el final de sus días, Zenia ya había tomado su decisión: tener la independencia que tanto precisaba y anhelaba. Esto había ocurrido hacía ya más de un año.

Su madre, Sternia, y ella habían estado viviendo juntas en la gran casa, propiedad de la familia de su padre, Lesner, una de las de mayor antigüedad y renombre de aquella y otras aldeas cercanas. No se podría decir, ni mucho menos, que fuesen acaudalados, pero gozaban de una buena posición social y económica. Al morir su padre -Zenia aún era pequeña-, continuaron ocupando la casona familiar, además de seguir disponiendo de dinero suficiente como para seguir llevando una vida holgada.

Abrió, también por última vez, la sencilla puerta de madera que daba acceso a la vivienda, más en concreto a un saloncito que hacía las veces de entrada, sala de estar y comedor. Se sorprendió al ver que había cierta luz en la estancia, pero no le dio tiempo casi ni de cavilar que pudo haber encendido ella misma aquella vela antes de salir temprano, cuando escuchó una voz familiar:

- Me alegro de que te haya ido tan bien en tu paseo matutino.

Zenia soltó una carcajada, que le vino como agua bendita para acabar de dejar atrás por fin tensiones y preocupaciones. Bueno, al menos, por un largo rato.

- Y yo pensando que tus dotes adivinatorias eran las que te habían llevado a saber que nos íbamos a volver a ver, mi querido mago -era la primera vez que ella lo llamaba así, aunque su tono estaba ligeramente teñido de un cierto sarcasmo.

Ahora fue Banlot el que se carcajeó.

Se abrazaron entre risas, y él finalmente dijo:

- Mi querida aspirante a brujita -también era la primera vez que él la llamaba de esa manera, e igualmente entintado de un leve sarcasmo-, si me despedí con un *hasta luego* fue porque ibas a volver a esta casa después de tu paseo, como era lógico, a recoger tus cosas para partir, o a encerrarte para siempre cual cobarde comadreja en su guarida, ja, ja, ja.

Zenia corrió a coger el primer cojín de pluma que vio más a mano y lo estampó en la cabezota de Banlot, que no paraba de reírse de su tonto comentario.

Cuando acabaron las risas, él le dijo, ya con un semblante más serio:

- Has de saber que la magia tiene una alta proporción de sentido común, que a su

vez gusta de usar simplemente la lógica.

Y qué bien se sentía ahora... Le parecía que acababa de librar una batalla, pero había llegado a la victoria.

- Veo que has vencido... -dijo Banlot, reflexivo.

Imposible: no podía saber lo que acababa de pensar.

- Vamos a ver, mago de tres al cuarto -ella puso los brazos en jarra-, ¿me puedes decir ahora dónde está esa lógica o ese sentido común que se supone que acabas de utilizar para saber eso?

- Muy fácil -rió él-. Aún no has tenido tiempo de verte en un espejo para reparar en esa hermosura de rostro, pleno y feliz. A lo mejor tampoco te viste en estos días atrás, pero yo sí, siempre te veo cuando te miro, y sólo había lucha, batalla tras batalla, la más encarnizada, puesto que es interna y se batalla a solas.

»Sabía que al final las hayas te protegerían y te ayudarían a volver a ti; sabía que volverías victoriosa. Y al escucharte reír, confirmé que había vuelto de nuevo *mi Zenia*.

Se contemplaron por un momento, y ella fue capaz de hacerlo abiertamente, sin reparo ni condicionamiento, viendo brillar en aquellos ojos la franqueza y nobleza que lo caracterizaban.

- No creas que *tu Zenia* tiene las ideas muy claras sobre lo que va a hacer -dijo la joven lacónicamente.

- Lo suficiente -él intentó transmitirle toda la seguridad posible-. Has decidido tomar el camino hacia delante, ¿te parece poco? Lo que en estos momentos más necesitas es confiar en ti misma, porque esa falta de confianza te va a volver loca como la dejes que siga desbocándose.

- Abundan los momentos en que dudo de mí, sí, y me veo incapaz de hacer tal hazaña yo sola.

- Poco a poco... irás recobrando la seguridad que necesitas para vivir tu propia vida y no la de otros.

De pronto, Zenia reparó en un detalle: sabía que su amigo tenía en su poder una llave de su casa porque ella misma, con plena confianza, se la dio, pero no había hecho nunca uso de ella hasta entonces. Supuso que se debía a la trascendencia del momento, y agradeció en lo más profundo que la hubiese esperado dentro de su casa, porque se estaba dando cuenta de que se sentía tan arropada en estos instantes tan difíciles...

- Coge todo lo que te vayas a llevar y salgamos de la casa -el momento había llegado.

Salieron de la aldea, sin que ella pudiese evitar que se le humedeciesen los ojos. Sabía que volvería, pero no sabía ni cuándo ni cómo, y lo que era peor, no sabía ni adónde iba. Era aquél un viaje un tanto extraño...

Un nudo se le fue instalando en la garganta, cuanto más se acercaban a los lindes del bosque.

Al llegar a la morada de Banlot, estaba a punto de explotar en sollozos, pero sorprendentemente él siguió adelante por el camino que se adentraba en el Bosque de Plata.

Y entonces, volvió a reparar en un segundo detalle: al salir de casa vio de refilón que él cogía un bulto, pero como después también llevaba otros de ella que se había ofrecido a cargar, hasta ahora no se había dado cuenta de que era bastante voluminoso.

- ¿A dónde vas, Banlot? -le preguntó, cada vez más desconcertada.

- Piensas comenzar el camino desde el mismo Bosque de Plata, ¿no es así? -respondió él.

- Pero, ¿y tú? Tu casa queda aquí, tu camino acaba aquí.

- No, mi pequeña, mi camino nunca acaba, y menos tratándose de ti... -dijo de

forma intrigante.

- ¿Qué quieres decir? Te comunico que sigo sin estar para acertijos -lo miró fijamente.

- De acuerdo -le contestó el hombre con una amplia sonrisa-. Durante la primera parte de tu trayecto, te acompañaré para guiarte y darte algunas indicaciones.

Los fuegos de artificio que llenaban de luces de colores el cielo nocturno de Larimor cada año en sus fiestas estivales, eran juegos de niños al lado de la luz que iluminó el rostro de Zenia y del alboroto que sus gritos y risas provocaron en el lugar. Se abrazó como loca a él y no paró de darle las gracias.

- Vale, vale, que he dicho la primera parte solamente, no te vayas a hacer ilusiones, ¿eh? -él disfrutaba tanto como ella de verla así.

Y también encajó la última pieza: Banlot había cerrado de aquella manera su casa porque pensaba ausentarse de ella por unos días.



## 2. El Comienzo



## 2

Lo que Zenia vivió aquellas primeras jornadas de viaje apenas podría transcribirse en literatura fiel y ajustada a la realidad y no quedarse en un relato trivial e insuficiente.

Para ella, fueron instantes mágicos e intensos que jamás en su pueblo natal hubiese siquiera soñado vivir.

Las vivencias que experimentó, los seres que conoció, los parajes que visitó, las enseñanzas que aprendió, la transformaron definitivamente, y ella comenzó a descubrir a una mujer que habitaba en su ser, a la que hasta entonces desconocía, y que dejaba impresionada por su aplomo y madurez.

Ya sólo las primeras horas del día que ella y Banlot partieron, llenaron de luz su corazón, y le hicieron olvidar la incertidumbre de los últimos días y de la inevitable llegada de la soledad de su viaje el día que Banlot partiera de vuelta.

Hablaron de tantas cosas, que casi llegó a creer que se trataba de una vivencia más junto a aquel anciano, al que parecía que nunca se le agotasen las historias que narrar.

Pero él se dio cuenta de su creciente entusiasmo y de cómo aquello podía trastocar la decisión de ella y a lo que realmente había venido a hacer con su viaje.

Así pues, tras detenerse a almorzar en un pequeño descubierto que avistaron por el camino, Banlot comenzó a hablarle de otras cuestiones más pragmáticas.

- Esta noche dormiremos al abrigo del bosque. Conozco una cabaña abandonada que nos servirá a tal efecto. En un solo día sería imposible llegar a ningún sitio habitado por algún ser hospitalario que nos acoja.

Tras un breve descanso después de comer, continuaron la marcha hasta casi ponerse el sol, a través de un camino que acá ondulaba, allá se mantenía recto, pero iba alejando más y más a Zenia de todo cuanto había conocido en su joven vida.

Allá quedaba todo, leguas atrás: su aldea, su gente, su vida y casi hasta ella misma; ya no podía mirar atrás.

El paisaje que habían recorrido durante todas esas horas no era muy cambiante: hayas reinantes que cedían aquí y allá espacio a fresnos, castaños y almeces. De vez en cuando, algún claro iluminado les invitaba a reposar unos instantes, para retomar con energías renovadas el sendero que, hasta el momento, avanzaba decidido por el bosque.



Cuando ya el rojizo del postrero sol de la tarde se tornaba violáceo con sus últimos rayos, vieron a lo lejos y medio escondida una pequeña construcción, a la derecha del camino. Se salieron de éste y, campo a través, se acercaron a un pequeño bosquecillo de castaños, cuyas hojas el incipiente otoño apenas había comenzado a dorar.

Delante de la choza, había un espacio claro sin arboleda ni arbustos donde podía distinguirse una zona circular, con restos de fogatas antiguas.

- Iré a buscar ramas y leña, para hacer un fuego en el que podamos protegernos del frío de la noche y cocinar algo que nos caliente el cuerpo -anunció Banlot-. Tú puedes mientras ir echando un vistazo al interior de nuestro nuevo aposento. La última vez que anduve por aquí, no parecía faltarle nada a la casa como para pasar en ella una noche decente.

Efectivamente, la cabaña contaba con, al menos, lo básico para pernoctar: cinco

catres con lechos blandos de paja y una tosca mesa de madera con algunas sillas. Todo un regalo para cualquier caminante al que le atrapara la noche y cuya única alternativa fuese el cielo raso.

Se acomodaron como mejor pudieron entre aquellos muros, y terminaron felizmente la jornada ante un templado y oloroso fuego, conversando agradablemente.

- Banlot -dijo Zenia ya avanzada la conversación-, ¿por qué dijiste esta mañana que sabías que las hayas me protegerían y me ayudarían a volver a mí? ¿De qué habrían de protegerme? ¿Qué peligro puede haber?

- ¿Protegerte? -contestó él, pensando la respuesta-. De tu peor enemigo... tú misma.

- ¿Yo? ¿Yo, un peligro? -preguntó sorprendida.

- Ningún enemigo más audaz ni suspicaz podrás encontrar ahí afuera que el que habita en uno mismo: nuestras sombras. ¿Y sabes por qué? -ella negó con la cabeza-. Porque nadie puede llegar a conocerte mejor que tú misma, en lo bueno y en lo malo. Y la mejor arma siempre es conocer a fondo al enemigo: sus virtudes, pero sobre todo sus flaquezas.

- ¿Y crees que tanto mal, tanto como el de un enemigo, podría yo hacerme a mí misma? -no salía de su asombro.

- Los mayores males de nuestra vida no los causa nadie sino uno mismo.

Zenia seguía sin comprender tamaña locura.

- Pero no te confundas, mi querida -prosiguió-. Cuando digo nuestro peor enemigo, me refiero a esa parte en nosotros ciega e inconsciente, a menudo movida por el miedo, que nos hace tomar una y otra vez decisiones incorrectas que son *lo que queremos*, pero no *lo que necesitamos*. Piensa, por un momento, que el miedo y casi terror que llegué a ver en tus ojos te hubiesen vencido y hubieses decidido quedarte en Larimor. ¿Qué crees que hubiese ocurrido a partir de ahora?

- Uf, no quiero ni imaginarlo... -contestó, pensativa-. Mi vida se hubiese ido apagando día tras día, y la duda me hubiese carcomido sólo de pensar qué habría pasado y hasta dónde habría llegado si hubiese partido. Mi vida se hubiese consumido y yo con ella.

- Y, ¿cuánta gente crees que tiene el valor que has tenido tú de escuchar al corazón en un momento así y aventurarse en el cambio? Bien poca, me temo. Sólo unos pocos miran al frente sin miedo (o con él) y se arriesgan a vivir su propia vida, aunque ésta no encaje en la vida normal que la mayoría vive.

- Pero, ¿y es que a todos se les plantea marchar de casa y dejarlo todo atrás?

- No, no, cada vida es un mundo, una aventura por vivir, un camino por andar, con todas sus desviaciones y atajos que aprender a caminar -le explicó el anciano-. Y mientras avanzas, adquieres experiencia, sabia experiencia si te lo propones y abres bien los ojos y el corazón; experiencia sobre uno mismo, al fin y al cabo. Pero, por encima de todo, vives, gozas, amas y vas alcanzando la felicidad, porque... ¿acaso no es eso lo que todos andan realmente buscando?

- Supongo que sí -dijo la muchacha poco convencida.

- Aún eres demasiado joven e inexperimentada. Pero cada tramo del camino que tomes con el corazón, te irá conduciendo a ese *bien estar* indescriptible que sólo los buenos aprendices de la vida llegan a alcanzar.

- ¿Cómo tú? -preguntó ella a bocajarro.

Banlot rió abiertamente con una risa sincera.

- Ay, mi querida aprendiz, preguntas mucho... -le dijo, señalándola con el índice-, indicio de tus ansias de aprender y conocer, y de que no empieces mal tu aprendizaje.

»Pero algún día llegará en que no necesites ni preguntar, porque antes de que formules tan sólo tus preguntas, las respuestas se habrán presentado ante ti a través de las voces del viento, del murmullo de un río o de un viejo tonto como yo.

Zenia ya sólo miraba las llamas mortecinas del fuego, como buscando en sus moribundas formas las respuestas a tantos interrogantes que se le apelotonaban en su cabeza.

- Basta de preguntas y de charlas por hoy -repuso el hombre-. El primer día siempre es el más agotador, por la emoción del principio.

Se sonrieron con cariño.

A continuación, Banlot se dispuso a acabar de apagar el fuego para dejar sólo las brasas, y tras darse las buenas noches, entraron en la cabaña a dormir.



A pesar de las emociones del comienzo, como bien dijo Banlot, Zenia había cerrado los ojos, y al poco caería en un sueño profundo que no cesó hasta el amanecer del día siguiente, cuando un olor dulce se coló por la puerta de la estancia, a la par que un pequeño carbonero posado en una de las ramas del castaño que suavemente se cernía sobre el habitáculo, cantaba una canción de amanecer.

Se incorporó rápidamente, en cuanto recordó dónde se encontraba, se desperezó y comenzó un nuevo día.

Después de un placentero desayuno con los primeros rayos de la mañana -que sólo Zenia sabía preparar tan exquisito como lo hacía su madre-, se pusieron en curso.

- ¿Por qué recogiste tanta leña? Ha sobrado mucha -dijo Zenia antes de echar a andar.

- Para el que venga detrás, querida -respondió.

- Cuando llegamos nadie había dejado nada para nosotros -dijo ella un poco arisca.

- No olvides que el techo bajo el que hemos dormido esta noche, tú más que yo por lo que vi -dijo Banlot con una simpática mueca-, fue construido gracias al tiempo y al esfuerzo de alguien que anoche nos lo brindó. Si no somos agradecidos con lo que se nos da, el único mensaje que estamos entregando a la vida es de escasez y roñería, y estaremos impidiendo que la generosidad se cuele en nuestras vidas.

»Y aun cuando no hubiese leña al llegar, si dejamos leña al irnos, estamos agradeciendo y ofreciendo, dos magníficas acciones para comenzar la jornada. Si no vas a hacer un acto noble hasta que a alguien no se le ocurra hacerlo contigo, tu vida va a ser bastante aburrida...

Torció una sonrisa, cogió sus macutos y se dirigió al camino que dejaron la noche anterior.

Durante algunas pocas horas, Zenia apenas habló, reflexionando sobre los últimos diálogos que habían tenido, o más exactamente sobre algunas de las ideas de su amigo que, para ser sinceros, nunca había escuchado o no había reparado en ellas.

- Hoy llegaremos a Osternor y haremos noche allí -comunicó Banlot, avanzada ya la mañana-. Conozco alguna posada bastante agradable donde podremos pernoctar sin problema.

Siguieron el camino bastante silenciosos, lo que sin embargo les vino a las mil maravillas para poder escuchar las melodías encantadas del bosque: los pájaros tañían agudas notas con sus alegres gargantas, los árboles susurraban melodías con la brisa que mecía sus hojas, el río cercano saltaba feliz y musical por su cauce, y las pisadas de nuestros amigos batían por la crujiente tierra del camino, a veces acompañada por la hojarasca seca que ya el otoño iba dejando caer...

Tal sinfonía otoñal parecía envolverlos en una bruma invisible y sonora que impregnaba sus pensamientos.

Tan ensimismados iban en las luces y sonidos del bosque, que no se percataron de que el, hasta entonces ancho sendero -podían cruzarse ampliamente dos grandes carromatos a bastante distancia-, ahora comenzaba a menguar por sus laterales, de

forma casi imperceptible pero inequívoca.

De pronto pararon, porque ambos repararon en ello a la vez, ya que incluso la luz que llegaba libre y directa al suelo iba aminorando a medida que los árboles de los lindes del camino se iban acercando y tamizando dicha luz. El más sorprendido fue Banlot, puesto que no recordaba camino alguno tan estrecho ninguna de las decenas de veces que atravesó aquel bosque.

- No puede ser... -Zenia lo había visto pocas veces tan contrariado-. No podría asegurarlo, pero yo ya he estado aquí mismo muchas veces y este camino nunca fue así.

- Lo habrán modificado un poco por alguna razón -comentó la joven.

- ¿Y plantado todos estos nuevos árboles a los lados y crecido, como mínimo, unos cincuenta años? Son árboles de una cierta edad que deben de llevar aquí arraigados unos cuantos lustros de años.

Se miraron extrañados.

- Lo único que sospecho es que hayamos tomado alguna desviación que nos ha traído hasta este otro camino -explicó Zenia.

- No hemos pasado por ninguna desviación, bifurcación o cruce de caminos. Es más, yo juraría que hasta hace no muchos metros, el sendero que llevábamos era el que he tomado siempre, en un sentido u otro.

- ¿Y qué hacemos, entonces? -preguntó ella después de un largo rato de silencio-. Sea el que sea, ¿seguimos adelante por este sendero o adónde vamos?

- No hay mucha alternativa -contestó resignado Banlot-. O volvemos sobre nuestros pasos, aunque algo me dice que llegaríamos de nuevo al camino habitual pero simplemente hacia atrás, o seguimos adelante por el único camino que nos hace avanzar... aunque ya no podría asegurarte si hacia Osternor.

- ¿En qué dirección se encuentra ese poblado?

- Hacia el Nordeste.

- ¿Y nos lleva en esa dirección?

- De momento, sí -Banlot tenía sus reservas.

- Bien. Vayamos, pues... -ultimó Zenia.

Banlot se le quedó mirando, un tanto perplejo, por lo decidido de sus palabras.

Siguieron adelante.

Pero después de unos minutos, puesto que los árboles seguían acercándose más y más, pegados al camino, ya apenas si podían caminar uno junto al otro.

Finalmente, el sendero desapareció.

- Esto es imposible... -dijo Banlot consternado-. ¿Adónde se fue el camino? No tiene sentido construir una ruta que acabe así, o que incluso comience así.

A Zenia parecía no afectarle mucho la consternación de su amigo, y seguía intentando ser más práctica.

- Habrá que seguir adelante, con sendero previo o sin él.

- No me quedo satisfecho, Zenia -cada vez andaba con aspecto más sombrío-. Prefiero quemar el otro último cartucho antes de aventurarnos por el bosque sin una dirección exacta.

»Quédate aquí y espera a que vuelva. Retomaré el camino y veré si me lleva exactamente al que habíamos tomado o adónde, y así comprobaré si es que nos hemos pasado algún cambio de dirección. No creo que tarde mucho.

Zenia se sentó sobre una gran piedra gris -modestamente tapizada por un musgo verde traído por las primeras lluvias del otoño-, no lejos del ya inexistente camino, y esperó.

«Al menos así descanso un poco los pies», pensó, «hasta que sigamos adelante, porque es lo que haremos: continuar por aquí».

Se sentía tan sosegada, que ni siquiera se dio cuenta de que en tal situación no era

ordinaria esa templanza.

Después de un largo rato, vio a Banlot a lo lejos. Cuando llegó a ella, le dijo:

- No es otro que el camino tomado. De nuevo, dos alternativas o dos direcciones: o volvemos por donde vinimos y regresamos a la cabaña y de ahí a Larimor, o entramos en el bosque y sabe Dios qué pasará.

- Pues tan evidente como antes: sigamos adelante. ¿Qué podría pasar?

- Vine a guiarte y conducirte por rutas conocidas por mí para ahorrarte, al menos en este primer tramo, especialmente este tipo de cosas. Flaco favor te voy a hacer así...

- ¿Y si no viniste sólo a eso? ¿Y si el mayor favor que me has de hacer es acompañarme en este nuevo tramo desconocido para los dos? Así estamos en igualdad de condiciones -sonrió ella irónicamente, arqueando las cejas.

- No creo que esta situación sea nada banal -dijo él, cada vez más grave.

- ¿Y quién dice que lo sea? ¿No te has dado cuenta de lo simbólico, precisamente, de lo que está pasando? -ahora era a ella a la que se le ponía el gesto grave-. El camino representa mi situación y mis dudas de hace poco más de un día: tenía miedo de ir hacia adelante, pero ya no podía ir hacia atrás. La decisión correcta y valiente fue mirar adelante, aunque no hubiese nada y no supiese lo que iba a pasar.

»Bien, me reafirmo en la decisión tomada y sigo adelante, porque ya no podemos volver atrás, ni a la cabaña ni a Larimor, ya que eso significaría esa vida en la que me hubiese ido apagando y consumiendo. Si éste es el único camino que nos hace avanzar, como tú mismodijiste antes, yo quiero tomarlo.

Banlot la escuchaba con atención, sin acabar de salir de su asombro.

- Como vayas avanzando a esa velocidad en tu aprendizaje de la vida y sus vicisitudes, antes de que me dé cuenta estás conduciéndome tú a mí en los primeros tramos de las grandes decisiones de mi vida.

- Entonces, ¿seguimos? -Zenia tan pragmática como siempre.

- Sí, sí, claro. ¿Habrase visto? Tú dándome lecciones de simbolismo y encrucijadas -el anciano se rascaba la cabeza, impresionado.

- ¿Estás dispuesto, pues, a compartir conmigo este primer tramo de aventura de mi nueva vida?

- Cómo no, mi pequeña, cómo no. Tengo mucho que aprender contigo -dijo el humilde Banlot.

Y reanudaron la marcha, adentrándose irremediabilmente en la maleza y espesura del bosque...



Y, ¿ahora dónde? Sin camino, tendrían que cruzar por entre matorrales y sotobosque, tarea que a veces podía tornarse dificultosa y tediosa.

Banlot avanzaba el primero, desplegando al máximo toda su capacidad intuitiva para ir sorteando matorrales y maleza sin desviarse en demasía de la dirección original. Era, por supuesto, más agotador para la atención y para las piernas, que ahora tenían que cuidarse de no pisar en falso ni tropezar con alguna raíz escondida.

Así transcurrió algún tiempo, pero no excesivo, porque Banlot no quiso apurar más de lo conveniente este nuevo formato de senderismo, si así podría llamarsele, porque allí no se avistaba ni el más mínimo atisbo de sendero. Decidieron, además, que ya era hora de un buen y recompensado almuerzo.

Desde que comenzaran la nueva ruta atravesando el bosque, no habían pronunciado ni una sola palabra, y ahora en la comida no parecía haber indicio alguno de que fuesen a romper esta nueva costumbre.

- Estás un poco taciturno, Banlot -Zenia se atrevió a acabar con el soporífero silencio-. No deberías preocuparte tanto. Ya sabes lo que sueles decirme: no te *pre-*

*ocupes, mejor ocúpate.*

- No, linda, no me preocupo, no creas -respondió con una leve sonrisa-. Es, más bien, que intento dilucidar cómo vamos a hacer para pasar la noche como no encontremos de aquí a entonces algo que no sea bosque y más bosque.

- Aún quedan unas horas, seamos positivos -dijo Zenia infundiéndole ánimo-. Tú acostumbrabas serlo.

- Me siento, en cierto sentido, responsable de lo que pueda ocurrirte.

- ¿Por qué? ¿Qué tienes tú que ver? ¿Acaso cambiaste tú los árboles de sitio? -ella le guiñó un ojo-. Si tú eres responsable, yo lo soy más. Recuerda que mi idea era hacer este viaje yo sola desde el principio. No puedo sentirme más afortunada que contigo a mi lado, ahora que las cosas parece que se van torciendo.

- Tienes razón, como siempre últimamente -asintió él-. Parece que esta nueva andadura está teniendo un muy rápido y enriquecedor efecto sobre ti.

- No te mofes de mí, pedazo de tonto, tú tienes la culpa de todo esto y de que me haya vuelto majareta y ande perdida por los bosques -bromeó Zenia-. Ha sido la decisión definitiva de cambiar, sólo tomarla, y he empezado a sentir ya el cambio de por sí, pero en mí misma.

- Cómo me alegro...

Vinieron bien estas palabras para aligerar las cargas, una vez que volvieron a encauzar sus pasos.



Cuando el sol iba aproximándose de forma alarmante hacia el horizonte de árboles, Zenia preguntó:

- El Bosque de Plata, ¿qué extensión tiene más allá de los dominios de nuestra aldea? ¿Está dentro del condado o va más allá, según tengo entendido?

- Es extenso, sí, bastante extenso... -dijo el hombre, como examinando sus pensamientos-. Nos queda poco tiempo de luz hasta que se haga totalmente de noche. Y es evidente que no nos ha dado tiempo de llegar a Osternor, y menos aún a ningún extremo del bosque. Por el camino habitual ya habríamos arribado o estaríamos a punto de hacerlo, pero estas horas de caminata no nos han llevado a ningún sitio habitado.

Se quedaron abstraídos, intentando esclarecer qué hacer y cómo salir de allí.

- El problema no es tanto no haber llegado -continuó- como no saber cuándo lo haremos, es decir, no sabemos por cuánto tiempo podemos seguir atravesando el bosque, cuántos días más nos pasaremos sin un rumbo certero.

- ¿Días...? Pero, ¿adónde vamos así?

- Adónde vamos no, Zenia, dónde estamos, que ni siquiera lo sabemos...

Se miraron, ahora sí que muy fijamente los dos.

- ¿Quieres decir que estamos...

- ... perdidos? Bueno, técnicamente... sí -intentó bromear como pudo.

Parecía que aquella roca estaba colocada en el sitio pertinente para que Zenia justo se sentara en ella y comenzaran a llenársele los ojos de lágrimas.

- ¿Y qué vamos a hacer? -sollozó.

Banlot se apresuró a acercarse y, poniendo su mano en el hombro de ella, le susurró:

- No estamos solos...

Sus brillantes ojos lo contemplaron, pero los de él brillaron aún más.

Se secó las lágrimas, suspiró y comenzó a mirar alrededor, aunque ya las sombras del ocaso comenzaban a extenderse por el lugar.

Banlot se sentó al lado de ella en la misma piedra, pero no supo qué más decir...

### 3. Los Kramitas y un Sueño





### 3

-Y dormir por aquí al raso... ¿es muy duro? -preguntó Zenia con cierta turbación.

- Pues no he tenido esa vivencia antes, aunque si te soy sincero, las experiencias que he escuchado no son nada agradables.

El silencio sepulcral que se hizo entre ellos no impidió que una rapaz noctámbula anunciase el preámbulo de la oscura noche que se aventuraba. El ulular del cárabo hizo mirar a Zenia en la dirección en la que éste se hallaba, lo que hizo que pudiese reparar en algo.

- ¿No es aquello una luz? Allí, a lo lejos -dijo indicando con el dedo.

Banlot miró, enfocando los ojos, pero no distinguió nada.

- Sí, en aquella dirección. Lo que ocurre es que no está fija, parece que se mueve o parpadea -aclaró ella.

- Sí, creo que la veo. Pues bien, sería inaudito que el origen de esa luz fuese algún animal del bosque, así que esperemos que tenga que ver con algún humano.

- Y si no... ¿de quién iba a ser? -preguntó al vuelo Zenia.

- No, nada. Vamos rápido en esa dirección antes de que se pueda apagar.

Allá fueron, cuando ya declinaba tanto el sol, que empezaba a resultarles algo difícil ver con claridad poco más de unos metros por delante.

A medida que iban acercándose con cautela, más claramente percibían que la luz se movía, aunque había algo de acompasado en su movimiento.

Cuando estaban sólo a unos cuantos metros, la luz se paró bruscamente, y en un santiamén, comenzó a moverse rápidamente, alejándose de ellos.

- Espera, espera, por favor -gritó Zenia.

- Sshhh... -siseó Banlot-. Aún no sabemos qué es. Es mejor seguir siendo prudentes y no dejarnos ver aún.

- Pero quizá pueda ayudarnos... -protestó ella.

- O tenemos miedo, defenderse y atacarnos -replicó él-. No conoces a las criaturas del bosque, y algunas de ellas tampoco a nosotros. Y descuida que si es una persona como nosotros, tarde o temprano le daremos alcance.

Definitivamente, los últimos trazos de luz crepuscular empezaban a sucumbir ante la oscuridad.

Banlot sugirió buscar aprisa un sitio adecuado para hacer una fogata y poder acomodarse para dormir, aunque fuese a la intemperie.

Mientras se dedicaban a esta tarea, vieron nuevamente un resplandor, esta vez más lejano.

- Intentémoslo de nuevo pero, por favor, hagamos el menor ruido posible -pidió Banlot-. Es evidente que antes nos oyó al acercarnos, y por eso salió corriendo.

Esta vez con más sigilo, fueron acercándose, a la par que descubrían que, en esta ocasión, la luz se encontraba inmóvil.

De nuevo, les separaban unos metros de aquella intrigante luz. Y empezó a desplazarse otra vez, pero unos metros más allá se quedó totalmente fija.

Un poco ofuscados y más precavidos todavía, intentaron aproximarse lo suficiente como para averiguar de qué se trataba aquella luz y, sobre todo, quién la portaba.

- Es un farol -dijo Zenia en un susurro-. Y se ve un bulto junto a él, pero es bastante pequeño como para ser...

Se quedó sin aliento para continuar, porque toda su atención se quedó prendida en

la imagen que tenía ante sí. Parpadeó varias veces para aclarar sus ojos, no fuese que la penumbra del bosque estuviese jugándole alguna treta.

A pesar de la mediocre luz que emitía el farol, junto a él, podía distinguirse una figura de apenas unos palmos, con vestimenta aparentemente humana, que se encontraba de espaldas y parecía mirar a los lados en actitud de buscar algo.

Zenia, con el corazón en un puño, miró a Banlot por si él estaba viendo lo mismo que ella: jamás había visto nada semejante, y el miedo mismo no le dejaba creérselo.

Pero le sorprendió, casi tanto como ver a aquel ser, el descubrir que el rostro de Banlot estaba sereno y miraba fijamente lo que quiera que fuese aquello, y hasta le brillaban los ojos.

Zenia tragó saliva, y dijo:

- ¿Qué es eso, Banlot? ¿Tú lo sabes?

Se demoró un poco en contestar, pero al final la miró.

- Estate tranquila, Zenia, no hay peligro.

Y se acercó un poco más a la luz, a la vez que le escuchó decir:

- *Bere, loha cem pristi.*

Ahora sí que se le iba a salir el corazón del pecho a la joven tresla, después de lo que acababa de presenciar: ese ser se quedó totalmente quieto, como si las palabras de Banlot lo hubiesen petrificado, tras lo cual se dio media vuelta en un rápido movimiento, mostrando el rostro mientras fijaba la mirada en ellos.

Esos ojos eran lo más penetrante y oscuro que jamás hubiese contemplado ella, y el rostro tenía tal expresión de estupor, que era imposible averiguar cuál de los dos, si ella o él, estaba más atemorizado.

- *Loha cem pristi* -repitió Banlot-. *Loha brida cean. Non pre hue.*

Indiscutiblemente, debía haber tropezado con alguna raíz en el camino, caerse y haberse golpeado la cabeza, sí, aunque no lo recordase. No podía ser de otra manera, y ya mismo volvería en sí, después de esa visión febril.

Un hombrecito que los traspasaba con su mirada y un Banlot que pretendía conversar con él en una absurda lengua que hacía hasta que le cambiase el timbre de su cálida voz. ¿Quién se había vuelto loco aquí, su amigo o ella misma?

Para colmo de males, después de la última frase, incluso empezó a acercarse a ellos muy despacio... aunque la expresión dura de su rostro se había suavizado ligeramente.

- *Parse, ¿cu batriero?*

«Arrea, si hasta habla. Lo que me faltaba...», pensó horrorizada la muchacha. Su voz era una peculiar mezcla de sonidos nasales y semiagudos.

Estaba dudosa entre empezar a gritar y no parar, o preguntarle de una vez por todas a Banlot qué diantre estaba pasando y de qué iba aquél sueño. Pero en su idioma, claro.

Parece que él, como era cada vez con más frecuencia su costumbre, adivinó su maremagnum interno y quiso evitarle mayor sufrimiento.

- Ya te dije que no había peligro. Es lógico que estés asustada, pero confía en mí; ya te explicaré.

Como siempre y a pesar de todo, no se le hizo difícil confiar en él y soltar un poco su tensión.

Hablaron algo más entre ellos, y aquel pequeño ser volvió a por su luz y comenzó a caminar. Banlot le hizo un gesto a ella para que los dos siguiesen a aquel extraordinario personaje.

Zenia ya no se atrevía a preguntar, pero no tardaron mucho en arribar a un pequeño prado, por lo que se podía apenas adivinar con la luz del farol, donde había una pequeña construcción habitable de adobe y madera, alumbrada por pequeñas luces que la rodeaban.

Al llegar, el hombrecillo dio una voz, y al poco salió otra figura semejante pero con evidente aspecto femenino. Él le habló algo, y su rostro, que en un primer momento había sido grave y cauteloso, se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja.

- Mis queridos viajeros -su voz era igualmente nasal y más aguda aún, pero tenía un matiz agradable.

¿Cómo...? ¿Empezaba a entender aquel extraño lenguaje? Sin duda, ahora debió haber sido la rama de un gran árbol con la que se había golpeado esta vez.

- Hablo bastante vuestra lengua -fue entonces cuando Zenia se percató del fuerte y extraño acento que tenían aquellas frases.

«No puedo creerlo... ¿No tenía suficiente con uno, que ahora encima también hay mujercitas y se comunican conmigo?», Zenia no podía con tantas emociones.

- Tranquila, querida, todo es muy desconcertante para ti, lo sé, pero no cierres tu corazón a nada, no te resistas y todo será más fácil.

Uf, menos mal, una voz familiar... y sin acento de ningún tipo.

- Tú quisiste salir de los confines de tu mundo conocido -continuó Banlot-. Quiero pensar que lo hacías dando por supuesto que podías encontrarte con cosas (o seres) desconocidos para ti y para tu mundo. Tu aventura, verdaderamente, comienza ahora...

»Aunque en realidad entiendo que comenzó en el momento en el que nuestro camino se estrechó... ¿O fueron nuestras mentes?



El efecto de aquel crepúsculo, tan lleno de incertidumbres e impresiones, no se había hecho mucho de rogar y había dejado abatida a la joven tresla que, a pesar de que su compañero de viajes se había ofrecido a explicar en sus explicaciones de todo lo acontecido, ella se excusó y se retiró a dormir.

A la mañana siguiente, cuando despertó con los entrecantados cantos de un mirlo azabache de pico largo y dorado, recordó los acontecimientos de la noche y se quedó cavilosa.

Ya no la turbaban como cuando cerró los ojos para dormir. Habitaba en ella una paz serena que le hacía ver lo que había ocurrido como un sueño soñado, el cual había acabado asentándose en la realidad: la realidad de su nuevo mundo.

Seguía sin comprender nada, pero ya no era para ella una necesidad; no sabía cómo había sido, pero todo se había ajustado en su lugar, allá en su interior. Lo que sí comprendía era que, muy presumiblemente, este tipo de acontecimientos iban a propiciarse en más ocasiones a partir de ahora, que parecía que una caja de Pandora acababa de abrirse desde que se salieron del camino trazado en el bosque.

O permanecía esa actitud de aceptación en ella o iba a sufrir muchos sobresaltos y sinsabores a lo largo del nuevo camino, que no le llevarían a ningún sitio. Si había optado por avanzar en su vida, debía abrirse y darle cabida a todo lo que ésta le proporcionase ahora: un mundo por descubrir, por lo que ya había podido comprobar.

Cuando se sentó a la mesa a desayunar, pudo fijarse más detenidamente en sus anfitriones, ya con la clara luz de la mañana y con una mente más lúcida que la que entró en aquel hogar. Porque no podía denominarlo de otra manera: tal era la calidez y bienestar que le proporcionaba la casa de Vrajant y Persty, que pasados los primeros momentos de lógicos recelos, les abrieron sus puertas de par en par.

Ella tenía una cara plácida y dulce, aunque sus rasgos fuesen extraños, como los de él. A simple vista, tenían ojos bastante juntos, nariz prominente y bocas pequeñas, o al menos así lo eran proporcionalmente.

Pero lo que más llamaba la atención de Zenia eran sus miradas: no estaba acostumbrada a recibir esos haces de luz directa en sus pupilas, que parecía como si

no hubiese el menor rastro de sombra en sus ojos a la hora de dirigirlos allá donde fuesen. Él tenía una expresión más estática y era mucho más reservado, pero hacían una pintoresca pareja.



Después del desayuno, Persty los invitó a ver sus huertos y sus frutales, y allí Zenia vio árboles y frutos que desconocía, a pesar de ser Larimor notable en el condado por los excelentes productos que se cultivaban en sus tierras.

Tras un largo rato agradable por aquellas tierras, Persty les dijo:

- Bien, voy a dejaros, que he de preparar el almuerzo y las conservas para este invierno. Además, vosotros tendréis que hablar.

En cuanto quedaron solos, Banlot le comentó:

- Jamás había visto esa mirada en tu rostro, mi chiquilla. Demasiados contratiempos para ti, ¿no?

- No, no, los justos -contestó ella escuetamente.

- La verdad es que no se me ocurrió que pudiesen pasar estas cosas aquí, en el Bosque de Plata, si es que es en él en el que nos encontramos aún.

- ¿No les has preguntado?

- Aunque lo hubiese hecho, posiblemente para ellos tenga otro nombre -respondió él pensativo-. En fin, ¿no vas a pedirme que te cuente de qué va todo esto?

- Sí, claro, cuando tú quieras, mi amigo. Curiosidad tengo, y mucha -Zenia puso los cinco sentidos.

- Pues hasta donde yo sé, Vrajant y Persty son kramitas, unos seres que habitan en algunos bosques, pero siempre en terrenos poco accesibles para nosotros y que pocos han pisado. De hecho, muchos kramitas ni saben de nuestra existencia, afortunadamente para ellos.

- Pero tú sí los conoces, ¿verdad? Y hasta hablas su idioma. ¿Eso cómo es?

- Bueno, ésa es otra historia, que acaso algún día ante un buen fuego te relataré... Y ya sabes de mí más que muchos; las casualidades no existen.

- Sigue, sigue, por favor... -inquirió la joven.

- Esta parejita sí que había visto alguno rondando por aquí, al parecer -prosiguió el anciano-, pero nunca habían llegado a hablar con ninguno de ellos. Persty conoce bastante de nuestro lenguaje porque desciende de una familia que antaño llegó a tener ciertos contactos con humanos, y su padre le enseñó todo lo que sabía, incluso de nuestras costumbres, bondades y debilidades. Está muy ilusionada por la oportunidad que le damos de poner en práctica todos sus conocimientos.

- ¿Y qué le dijiste a Vrajant cuando nos topamos con él? -preguntó la muchacha.

- Simplemente lo saludé y le dije que no pretendíamos hacerle daño, que éramos amigos y que necesitábamos ayuda. Eso fue lo que escuchaste en kram, su lengua, aunque yo no la hablo ni la mitad de fluido que Persty la nuestra.

- La casa es muy acogedora, aunque algo pequeña para nosotros -ella sonrió-; pero nos tratan muy bien, especialmente ella.

- Es lo que tiene ver mundo y conocer otras vidas y lugares, aunque sea a través de tus antepasados: te abre la mente y creces en respeto y tolerancia, siempre que vayas con el corazón abierto, como me parece que estás haciendo tú también nada más empezar... A esa mirada me refería.

- ¿Acaso tengo mucha alternativa? -ironizó ella.

- Son gente que vive de la tierra y suelen ser pacíficos y no se meten con nadie -continuó-. Aman la naturaleza y viven para ella. Son un hermoso ejemplo de equilibrio y respeto hacia ésta: saben leer a través de los árboles y de los pájaros, de los ríos y de las montañas, y saben que nada de esto les pertenece, como ellos no pertenecen a

nadie.

- Qué interesante, me gustaría conocerlos mejor -a Zenia se le iluminaron los ojos-.  
¿Cuánto tiempo nos quedaremos por aquí?

- Aún no lo sé, quizá dependa de ellos. Ya lo veremos.

- Cuéntame más de ellos, Banlot.

- Ve a verlos directamente: aprenderás y sabrás mucho más así, que si una tercera persona, por muy ducho que sea en el tema, te cuenta sus percepciones e impresiones. Tienes la gran oportunidad de conocer y absorber información y sabiduría de toda una raza de seres, que la mayoría de la gente en toda su vida ni escucharán nombrar ni sabrán de su existencia.



Cuando volvieron a la casa, Vrajant ya había salido hacia el valle cercano, por lo que Banlot fue a su encuentro para conversar con él, mientras Zenia se sentó en la cocina, viendo a Persty metida en sus cacharros de cocinar.

No se atrevió a ofrecerse como pinche porque imaginaba que sus costumbres culinarias no iban a ir muy parejas.

- Me dijo Banlot que dejaste tu casa y tu aldea atrás, incluso a tu madre -dijo Persty con una soltura y naturalidad que pilló bien desprevenida a Zenia.

- Eh... sí... bueno... -balbuceó.

- Oh, querida, no te preocupes, no es necesario que hablemos de eso si te incomoda.

Zenia se quedó callada. Se sentía extraña en aquel lugar, como fuera de sitio, y por un instante, sus antiguas preocupaciones cotidianas le parecieron ridículas.

¿Qué hacía allí? ¿Cómo había llegado a parar hasta ese lugar y cómo volverían? Porque volverían algún día, ¿no era así? ¿Podrían...?

- ¿Qué te preocupa, jovencita? -Zenia se encontró de pronto ante esa mirada dulce pero imposible de evitar delante de ella; no había escapatoria.

- ¿Yo...? A mí nada, nada -por fin pudo sonreír, a ver si así la dejaba tranquila.

Miró por la ventana y vio los cerezos del huerto allá a lo lejos, meciendo suavemente sus hojas, ajenos a los pucheros de aquella cocina.

- Mi vida no tiene mucho sentido.

Persty soltó sus avíos de cocinar, limpió sus manos en el delantal, se dio media vuelta y se sentó en la mesa frente a Zenia, mirándola de nuevo a los ojos, aunque en aquellos momentos los tenía bajos.

- ¿Y para qué quieres que tenga un sentido?

Esa pregunta la cogió por sorpresa.

- Porque una vida sin sentido no puede llevar a ninguna parte, no vale la pena vivirla -contestó la joven tresla.

- ¿Y a qué parte quieres ir, pequeña?

De nuevo, la desconcertó.

- Bueno, no sé, estamos aquí para algo, ¿no? A algún sitio habrá que llegar si vamos caminando.

- Y para ti, ¿qué es más importante: el camino o el destino al que llegar?

Vaya, no se andaba con rodeos; iba directa a cada asunto.

- Es verdad que sin camino no hay destino pero...

- ¿Y sin destino? ¿Hay camino? -la kramita no dejó que acabase la frase.

- Sí, puede haberlo, pero volvemos al principio: un camino sin un destino al que llegar... -insistía en su idea porque no había acabado de entender las preguntas de la mujer.

- No existe tal cosa -Persty le sonrió.

- ¿Cómo? -Zenia estaba algo perdida.  
- Que no existe un camino que no te lleve a ningún destino. Todos llevan a alguna parte.

- Ya, claro -no sabía adónde quería ir a parar, pero seguía en sus trece-. Pero no es lo mismo saber adónde vas que no saberlo.

Persty se quedó silenciosa.

- Tu preocupación, entonces -dijo-, no es que no vayas a llegar a un destino o que no tenga un sentido tu vida, sino el no saberlo. ¿Me equivoco?

- Supongo que es eso... -contestó la muchacha ya un poco confundida.

- ¿Sabía tu madre cuando naciste o cuando ibas creciendo en qué te ibas a convertir al hacerte una mujer? ¿Cómo ibas a ser, cuál sería tu vida...? ¿Lo sabe ahora?

- No, si te refieres a mi futuro, que no lo sé ni yo -sonrió ella levemente.

- Nunca lo ha sabido ni lo sabrá, y eres su propia hija. Estoy segura de que hubiese dado lo que fuese por saberlo en cada instante, cómo ibas a ser y qué te iba a acontecer en cada etapa de tu vida -le brillaban los ojos diciéndolo-. Sin embargo, ¿acaso no saberlo le afectó en lo más mínimo para cuidarte, para protegerte, para educarte, para amarte y dártelo todo?

Zenia siempre tuvo problemas con su madre desde la adolescencia, porque eran demasiado diferentes y su obstinación e independencia sacaban de quicio a Sternia, que era mucho más tradicional y familiar.

Por si fuera poco, su reciente relación con Banlot no había favorecido en nada esta situación. La mujer reflejaba sus celos con el hombre y no le perdonaba que su hija emplease mucho más tiempo con él que con ella.

Cuando Zenia le comentó la posibilidad de marcharse de la villa, Sternia se convenció de que aquel anciano había llenado su ingenua e inexperta cabeza de ideas descabelladas y sin sentido, y que había sido el promotor de aquella locura.

Pero las palabras de Persty estaban haciendo que se empezase a sentir afectada porque su madre no formara parte de su nueva etapa, y por haberla dejado sola y atrás.

- Supongo que el amor por su hija le hacía continuar siempre adelante, fuese donde fuese yo -jamás lo había visto desde esa perspectiva.

Nunca se había parado a pensar en los sacrificios y los sinvivires que su madre padeció, especialmente desde que murió su padre, para que a ella no le faltase nunca nada y creciese sana y feliz.

- Las madres, a menudo, son los mejores ejemplos de vida, aunque no todas sean así, por supuesto -habló la mujer con seguridad-. Tú lo has dicho: el amor...

Se quedó callada de forma intrigante.

- ¿Qué quieres decir exactamente con todo esto, Persty? -Zenia se atrevió a ser directa, sin miedo.

- Que el amor por la vida te salvará siempre de toda duda, de todo escollo del camino, de todo destino... -los ojos de Persty chispeaban vida-. Ama la vida intensamente, ama cada instante que vives como si fuese tu último suspiro, y un instante tras otro te llevarán a tu destino, al que la vida misma te lleve.

»Sé tú misma y sabrás en cada momento adónde ir y a qué destino llegar. ¿El sentido de la vida? El que tú le des, ni más ni menos. Pero no para el futuro, sino aquí y ahora, a cada instante.

Sus palabras salían con tal tenacidad y apasionamiento, que Zenia quedó impregnada de su vitalidad y entusiasmo.

Se oyeron unas voces, y Banlot y Vrajant entraron por la puerta trasera de la casa, que daba directamente a la cocina.

Zenia aprovechó para dar un paseo sola por los alrededores; necesitaba reflexionar

un poco y asentar la conversación con la kramita.

Le pareció escuchar el murmullo sensual de un río y se acercó a verlo. Corría presuroso en aquel tramo, salpicando las piedras que encontraba a su paso.

Se sentó en una roca junto a la orilla, simplemente a ver pasar el agua. El rumor del río la envolvía, adormeciéndola un poco.

«¿Conocerá este río su destino? ¿Sabrá que habrá de llegar al mar? No creo... Y él baja igual de lozano y feliz, deteniéndose lo justo en cada recodo».

En estos pensamientos andaba embebida, cuando le pareció escuchar un tintineo. Dirigió su mirada a un grupo de grandes arcos de vívido follaje rojizo y dorado de donde parecía proceder ese sonido.

Se levantó y se dirigió hacia allí, movida por la intriga. Alejarse del río y acercarse a los árboles hizo que el sonido se hiciese cada vez más nítido.

Ya bajo los arcos, siguió buscando el origen, cuando creyó ver allá arriba en sus copas unas lucecitas que se movían nerviosamente, al compás del sonido de unas sutiles campanitas.

Por más que enfocaba sus ojos, no conseguía ver qué era.

Pero le atraía el sonido, así que se sentó al pie de uno de aquellos arcos. El efecto de esa música era parecido al del río: adormecedor.

Intentaba pensar, pero el peso del sueño era mayor y se le cerraban los párpados.

Finalmente, sucumbió.

Tuvo un sueño muy extraño. Miraba hacia arriba y veía cómo las luces se le iban acercando, y a medida que lo hacían, se iban transformando en pequeñas figuras humanas, todas femeninas. El sonido de campanitas lo provocaba un par de alas que tenían en la espalda y que no cesaban de batir una contra otra.

Cuando llegaron hasta ella, se pusieron a la altura de su cabeza y se echaron a reír tímidamente.

«¿Quiénes sois?», les preguntó.

«Hemos venido a traerte un mensaje», respondieron todas a coro. Sus voces eran muy parecidas al tintineo de sus alas, que eran translúcidas y de muy diversos colores cada una.

«¿Y qué mensaje es éste? Hablad».

Empezaron a cuchichear entre ellas, hasta que una sola por fin habló: «Te esperábamos. Sabíamos que, más tarde o más temprano, vendrías hasta nosotras. Hace mucho perteneciste a este mundo, formaste parte de él y te comunicabas con nosotras. Ahora te requerimos. Tú eres nuestro nexo de unión con los tuyos y te necesitamos para evitar nuestro exterminio».

No entendía el significado de sus palabras ni recordaba nada de ese mundo, pero por prudencia sólo les preguntó: «¿Y cómo puedo ayudaros?».

La portavoz continuó: «Necesitarás nuestra llave. Con ella podrás abrir siete puertas invisibles que encontrarás cerradas a tu paso, a lo largo del camino. Esas puertas te guiarán a lugares donde habrás de tomar un objeto que te atraiga profundamente. Tras el último, nos convocarás para resolver junto a nosotras el enigma.

»Hasta entonces, que el valor y la magia sean tus fieles compañeros: el valor para seguir siempre adelante y la magia para conectar con nuestro mundo cuando sea necesario».

Revolotearon unos metros por encima de su cabeza y dejaron caer algo, que golpeó contra su cabeza... Y despertó.

#### 4. El Lago Violeta, las Shajas y una Llave





## 4

Fueron pasando los días, sosegados y entrañables, a medida que los kramitas iban ganando la confianza de sus huéspedes y se iba creando una armonía natural entre ellos.

Zenia quedó maravillada del profundo y trascendente respeto que aquella gente le ofrendaba a todo ser viviente que les rodeaba. Recordó las palabras de Banlot la mañana en la que éste dejó tanta leña en la cabaña, y hasta le parecieron insignificantes frente a esa actitud vital de sus anfitriones, en cada acto del día a día con la vida.

Ellos tomaban del mundo animal y vegetal cuanto precisaban para hacer sobrada y gratificante su existencia, pero devolvían con generosidad e intenso sentimiento a aquel entretejido precioso de vida que era el bosque.

Agradecían a la madre tierra con cuanto les surtía, cuidando y protegiendo con esmero toda planta o árbol que estuviese a su alcance. Zenia llegó a ver cómo Vrajant, aparentemente tosco y poco sociable, se hacía cargo de cualquier vegetal enfermo o de árboles dañados por el aire o alguna intensa tormenta: él curaba sus heridas como ellos lo habían hecho antes con él en la enfermedad, con cataplasmas, mejunjes, ungüentos y brebajes, confeccionados todos con raíces, cortezas, hojas o flores.

A veces también cazaban algún animal, aprovechando cada una de sus partes: huesos, carne, piel o vísceras, y devolviendo lo restante al ciclo eterno de la vida, para su descomposición y reasimilación.

Pero lo que tocó hondamente a la joven fue ver con qué exquisita parsimonia y emoción llevaban a cabo sus actos en estas ocasiones: antes de proceder a tomar los frutos que la naturaleza les brindaba o prender a algún animal, pedían permiso al bosque, a la planta, al árbol en el que se cobijaba el animal o a la tierra bajo la que vivía, para poder recibir la ganancia. Tras la recolección o la caza -siempre ejecutadas con el mínimo y más breve sufrimiento- sucedía el ritual de agradecimiento, principalmente hacia el ser que desde su voluntad había ofrecido su vida, su cuerpo, sus frutos o su cosecha por y para ellos.

El amor que le profesaban a cada ser de vida con los que convivían, se veía permanentemente plasmado en cada una de sus respetuosas actitudes a lo largo del día.



A la semana de su estancia, Banlot fue recomendando a Zenia que se mentalizase para partir en cualquier momento. No entendió el porqué de la noticia de su amigo, pero por si acaso se fue preparando, haciéndose a la idea.

Fue entonces cuando Persty la invitó gustosamente a pasar la mañana en unos parajes que quería que conociese.

Los hombres se quedarían trabajando en el pequeño invernadero que Vrajant estaba construyendo para la recuperación más rápida, eficaz y asegurada de las plantas enfermas. Aprovechó la ocasión de conocer a Banlot para continuar con el trabajo, a la vista de las mañas del anciano con las reformas estructurales.

Las dos salieron al amanecer, con los rosados rayos del alba y con el último lucero que quedaba prendido aún en el celeste cielo adormecido.

A pesar de la escasa altura y el aspecto un tanto rollizo de la kramita, ésta se adelantaba a menudo a la tresla cuando iban por senderos estrechos y aboscados.

Tras largo rato, pararon a desayunar, el momento más feliz para Zenia, especialmente desde que habitara tierras kramitas. Sus bayas y frutos variados del bosque en los dulces que confeccionaba la mujer, se le hacían deliciosos en la boca, y la crema de mantequilla que hacía Persty se le derretía de placer en el paladar.

Zenia casi empezaba a sentirla como una segunda madre, porque todo cuanto emprendía Persty iba impreso de una huella maternal, difícil de ignorar.

- ¿Y cuándo volverás a ver a tu hijo?

- Oh, eso nunca se sabe con Alard... -contestó Persty con una sonrisa entintada de cierta melancolía-. Pero no más de un año cada vez. A veces, pocos meses y nos da una alegría.

- Me gustaría poder conocerlo algún día -dijo Zenia.

Intentaba imaginar cómo sería, después de tantos datos como tenía de él por las múltiples conversaciones de Persty, en las que lo nombraba, y por el que no disimulaba un profundo amor.

- Lo harás, lo harás -contestó palmeando la rodilla de la muchacha-. Bueno, continuemos, que aún queda un largo trecho antes de llegar a lo que te quiero mostrar.

Continuaron a través de una gran variedad de paisajes: llanas praderas, densas arboledas, valles profundos y hasta cruzaron un monte.

Cuando iban atravesando una espesura boscosa, pasaron un tiempo rodeadas de grandiosos árboles, plantas enredaderas y epífitas que trepaban aquí y colgaban allá, altísimos arbustos y suelo verde y musgoso. No se veía otra cosa más allá de unos pocos metros.

Zenia no daba crédito de cómo la mujer conseguía ir con esa seguridad por no se sabe qué camino, que allí todo era verde y más verde, con brillos dorados relucientes procedentes del poco sol que discurría entre el espeso follaje.

La muchacha se retrasó unos metros -¿de dónde sacaba aquella mujer esa vitalidad y fortaleza?- y, cuando volvió a mirar hacia delante, no vio a Persty, por lo que llegó a alarmarse, que aquel no era lugar para perder los pasos.

Avanzó rápidamente por donde creyó que habría pasado la kramita, y ya estaba a punto de llamarla a gritos porque seguía sin verla después de varios metros, cuando al pronto la espesura se abrió súbitamente a...

- ¡Oooh...! -exclamó Zenia.

Se olvidó de la kramita, de la selva y del susto.

Sus ojos brillaron y se le aguaron ante tan bello panorama. Jamás vio un paisaje tan idílico ante sus ojos, ni olió tan encantadores perfumes, ni escuchó tan melodiosos sonidos...

Un ancho río, que hacía las veces de pequeño lago, cubría todo el terreno del espacio que la vista podía alcanzar en aquel lugar. Sus aguas tenían un reflejo violeta que hacía irreal y fantástico encontrarse en ese extraño pero hermoso paisaje. Sobre la superficie afloraban grandes hojas verdes de plantas acuáticas, cuyas raras flores emergían junto a ellas en tonos azules y púrpura.

Alrededor del lago la vegetación era frondosa, húmeda y de un verde muy intenso. En el extremo izquierdo de la enigmática laguna caía una gran cascada que sacaba sonidos cristalinos de las rocas por las que se dejaba caer.

De vez en cuando, alguna ave de vivos colores surcaba el cielo con sus trinos, mientras otras más tímidas cantaban desde los lindes arbóreos del lago.

- ¿Qué te parece, Zenia? -de algún lugar salió esa voz.

Zenia, embelesada en el paraíso en el que se encontraba, buscó el origen de la voz, para así despertar al contemplar la sonrisa ancha de Persty.

- ¿Esto es real...? -dijo cuando pudo articular palabra.

- Tan real como tú o como yo.

En fin, sería mejor que Zenia no pensase en el día que quizá narrase los hechos que había vivido hasta ahora, porque de aquella buena mujer, más muchos que pocos de sus paisanos iban a poner en duda su existencia real.

- ¿Cómo puede existir tal maravilla? -insistió.

- Ven, conozco un rincón desde donde podremos seguir contemplando el lago y sus excelencias, y sentarnos a charlar.

La siguió a un punto desde el cual el magnífico salto de agua se encontraba justo frente a ellas.

- Lo que más intrigada me tiene es el color del agua... ¿Es magia? -preguntó Zenia con los ojos bien abiertos.

- Ja, ja, ja -rió la kramita-. No dudo que exista la magia, pero todo al fin y al cabo tiene una explicación, mágica o no.

- ¿Siempre?

- No lo dudes. En este caso, sencillamente se trata de unas algas de agua dulce que crecen en el fondo de la laguna y que exudan una sustancia rojiza que, con el reflejo del cielo en sus aguas, da un efecto visual violeta.

- Ah...

Zenia se quedó contemplando el lago, pensando en Banlot y en cómo le diría también en esta ocasión lo a juego que iba con sus ojos.

- ¿Y esos pájaros que cantan? ¿Y el sonido de la caída del agua? No son normales. Nunca escuché ese tipo de música tan cristalina, tan hechizante y tan envolvente -los ojos le resplandecían hablando de ello-. Bueno, nunca...

- ¿Nunca no? ¿Cuándo y dónde más lo oíste? -preguntó Persty un tanto extrañada.

- No, bueno, una vez, pero no era exactamente igual -contestó de forma presurosa Zenia, sin querer hablar del tema-. Pero dime, Persty, ¿por qué me has traído aquí? Y además justo cuando ya pronto nos vamos de estas hermosas tierras.

Zenia no podía dejar de mirar a cada instante entorno suya, como queriendo estampar en su memoria cada palmo de aquel lugar.

- ¿Ya pronto? ¿Cuándo? -preguntó la mujer contrariada-. No sabía nada.

- Es que fue anoche mismo cuando Banlot me lo comunicó, aunque no sé bien por qué lo dijo, porque no me pareció que tuviese claro cuándo iba a ser.

- En cualquier caso, fíate plenamente de ese amigo tuyo, que sus intuiciones son muy agudas y ve donde tú, de momento, aún no alcanzas a ver. Eres muy afortunada de tenerlo a tu lado, y se ve que te aprecia muchísimo. Sigue sus consejos hasta que puedas valerte por ti misma.

- Lo hago, hasta donde mis temores me lo permiten -sonrió ella.

- Me has preguntado por qué te he traído aquí y voy a contestarte -habló Persty-. No se me olvida el primer día que andabas tan perdida con tu vida y sus porqués, pero sobre todo no olvido tus ojos tristes y apagados. Sé que nadie puede sacar de ellos su propia luz y alegría porque eso sólo te corresponde a ti, pero quisiera contribuir a enriquecer al máximo tu experiencia de vida, mientras te tenga cerca y a mi alcance.

»Sé además que algunas de estas vivencias te servirán, sobre todo más adelante, cuando realmente las necesites.

Zenia escuchaba muy atentamente, porque aquel sitio había abierto al máximo sus sentidos y hasta su mente parecía increíblemente liviana y despierta.

- Dime una cosa... En estos instantes, ¿crees que tu vida tiene sentido? ¿Tienes algún objetivo? -preguntó Persty.

- ¿Mi vida? En estos instantes la viviría aquí mismo para siempre, en este feliz lugar. No necesito nada más... -contestó Zenia con una mirada como hipnotizada.

- ¿Y qué te ha hecho tenerlo de pronto tan claro?

- Pues no sé... El lugar, esta paz, esta magia, esta felicidad que siento aquí... Yo

quiero sentirme siempre así de bien y dichosa.

Pasaron unos minutos de regocijo y deleite, tras los cuales Persty volvió a hablar:

- No es el lugar, mi pequeña amiga... Creemos que cuando cambia lo de fuera cambiamos nosotros, y es justo al revés.

Zenia la miraba sin comprender. Empezaba a sonarle familiar, eso sí.

- Crees que soy yo la que te he traído aquí -continuó-, pero no es así; eres tú misma la que has creado todo esto para ti.

- ¿Cómo? ¿Yo...? -empezaba el galimatías.

- Esto ya existía, de acuerdo, ¿pero quién tomó el camino de vuestro Bosque de Plata? ¿Quién decidió partir a lugares desconocidos como éste? Si tú no hubieses dado ese paso en tu vida, ni nos habrías conocido ni estarías aquí, plena de felicidad.

»Cada decisión que tomamos, a cada instante, nos va llevando por el camino que vamos eligiendo. No hay camino trazado, lo haces tú al andar allá donde tú quieras ir. Tú decidiste venir conmigo, no te traje yo.

Zenia empezaba a comprender...

- ¿Quieres decir que yo de alguna manera soy responsable de todo lo que me pasa?

- De todas las maneras posibles... eres responsable -contestó la mujer.

- Y también soy responsable...

- ... de tu felicidad, sí -acabó su frase-. No este lago, ni aquel pájaro o aquellos sauces. Ellos no te hacen feliz, sino tú por venir aquí a disfrutarlos, porque tú así lo decides. Ellos simplemente están ahí, vengas tú o no.

- Yo soy feliz porque esto me gusta, y quiero esta felicidad para mí.

- Exactamente. Al final eres tú... vayas donde vayas.

- Soy yo misma...

Una pareja de aves de colas largas voló sobre sus cabezas, y Zenia siguió su vuelo hasta posarse en las ramas de uno de los sauces péndulos que Persty acababa de nombrar. Se quedó contemplándolos, y mientras lo hacía, desde detrás de ellos empezaron a surgir unas pequeñas luces que ella ya había visto antes.

- Mira, Persty -dijo rápidamente señalando en aquella dirección-, ¿ves aquellas luces pequeñitas?

La mujer kramita miró pero no vio nada.

- Vaya, se han ido o se han apagado -se decepcionó la joven-. Creo conocerlas.

Persty se quedó mirándola muy atentamente.

- ¿Tiene que ver, por casualidad, con lo que dijiste antes de esos sonidos?

Zenia le respondió con la misma mirada atenta, sorprendida de su pregunta y de que hubiese asociado una cosa con la otra.

- Zenia, creo que tienes algo que contarme...

Ella no sabía si darle importancia o no a aquellas lucecitas, pero al parecer la kramita quería saber.

- Vaya... Pues son sólo unas luces que vi precisamente aquel primer día, después de hablar contigo en la cocina, cuando fui a dar un paseo. Había un río y me senté en la orilla. Desde allí, escuché como unas campanitas a lo lejos...

- ¿Unas campanitas? -la interrumpió la mujer-. ¿Estás segura?

- Sí, sí, de eso sí estoy segura, y de que los sonidos cristalinos de este lugar me lo han recordado porque se asemejan mucho.

- Vale, ¿y qué hiciste? ¿Viste algo? -Zenia sentía cada vez más la inquietud y entusiasmo de su amiga.

- Venía de unos arces a lo lejos, y me atraía tanto, que quise levantarme para acercarme y ver lo que eran.

- Sigue, sigue... ¿Y lo viste?

- Pues no del todo. Llegué, y al mirar hacia arriba, vi esas luces, como las de ahora,

que se movían y hacían esos sonidos. Pero no conseguí distinguir qué eran.

- Ah, ¿no? -dijo Persty consternada.

- No, pero me senté bajo uno de los arcos porque no podía dejar de escuchar ese tintineo, que cada vez me adormecía más y más...

- ¿Y al final te dormiste? -preguntó desilusionada la kramita.

- Pues sí, y nada más. ¿Significan algo? ¿Qué son? -Zenia estaba intrigada.

- No sé, igual eran luciérnagas -contestó de pasada Persty.

- ¿Por la mañana? Bueno, a lo mejor, y por eso me indujeron al sueño, ja, ja, ja -rió Zenia-; al ser nocturnas... Creo que fue sólo un instante, pero me dio hasta para tener un curioso sueño...

- ¿Un sueño? ¿Qué sueño? ¿Por qué no me lo has contado lo primero? -preguntó la mujer exaltada.

- ¿Qué pasa, Persty? No entiendo tu agitación.

- Tienes razón, preciosa. Debo calmarme un poco. Tú cuéntame y quizás todo tenga una explicación.

Persty acabó realmente agitada cuando escuchó el breve relato del singular sueño de Zenia.

- Nunca había hablado con ninguno de vuestra raza -comenzó Persty algo más calmada-, aunque siempre me preguntaba cuál era la razón por la que mi padre se esmeró en trasmitirme tantos conocimientos sobre vosotros, y para qué me serviría todo eso. Pero cuando vosotros dos llegasteis a mi puerta, un alborozo indescriptible me sobrepasó por dentro, y no sabía el porqué.

»Me he seguido preguntando lo mismo todos estos días y el significado de vuestra aparición. Puede que, a fin de cuentas, todo esto llegue a tener algún sentido.

- Pero es sólo un sueño, ¿qué importancia pueden tener esas cositas aladas?

- Mucha más de la que tú imaginas -contestó Persty levantándose-. Volvamos rápidamente, debemos hablar enseguida con Vrajant y Banlot.

- Pero, ¿qué es lo que pasa?

- Lo siento, Zenia, lo hablaremos después con ellos, ahora no hay tiempo que perder.

Y volvieron todo lo aprisa que pudieron, con una Zenia rezagada que se preguntaba si no habría sido mejor mantener su boca cerrada, al menos hasta volver, que se hubiese ahorrado ese camino de vuelta tan presto y traqueteado.



- ¿Y qué son esos seres alados? ¿Por qué Zenia ha soñado con ellos? -preguntó Banlot tras saber el suceso del sueño.

Estaban los cuatro sentados a la mesa de la cocina, que acababa siempre siendo el centro neurálgico de aquella casa. No en balde, los kramitas eran de buen comer y gustaban de andar a menudo entre cucharas, ollas y cocidos.

- Mi padre me habló de ellas -contestó Persty-, y en alguna ocasión también oí algo de algunos de nuestros hermanos kramitas. Son shajas, que viven como nosotros en los bosques, en la parte más alta de los árboles. Casi nadie las ha visto nunca porque no suelen descender a la parte baja del bosque, ni ellas pretenden dejarse ver.

»Por eso, el hecho de que hayan llegado a contactar con alguien, y más con un humano, hace que sea especialmente relevante.

- Shajas... -Banlot se quedó pensando-. Creo haber oído esa palabra antes...

- Pero, ¿y qué significado puede tener todo lo que, supuestamente, me dijeron? -preguntó Zenia queriendo saber de qué iba aquel misterioso sueño.

- *Supuestamente* no -contestó Persty-. Ellas *realmente* han hablado contigo. Cuando alguna vez conectan con alguien, lo hacen a través de sus sueños, porque si lo

hiciesen directamente, asustarían a más de uno...

- ... y más de dos, ja, ja, ja -rió Zenia viéndose a sí misma salir corriendo perseguida por unas lucecitas voladoras.

- Y también porque los sueños son otra realidad -aclaró Banlot-, en otro plano existencial diferente al nuestro de ahora mismo, pero realidad, al fin y al cabo.

- Efectivamente -afirmó Persty-. Te dijeron varias cosas... A ver, ¿por dónde empezamos?

- Por lo de que yo pertencí a ese mundo -se adelantó Zenia-. ¿Eso cómo va a ser? Yo he vivido toda mi vida en Larimor.

- Esa pregunta justamente sólo podrás respondértela tú misma... cuando llegue tu momento de saber o recordar -le respondió la mujer-. Yo no lo sé.

Banlot miraba de forma inescrutable a Zenia.

La kramita prosiguió:

- Lo que sí está claro es que ellas sí parecen conocerte o recordarte y, de alguna manera, sabían que vendrías a estas tierras y que así podrían comunicarse contigo. Te ven como una especie de representante de ellas ante los humanos.

- Qué cosa más absurda -para Zenia su sueño no era más que un sueño.

- Deja que Persty acabe de hablarnos de ese sueño -la calmó el anciano-, porque es la que más puede saber de él y de por qué ha ocurrido.

- Gracias, Banlot -dijo Persty-. Lo que más me preocupa es que utilizasen la palabra *exterminio*. Eso significa la desaparición total y absoluta de las shajas, cosa que no concibo ni sé por qué ni de qué manera podría ocurrir algo así. Y quién o quiénes podrían querer hacerlo...

- ¿Qué puede suponer que desaparezcan? ¿De qué manera afectaría eso? -preguntó Banlot para intentar averiguar los porqués.

- Bien, de entrada un bosque es un sistema donde todo está interrelacionado, de manera que la desaparición de uno de sus elementos afecta a todos y cada uno de los demás -explicó la mujer-. A unos directamente y a otros no tanto, pero todos se verán afectados, tarde o temprano, por esa ausencia. En este caso, los que se ven directamente afectados son los árboles.

- Los árboles... -Zenia no sabía si creerlo o no, pero le preocupaba cualquier cosa que pudiese tener que ver con ellos.

- Sí, pequeña, sí -continuó Persty-. Las shajas son como los espíritus vitales de los árboles. Cada una de ellas elige un árbol y lo impregna todo de su energía de vida, le da todo su ser para que el árbol no sólo crezca y se reproduzca según su fisiología natural, sino para que vibre en una energía sutil que ennoblece al árbol, emanando una sabiduría ancestral que exhala entorno suyo y que caracteriza a un bosque cuando entras en él. Es la magia que vive en los bosques, y todo cuanto forma parte de ellos queda tocado por su efluvio y el amor que ponen estos seres.

- Oh... -Zenia quiso, ahora sí, creerlo.

Tenía tanto sentido para ella lo que acababa de escuchar... Eso explicaba cómo se sentía cada vez que daba un paso dentro de su preciado Bosque de Plata. Sus adoradas hayas parecían comunicarse con ella, arrojándola e induciéndole una claridad mental inusual.

Todos quedaron callados. Persty aprovechó para resumirle a Vrajant, en kram, lo último que habían estado hablando.

Banlot y Zenia se miraban, y con su mirada se lo decían todo. Parecía que se avecinaba una auténtica aventura inesperada, con ella como protagonista.

- Si tocan el espíritu de los árboles -retomó la kramita cuando acabó-, lo tocan todo, porque todos dependemos de ellos, son el alma de la vida en este lugar.

- ¿Quién podría querer algo así? ¿Y cómo pretenden exterminarlas? -preguntó extrañada Zenia.

- No lo sabemos, de momento -contestó Banlot-, ni para qué quieren hacer tal cosa.  
- Bueno, pasemos a la segunda parte del sueño: cuál es tu papel, Zenia, en todo esto -siguió la mujer-. Aunque tú no lo recuerdes, parece que tienes el don de comunicarte con ellas (a la vista está) y, por tanto, puedes mediar con los humanos. De cualquier manera, sobre eso todavía no podemos saber nada. Lo único posible, ahora mismo, es seguir sus instrucciones.

»Hablan de una llave, pero no sabemos cómo te la harán llegar; ésa es la clave para empezar. Pero sin ella...

- Os dije que cuando desperté me dolía un poco en la parte alta de la cabeza, y yo diría que lo que me despertó fue un golpe ahí. ¿Podría ser que me hubiese caído esa llave para hacerme despertar? -todos miraron con ojos muy abiertos a Zenia-. Yo me fui y ya está pero...

- ¿Quieres decir que a lo mejor la llave cayó allí, donde te sentaste y te dormiste? -preguntó Persty.

- Puede ser...

- Pues eso tiene fácil y rápida averiguación -dijo Banlot-. Llévanos allí y sabremos si es así, y tendremos además la prueba definitiva de que tu sueño es real y de que todo lo que está pasando no es producto de una invención.

Salieron de la casa y Zenia los llevó hasta el río.

- Desde aquí escuché los sonidos, que venían de allí, de aquellos arces. Vamos...

Todos miraban hacia arriba esperando ver alguna shaja, pero allí no había ni alitas ni campanitas.

- Creo que fue en este árbol. Busquemos aquí.

Miraron entorno al arce, pero después de una buena y larga inspección, no había nada entre las hierbas del terreno.

- Pues así no podremos hacer nada... -se lamentó Persty.

Pero Zenia no se inmutó con el comentario y se quedó absorta mirando el suelo. Justo en ese momento, un ave voló sobre sus cabezas, y ella exclamó:

- ¡La urraca! ¡Es ella quien la tiene!

Los tres la miraron, mientras ella seguía muy atenta el vuelo del pájaro níveo y azabache.

- Debe tener su nido allí, en el árbol en el que ha desaparecido -dijo.

Fueron corriendo hacia allá, y Banlot se ofreció a trepar por las ramas del árbol hasta dar con el nido del ave.

Cuando al poco bajó, transportaba algo en su mano izquierda; lo mostró a todos. Era, ciertamente, una gran llave de cristal de cuarzo rosado, con incrustaciones en su base de finas hebras de plata que formaban un exquisito dibujo circular entretejido en la piedra.

- Parece un mandala... -dijo Banlot observándolo.

Nadie preguntó.

Estaban tan hechizados por el brillo sublime de aquella llave... Ésta reflejaba de forma enigmática los directos rayos del mediodía, que acababan de incidir sobre ella.

Banlot se la ofreció a Zenia.

- ¿Yo...? No...

- Te la han dado a ti. Tú debes portarla -le dijo la kramita.

La tomó entre sus manos con mucha devoción, porque en aquellos momentos se sentía tan insignificante ante la excepcional hermosura de aquel objeto...

Continuaron intentando descifrar algo más sobre las misteriosas palabras de las shajas.

- Sabemos poco más -dijo Persty-, porque yo al menos no tengo conocimiento de esas puertas invisibles que te encontrarás cerradas. Pero habla del camino, que imagino será el que continúa en la misma dirección desde la que llegasteis, pero

siguiendo hacia adelante.

- Siempre adelante... -dijo Zenia recordando el sueño.

- Pues entonces, no debemos perder tiempo -dijo Banlot con seguridad-. Mañana mismo nos vamos. Esta tarde lo organizamos y planificamos todo para poder partir mañana temprano.

- Bien, ¿y qué os parece entonces si volvemos, tenemos un buen almuerzo y seguimos hablando? -Persty no pudo contener su vena kramita, amante del buen tragar.



Durante la tarde, Persty se dedicó a preparar comida para llevar, ayudándola Zenia para esta ocasión, mientras Banlot y Vrajant hablaban sobre el camino que iban a tomar, informándole el kramita de todo cuanto pudiese requerir saber sobre aquella parte del bosque y más allá de éste.

Cuando anocheció, y tras su última cena, Persty invitó a Zenia a dar un breve paseo por la zona de los huertos.

- ¿Cómo te sientes, mi querida aventurera? -le preguntó Persty cariñosamente cuando llegaron.

- Nada aventurera, Persty, y nerviosa. No sé lo que va a pasar ni por qué me han metido en este berenjenal.

- Recuerda que te has metido tú; tú has decidido hacerlo así. Nadie te obliga y puedes volver a tu casa siempre que quieras.

- No, no quiero, eso no -dijo la joven tresla-, pero empiezo a cansarme un poco de no saber qué va a pasar mañana.

- Bueno, eso en realidad nunca se sabe... -interpuso la kramita-. Bien, mi niña, quería estar contigo a solas...

- ¿Y eso?

- ... para despedirme tranquilamente de ti. Y porque quería hablarte de algo.

- ¿De qué? -inquirió intrigada Zenia.

- ¿Tú hablas con los habitantes del bosque? -comenzó preguntando.

- ¿Yo, hablar? -la joven se quedó un poco perpleja por la pregunta.

- Bueno, no necesariamente con palabras... o sí. Me refiero a comunicarte de alguna manera con ellos.

- Yo no, qué va -negó la muchacha.

- ¿Estás segura? Hay varias maneras, y a veces no somos ni conscientes.

- ¿Vosotros sí habláis con ellos?

- Estamos en permanente conexión con ellos, si te refieres a eso.

- No sé a qué me refiero, la verdad -contestó la joven.

- ¿Qué sientes con las Damas Sabias? -siguió preguntando Persty.

- ¿Quiénes son las Damas Sabias?

- Tus queridas hayas... de tu Bosque de Plata -aclaró la mujer-. Aquí las llamamos así, porque son magníficas y majestuosas damas que han vivido cientos de años y cuya sabiduría reluce allá donde se encuentran.

- Ah, pues me siento siempre refugiada y en paz entre ellas... -reflexionó la muchacha-. En días de neblina parecen seres encantados en la umbría del bosque.

- El haya es la madre y reina de los bosques -manifestó la kramita-. No en vano, restaura y enriquece el suelo bajo sus pies, provee de alimento con sus hayucos, y mitiga dolencias con su resina y sus refrescantes hojas. Bajo la cúpula forestal de un hayedo se respira sosiego, armonía y protección, invitando a la meditación... Suelen ser predictoras de una maravillosa y floreciente etapa.

- Cuánto sabes sobre ellas, Persty.



- Tú las conoces incluso mejor que yo, porque es con su alma con la que contactas, y ellas se comunican contigo a través de tu sensibilidad -dijo la mujer-. ¿Y con los animales?

- Bueno, también me cautivan y provocan en mí cierto magnetismo -sonrió Zenia-. Cercanamente sólo tengo a mi gata Noraj, pero más parece que es ella la que se comunica conmigo y la que me entiende, que yo a ella, ja, ja, ja.

- Los grandes animales de los bosques también son insuflados por unos pequeños y mágicos entes, llamados en este caso lurhams; no lo olvides.

- No...

Cuántas emociones...

- Zenia, escúchame ahora atentamente -la miró dulcemente a los ojos-: independientemente de lo que hayas sido o hecho hasta ahora, te toca ya dejar atrás gran parte de eso. Tú has venido con una serie de capacidades, que es hora ya que empieces a reconocer y utilizar. Sal de tu cascarón de muchacha simple y apocada, porque eso no es más que una imagen que te han hecho creer de ti misma.

»Créete de una vez por todas todo lo que te está pasando y atrévete a ser valiente para vivir esta maravillosa historia que estás preparando para ti misma.

- Lo que no me siento es preparada para tantas cosas nuevas para mí sola, Persty, no puedo... -se le ensombreció el rostro.

- Mi querida jovencita, no estamos solos...

- Eso mismo me dijo Banlot hace unos días, pero no le entendí.

- Alegra esa cara, mi niña, que estamos rodeados siempre de seres protectores que velan por nosotros con amor... Algún día hablaremos de eso. Ahora lo que debes tener claro es que, si estás en el punto en el que estás, es justamente porque ya estás preparada para todo ello. Asume que las shajas te han elegido a ti y sólo a ti, no a mí ni a Vrajant; ni siquiera al sabio Banlot.

»Es muy importante que escuches a tu corazón a cada instante; y si se te olvida, pues vuelves a hacerlo una y otra vez. Él te conducirá, principalmente, en los momentos dificultosos o en las encrucijadas que el sendero te marque.

Quedaron un rato en silencio, Zenia contemplando la bóveda nocturna y relumbrante. Las miríadas de estrellas componían un tejido de blanca plata que vestía de gala aquel señalado momento.

- ¿Y por qué me has hablado de comunicarme con los seres de los bosques? -preguntó la muchacha tresla.

- Porque aún desconoces que tienes ese don, no sólo con las shajas, sino con la naturaleza toda. Ellas nunca hablan nada en vano, y yo te he visto en el lago cómo mirabas la vegetación y a las aves que pasaban, hasta al mismo lago. No había visto antes esa mirada, pero sé que es de intercambio con el ser que miras. Tú no lo sabes, no eres consciente; sin embargo, estás permanentemente comunicándote. Pero todo llegará... De momento, sólo quería que lo supieses.

Las rapaces nocturnas cantaban a la luna embarazada, que deshacía esa delicada red de luces de las estrellas, a su paso por el firmamento.

- Y sí que hablamos con todos ellos -confirmó Persty-; tenemos mucho que agradecerles. Nosotros les hablamos con palabras y sentimientos, y ellos nos hablan con sus actos y su propio lenguaje.

- ¿Y es verdad que muchos se ofrecen para morir?

- Ofrecen su vida para nosotros. Por eso, no podemos menos que sentirnos agradecidos y honrarles mientras viven. Fueron puestos ahí para eso y ellos lo saben. Son conscientes, desde su nivel, de que siendo ésa su misión, no necesitan poner resistencia, no más que la del propio instinto de supervivencia. He visto muchos ojos de animales que destilaban paz, y yo diría que hasta felicidad algunos, por ofrecerse por nosotros. Hay mucho amor en el bosque, Zenia, si sabes verlo...

La joven quedó realmente impactada por todo cuanto oía y aprendía de la dama kramita.

- Te deseo una feliz andadura en tu misión -le dijo la mujer-. Espero haberte ayudado en algo.

- En mucho, Persty, en mucho -Zenia la miró con ternura-. Gracias a ti no echo tanto de menos a mi madre...

La kramita le dio un amoroso abrazo.

- Sé tú misma -le dijo al oído-: la mujer poderosa que estás llamada a ser... Y disfrútalo.

- ¿Nos volveremos a ver?

- Sí...



Una vez entraron de su paseo por la puerta de la vivienda, Vrajant se acercó a Zenia y le dijo:

- Zenia, *krom vajasty ere clam esbor*.

Persty tradujo instantáneamente:

- Dice que ese regalo es para ti, con todo su amor.

Zenia miró en el pozo profundo de aquellos ojos, y se turbó.

Le entregó un artefacto, que ella miró con curiosidad: era un pequeño cilindro, hecho de madera clara de haya, con una de las bases acristalada, en la que podía verse una hermosa figura geométrica formada por pequeños trozos de huesos, hojas y flores secas, reposando sobre una leve capa de tierra esponjosa de color marrón rojizo. Justo en el centro de la circunferencia base y de dicha figura había un pequeño agujero con una lente.

La otra base estaba también hecha con un cristal transparente pero más pequeño, rodeado de la misma madera, y no llevaba nada más.

Al mover el tubo, escuchó el sonido del agua que albergaba en su interior, debajo de su superficie.

A Zenia le pareció tan especial, original y bello a la vez, que sólo pudo decir *gracias*.

- Es un a modo de catalejo -le explicó la kramita-. Con él puedes ver de cerca cosas que están lejos. Lo ha construido él en estos días... para ti.

La emoción traspasaba a la muchacha, que se acercó a él y lo abrazó conmovida. A pesar de ser un poco huraño, Zenia había llegado a cogerle también profundo cariño, y sentía de veras dejar de verlo casi tanto como a Persty.

Después del abrazo, Vrajant habló algo con Persty, y ésta dijo a continuación:

- Os desea lo mejor del mundo y que vuestros pasos vayan siempre guiados por la mano certera de vuestros corazones, nobles y limpios. Aquí tendréis a vuestros amigos kramitas para lo que necesitéis.

Banlot, igualmente conmocionado, fue a darle otro abrazo, y luego besó tiernamente a la kramita.

- Muchas gracias por acogernos tan afectuosamente en vuestro hogar todos estos días -dijo-. Han sido gratos y felices para nosotros. Os tendremos presentes en nuestro caminar...

Se dieron las buenas noches y se acostaron, puesto que la jornada empezaba pronta al día siguiente.



Levantaron antes del amanecer, se prepararon y salieron al camino, para

despedirse por último de los kramitas.

En aquella ocasión, las mujeres no pudieron evitar sus lágrimas, mientras a los hombres se les tornó entristecido el rostro.

La pareja miró atrás, una vez más, y se dijeron adiós con la mano.

Cuando habían dejado bastante lejos la casa, Zenia soltó lo que desde la tarde anterior llevaba deseando preguntar a Banlot:

- ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Volverás a casa?

Banlot se paró y la miró con seriedad.

- ¿Qué te hace pensar eso?

- Ibas a acompañarme las primeras jornadas -dijo ella-, incluso cuando todo empezó a torcerse. Ahora, has acabado tu cometido. Esta historia es mía y sólo me la han encomendado a mí. Es mi prueba y mi misión, supongo.

La miró con tanto amor...

- Mi dulce Zenia... Eres muy valiente y, sin duda, no te escaseará el valor del que hablaban las shajas. Tu camino es tuyo y nadie lo andará por ti; pero puedes caminarlo sola o junto a otros. Si tú me lo permites, nada me haría más dichoso en estos instantes que andar mis pasos junto a los tuyos en esta nueva travesía. Seguiría ofreciéndote toda mi ayuda y todo mi apoyo.

- ¿Si yo te lo permito? ¿Lo dices de verdad? ¿Seguirías conmigo? -la excitación la abrumaba.

- Adonde tu corazón te lleve... -dijo él enternecido.

- Oh, Banlot, echaba de menos tus palabras con tanto kramita de por medio -ella reía y lloraba a la vez.

Se abrazaron emocionados.

- Pero una cosa te digo -añadió el hombre-: si en algún momento tú has de seguir sola o yo he de volver o caminar en otra dirección, entonces nos separaremos... siempre temporalmente.

- Sí, de acuerdo.

- ¿Vamos, pues, a contribuir a salvar a las shajas, los árboles, el bosque y sus habitantes? -preguntó inflamado el hombre.

- Vamos, vamos...

## 5. Los Hermanos del Firmamento



## 5

**A**caminar, otra vez, sin saber adónde dirigirse. ¿O acaso sí? A encontrar siete puertas. Pero eso y nada era muy semejante...

Cuando se detuvieron a descansar para almorzar, después de largas horas de camino por el gran bosque, se decidieron a definir su plan de ataque.

- ¿Seguimos andando así todo seguido por el camino y nada más? ¿O mejor nos planteamos alguna alternativa, algún plan? -preguntó Zenia cuando ya reposaban la comida.

- Aquí tú eres la que dirige la expedición, ja, ja, ja -contestó Banlot riendo.

- Muy divertido...

- No, es broma. Si te digo la verdad, no tengo la menor idea de qué hacer ni hacia dónde ir, que no sea este camino.

- ¿Qué querrá decir eso de las siete puertas invisibles? Y encima, cerradas. Si son invisibles, ¿cómo vamos a saber si están ya abiertas o aún cerradas? Esto es un galimatías. Si al menos tuviésemos alguna pista o alguna señal... -Zenia se encontraba desalentada.

- A lo mejor las tenemos por el camino, quién sabe... No hay que desanimarse.

La joven seguía pensando y pensando, intentando esclarecer algo.

- Déjalo, Zenia -le dijo el hombre-, por más vueltas que le demos, no vamos a conseguir mucho.

- Pues yo creo que hay algo que extraer de las palabras de las shajas y que, sin ello, no será suficiente con recorrer el camino.

- ¿Sí? ¿Tú crees? -preguntó el anciano.

Zenia se dispuso a escribir el mensaje que le dieron, para tenerlo más presente y no olvidarlo.

- La clave está en averiguar a qué tipo de puertas se refieren, en qué consisten esas siete -Zenia pensaba en alto-. Quiero decir que, muy posiblemente, estén todas interrelacionadas entre sí, y serán siete por algo.

- ¿Cómo por algo? -le preguntó Banlot.

- No puedo dejar de pensar que son siete puertas porque están relacionadas con otros tantos asuntos que son siete. No son siete porque sí.

- Es posible... -dudó Banlot-. Deberíamos seguir.

- Oye, Banlot, y esta noche, ¿dónde dormiremos?

- Espero que para eso también nos llegue alguna señal -contestó él con una media sonrisa.

Retomaron la marcha.



Al irse acercando el ocaso, distinguieron muy cerca del camino, en su parte izquierda, una construcción hecha con maderos, paja y barro. Era como una habitación abierta por una de sus paredes pero techada.

- Uy, fantástica señal ésta -sonrió Banlot-. Aún es pronto para parar a pernoctar, pero antes de arriesgarnos a continuar y no encontrar más cobijo, creo que lo más sensato es parar aquí y hacer noche. Nos apañaremos.

- No lloverá, ¿verdad? Porque podemos inundarnos de goteras aquí -dijo Zenia cuando examinaron el refugio.

- No, no creo. En estos días aún no han llegado las largas lluvias otoñales.

Se acomodaron como mejor pudieron para hacer noche, y encendieron un fuego cuando comenzó a oscurecer.

Tras la sabrosa cena kramita, que hizo recordarles a Persty de forma entrañable, Banlot sacó su preciada y pulcra pipa de hueso, adornada con incrustaciones de nácar, y se dispuso a fumar una peculiar hierba verde azafranada que humeaba un dulce y refrescante olor.

Zenia se acordó del catalejo y lo sacó de uno de sus macutos. Lo dirigió al cielo en busca de estrellas.

- Ooh, mira, Banlot...

El hombre tomó el catalejo y comenzó a mirar el firmamento.

- Qué maravilla... Es un regalo de los dioses tener este milagro cada noche a nuestra disposición.

Se tumbaron al ras para disfrutar y contemplar mejor aquel paraíso reluciente de astros y planetas.

Al quedarse prendida de un cúmulo de estrellas perladas allá en lo alto, de las que siete centelleaban como relámpagos, Zenia dejó de deducir y discurrir, y por un momento no le importó estar allí, en medio de la nada, sin saber qué hacer ni adónde ir. Ya sólo sentía la magia de la belleza celeste del firmamento y su mente sólo se vaciaba más y más, expandiéndose hasta tocar esos puntos luminosos sobre sus cabezas y embeber hasta el último ápice de energía de plata que derramaban.

No se dieron cuenta del tiempo que transcurrió, hasta que unos lobos, allá en la lejanía, aullaron todos a coro, y eso los *despertó*.

- Hora de recogerse a dormir -dijo Banlot poniéndose en pie.

- Buenas noches, amigo.

- Que descanses, princesa de las estrellas...



Un nuevo amanecer en el bosque...

Con los primeros rayos, despertaron y salieron afuera para preparar un buen desayuno que les sirviese de reconstituyente tentempié durante las primeras horas del día.

- ¿Dónde están los árboles de anoche? ¿Y se puede saber de dónde ha salido este prado? -Banlot enmudeció después de preguntar esto, no dando crédito a lo que tenía ante sus ojos.

Zenia, sencillamente, no pudo mediar palabra.

- Esto es una locura -Banlot no dejaba de mirar a todos lados-. Primero el camino se estrecha y deja de existir, y ahora nos acostamos con un paisaje y nos levantamos con otro. ¿De qué va esto? ¿Estamos soñando todo el tiempo o qué?

Zenia seguía callada y un poco asustada, pero no sabía si más por el estado alterado en el que se encontraba su amigo o por el mismo cambio de escena.

Ya con más calma y pasada la primera impresión, Banlot empezó a encender el fuego a partir de las brasas que quedaron de la noche. Zenia se limitaba a mirar, con el rostro ajeno y silencioso. Veía con qué dominio aquel hombre prendía unas cálidas llamas que eran muy de agradecer en los albores del día en el bosque.

Se sentía un poco aturdida entre tanto incidente disparatado, pero ahora también era capaz de captar otros pormayores de la situación. Era afortunada de tener cerca a alguien como Banlot, fue lo que le dijo la kramita, y en aquella extraña situación más valoraba aún tener a ese amigo tan cerca.

Se puso a elaborar el desayuno pausadamente, como si al hacerlo así espantase los traidores pensamientos de perplejidad y decepción, mientras permanecía callada. Banlot la miró en varias ocasiones, cada vez más atraído por su silencio.

Se sentaron a degustar la comida preparada, y Banlot habló:

- ¿Qué te pasa, Zenia? ¿Por qué andas tan callada? No has dicho ni una sola palabra desde que hemos aparecido en otro bosque... o no, porque no es ni un bosque donde estamos. ¿Qué opinas de todo esto?

Zenia lo contemplaba sosegada y casi sonriente.

- ¿Cómo consigues estar tan calmada? -siguió preguntándole Banlot-. Porque te adelanto que, además, desde aquí no hay ya camino que seguir. Para variar...

- Si nos concentramos sólo en la parte fastidiosa de los cambios, no conseguiremos ver nunca ni el significado ni lo beneficioso de tales cambios -Zenia al fin habló-. Porque los cambios, además de ser oportunidades, son siempre para bien, tarde o temprano. Si no, no ocurrirían, porque no serían necesarios.

Banlot pestañeaba, una y otra vez, para conseguir reconocer a aquella jovencita tímida a la que se presentó, camino de Larimor, hacía casi un año. Pero es que apenas se hallaba, al menos por el momento. Tan madura la veía...

- ¿Tú también has cambiado? ¿Con el paisaje? ¿Eres otra Zenia?

- Sí y no -rió ella-. Claro que soy yo, tonto.

- Uf, menos mal... Por un momento temí que te hubieses quedado en el bosque aquél, que a saber dónde lo han guardado, porque son hectáreas y hectáreas de terreno.

- Me alegra ver que empiezas a tomártelo de otra forma -sonrió la muchacha.

- No me queda otra, como tú dirías -le devolvió la sonrisa-. ¿En dónde deambulabas antes tan silenciosa?

- Pensaba... y no pensaba.

Banlot prefirió callar y aguardar a que ella se explicase.

- Ah, y sí que estamos en el mismo bosque, sólo que ahora su aspecto ha cambiado bastante. Porque las brasas son las mismas, y el refugio también. Lo demás ha cambiado, por descontado, pero eso seguro que tiene que ver con las shajas y lo que hemos venido a hacer. ¿Tú no querías señales? Pues más señal que ésta...

- Desde luego -Banlot arqueó sus espesas y canosas cejas-. ¿Y el no tener ya camino? ¿Qué hacemos con eso?

- Ya lo veremos. Antes tenemos que resolver otras cosas. ¿Por qué o para qué crees que nos ha pasado esto?

- Ni la más remota idea -el hombre negó con la cabeza.

- Ya nos ha pasado dos veces. Eso no es normal, no creo que sea casualidad.

- Pero la primera vez fue antes casi de comenzar, y aún no sabíamos nada de kramitas ni de shajas.

- ¿Y si, en realidad, nuestra aventura empezó entonces? -se preguntó la joven-. Como tú dijiste... ¿menguaron nuestras mentes?

- Bueno, se estrecharon nuestras mentes, dije. Esto es un poco lioso, querida...

- Hoy te has levantado un poco obtuso, ¿no? -ella lo miró como reprendiéndolo.

- Y tú muy espabilada.

- Si nos sirve para averiguar algo...

- Claro que sí, mujer, no me eches mucha cuenta -dijo el anciano-. Es que me ha desubicado un poco, nunca mejor dicho, la nueva ubicación.

- Pensemos un poco más... Estoy a punto de averiguar algo -la muchacha seguía hablando como para sí-. ¿Qué hicimos anoche, antes de acostarnos?

- Mirar las estrellas, nada más.

Zenia recordó el momento mágico y evocador de la noche.

- Ajá... Y cuando empezó a estrecharse el camino, al principio, ¿te acuerdas si

hacíamos o hablábamos sobre algo en especial?

- Creo que no hablábamos -contestó Banlot tratando de recordar-. Llevábamos mucho tiempo callados, sólo se oían los sonidos del Bosque de Plata.

Ella miraba el fuego de llamas anaranjadas y aterciopeladas, como para inspirarse en él.

- ¡Ya está...! -exclamó de pronto.

- ¿El qué? -Banlot dio un respingo.

- Bueno, creo que ya sé algo. No sé si nos servirá.

- Habla, habla... -el hombre la animaba con un gesto de la mano.

- Intentaba encontrar coincidencias entre un caso y otro, a ver si así sacábamos alguna conclusión última -explicó la joven-. Esto es lo que creo: sin querer o inducidos, en las dos situaciones los dos entramos en una especie de estado mental *estrecho* (tú sabrás más de estas cosas), en el que dejábamos de tener pensamientos porque lo de fuera nos envolvía. Primero el bosque: sus luces y sonidos; y después el cielo: sus estrellas y sus brillos.

»Eso hizo, en ambos casos, que pudiésemos entrar en otro posible plano existencial, como lo que explicaste de los sueños. Al final seguimos estando en el mismo sitio, pero desde otra perspectiva.

- Me maravillas con tus planteamientos, Zenia -el anciano estaba admirado-. Me estás hablando de una especie de desdoblamiento espacial... y eso hace que vayamos a otros planos, en los que nos encontramos con kramitas, shajas y, a saber ahora, qué nos espera...

- Sí, exactamente -confirmó Zenia-. Y la conclusión a la que llego, que es más bien una pregunta, es: ¿tendrán algo que ver estos pasos a otros mundos, por así decirlo, con esas puertas de las que hablaban las shajas? Son puertas invisibles que te guiarán a otros lugares, dijeron. Cuando entramos en ese estado, la puerta correspondiente se abre y pasamos a otro mundo, a otra percepción, a otro espacio, a otro lugar...

- Increíble... -Banlot no daba crédito-. ¿Cómo has podido averiguar todo eso?

- No dejándome llevar por la preocupación del momento, y escuchando a mi corazón (como me dijo Persty)... y al fuego.

- Eres una cajita de sorpresas, mi querida tresla -Banlot la abrazó.

- Y en cuanto al nuevo camino, supongo que tendremos que abrirlo nosotros en la misma dirección que llevábamos ayer -continuó explicándose la joven-. Y veremos este nuevo mundo qué nuevos seres y experiencias nos trae.

- Seguramente tienes razón, así que seguiremos en aquella dirección -dijo el hombre señalando con el brazo-. Pero si ya atravesamos el umbral de la primera puerta y entramos en su lugar correspondiente, ¿qué hay del objeto que debías elegir?

- Buena pregunta... -ella se quedó pensativa.

- ¿Y por qué ocurrió antes de saber siquiera de las shajas y su mensaje?

Tardó un poco en contestar pero, definitivamente, lo tuvo bastante claro:

- Pues para poder asociar, desde el primer momento de esta segunda etapa, es decir, lo que ha pasado hoy, con aquello. Así, hemos podido deducir enseguida lo que son las puertas.

Después de la fructífera conversación, fueron recogiendo todo para salir cuanto antes. Al ir a guardar el catalejo, Zenia se quedó mirándolo, a la vez que comenzaba a sonreír.

- El catalejo... -dijo.

- ¿Eh? ¿El catalejo? ¿Qué le pasa? -él se dio la vuelta para mirarla.

- El objeto es el catalejo.

- Oh, puede ser.

- No... *Es* -dijo ella con seguridad-. No podría haber elegido mejor objeto que me llamase más profundamente de todos los que hubiese visto y tomado en tierras



kramitas. Algo confeccionado a mano con amor por alguien tan especial como Vrajant, y que acerca a uno lo que está lejos... Sí, si lo hubiese hecho de forma consciente, lo habría elegido igualmente. Además, si te fijas, es lo único que me he traído de allí.

- Y la rica comida de nuestra Persty, pero ésa va a durar poco -rió el anciano-. No puedo menos que felicitarte, amiga mía, por tu lucidez y seguridad en todo lo que has averiguado. Hoy me has superado con creces... aunque conmigo eso no es tan difícil de hacer, ja, ja, ja.

- Anda que no...

Zenia le dio un empujón, se rieron juntos y echaron a andar.



No habían caminado demasiadas horas cuando el cielo fue tornándose gris y nuboso. Las opacas nubes fueron cubriendo y oscureciendo, poco a poco, el cielo claro que había despertado aquella mañana.

- No vendrá una de esas largas lluvias otoñales de las que hablaste anoche, ¿no, Banlot? -la muchacha lo miró de reojo.

- Quién sabe... -Banlot movió la cabeza.

- Con eso no contábamos.

- En cierto modo sí, si nos aventuramos en la naturaleza a principios de otoño -razonó el hombre-. Vienes preparada para la lluvia, ¿no?

- Sí, más o menos. Mientras no haga demasiado frío...

- No, no creo. Aún no.

Cuando ya el cielo se ennegreció totalmente por unas nubes gruesas y pesadas, comenzó a caer una leve llovizna que hizo que Zenia se cubriese con una capa encapuchada, protegiéndose de la humedad.

Al poco, todo se iluminó por un instante con una luz argéntea y atronadora, que hizo que los dos compañeros se mirasen desprevenidos.

Casi a la par, retumbó un estruendo que hizo vibrar todo alrededor.

- ¡Vaya! -exclamó Banlot -. Aquí hasta las tormentas son peculiares. Normalmente se van acercando lentamente y los truenos se demoran después del rayo, pero esta tormenta ha llegado con ganas, de una vez y sin avisar.

La llovizna se convirtió en pocos minutos en un buen chaparrón, y los relámpagos y truenos siguieron acompañándolos un buen trecho.

A pesar de la que caía, continuaron adelante campo a través, por la pradera de la que partieron pero que pronto se volvió a convertir en suave arboleda.

- Creo que deberíamos parar en cuanto encontremos un sitio donde guarecernos -dijo el anciano después de un trecho de andar calados hasta los huesos.

- No seré yo quien te diga que no -la muchacha estaba empapada.

No tardaron mucho en otear un reducido descampado, en el que se levantaban unas extrañas estructuras de piedra dura como el granito. Cuando llegaron a ellas, la lluvia empezó a amainar casi bruscamente.

- Cualquiera diría que este sitio hace las veces de un refugio, porque al llegar a él la lluvia cesa -comentó el hombre.

Apenas chispeaba ya, así que aprovecharon para descansar un poco y curiosear por el lugar.

Nueve gigantescas piedras alargadas se disponían en torno a una especie de banco rectangular central.

- ¿Qué es esto? ¿Por qué y quiénes han dispuesto estas rocas tan grandes así? -preguntó Zenia admirada por el tamaño.

- Parecen dólmenes, y la piedra central un altar -informó Banlot a la muchacha-. Son antiquísimos monumentos que se construyeron no se sabe cómo, para rituales

ancestrales relacionados con la muerte y el tránsito al más allá.

- ¿Más allá? ¿Qué hay más allá? -la joven no había escuchado antes nada de aquello.

- Hay muchas hipótesis sobre eso, y especialmente mucha superstición, que tanto abunda en estos tiempos.

- ¿Cuál es la que crees tú? -preguntó directa Zenia, como solía acostumbrar hacer.

- Respecto a eso, mi querida, la vida te irá ofreciendo las experiencias necesarias para averiguarlo, si tienes interés suficiente en conocerlo.

- Pues yo creo que vamos a otro plano, parecido a como nos está pasando a nosotros ahora -a él le brillaron los ojos al escucharla-. Aquí se respira una paz infinita...

Suspiró en lo profundo, y Banlot la dejó disfrutar un rato más, antes de decirle:

- Bueno, deberíamos irnos cuanto antes, ahora que parece que ha amainado.

- ¿Por qué tienes siempre tanta prisa por que nos vayamos, Banlot? Parece que no quieres llegar tarde a... no sé dónde. Si no tenemos ningún sitio en especial adonde ir excepto las puertas; y para ésas parece que no tenemos ni que desplazarnos.

- Tienes razón, Zenia -reconoció el hombre-. Es porque suelo llevar siempre el desasosiego de la noche, de cómo encontrar un buen lugar para descansar. Básicamente para ti, que no estás tan habituada a vivir al aire libre.

- No te preocupes, que igual que todo lo demás, se irá dando poco a poco. Acuérdate del afán de cada día; irá viniendo.

- De acuerdo. ¿Quieres que nos quedemos un poco más? -le preguntó él.

- Sí, al menos un rato -contestó ella-. Creo que éste es el lugar al que teníamos que llegar. Hay un magnetismo aquí que me induce a permanecer pegada al sitio.

- ¿Quieres decir que aquí es dónde se encuentra tu objeto? -preguntó Banlot con entusiasmo.

- Puede ser...

- Y yo queriendo sacarte con celeridad de aquí. Últimamente no estoy nada afinado.

Zenia lo miró con candidez, y le dijo:

- ¿Sabes por qué no estás afinado? -Banlot negó con la cabeza-. Porque si lo estuvieses, estarías privándome, sin querer, de mi intuición para resolver cada incógnita que se presenta, puesto que la resolverías tú antes de que a mí apenas me diese tiempo a planteármelo.

- Qué bondadosa eres, Zenia... Seguramente será así. Se me olvida que ésta es *tu* aventura.

- No, es *nuestra* aventura, sólo que yo soy quizá la protagonista -apuntó la joven.

- Seguro...

Acabó de pronunciar la última palabra, y un esplendoroso arco iris surcó el cielo, al que por un lateral se le escapaban algunos tímidos rayos dorados.

- Oh, qué hermosura... -exclamó Zenia contemplando la semicircunferencia multicolor.

Después de una pausa, preguntó:

- ¿Y dices que no se sabe quién construyó esto?

- No exactamente, porque por aquella época los medios que existían no permitían el desplazamiento de semejantes rocas.

- Y entonces, ¿no hay ninguna explicación posible? Alguien debió hacerlo.

- ¿Por qué te interesa tanto? -preguntó Banlot curioso.

- Porque tengo la impresión de que ahí está el secreto de esta puerta.

Banlot pensó un momento, y dijo:

- Hay una teoría que lo explica con los astros.

- ¿Con los astros? ¿Cómo es eso? -le intrigó a Zenia.

- Bueno, dice que fueron unos seres, que se presentaron desde muy lejos, los que

emplazaron este tipo de construcciones por aquí.

- ¿Desde muy lejos? ¿De los astros, quieres decir? -Zenia estaba más intrigada aún.

- Sí, de las estrellas, de algún otro planeta; hermanos del firmamento, los llaman algunos. Dicen que se encuentran permanentemente cerca de nosotros, velándonos y ayudándonos. De estas piedras, hasta dicen que las trasladaron ellos de allá, porque son rocas de una composición que no existe aquí.

- Ellos dejarán, entonces, el objeto que me atraerá profundamente -dijo Zenia con la mirada perdida en las piedras.

El arco iris desapareció con sus rayos dorados y volvió el cielo oscuro y encapotado.

En breve, comenzó de nuevo a llover y copiosamente, así que intentaron resguardarse pegados a uno de los dólmenes, en la pared contraria a la dirección del viento y de la lluvia.

Antes de que pudiesen darse cuenta, un enorme relámpago zigzagueó con su potente y enérgica luz en medio del círculo de piedras -al pie del rectángulo que hacía las veces de altar-, deslumbrando el lugar. A la vez, un fuerte rugido hizo temblar todo con su potente vibración.

Zenia gritó y se agarró a Banlot, escondiendo la cabeza en su ancho pecho. Él la abrazó fuerte, arropándola.

Todo duró unos segundos, que a ellos se les hicieron eternos. Cuando acabó, ya no llovía. Consiguieron amansar su corazón desbocado, y se aproximaron al lugar donde había caído el rayo.

- Qué cerca cayó... -Zenia aún estaba pálida-. ¿Y si nos hubiese alcanzado?

- La piedra del altar está rota... aquí.

Le faltaba una esquina.

- ¿Qué es eso? -Zenia se fijó en algo en el suelo y fue a cogerlo.

- ¡Cuidado! No lo toques... -Banlot la cogió del brazo-. Aún puede estar caliente, si lo ha tocado la electricidad del relámpago.

- Qué extraño todo... -Zenia observaba a su alrededor-. Pero sigue habiendo la misma paz de antes, si no más...

- Lo que más me desconcierta es la facilidad con que aquí viene una tormenta con su agua y se va, viene un arco iris con su sol y se va, viene un rayo con su trueno y se va...

- Es que igual éste no es un sitio ordinario...

Zenia se puso a tocar las piedras con curiosidad.

Al cabo de un rato, dijo:

- Voy a coger lo que vi entre la hierba.

Se acercó de nuevo al altar y lo recogió. Se veía que había formado parte del trozo que faltaba en la esquina.

- Mira, Banlot, qué brillo... Al haberse roto la piedra, puede verse su interior. ¿Has visto alguna vez algo semejante?

Examinaron el fragmento, que tenía forma de geoda y cuyo interior estaba cuajado de cristales. Brilló intensamente con la luz del sol, que comenzaba a asomar por el cielo parcialmente despejado.

- Qué reflejos tiene ahora con el sol... -Zenia seguía con la boca abierta-. ¿Has visto cómo ha cambiado con la luz solar? Ahora son cuarzos de colores... equivalentes a los siete colores del arco iris que hemos visto antes: bermellón, anaranjado, ámbar, esmeralda, turquesa, índigo y magenta.

Iba señalándolos con el dedo.

- ¿Tendrán todos estos dólmenes esos cristales en su interior? -se preguntó Banlot-. Si lo tienen, como no les da el sol por dentro no se pueden transformar en estos

maravillosos cuarzos.

- Éste es el objeto -sentenció Zenia-. No hay duda, por la forma en que nos ha llegado, por su belleza fuera de lo normal y por la paz que me transfiere cuando lo tengo entre mis manos...

El sol radiante lucía ya en un brillante y límpido cielo azul.

- No nos hubiese alcanzado nunca... -dijo Banlot.

- ¿El qué? -preguntó Zenia.

- El relámpago -contestó el anciano-. Iba dirigido justo a la piedra; ése era su objetivo.

Zenia no dejaba de contemplar y fascinarse con los cristales irisados, pero le escuchó... y comprendió.

- Los que trajeron estas piedras, o los de su raza -dijo- provocaron el relámpago, justo ahí, para que la piedra rompiese y pudiésemos capturar un fragmento y ver su interior, con la luz del astro de nuestro cielo. Los hermanos del cielo nos han dejado el arco iris...

Zenia guardó la geoda con sumo cuidado en el macuto, al lado del catalejo, ambos envueltos en sendas finas y delicadas telas de seda y protegidos, junto a la llave rosada. Al verla, sorprendida preguntó a Banlot:

- ¿Y la llave? Aún no la hemos usado. Y, sin embargo, ya dos puertas se han abierto. O las puertas no son lo que creíamos o esta llave no servía para abrirlas.

- Es cierto, no la recordaba. Pues no lo entiendo, francamente. ¿Para qué es esta llave entonces?

- A lo mejor es suficiente con que la lleve encima -comentó la muchacha.

- ¿Y la primera puerta? Aún no la teníamos -repuso Banlot.

- No lo sé. Supongo que ya nos llegará el momento de entender eso también.

- Bien, continuemos pues.

- ¿Qué te parece si aprovechamos para comer aquí antes de abandonar este sitio? -sugirió Zenia.

- Excelente idea.



Tras un apetitoso almuerzo, aún con las viandas que les restaban de la kramita, reposaron un poco antes de partir.

Se habían acondicionado junto a uno de los menhires, así que al llegar la hora del descanso, Zenia aprovechó para sentarse delante de la misma piedra, apoyando su cabeza en ésta. La placidez y quietud del lugar, junto con un aterciopelado sol que acariciaba su rostro, estaban amodorrándola cada vez más.

«He comido demasiado», pensó. Y ya no hubo más pensamiento, porque cayó inesperadamente en un sueño profundo...

En él, se vio sentada tal como se encontraba, pero los dólmenees alrededor no eran de piedra. O sí, pero estaban desprovistos de la capa granítica exterior, de tal manera, que eran todo cristal, como el interior del fragmento recogido junto al altar.

En ese justo instante, el sol se reflejó en ellos y comenzaron a destellar una luz irisada por doquier, que salía de sus nuevos cuarzos coloridos.

El sol en los ojos y el cromático espectáculo que Zenia presenciaba la tenían tan deslumbrada, que no se percató de que, frente a ella, una esbelta figura se le iba acercando.

Mas en una de las ocasiones, al pasar justo delante del sol, la muchacha pudo distinguir una silueta en el contraluz.

Todavía más cerca, acertó a ver que llevaba una extraña vestimenta azul claro muy ceñida al cuerpo y brillante. En el pecho llevaba bordado en hilo de plata un pequeño

círculo y un triángulo circunscrito en él.

Al llegar a ella, vio unos ojos tan luminosos que no podía decirse si eran de algún color definido. Una voz masculina y profunda salió de sus labios, a la vez que llevaba una mano al pecho en señal de saludo y reverencia:

«Te saludamos, hermana, bienvenida seas a nuestro espacio de energía». Mostró ahora con la mano las enormes piedras multicolores.

«Gracias», contestó Zenia llevándose también la mano al pecho en respuesta a su saludo. «¿Quiénes sois y de dónde venís?», preguntó con acentuado respeto.

«De muy lejos, allá donde tu catalejo apenas puede distinguir. Pero estamos cerca y sabemos de vuestros esfuerzos para velar por vuestros bosques. Todos somos hermanos».

«¿Qué venís a comunicarme?», quiso saber la joven.

«Queremos que sepas que has de seguir conduciendo tus pasos como hasta ahora. Ellos te llevarán, finalmente, a formar parte de la salvaguarda de los árboles, pilares de la vida en este planeta. Este hecho provocará que tu gente pueda subir de nivel en el eterno ascenso evolutivo hacia el amor y la confraternidad de los mundos». Calló por un instante.

Zenia aprovechó la ocasión para preguntar por algo que necesitaba saber: «¿Y quién o quienes pueden querer la desaparición de la vida?».

El ser la miró con sus ojos refulgentes y contestó: «No estoy autorizado para responderte a eso, pero te diré que la oscuridad de tu mundo no quiere ni su evolución ni su acercamiento a la luz, e intentará destruir cualquier atisbo de amor, hermandad y cooperación. Si se cortan los pilares y la base de la vida, habrá caos, desesperación y su arma más letal: el miedo». Volvió a callar, pero esta vez Zenia no quiso importunarle más con sus interrogantes.

«Siete puertas», prosiguió, «que te llevarán a siete objetos simbólicos de los siete componentes fundamentales del bosque».

Y puso su mano abierta cerca del pecho de Zenia, que se vio inundada por una energía irradiante y resplandeciente que la atravesó toda, obligándola a cerrar los ojos...

Cuando los abrió, el ser de luz había desaparecido y las piedras habían vuelto a su estado granítico y no emitían nada.

Al mirar a su izquierda, vio un Banlot de rostro insondable observándola.

- ¿Qué ha ocurrido? -dijo sonriendo tenuemente.

- Uau, Banlot...

- Que no das para sustos, ¿no?

- Si fuese sólo un susto... Pero son cosas tan inconcebibles y trascendentales las que me están sucediendo...

Se quedó callada un tiempo, y Banlot así lo respetó.

Respiró profundamente, y le contó a su amigo el sueño.

Cuando terminó, quedaron en solemne silencio.

- Escríbelo, Zenia, para no olvidarlo -dijo él pausadamente-. Ahí tenemos más información, que nos aclara algunas cosas importantes. Pero veo que el mayor efecto ha sido sobre ti: tu rostro está transformado. Pareces más fuerte, segura... y luminosa.

- La luz de él...

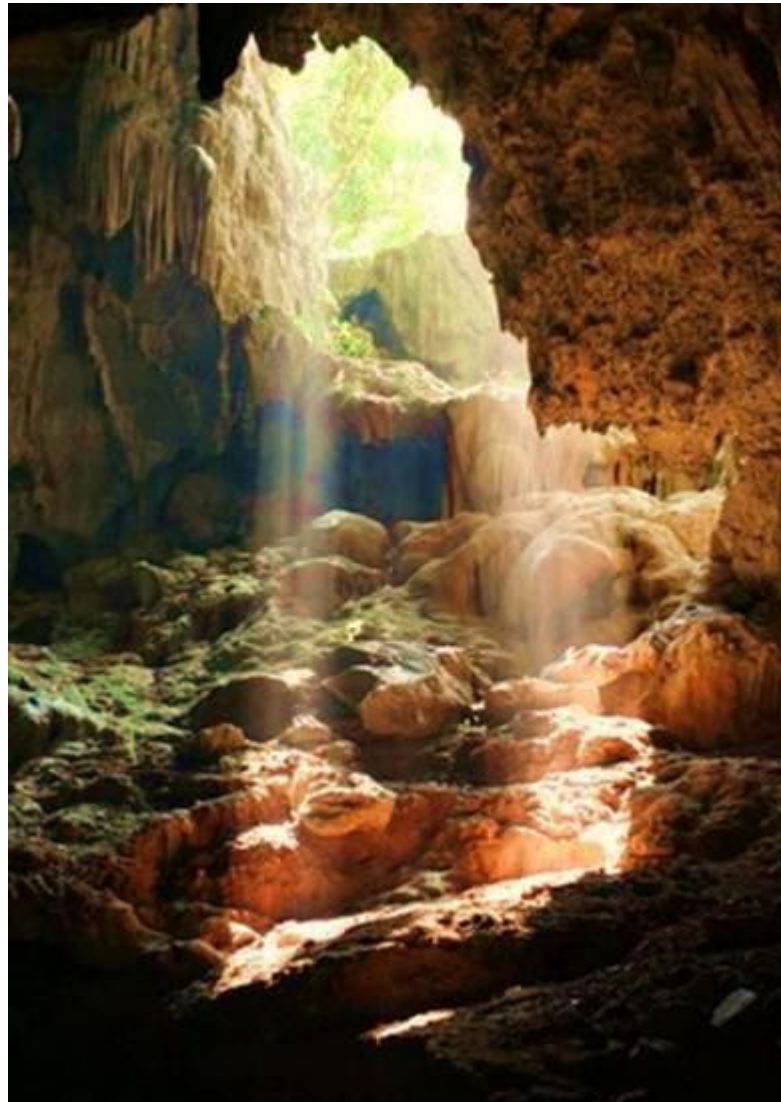
Banlot creyó que, decididamente, había llegado la hora.

- ¿Quieres que nos vayamos ya?

- Sí, mi querido hermano, sí.

Salieron del mágico círculo de menhires y siguieron adelante, siempre adelante, en la misma dirección y con el mismo objetivo: seguir abriendo puertas, transitando espacios y descubriendo objetos ocultos...

## 6. Los Hermanos del Corazón de la Tierra



## 6

Tras caminar lo que quedaba de la tarde y guarecerse de la noche en el hueco de una monumental roca que encontraron en el camino, amaneció un nuevo día.

Una vez se hubieron desperezado y desayunado, se pusieron a analizar los pasos que podían dar y qué datos tenían sobre la mesa.

- ¿Qué nueva información tenemos a partir de la segunda puerta y del sueño? - quiso recopilar Banlot.

- Lo primero, que no estamos solos en esto -contestó enseguida Zenia-. Que ahora, más que nunca, debemos seguir hasta el final. Y que seguramente sigamos recibiendo apoyo en nuestra travesía.

- Sí -afirmó Banlot-. Y debemos seguir así, como lo hemos hecho hasta ahora y como tú decías: caminando y dejando que las cosas pasen y que las señales lleguen.

- Y la clave siguiente está en averiguar cuáles son esos siete componentes fundamentales del bosque. Y partir de que los siete objetos son un símbolo, una muestra quizá, de cada uno de esos componentes -dijo la joven pensando cada palabra.

- Contamos ya con dos componentes -apuntó el hombre-, mas no sabemos aún cuáles son. Pero tenemos sus dos correspondientes objetos simbólicos: el catalejo y la geoda.

- Uno construido por un kramita y otro traído desde muy lejos por los hermanos del firmamento.

Dicho esto, Zenia sacó los dos objetos de su bolsa y los analizó.

- No creo que sea arbitrario que Vrajant construyese este instrumento de esta forma, con esos elementos decorativos.

Observó la madera de la estructura, los huesos, las hojas, las flores, la tierra... y el agua al moverlo.

- Um, creo estar próxima, y que este catalejo es el que tiene más información de todo lo que tenemos hasta ahora -dijo Zenia examinándolo y haciéndolo girar-. Pero ya lo sabremos.

- Y respecto a la geoda, creo que lo más significativo es que sea el sol el que le saque los colores irisados a la piedra -añadió Banlot.

- Los kramitas y todo aquello de lo que consta el catalejo forman parte del bosque -siguió desenmarañando la muchacha-. Y los hermanos y la geoda, aunque no son originariamente del bosque, tienen mucho que ver y forman parte de él de alguna manera, fundamentalmente como protectores y cuidadores energéticos que velan por su continuidad, y por nuestra seguridad y evolución.

Banlot estaba cada vez más perplejo por la firmeza, agudeza y sabiduría de la joven, y por las palabras que utilizaba.

- Hoy encontraremos la tercera puerta -continuó-. Veremos adónde nos lleva.

No les quedaba otra disyuntiva que volver a caminar sin rumbo fijo aparente hasta que los acontecimientos, el paisaje o lo que quiera que fuese, se transformase o les indicase algo nuevo.



A media mañana, pararon a descansar unos instantes en una verdosa y

encantadora pradera, salpicada de blancas y diminutas flores otoñales, y que les atrajo para hacer una breve parada. Se sentaron sobre la tierra acolchada de hierba alta y jugosa, y cuyo frescor, aun a esa hora del día, ya se agradecía.

Zenia se echó y se quedó mirando el impoluto cielo azul intenso. Era un bello día radiante de otoño, de los que ya pocos iban quedando.

La muchacha sintió la tierra bajo su cuerpo, fresca y llena de vigor y vitalidad.

Los pájaros, que adornaban la suave brisa de la mañana con sus incesantes gorgoteos, fueron enmudeciendo, hasta que sólo quedó un silencio adormecedor que empujaba a Zenia hacia abajo, como si la tierra quisiese atraerla a su seno y envolverla en su perfume, allí, dentro de sus entrañas.

Ella advertía que se iba más y más hacia abajo, hacia dentro, hacia el interior de la tierra, pero no se asustó; cerró los ojos y se relajó. Sentía una potente energía de vida alrededor y en su interior, en todo el cuerpo.

Transcurrían los minutos, y apreciaba cómo su cuerpo se recargaba de una potente y compacta fuerza que la atravesaba.

Al poco, todo cesó y, paulatinamente, los sonidos de las aves volvieron al lugar, junto a la brisa transparente.

Sintiéndose más vital que nunca, abrió los ojos y la reconfortó el azul perla del cielo.

Miró a su lado buscando a Banlot, y lo vio como dormido. Al incorporarse, él abrió los ojos y la miró. No necesitaron hablar, porque los dos sabían perfectamente lo que había ocurrido; era la tercera vez que pasaba.

Ojearon a su alrededor, pero todo aparentaba seguir igual, incluso el camino.

Reanudaron el viaje, los dos silenciosos...

A la media hora, el camino los fue acercando a lo que aparentaba un promontorio abrupto y pedregoso, allá a lo lejos.

Al llegar a él, vieron que el camino acababa justo delante de lo que aparecía como la entrada a una cueva.

Se miraron contrariados, y Zenia dijo:

- Adelante, ¿no? Entremos...

- Sí, sí, qué remedio...

Parecía una gruta en lo profundo que comenzaba en aquella cueva rocosa y desnuda y se alargaba por un pasillo ancho, situado frente a la misma entrada de la cueva.

Se adentraron en él, y al presto, apenas quedaba ya luz del exterior, así que Banlot dispuso una tea para alumbrarse en aquel -cada vez más- umbrío y húmedo lugar.

El amplio túnel descendía lentamente a medida que avanzaba.

No se habían adentrado aún demasiado en él, cuando súbitamente escucharon un tremendo estruendo, y el suelo y hasta las paredes temblaron durante unos segundos.

Banlot sospechó lo peor, y dijo:

- Vamos... rápido... a la entrada...

Y sin mediar más palabra, dio media vuelta y volvió con paso apresurado al inicio de la gruta. Zenia, no con poca dificultad, lo siguió, o mejor dicho, siguió aquella pequeña luz que se alejaba cada vez más de ella en el camino de vuelta... hasta que se paró y pudo darle alcance, viendo un rostro con un matiz de desesperación.

- ¿Qué ha pasado, Banlot? -preguntó Zenia sobrecogida-. ¿Ésta era la entrada?

- Me temo que sí -contestó Banlot apesadumbrado.

- ¿Quieres decir que ha quedado cubierta por estas enormes rocas?

- Eso parece. Y te aseguro que no concibo cómo ni de dónde han podido caer, de pronto, tantas piedras de este calibre.

- ¿Un pequeño terremoto, quizá? -preguntó cohibida Zenia.

- Esto es bastante raro... -el anciano se mesaba la barba, reflexivo.

- ¿Y si el túnel no tiene salida por ningún otro lado?



- Mejor no pensar en eso, mi pequeña. Con más razón debemos seguir adelante cuanto antes.

Zenia se sentía aterrorizada ante la posibilidad de haber quedado atrapados bajo tierra, pero intentó seguir el consejo de él y darle lo menos posible a la mente...



Siguieron adelante durante alguna hora más y luego también tras el almuerzo, pero no encontraron ni el más mínimo indicio de salida ni de modificación en el largo pasadizo, salvo que proseguía descendiendo casi imperceptiblemente.

Cuando ya estaban a punto de desesperar al ver sólo tinieblas y gélidas paredes, el túnel se les antojó que cambiaba de rumbo o que bajaba bruscamente, porque la imagen que veían al fondo, hasta donde alcanzaba la luz de la antorcha, era la del corte del suelo del pasadizo.

A medida que se acercaban, con mesura, a este aparente final del oscuro camino, iban divisando un espacio mayor tras éste.

En realidad, se trataba de una bajada brusca del túnel -que desde donde ellos venían quedaba oculta, y esto provocaba un efecto visual de cortado- hacia una especie de gran gruta, en cuya parte inferior se asomaba un tenebroso lago de aguas subterráneas.

Descendieron para acercarse a la orilla de la laguna y averiguar si podían disponer de aquella agua para beberla, puesto que sus suministros de bebidas andaban ya escasos. Los ríos o manantiales que iban encontrando por los caminos solían surtirlos en este menester en su mayor medida.

Iban bajando agarrándose con cuidado entre las piedras que conformaban la alta cueva, ya que el descenso se transformó en rocas y más rocas.

A pesar de la precaución, la humedad de las piedras las hacía muy resbaladizas, por lo que Zenia dio un traspié, gritó y cayó un par de metros más abajo, golpeándose a su paso por las afiladas rocas.

Banlot se abalanzó, de un rápido y largo salto, al lugar en el que la muchacha acababa de caer. Estaba desmayada, así que buscó urgentemente agua en los macutos e intentó hacerla reaccionar mojando su rostro, no sin antes haberla tendido sobre el suelo y elevar un poco sus piernas para hacer irrigar la sangre al cerebro de la joven.

Enseguida volvió en sí, y en cuanto lo hizo, su cara se torció por el dolor.

- ¿Dónde te duele?

- En la mano y en la cabeza.

Él la examinó, y se quedó desconcertado con lo que vio.

- No te preocupes, Zenia, no tienes nada importante -la tranquilizó-. Te has desmayado del golpe en la cabeza, pero tanto la herida en la frente como la de la mano están cerradas y ni tan siquiera han llegado a sangrar.

- ¿Cómo dices...? -ella se miró la mano-. Uy, está como cuando una herida lleva varios días cicatrizando.

- Sí, y en tu frente igual.

Se tocó, y no salía sangre de la brecha.

- ¿Te duele mucho? -le preguntó el anciano.

- No, en realidad sólo un poco -respondió la joven.

- ¿Crees que podremos seguir bajando, o prefieres que esperemos un poco?

- No, no, sigamos.

La ayudó a levantarse con cuidado, y continuaron hacia la laguna, apoyándose la muchacha en él siempre que era posible.

Justo al llegar, ella dijo:

- Ahí... ahí hay alguien.

Banlot echó una mirada donde señalaba, pero no acertó a distinguir nada.

Se aproximaron a la zona, entre unas rocas bajas, pero nada.

- ¿Qué has visto exactamente? -le preguntó el hombre.

- No, si ver... no he visto nada -contestó ella un poco ruborizada.

- Y, ¿entonces?

- Al ver esas rocas, he recordado que, justo antes de despertar cuando me desmayé, vi ese mismo sitio y a una persona un poco rara ahí, de pie.

- ¿Un poco rara?

- Verás... Iba vestida diferente a nosotros -respondió ella-. Más próxima al hermano del firmamento con el que soñé... bueno, o hablé.

- ¿Y qué hacía? -Banlot siguió preguntando.

- Nada. Tenía los ojos cerrados; parecía que estaba concentrado en algo.

Banlot la miraba con ojos brillantes, pero no dijo palabra.

- ¿Qué piensas? -preguntó Zenia al ver su mirada.

- Que ese ser aceleró la curación de tus heridas -contestó él tajante.

Zenia se acercó al agua y miró en ellas el fondo oscuro. Observó luego entorno suyo el lugar, sintiendo su calma.

Al volver a mirar abajo, vio ahora una figura reflejada en la superficie del agua: un rostro apaciguado que la miraba con una suave sonrisa. Miró detrás suyo, pero allí junto a ella no había nadie más.

- ¿Qué has visto? -preguntó el anciano al advertir los gestos de la joven.

- He visto a ese ser de nuevo, pero esta vez no ha sido en un sueño. Ha sido ahora mismo aquí, reflejado en el agua.

- Está acostumbrándote a él, para que no te asustes -dijo tranquilo el hombre.

- No me asustas... Puedes presentarte -dijo la tresla en voz alta.

Unos segundos después, escucharon una voz melodiosa que dijo:

- Hola, mis hermanos, y bienvenidos.

La voz procedía de un lateral, pero no alcanzaron a ver a nadie.

Se acercaron allí y vieron aparecer, tras una alta roca, una figura humana con una vestimenta ceñida al cuerpo, de color claro y brillante, en cuyo pecho llevaba el mismo bordado que el hermano del firmamento, pero en hilos de oro.

Aunque su rostro no era luminoso, desprendía un halo de cordialidad y magnificencia singulares.

- Hola. Somos... -empezó la muchacha.

- Sé quiénes sois, tranquilos -contestó dulcemente-. Mi nombre es Dulter. Si lo deseáis, os llevaré con los míos, y allí podréis reposar y recuperaros del camino.

- Gracias -respondió Banlot, y lo siguieron.

Caminaron otro poco más por paisajes rocosos, que apenas se diferenciaban de los que se hallaban al aire libre, excepto porque desde allí no podía divisarse cielo alguno.

Tanto la zona inicial del lago como los amplios espacios que recorrieron después, tenían una suave luz azulada que no supieron bien de dónde procedía.

Comenzaron a ver zonas espaciosas con plantas exuberantes que crecían desde un suelo terroso, cada vez más abundante. Parecía como si todo fuese mudando a un mundo como el externo, pero en el corazón del planeta.

Finalmente, llegaron a unas insólitas y vastas edificaciones de un blanco luminoso. Se adentraron, tras traspasar unos grandes ventanales acristalados que hacían las veces de entrada, y que se abrieron a su paso.

Quedaron impresionados de lo que encontraron dentro, pues era como una pequeña ciudad, en la que la vida vegetal se difuminaba por cada rincón y cuyos bajos edificios eran todo albo, reflejando aún más una luz solar de la que seguían desconociendo su origen. Allí pudieron ver otros humanos como el que les acababa de

guiar hasta aquellos recintos.

Los llevó a un lugar que regentaba un frondoso jardín, en uno de cuyos ángulos había una pérgola tapizada con enredaderas, con diversos bancos dispersos; todo ello conformaba una estancia complaciente y agradable.

Enseguida aparecieron dos individuos más, un hombre y una mujer, y Dulter dijo:

- Ellos son Grest y Anxis.

Todos se sentaron y comenzaron a conversar.

- Podéis permanecer aquí cuanto necesitéis -comenzó Anxis, cuyos celestes ojos y cabello castaño claro hacían su rostro muy bello y femenino.

Su voz, pausada y dulce, continuó:

- Aunque el tiempo apremia... Una vez des con tu objeto, mi querida Zenia, deberíais partir raudos cuanto antes.

- Aún os quedan tránsitos que recorrer, mis amigos -la voz varonil de Grest resultó ser la más grave y profunda-. La oscuridad sabe ya con seguridad sobre vosotros, y os acecha. No permitirá que vayáis traspasando tan fácilmente las puertas.

- Nos quedaremos esta noche a descansar -propuso Banlot-. Y mañana decidiremos qué hacer.

Zenia, que aún no había dicho nada, preguntó:

- ¿Y cómo saldremos de aquí? La entrada por la que accedimos ha quedado totalmente bloqueada.

- Lo sabemos -dijo Dulter-. Por eso decimos que la oscuridad sigue vuestros pasos y comienza a hacer todo lo posible por impedirnos avanzar o traspasar más puertas.

- ¿Quieres decir que fue ella la que provocó la caída de esas rocas? -preguntó Zenia asustada-. ¿Y quién es? ¿Cómo es?

- Tranquila, niña, estás a salvo -contestó la mujer-. La llamamos oscuridad para que podáis entendernos, pero no es exactamente alguien que pueda describirse. La oscuridad existe porque existe la luz; pero donde hay luz, la oscuridad desaparece.

- No temáis a la oscuridad -prosiguió Grest-, porque ella se alimenta del miedo. Nada habréis de temer si tenéis presente el objetivo de esta misión y si permanecéis bien atentos a cuanto pueda acontecer a cada momento. Vuestro corazón, si va limpio y con amor, os irá llevando a vuestro fin, y nada ni nadie podrán impedir que así sea.

- Mañana veré mi objeto y partiremos -dijo una Zenia segura de sí misma-. Pero decidnos antes: ¿quiénes sois exactamente y qué papel es el vuestro en esta misión? Os parecéis a los hermanos del cielo.

Dulter mesó sus largos y lacios cabellos dorados, y contestó:

- Los que llamáis hermanos del firmamento nos son muy cercanos, y trabajamos a menudo asociados por un objetivo común. Nuestros pasos andan próximos en la evolución, pero ellos viven más allá, en el exterior, y nosotros aquí, en el interior.

- Es necesario que nuestra ayuda sea dirigida desde fuera y desde dentro -apuntó Anxis-, para que el planeta pueda seguir dando los pasos evolutivos necesarios para llegar a la luz. Los pocos de los vuestros que saben de nosotros nos llaman los hermanos del corazón de la tierra. Tú sabes de nosotros...

Y miró a Banlot.

Zenia se quedó estupefacta, pero no dijo nada.

- Nuestro hermano Shim, quien se comunicó contigo en sueños, querida Zenia - Anxis continuó-, ya te habló de los siete fundamentos del bosque; ellos pertenecen a uno de ellos y nosotros a otro. Pensad en lo que hemos hablado del exterior y el interior. Ved el bosque o cualquier sistema de vida como una red de elementos interconectados y necesarios cada uno de ellos para la propia vida; reflexionad sobre los elementos necesarios de ésta.

- Deberíais ir a relajarnos -dijo Dulter después de una pausa de silencio-. Aún os quedan experiencias que vivir, y aquí podréis recargaros de energía y recuperar todas

vuestras fuerzas.

Se levantaron y los condujeron a un agradable habitáculo, con anchas y cómodas camas, desde donde podía escucharse el rumor de una de las muchas pequeñas cascadas que había en aquella peculiar pero hermosa ciudad.

Prefirieron no conversar, y tras dirigirse a una estancia donde disfrutaron de una deliciosa cena, volvieron a la habitación y reposaron sus agotados cuerpos, sus laboriosas mentes y sus agitados corazones.



A la mañana siguiente, despertaron totalmente recuperados.

Se reunieron con sus compañeros para el desayuno, y tras ello, Zenia quiso pasear y recorrer el lugar a su antojo.

Luego de ver bellos edificios, estanques, vegetación y agua a cada paso, un acogedor rincón en la galería de uno de los edificios le atrajo, y se sentó allá, entre plantas, caídas de agua, y piedra blanca y brillante.

Las personas con las que se había ido cruzando la saludaban todas con una amplia y sincera sonrisa. Era muy gratificante estar allí, donde desde el primer momento se sintió segura y entre amigos. Ni en su aldea había llegado a respirar esa tranquilidad y esa especie de hermandad, con gente incluso desconocida.

Se quedó reflexionando sobre la conversación que habían mantenido con los hermanos del corazón de la tierra la noche anterior. Lo que más le seducía averiguar era sobre los siete elementos del bosque y de la vida.

«¿Qué necesita la vida para existir?», se preguntó. «Tierra, agua, luz, aire...».

Siguió pensando: «Y la vida son las plantas y los árboles, los animales, nosotros mismos...».

Se detuvo también a pensar en la puerta que habían atravesado, y cómo habían acabado en el interior de la tierra, donde se encontraba su tercer objeto, que estaría relacionado con el lugar y sus gentes.

En ello estaba, cuando un niño rubio y de ojos verdes como el trigo sin madurar, se acercó riéndose.

- Hola, qué traje tan raro... -dijo el niño con naturalidad.
- Sí, es muy raro. El vuestro es muy hermoso, como tus ojos.
- Son del mismo color, sí. ¿Cómo te llamas?
- Zenia.
- Uy, como la niña de mi cuento.

La muchacha se quedó boquiabierta.

- ¿En tu cuento hablan de Zenia? -le preguntó, a ver si el muchachito le hablaba de ella.

- Sí. Hace mucho, mucho tiempo, ella hablaba con los seres del bosque de arriba, pero eso fue hace mucho. Ella ni se acordará.

A pesar de que se estaba quedando petrificada con lo que le estaba narrando el niño, quiso seguir preguntándole:

- Y ahora, ¿ella dónde está?
- Aquí, esperando.
- ¿Esperando qué, mi cielo? -la joven lo miró dulcemente.
- Esperando a que yo le dé mi cuento.

Su cuento...

- ¿Y lo tienes aquí?
  - No -contestó el pequeño-. Está en mi casa, mi mamá me lo lee todas las noches.
- Zenia no sabía muy bien cómo continuar.
- Entonces, ¿aún no sabes el final? -se le ocurrió preguntar.

- Sí, sí, claro. Anoche me leyó el final.  
Anoche... cuando llegaron allí.

- ¿Y acaba bien? -siguió preguntando ella, en vista de que el jovencito no proseguía.

- Pues claro que acaba bien. Como todos los cuentos, como todas las historias.  
Zenia bajó los ojos, y el niño siguió:

- Ella nos salvará y podremos seguir viviendo aquí. ¿Quieres verlo?

- ¿El cuento?

- Sí.

- Estoy deseando... -le dijo Zenia muy sonriente.

- Vamos, te llevaré a mi casa.

La cogió de la mano y la llevó a un edificio cercano.

- Espera, que ahora vuelvo -dijo el pequeño.  
Y se metió en el interior, correteando.

Al poco, volvió con una sonrisa que era pura luz, y le entregó un librito.  
Externamente, sus pastas cerradas eran de cristal translúcido con brillos de muchos colores.

Lo abrió, y en su interior, cada página se fue transformando en una pequeña construcción de un material desconocido para ella, mientras en la parte superior estaba el texto del que el niño le habló.

En la última página, se formó un pequeño mundo azul, todo rodeado de pequeñas criaturas y seres vivientes.

- Aquí está el bosque -dijo él muy serio-. Ella lo protegerá.

A Zenia se le llenaban los ojos de lágrimas, cuando escuchó una voz lejana a sus espaldas.

- ¡Cheskry!

Al niño se le iluminó la carita, y salió a todo galope en aquella dirección.

Cuando Zenia miró atrás, vio a Dulter con los brazos abiertos, levantando al niño al llegar y besándolo cariñosamente.

- Veo que has conocido a mi hijo -dijo él cuando Zenia fue también a su encuentro, y lo bajó de nuevo al piso.

- Es adorable, y muy especial... -dijo la muchacha revolviendo delicadamente el cabello dorado del crío.

- Te ha enseñado su cuento preferido.

- No, papaíto, se lo he regalado -se adelantó el pequeño-. Se llama como ella.

- Ah, ¿sí...? -Dulter se la quedó mirando con un brillo fulgurante en los ojos.

- Creo que vamos a irnos muy pronto -dijo ella-, muy a mi pesar...



Por la tarde temprano, se prepararon para continuar la andadura.

- Yo os llevaré hacia otra salida al exterior -les dijo Dulter.  
Se despidieron de Anxis, Grest y el pequeño Cheskry.

Los bracitos del niño rodearon a la joven, y ésta sintió como si una niña en su interior despertase, como si una luz centelleante volviese a prender dentro de su corazón.

Zenia se agachó, y le dijo bajito:

- Muchas gracias por tu lindo cuento. Jamás te olvidaré, y te llevaré siempre en mi corazón.

- Sí, porque yo estoy donde tú quieras llevarme. Y yo quiero ir contigo... -le dio un beso pequeño en su mejilla.

La joven tresla no comprendía cómo podía haberse encariñado tanto con ese tierno

niño en un solo día. Los niños siempre le habían cautivado, pero éste era diferente...

Al despedirse de Anxis, Zenia le dijo:

- Jamás hubiese imaginado que pudiese existir algo así en el interior de la tierra.

- Hay muchas cosas que aún desconocéis.

- ¿Y de dónde sale esa luz tan increíblemente hermosa? -preguntó ella mirando hacia todos lados.

- Es un sistema complejo que aún no habéis desarrollado. Se basa en la energía lumínica y trae la luz solar externa hasta aquí, aunque con matices, por supuesto, y transformada -contestó Anxis.

Grest dio un abrazo a Banlot, y le habló sinceramente:

- Cuida de ella, y sigue dándole su tiempo y su momento. Y si llega la hora, saca tu potencial cuanto sea necesario...

- Así lo haré.

Cogieron sus enseres, ahora nuevamente repletos de provisiones para algunos días, y siguieron a Dulter.



Después de unas pocas horas de camino bajo tierra, aparecieron en un nuevo túnel ascendente, y Dulter les indicó:

- Seguid por aquí y, en breve, alcanzaréis una cueva abierta que os llevará al exterior. Si queréis, podéis pasar allí la noche; estaréis libres de peligro.

- Gracias por todo, hermano -dijo Banlot acercando una mano al pecho.

- Velaremos siempre por vosotros...

Los abrazó, y volvió sobre sus pasos.

Llegaron diligentemente a la cueva, y se asomaron al cielo nocturno, cuajado de luces.

- A pesar de lo grato de nuestra estancia ahí abajo, yo me quedo con mi cielo, mi tierra, mis pájaros y mis estrellas -dijo Zenia feliz.

Hicieron un fuego para combatir la humedad de la cueva, y hablaron los dos, ya solos, sobre todo lo sucedido.

- Lo que más me aterra es lo de la oscuridad y su intención de sepultarnos vivos -dijo Zenia con miedo en los ojos.

- Pero también habrás podido comprobar que no estamos solos en esto, y que tenemos protección y ayuda.

- ¿A eso te referías cuando me dijiste aquel día que no estamos solos? También Persty me dijo algo así. ¿Pensabas en todos ellos? Porque tú los conocías... -Zenia empezó a encajar piezas-. Sabías que Dulter era el que me había curado las heridas. Y también sabías que el rayo, en el círculo de menhires, estaba cuidadosamente dirigido. ¿A ellos también los conoces?

Banlot estuvo callado durante unos segundos, mirándola a la luz del fuego, hasta que empezó a hablar:

- Sí, sabía de ellos, y había contactado en alguna ocasión, como con los kramitas. No vi necesario aún que lo supieses.

- Y hay bastantes más cosas que todavía no sé... ¿verdad?

- Cada cosa en su momento -contestó el hombre reposadamente-. Comienzas a saber sin necesidad casi de preguntar.

- Sí, sé más en estos últimos días que en toda mi aburrida vida en Larimor, estudiando pequeños tratados sobre pequeñas cosas.

- Tu formación allí era necesaria -aclaró Banlot-. Sin ella, no estarías aquí ni serías la que eres. No menosprecies nunca ni la más pequeña de tus experiencias; todo es necesario.

- Sí, tienes razón... -Zenia meditaba-. Y no sería la misma, sobre todo, si no hubiese tenido a mi madre.

- ¿La echas de menos? -preguntó el anciano al ver el rostro pesaroso de ella.

- Mucho -contestó ella emocionada-. Más de lo que había imaginado. Cuando te separas y te alejas de las personas las ves con más claridad y lucidez... y las aprecias y valoras.

Presenciaron juntos durante un buen rato cómo jugaban, traviesas, las llamas de la hoguera...

- Esta mañana cavilaba sobre lo que nos dijo Anxis acerca del bosque y la vida -dijo Zenia-. Y he llegado a una hipótesis, que supongo que podremos ir corroborando con las siguientes puertas.

- Adelante... -el hombre la invitó a seguir.

- En realidad, no he averiguado mucho... Pero creo que cada puerta que encontremos nos traerá un elemento indispensable para la vida: la tierra, la luz, el agua... y la misma vida en sí: las plantas, los animales, los seres como nosotros...

- Y con las tres que llevamos, ¿qué correspondencia tienen con los elementos que dices?

- Recordé lo que dijiste de la geoda y de que la clave estaba en el sol, que le sacaba esas luces y colores; no es ella misma hasta que no le da el sol. Como la vida, que sin el sol no existe...

- ¿A dónde quieres ir a parar? -le interrumpió Banlot sin comprender.

- Los hermanos del firmamento vienen de las estrellas, de otros planetas, de otros soles, y nuestro mismo sol es el que hace que exista el objeto como tal, el que dejaron. No olvides, además, que la puerta correspondiente se abrió mirando al cielo y las estrellas... La bóveda del cielo es, con sus estrellas y su sol, uno de los fundamentos del bosque.

»Su objeto simbólico: la geoda, procedente del mismo cielo, de donde vienen los hermanos, y que contiene el sol y los colores del arco iris, fundamentales para la vida; es decir, el sol y la lluvia.

- Puede ser... -el anciano aguardó a que continuase.

- Los hermanos del corazón de la tierra viven en su interior, en la misma tierra, origen e inicio de toda vida. Representan otro elemento fundamental en el bosque y en la vida: la madre tierra, en la que las semillas de la vida germinan gracias al sol y a la lluvia del cielo.

»Su objeto simbólico: el cuento, creado y construido en el corazón de la misma tierra con los colores tamizados del arco iris en sus tapas, y cuya historia narra el asentamiento de estos hermanos bajo el planeta para proteger desde sus entrañas la vida y todo lo que la conforma.

- No sabía que el cuento hablaba sobre sus anales -dijo Banlot admirado a la vez por las palabras de la joven.

- Y sobre cómo la niña protagonista, Zenia, se adentra en su mundo interno, y desde ahí, libera al planeta de la esclavitud de su propia oscuridad.

- Así pues, tenemos ya aclarados dos componentes fundamentales del bosque: el cielo y la tierra -recopiló el hombre-. ¿Y los kramitas?

- Aún no lo sé, ni lo que representan. Pero en el catalejo están los elementos de la vida: el agua, la tierra, los huesos de los animales, las hojas y flores de las plantas, junto con la madera de los árboles... pero no sé más.

- Bien, algo es algo. A medida que avancemos por las puertas, se irán aclarando las dudas.

- Ah, y esta tercera puerta se abrió al contacto con el suelo, con la hierba, con la tierra... -recordó también Zenia-. Parece que cuando contactamos con el fundamento correspondiente, se abre la puerta: viendo las estrellas en el cielo, sintiendo la tierra

bajo nuestro cuerpo...

- ...escuchando el canto de las aves y otros sonidos del bosque... -pensó en alto Banlot.

- Sí, pero no veo aún la relación con los kramitas.

- Lo veremos, lo veremos... -aseguró el anciano-. Ahora, a dormir.

- Sí. Buenas noches.

Se acomodaron en sus cálidas y suaves mantas, y Zenia se durmió enseguida.

Al pronto, tuvo sueños agitados, llenos de piedras corpulentas cayendo, puertas cerradas y oscuridades cerniéndose sobre ella...



## 7. Brances



«Apor la cuarta puerta», pensó Zenia al despertar. Se incorporó, estiró los brazos y se dio cuenta de que tenía los huesos molidos.

Banlot andaba ya por fuera de la cueva preparando el desayuno. Al verla salir de la guarida, exclamó:

- ¡Has visto un oso!
  - Muy gracioso... -a Zenia no le agradó la broma-. ¿Tan mal aspecto tengo?
  - Peor, ja, ja, ja -rió Banlot-. ¿No has descansado bien?
  - He tenido toda suerte de pesadillas siniestras con rocas cayéndome y puertas que se me cerraban en mis narices -protestó la muchacha.
  - Anda, ven aquí, que te den un poco los primeros rayos de la mañana -dijo el amigo tiernamente-. En cuanto pruebes mi desayuno, se te olvidan todos tus pesares.
  - ¿Sabes qué me agradaría ahora mismo? -dijo Zenia después, mientras engullía talmente una rebanada de centeno molido con canela y miel.
  - Estoy a punto de saberlo -dijo Banlot guiñándole un ojo.
  - Un magnífico chapuzón en un gran río... -parecía que Zenia sentía ya el frescor de sus aguas-. Y zambullirme en él como un delfín... aunque nunca he visto a ninguno hacerlo.
  - Ahora mismo eso no va a poder ser -sonrió Banlot-, pero quién sabe si en nuestra próxima etapa podremos complacernos con esa posibilidad.
  - Síii... por favor... -parecía una chiquilla.
  - Vaya, la muchacha responsable y cuerda se ha transformado en una niña juguetona.
  - Cheskry me ha devuelto la mocosa que fui -contestó Zenia con ojos inocentes-. O será que lo llevo a él dentro, y eso me ha trastocado.
  - No malogres nunca esa inocencia que hay en ti, por muchas tinieblas por las que pases. Porque la vida es puro juego, pero sólo mientras no descuidemos esa inocencia.
  - Hacía tiempo que no te escuchaba hablar así, Banlot.
  - Porque era el momento de que fueses tú la que hablase, y ante eso, yo no tenía nada que decir.
  - Cuántas cosas estamos viviendo, ¿eh, amigo? A veces creo que son excesivas...
  - Nunca la vida te traerá nada que no puedas sobrellevar, asimilar o sencillamente vivir; según como quieras tomártelo.
- Zenia se regocijaba al volver a oír sus palabras, certeras y sensatas.
- Pues no creo que precisemos mucho más para toparnos con las otras puertas -dijo Zenia-. A partir de ahora, que va todo aclarándose, no será necesario demorarnos mucho para encontrar cada acceso.

Dicho esto, se levantó y se dedicó a recoger y guardar todo para salir.



A escasas horas, cuando ya quedaba poco para la parada del almuerzo, desde la arboleda que atravesaban escucharon el sonido rumoroso de aguas lejanas.

- ¿Ves? Te lo dije, ahí lo tienes: tu río -le dijo Banlot a la muchacha, a la que se le iluminó la cara al escucharle-. Pide y se te dará...

Continuaron algo más por el camino. Éste les condujo hasta un gran puente

arqueado de piedra que atravesaba un vigoroso y agitado río, que corría con prisas aguas abajo.

Lo cruzaron y continuaron vadeándolo por la orilla contraria, hasta que pudiesen dar con algún remanso donde apostarse para comer.

Fueron bajando entre juncos, tarajes, ramas y follaje, hasta que salieron a una gran explanada de agua donde el río, manso ya, se ensanchaba tanto, que formaba un lago que serpenteaba entre los verdes montes, para volver de nuevo a adoptar su figura original de río inquieto y veloz, allá abajo, hacia el mar...

- Oooh, Banlot, no pudiste conseguirme un lugar más estupendo para ver realizado mi sueño... -dijo Zenia con los ojos bien abiertos.

- ¿Yo...? Estás muy equivocada, pequeña -contestó el anciano con una sonrisa en los labios-. El universo ha respondido a tus peticiones, no yo. Cada uno vivimos en el mundo que nos atrevemos a imaginar. Tú imaginaste esto, querías esto... y aquí lo tienes.

Se acercaron a la orilla, y Zenia enseguida se quitó el calzado y metió los pies para refrescárselos.

- Voy a darme un baño ahora mismo -dijo-. ¿Te metes tú también?

- Bueno, un poco por no dejarte sola, ¿eh?

- Buah, no te necesito -y se dio media vuelta.

- Y cuando te atrapen los tiburones, ¿qué?

- Sé defenderme solita.

- Seguro que sí, ja, ja, ja.

Se metieron en las tibias y claras aguas soleadas, y nadaron hasta un promontorio rocoso que se alzaba más allá de la superficie, a unos metros de la orilla.

Zenia, ágil nadadora, continuó disfrutando de aquellas calmas aguas cristalinas, alejándose más.

Cuando regresó cerca de las rocas, se extendió sobre el agua y dejó que su cuerpo emergiese sobre la superficie, de tal manera que, aunque su rostro quedaba al descubierto, sus oídos entraban levemente en las mismas aguas.

Se relajó totalmente, lo que hizo que su cuerpo flotase sin ningún problema. Veía las nubes blancas y doradas por el sol, que se apelotonaban en rollizos grumos aquí y allá, dispersas por el cielo turquesa.

Cerró los párpados y, a través del lago y su río, se vio transportada a un mar sin límites, excepto los de los horizontes lejanos. Se hundía en aquel océano profundo pero, sorprendentemente, respiraba sin dificultad.

Comenzó a escuchar, como en la lejanía, unos sonidos similares a los balbuceos de un bebé, de varios bebés risueños y, a su vez, una música dialogante que desconocía, pero que la trasladaba a aquellas otras aguas abiertas y sonoras como olas de espuma.

A medida que descendía por aquellas transparentes pero azules aguas, iba viendo todo tipo de animales y flora acuática hasta el fondo: peces de todos los tamaños y colores, delfines como los había visto en sus libros de estudio, algas resbaladizas, corales purpúreos y azulados, medusas translúcidas y blanquecinas, altas hierbas marinas, y un sinfín de explosión de vida subacuática.

Se sentía uno de ellos, flotando con su cuerpo sutil y liviano y acariciándolos a su paso. Los delfines no se separaban de ella; eran los que reían como bebés. A lo lejos, divisó a aquellos animales que escuchó dialogar entre ellos con sus sonidos: eran ballenas, o al menos, se asemejaban a los dibujos de sus libros.

El cuerpo empezó a elevarse hacia la superficie, lentamente, y al llegar a ella, quedó nuevamente suspendido. Al unísono, las ballenas y delfines dejaron de cantar, y volvió el silencio reposado y manso. Había *regresado* a la laguna del río.

Abrió sus ojos, y allí seguían las mismas nubes, algo desplazadas.

Buscó con la mirada a Banlot entre el promontorio, y lo vio junto a él, con el cuerpo casi metido en el agua pero la cabeza descansando en la roca.

Nadó hacia él, y se subió al montículo. Banlot volvió la cabeza hacia ella, y habló:

- Cuarta puerta...

- Sí -afirmó Zenia-. La que nos lleva al cuarto pilar fundamental de la vida en el bosque: el agua.

- El agua, fuente de vida, donde ésta se originó...

- A por el objeto, pues -dijo dispuesta la joven-. Vamos hacia la orilla.



Almorzaron, relajados y recargados después del baño, y siguieron la ruta bordeando el río más adelante, por el camino que corría paralelo y cercano a él.

La vegetación que había junto a dicho camino se fue haciendo cada vez más densa y espesa con el tiempo, llenándose de zarzas y entrelazados arbustos de gran porte, que además iban colándose cada vez más en el estrecho sendero.

Por último, el paso se cerró totalmente, haciéndose imposible proseguir por tierra.

Barajaron la posibilidad de continuar por la otra orilla, en la que se veían tan sólo ciperáceas y juncáceas pegadas al río, y más allá de ellas se podía continuar la travesía, yendo próximos al cauce.

Así que decidieron atravesarlo, mayormente porque en aquel paso el río bajaba tranquilo y con pocas aguas, e incluso podían intentar pasarlo entre las piedras que sobresalían aquí y allá por el cauce, sin necesidad de mojarse por el agua.

Comenzaron, pues, con paso seguro, yendo de roca en roca.

Al llegar a unos metros de la otra orilla, escucharon un estruendo lejano que parecía proceder de las aguas allá arriba, a su izquierda.

Pareciese que el ruido, como una onda expansiva, iba acercándose, y a gran velocidad.

Banlot comprendió en un instante, y le gritó a Zenia:

- ¡Corre, corre, sigue adelante! ¡Cruza, rápido!

Él, que iba por delante de ella, la agarró con todas sus fuerzas y la ayudó a adelantarse a él, para que alcanzase cuanto antes la orilla. Él la siguió muy de cerca.

Pero cuando ya estaba a punto de arribar a una parte de la orilla pelada de vegetación, Zenia miró a su izquierda, río arriba, y vio cómo una gigantesca tromba de agua se acercaba vertiginosamente a unos metros de ellos, y en décimas de segundo eran inevitablemente arrastrados río abajo, llevados por la furia del agua, y entre tierra y piedras.

Cada vez que conseguía sacar la cabeza, advertía cómo Banlot se iba alejando hacia el centro del río, mientras ella, por haber estado más próxima a la orilla, encontraba cerca restos de ramas saliendo a la superficie, a las que procuraba asirse como buenamente podía.

Todo era un caos, y la angustia de la muchacha la hacía intentar aferrarse a lo primero que veía, para no darse más golpes contra las piedras que iban surgiendo por el cauce del río.

Al colgarse al fin de una larga rama de un árbol cercano, pudo recuperar un poco el aliento pero, por más que oteó por todos lados, no distinguió a Banlot por ningún sitio. Lo llamó durante un buen rato, pero se le agotaban las fuerzas y ya casi no se sostenía de la rama.

Ya no pudo más y se dejó caer, dejando de luchar y dejándose llevar corriente abajo. Las aguas acabaron empujándola hacia una roca, contra la que se golpeó, y todo se tornó negro, más negro que la propia oscuridad...



Abrió los ojos y vio un cielo rojizo semioscurecido. Fue a levantarse para ver dónde estaba, y enseguida escuchó:

- No, no te muevas...

No era la voz de Banlot, aunque era cordial y varonil.

Esperó a que se acercase, y vislumbró en la penumbra a un joven que se arrodillaba junto a ella y le colocaba una tela doblada bajo su cabeza, para enderezársela un poco.

- ¿Cómo te encuentras? -le dijo, con suavidad.

- ¿Quién eres? -pregunto rauda Zenia.

Aunque el muchacho le inspiraba cierta confianza, no quiso fiarse aún y prefirió ser cautelosa.

- No te preocupes, estate tranquila -respondió enseguida el joven-. No voy a hacerte daño, si es eso lo que temes.

- No te conozco, y no sé dónde estoy ni lo que quieres -Zenia quiso trasladarle sus recelos, comprensibles y fundados.

- No quiero nada, excepto curarte de tus heridas y contusiones, si así lo tienes a bien y me lo permites -dijo él con toda la gentileza de la que fue capaz-. Las aguas te han dejado bastante maltrecha.

¡Las aguas! El río, el extraño desbordamiento, la tierra, las rocas, el árbol, de nuevo las rocas y la tierra, y todo se volvió oscuro... Ahora recordaba.

- ¿Y Banlot? -preguntó de repente, incorporándose de golpe-. Ayyy...

Tuvo que tumbarse de nuevo y cogerse la cabeza con las dos manos.

- Te dije que no te movieses.

- Dime quién eres... ¿Dónde está Banlot? Las aguas se lo llevaron, como a mí... ¿Qué ha sido de él? -dijo Zenia a punto de echarse a llorar y cada vez más acosada por la desesperación-. Pero... ¿dónde estoy?

Miraba desesperada a todos lados.

- Por favor, tranquilízate...

Él le puso la mano en el hombro: era cálida, y esto le hizo darse cuenta de que debía volver a sus cabales.

- Escúchame sólo un momento. Me llamo Brances y vivo en una aldea que está a una media hora de aquí, Chancertur, pero mi padre tiene una cabaña acá cerca, donde me gustaría llevarte para acabar de curarte.

- ¿Acabar de curarme? -preguntó Zenia, tocándose la cabeza-. ¿Qué me has hecho?

- Te encontré sin sentido en la orilla del río, con una brecha en la cabeza que aún te sangraba un poco, el vestido medio roto, y más heridas por las manos, los brazos y las piernas. Parecía que habías tragado bastante agua, así que fue lo primero que hice...

- ¿Y no viste a nadie más? ¿Sólo a mí? -preguntó interrumpiéndole y desesperanzada la muchacha.

- No había nadie más -contestó él-. Te limpié como pude las heridas, y ya te despertaste.

- Me gustaría levantarme.

- De acuerdo, pero con cuidado. Déjame ayudarte.

Fue apoyándose en él, y consiguió incorporarse.

- Estoy un poco mareada.

- Sí, eso es del golpe en la cabeza.

Miró sus brazos y examinó los arañazos y moratones.

- Permíteme llevarte a la cabaña, está muy cerca -propuso el muchacho-. Allí podremos acabar de sanarte, y comer y beber algo, que estarás hambrienta, si es que

llevabas mucho tiempo en la orilla.

- Todo ocurrió por la tarde temprano -rememoró Zenia pensativa.

- Vamos, necesitas recuperarte.

Y salió andando. Zenia dudó por un momento, porque se encontraba algo aturdida y temerosa -más ahora que estaba sola-, pero decidió escuchar a su corazón, y le siguió.

Llegaron enseguida a la cabaña, y entraron al interior.

El joven dispuso varias luces para iluminar la estancia, y la llevó a un sencillo catre que había en un rincón para que estuviese cómoda, mientras él rebuscaba en un armario algún ungüento de hierbas que le reconfortase de los golpes.

A medida que el muchacho iba actuando sobre sus manos, los brazos, la cabeza, los pies... ella se iba distendiendo y dejándose llevar, lo que le hizo reparar en la suavidad y esmero que ponía él en cada movimiento.

Vio bondad en él y buena intención.

- Brances... -le dijo.

Él la miró. Al hacerlo, Zenia pudo observar, por primera vez y claramente, su semblante.

Sus cabellos, que se dejaban caer casi hasta sus hombros, eran de un canela tostado, y unos ojos azul oscuro la miraban directamente, sin dobleces, en un rostro agradable, atractivo y joven.

Él sonrió levemente al contemplarla, y a ella le pareció clara su sonrisa.

- Mi nombre es Zenia -le dijo calmada-. Quería agradecerte todo cuanto estás haciendo por mí. Disculpa mi desconfianza...

- No, no hay nada que disculpar -se adelantó él-. Es lógico que te comportes así con un extraño, y más después de lo que te ha pasado.

- Si no hubiese sido por ti... y por Banlot -la muchacha recordó justo el momento antes de la avalancha de agua.

- ¿Y quién es ese Banlot al que nombras?

- Un amigo muy querido con el que iba y que se perdió entre las aguas...

- En el pueblo hablaban de una gran riada como nunca se había conocido, y menos en esta época del año -explicó el muchacho-. Me acerqué a esta zona por si hubiese alguien afectado.

- Gracias al cielo que lo hiciste.

- Voy a encender la chimenea y comeremos alguna cosa -propuso el joven-. Por aquí siempre tenemos reserva de alimentos, y así podrás tomar algo que te caliente el cuerpo, que debes estar helada.

Para Zenia había sido tanta agitación y conmoción en tan poco tiempo, que ni se había dado cuenta de que le dolía todo el cuerpo e iba sintiendo un cansancio que casi le cerraba los ojos. La cabeza comenzaba a dolerle más...

- Pensaba pasar la noche aquí y volver a echar un vistazo por la mañana -dijo Brances mientras comían ya al calor de la lumbre-. Así que puedes dormir en la cama, aunque no sea precisamente la de un rey. Te conviene reposar todo lo posible. Además, es mejor que ir ahora hasta Chancetur; es demasiado tarde.

- ¿Y tú adónde irás? Aquí no hay más cama, ¿no? -apuntó Zenia.

- No te preocupes por mí -respondió decidido-. Me agencio unas mantas y duermo aquí mismo, delante del fogón.

Zenia se paró a reflexionar cómo, dentro de los incidentes o desgracias que iban aconteciendo, siempre había una mano amiga velando por su seguridad final.

Se sentía, de alguna manera, arropada y protegida: no estaba sola...



Cuando, a la mañana siguiente, se sentó en la cama para levantarse, parecía que

una manada entera de bisontes le había pasado por encima, y casi no pudo moverse de lo dolorido que tenía todo el cuerpo.

Buscó a Brances por la estancia, pero no había nadie junto a las brasas ardientes del hogar ni en toda la cabaña.

Parecía que la mañana acababa de desperezarse también, y salió afuera para espabilarse un poco y ver si andaba por allí cerca el joven salvador.

Pero nada...

«Habrás ido a inspeccionar los alrededores, por si hay alguna nueva damisela a la que salvar de las aguas», pensó. «Ojalá al que encuentre sea a Banlot... Dios mío, ¿qué habrá sido de él? ¿Estará a salvo?».

Vio una figura a lo lejos del camino, por la parte de atrás de la cabaña, justo cuando iba a volver a entrar en ella. Esperó, porque muy posiblemente era Brances.

- Buenos días, Zenia -le sonrió al llegar con su sonrisa clara-. ¿Cómo te has levantado?

- Hola, Brances -le devolvió la sonrisa-. Literalmente molida y apaleada.

- Ja, es normal... Debiste recibir muchos golpes mientras el agua te arrastraba río abajo, y hoy ya sufres las consecuencias de una forma más directa.

El joven le dio un paquete envuelto en un fino papel parduzco.

- Toma -dijo-, te he conseguido este vestido, porque el tuyo está hecho jirones y no puedes ir decente con él. Espero que te esté bien.

Zenia se sorprendió por el detalle, aunque era cierto que tenía razón y su vestido estaba bastante hecho trizas. El muchacho le había dejado ropa limpia suya para pasar la noche, pero tampoco podía ir así por los caminos.

- ¿Y de dónde lo has sacado? -preguntó ella.

- He ido al pueblo temprano -contestó él-. Pensaba volver antes de que te despertases, pero me he entretenido allí más de lo planeado.

Se hicieron algo para desayunar, y Brances propuso dar una buena batida por el entorno y río abajo para ver si daban con Banlot o podían indagar algo sobre él.

Salieron de la cabaña y se dirigieron al río, cuyas orillas presentaban un funesto aspecto de destrozo y desolación...



Pasaron incluso horas de la mañana buscando y llamando al amigo, pero parecía que se lo hubiese tragado la tierra... o las aguas.

Agotada, Zenia se sentó en un peñasco, y dijo:

- Parece que todo fuese inútil...

- No pierdas nunca la esperanza... -le animó Brances-. Y que no demos con su paradero no significa que no se encuentre bien, en algún otro sitio.

- ¿Y qué hacemos? Ya parece que no quedase casi río para rastrear. Y ni por las tierras de los alrededores hemos encontrado nada, ni el más mínimo indicio de él.

- En la aldea pregunté esta mañana, pero nadie lo había visto ni sabían de él -dijo el muchacho circunspecto-. No sé dónde más podemos buscar, y conozco bien toda la zona. Pero creo que deberíamos volver a la cabaña o al pueblo, y descansar, que tienes aspecto de fatigada.

- No sé lo que voy a hacer si él no está -sintió la joven-. Y como le haya ocurrido algo...

- No nos pongamos en lo peor -dijo Brances sereno-. ¿Veníais de muy lejos?

- La verdad es que ya no lo sé. Hemos deambulado por tantos lugares durante estos días, que no sé ni dónde estamos ni casi de dónde venimos.

Él se sentó junto a ella, le rodeó los hombros con el brazo, y le dijo, suave:

- No desesperes, que todo siempre es para bien. Verás como acabas encontrándolo

y podéis volver a vuestra tierra, allá donde esté.

- Venimos de Larimor, una aldea del Condado de Tresla. Banlot hacía casi un año que había aparecido por allí, y se quedó a vivir en una casa del Bosque de Plata.

- Creo que no conozco el sitio del que me hablas -dijo el joven intentando refrescar su memoria-. ¿Y cómo es que habéis arribado aquí? ¿A dónde os dirigíais?

- No teníamos rumbo fijo. Caminábamos, sin más, a ver nuestros pasos adónde nos llevaban.

Zenia no quiso mentarle al muchacho su aventura sin apenas conocerlo. Al menos, por el momento. Pero entendía que alguna explicación básica y razonable habría de darle.

- Yo necesitaba salir de mi pueblo, a recorrer otras tierras, a ver mundo y otras gentes. Y él, al que me une una profunda amistad, quiso acompañarme durante un tiempo.

- Ya, ya entiendo... -el chico no quiso indagar más-. ¿Volvemos?

- Vamos.

Al regresar y entrar de nuevo en la choza, Zenia se sentó a recapacitar sobre lo que debía hacer.

Formaba parte de una misión que, con Banlot o sin él, no debía abandonar ni desasistir.

Brances, viéndola tan ensimismada en sus pensamientos, no quiso molestarla, y decidió encender el fuego para calentarse y cocinar algunas viandas.



Durante el reposo de la comida, Zenia cogió su bolsa y sacó los tres objetos. Estaban milagrosamente intactos, incluso el cuento, gracias a sus pastas herméticas acristaladas. Los colocó sobre la mesa.

La desaparición de Banlot parecía haber obstaculizado la aventura, y el cuarto objeto no se dejaba aparecer. O, debido a su desasosiego, no le había dedicado la atención necesaria.

Se le vinieron a la mente las palabras de Banlot sobre la posibilidad de separarse en algún momento, pero jamás se le ocurrió que fuese a ser de aquella manera tan trágica. Podría estar malherido o, en el peor de los casos...

- Madera de haya -dijo Brances observando el catalejo e interrumpiendo sus lúgubres pensamientos.

- Es un catalejo -respondió Zenia a su comentario, entregárselo con cuidado.

Él lo examinó y analizó con esmero.

- Es hermoso -comentó-. Y creado por un ser con raciocinio y amante del bosque, porque representa a éste a la perfección.

Zenia no esperaba ese comentario tan preciso por parte de alguien que veía aquel instrumento por primera vez. Así que le enseñó también la geoda del firmamento, y dijo:

- Cuando inciden sobre ella los rayos del sol, se transforma en múltiples cristales de colores: los colores del arco iris.

- Porque deben de ser cristales puros que refractan la luz del sol, descomponiéndola en sus siete colores, los mismos del arco iris.

Ella seguía escuchando atenta sus palabras, así que le mostró, por último, el cuento del interior de la tierra.

- Esto no está hecho por manos como las nuestras -dijo él después de curiosearlo con detenimiento.

Y se quedó mirando el título del cuento.

Zenia percibió una luz interna que le mostraba que podía confiar en él, pero no



quiso atenderla.

- ¿Qué piensas hacer?

La muchacha temía que él le hiciese esa pregunta.

- Comencé con Banlot esta pequeña aventura, pero aunque rehúse con todas mis fuerzas a continuar, debo hacerlo. Con él... o sin él.

- ¿No piensas volver a tu aldea?

- No, allí no tengo ya nada que hacer. Mis pasos han de seguir su propia senda, y ésta prosigue aún, no se ha acabado ni muchísimo menos.

El joven sabía que ella debía estar viviendo alguna importante experiencia, pero respetó su silencio.

- Y tampoco podría regresar -continuó-, más que nada porque no sé, desde aquí, dónde se encuentra mi origen.

Esto último le hizo recordar lo que, tanto las shajas como el cuento de Cheskry, habían dicho: hubo un tiempo lejano en el que ella interactuaba con los elementos del bosque. Hasta la misma Persty le insistió en que lo hacía ahora.

- ¿Te gusta el bosque? -le preguntó al muchacho.

- Claro, he crecido en él.

- ¿Sí...? ¿Y conoces bien a sus habitantes? Quiero decir, ¿te relacionas de alguna manera con ellos?

De qué manera lo diría la muchacha, que Brances se le quedó mirando, intuyendo que quería saber sobre algo poco habitual.

- Vivir en el bosque implica formar parte de él, y formar parte de él quiere decir que eres uno más entre ellos.

Zenia vio también en su mirada que había algo más tras sus palabras, pero decidió no pesquisar más.

- Bueno, he de partir y continuar -dijo la joven tresla-. Te agradezco en el alma todo cuanto has hecho por mí, que no es poco.

- Ha sido un verdadero placer haberte conocido, Zenia -sus ojos resplandecían-. Se ve que eres una muchacha diferente, y que la vida te ha madurado y hecho florecer tus excelencias. Sigue siendo así: el mundo requiere de personas como tú.

Zenia sintió de nuevo esa luz en su interior, y la necesidad de compartir con aquel cautivante y bondadoso joven todas sus cuitas. Mas, otra vez, el miedo la constriñó.



Quando se fueron de la cabaña, se condujeron al camino junto al río.

- ¿Irás tú sola ahora? ¿Y dónde pernoctarás? -preguntó Brances cuando llegaron a la orilla.

- No lo sé aún -contestó Zenia entristecida-. Pero debo seguir. Encontrarme con personas como tú me hace seguir confiando en que la vida nos preserva y auxilia.

Por un instante, no quiso marcharse ni despedirse. Algo la retenía junto a él, pero debía continuar y rasgar sus temores.

Contempló las aguas del río, ahora mansas y ajenas a la hecatombe - probablemente la oscuridad de nuevo- que ayer la separó de su fiel amigo y compañero.

Y vio un brillo centelleante en lo profundo, que no era la luz del sol. Se acercó, atraída por la curiosidad.

- ¿Qué pasa? ¿Has visto algo? -preguntó Brances al verla alejarse.

- Hay algo ahí, bajo el agua -señaló Zenia quitándose los zapatos para introducirse en el río.

Pero en cuanto metió los pies, se quedó paralizada.

Al llegar el joven, se dio cuenta del terror que había asomado en el rostro de ella.

- No puedo, no puedo... -dijo, y se salió del río.
- Es demasiado pronto para que te metas de nuevo sin revivir tu dolorosa experiencia de ayer -le explicó Brances-. ¿Quieres que vaya a mirar yo?
- Sí, por favor -contestó ella-. Y si puedes, tráete eso que brilla. Así, mientras, me voy tranquilizando...

Cuando regresó, después de entrar en el corazón del cauce y recoger algo del lecho, se lo llevó a Zenia, que aguardaba sentada junto a un árbol.

Ella lo tomó entre sus manos, y vio con maravilla los brillos tornasolados que emitía aquel fragmento de cuarzo transparente, cuyo interior, de forma mágica, contenía agua cristalina.

- Qué preciosidad de mineral... -dijo la muchacha-. ¿Cómo ha podido quedar atrapada esa agua ahí dentro?

- Ocurre muy rara vez... -comentó él como recordando.

- ¿Tú lo habías visto antes?

- Sólo una vez, cuando era niño. Fue en el lago que hay mucho más arriba.

- Sí, Banlot y yo nos bañamos ayer en él.

- Seguramente procede de allí -continuó Brances-, arrastrado por la tromba de agua; nunca se han visto en el río. Parece ser que, por determinadas condiciones que se desconocen y que se dan en la zona del lago, el agua de lluvia de hace millones de años quedó encerrada en estas formaciones de cristal de cuarzo.

- Entonces, se puede decir que es agua fosilizada -dijo la joven-. Ese lago tiene algo muy exclusivo, y enlaza con el mar...

Él volvió a descubrir en sus ojos la visión de algo más allá.

- ¿Puedo quedármelo? -preguntó la muchacha con modestia.

- Por supuesto, lo has visto tú primero -sonrió el joven-. ¿Para tu colección de objetos extraordinarios?

Zenia apreció cómo era un hombre intuitivo, pero a la vez discreto.

Guardó el cuarzo en su macuto, que ahora iba más pesado con las provisiones con las que Brances le había abastecido.

- Debo irme ya.

Se acercó a él y le dio un cariñoso abrazo. Él la rodeó entre sus brazos de forma cálida y delicada, y ella volvió a notar que una mano amiga seguía cerca de ella, aunque hiciese ya un día que Banlot hubiese desaparecido.

Se separaron, y ella se alejó. Miró por último atrás y lo vio caminar hacia la cabaña.

Por tercera vez, volvió la luz de su corazón a hablarle sobre lo que debía hacer...

Una alondra la alentó con su canto, aseverándole... y esta vez sí, fue tras él y lo llamó.

Él se volvió, extrañado, y la vio acercarse.

- ¿Te pasa algo? -le preguntó.

- Sí -contestó ella-. Me pasa que todo se había paralizado, que la vida había dejado de ocurrir, por dejar a un lado a mi corazón.

El muchacho pestañeaba, sin comprender.

- Quisiera contarte algo, si estás dispuesto a escuchar con una mente abierta, y creer en lo aparentemente imposible.

Fueron a sentarse bajo un magnífico fresno, con sus ramas apuntando al cielo, y la muchacha comenzó su historia, desde su primer encuentro con Banlot en el camino a Larimor, hasta el fatídico cruce del río, aunque sin entrar demasiado en detalles.

El joven la escuchaba, más que con la mente, con el corazón abierto, que es como verdaderamente pueden comprenderse bien los -a menudo misteriosos- acontecimientos de la vida...

Observaba sus gestos, su mirada violeta, sus labios explicando, la pasión con la que hablaba de su Bosque de Plata, de kramitas, hermanos o sueños... y de su

entrañable amigo Banlot.

Cuando terminó, Brances bajó la mirada, visiblemente conmovido por tan asombrosa historia, pero más aún por la belleza profunda de la joven.

- ¿Crees que estoy loca? -preguntó la muchacha al ver que el joven no mediaba palabra.

- No, no... -contestó inmediatamente éste.

Pero permaneció callado.

Cuando transcurrieron unos minutos, Brances habló:

- Al acercarme ayer a la cabaña, algo muy poderoso me trajo, no sólo la noticia de la avalancha. Ya voy comprendiendo...

- ¿Qué es lo que comprendes? -lo interrumpió.

- Que sin saberlo, he empezado a formar parte de tu historia.

Era cierto. Sin él, por ejemplo, no hubiese llegado al nuevo objeto, el cuarzo de agua de lluvia.

Se miraron, intentando averiguar...

- Y ahora que conoces la historia, ¿qué hacemos? -preguntó Zenia.

- Bien expresada está esa pregunta -contestó él-. *Hacemos...* los dos.

- ¿Qué quieres decir?

- Mira, los últimos días han sido significativos para mí, y ahora entiendo por qué.

Cerraba asuntos para poder quedar disponible.

- ¿Disponible para qué? No acabo de saber...

- Zenia, no sé si estoy errando, pero creo que tengo algo más que hacer en esta aventura, y mi larga experiencia con el bosque puede tener algo que ver.

- ¿Algo más que hacer? ¿Como qué? -Zenia no entendía o no quería entender-. Ésta no es tu aventura, Brances. Ya has visto que esto empieza a ser peligroso, y no tienes por qué ponerte en riesgo sin necesidad alguna.

- Esa decisión primero tendría que tomarla yo -contestó con contundencia el muchacho-, pero es cierto que la última palabra la tienes tú...

- Estoy un poco confusa...

- Es muy simple, Zenia: te estoy proponiendo acompañarte. Con más motivo ahora, que no puedes ir tú sola.

- Claro que puedo, no te necesito -salió la mujer independiente.

- No quería decir eso -dijo Brances a la defensiva-. No dudo de tus posibilidades para sobrevivir por esos caminos de Dios, pero con Banlot encontraste una ayuda inestimable (a la que no pretendo estar a la altura ni mucho menos), y yo quizá pueda serte útil también en algunos momentos. A veces, es mejor dos que uno.

La joven se quedó cavilando...

Aunque no quería que él se sintiese obligado, parecía que lo hacía por convicción propia, y tenía mucha razón en que podía ayudarle, y todo se conduciría mucho mejor para ella.

- De acuerdo -dijo la muchacha tras meditarlo-. Si estás tan loco como yo, no seré yo quien te refrene en tus locuras.

La amplia sonrisa de Brances volvió a aparecer, y sin mediar palabra, se aproximó a ella y le dio un beso en la mejilla.

Se fue caminando en dirección a la cabaña, a la vez que le decía:

- Espérame aquí, no tardaré mucho. Voy a preparar todo lo necesario para la marcha.

Y allí quedó Zenia plantada... y algo ruborizada.

Ciertamente, no se demoró demasiado, y volvió cargado de bultos y con el semblante radiante.

Se le hacía insólito caminar ahora con casi un desconocido, pero tenía que reconocer que, encontrándose sin Banlot, al menos así se sentía más segura y

resguardada.

- ¿Sabes que el fresno es el árbol de la vida? -le preguntó el joven dirigiendo su mirada a la gran planta arbórea bajo la que habían estado sentados-. Sus raíces desaparecen en el mundo subterráneo y sus ramas lo hacen en el cielo.

Zenia se quedó parada, por lo inesperado de aquel comentario.

- No sabía que un árbol fuese distinto a otro, en ese sentido -comentó.

- Los árboles son como mensajeros que median entre el cielo y la tierra, llevando nuevas de uno a otro reino -explicó el muchacho-. El fresno compagina la fuerza del roble y la intuición del espino para abrir las puertas de la magia y del mundo simbólico.

- ¿Por qué es el árbol de la vida? -preguntó la muchacha tresla, interesada en la explicación del joven.

- Si cortas uno de ellos -contestó él-, revivirá muy fácilmente, creando nuevos retoños. Y nunca permite que crezca nada venenoso ni que se propague el mal bajo su amplia sombra.

- Cada vez que he entrado con Banlot en una puerta, me parece atravesar este mundo real y pasar a ese mundo subterráneo y simbólico del que hablas, donde existen seres y lugares mágicos con los que interactuamos y aprendemos lo que aquí nos es burdo comprender...

- Es posible... Puede que sean las siete puertas del mundo... -dijo Brances meditando-. ¿Vamos, entonces, a por la quinta puerta?

Esa pregunta le recordó a Banlot.

Qué habría sido de él...

- Volverás a verlo, no lo dudes. Ten confianza...

Algo le dijo que creyese en sus palabras...

Sonrió y dijo:

- Todo acabará bien... como todas las historias. Me lo dijo un pequeño amigo muy sabio...

## 8. El Árbol de la Bella Sonrisa



La tarde se le fue transcurriendo amena y ligera a la joven tresla, por lo suave del trecho del camino que recorrieron y por la agradable y entretenida conversación que, de cuando en cuando, mantenían los dos jóvenes.

Todo ello conveniente para hacerle pensar lo menos posible en su amigo...

Así supo que Brances era un hombre inquieto de espíritu y valiente, pese a vivir en una aldea de corte parecido a Larimor, según dedujo por sus palabras.

Ayudaba a su padre en una fábrica artesana de productos confeccionados con cuero, pero siempre que podía escaparse, se iba a la cabaña durante varios días, a ser uno más en el bosque, como acostumbraba decir. E incluso en varias ocasiones ya había hecho prolongadas incursiones por las zonas de las comarcas colindantes, especialmente cuando Chancertur se le quedaba estrecha y monótona.

También supo por él que su vida allí no le placía ni le colmaba, pero desconocía qué rumbo tomar para salir de aquella desidia vital.

Ella le habló, así mismo, de su vida en Larimor, de su madre y su amor y desvelos por ella, de sus numerosas visitas al Bosque de Plata -su bosque- y de cómo la aparición de Banlot en la aldea había acabado por remover su vida desde sus propios cimientos, haciéndola ingresar en un trayecto sin retorno.

Cuando la luz del día anocheció, Brances la condujo a un pueblecito que conocía por aquella región a la que habían atracado, para localizar posada donde hacer parada nocturna.

Las casas apretadas de las calles de Vrendor aparecían ya iluminadas con sus candilones y faroles, y la aldea rezumaba quietud y reposo.

Se acercaron a una de sus moradas, que tenía dos grandes faroles colgados de la pared y otros dos en el suelo, a cada lado de la entrada. Un visible cartel de madera de roble cincelada rezaba así: "El abuelo roble"; un árbol labrado adornaba la tabla.

Accedieron, y allí fueron atendidos muy cordial y atentamente por una pareja madura, de aspecto regordete y sonrosado. Una vez Brances ultimó los detalles sobre su alojamiento, fueron acompañados por la mujer hasta su habitación.

Tras asearse, pasaron a la taberna de la posada, donde recompusieron fuerzas, antes de ir a dormir.

- ¿Crees que regresarás algún día a Larimor? -inquirió Brances.

Estaban esperando a que les sirviesen un buen caldo caliente de sabrosas verduras con tropezones de jamón, tocino y pan tostado.

- Algún día lo haré -respondió ella.

- Quiero decir para quedarte -puntualizó el joven.

- Quién sabe... -meditó la muchacha-. Quizá no necesite más buscar fuera de mí y tenga suficiente con vivir sosegadamente en una pequeña aldea del condado, plena de mí misma.

El muchacho la miró tiernamente.

- Al final, acabamos erróneamente buscando fuera de nosotros los tesoros que siempre hemos llevado dentro -dijo.

La taberna andaba muy ajetreada a esas horas, creándose un ambiente bullicioso que a los jóvenes apetecía, particularmente a Zenia, que llevaba tantas leguas andadas con escasa compañía.

- Saldremos pronto por la mañana, ¿no? -preguntó Zenia.

Recién acababan ya un apetitoso postre, cocinado con polvo de almendras, miel y quesón.

- Pues sí. Si no hay ningún contratiempo, saldremos y abandonaremos el pueblo - contestó Brances-. Es de suponer que mañana, si todo discurre fluido tal como os estaba sucediendo a Banlot y a ti, lleguemos a la siguiente puerta.

Estaba ya tan repleta la taberna, que los asientos andaban apretados, y un hombre alto y canoso, enjuto de rostro, se les acercó y les dijo:

- Disculpad, jóvenes, mi atrevimiento. ¿Podría disponer de un hueco en vuestra mesa?

- Faltaría más -contestó el muchacho ofreciéndole asiento frente a ellos-. Mi nombre es Brances, y mi amiga es Zenia, de Larimor. Yo vengo de Chancertur.

- Buena productora de pieles Chancertur -comentó el hombre-. ¿Larimor? Me suena ese nombre.

- ¿De veras...? -preguntó ilusionada Zenia.

- Creo haber estado en esa aldea, pero hace demasiados años para que esta cabeza de mosquito lo recuerde bien -se rascó la sien-. Soy Mentur, a vuestro servicio.

El caballero puso la mano derecha sobre su pecho.

- ¿Conoces el Bosque de Plata? -preguntó la muchacha ansiosa.

- Oh, el Bosque de Plata... -parecía recordar-. Sí, sus hayas y sus reflejos plateados. Recuerdo que me comentaron sobre los espíritus de ese bosque, y quise visitarlos.

Zenia se quedó atónita con lo que acababa de escuchar. Brances, sin embargo, comentó de manera diligente:

- Por lo que me ha contado Zenia, debe haberlos por doquier, y bastante dispuestos a conectar y exteriorizarse.

La muchacha clavó su mirada en el joven, preguntándose de qué manera habría podido llegar él a esas conclusiones a partir de sus propias palabras.

- Las Damas Sabias crean siempre en los bosques un entorno etéreo y mágico que hace propicio que puedan sobrevenir fenómenos inusuales -dijo aquel hombre del tirón.

Zenia seguía pasmada.

- ¿Las Damas Sabias, has dicho?

- Sí, jovencita, las longevas y grandiosas hayas, las reinas y protectoras de los bosques.

- Pero los kramitas las llaman así... -se le escapó a Zenia.

Brances la miró, perplejo.

El hombre se quedó también mirándola muy fijamente durante unos segundos, con sus ojos afilados, y ella se sonrojó.

«No debí decir eso», pensó la muchacha preocupada, «no lo conocemos de nada...».

El semblante del hombre era tosco y sobrio desde que llegó, y no podía descifrarse con ninguna seguridad si era de fiar o no.

El visitante se volvió a Brances, y al ver su rostro sereno, finalmente dijo:

- Veo que tenéis conocimiento de lugares y seres ignorados por la mayoría, pero tú, muchacha, no deberías ser tan insensata, especialmente para los tiempos oscuros que corren.

Ella bajó los ojos un poco avergonzada.

- Sin embargo -continuó-, a tu imprudencia deberás agradecer el ofrecimiento que voy a haceros y que rara vez procuro, menos todavía sin antes probar la confianza de la persona en cuestión. Se ve a legua que vuestras almas son jóvenes y transparentes; no hay necesidad de probaros.

Los dos muchachos aguardaron a que prosiguiese.

- Hay un lugar que me gustaría revelaros, puesto que pocos saben de él y a menos

aún dejo visitar -dijo Mentur con mucho misterio y bajando el volumen de su voz.

- ¿Está muy distante? -preguntó Brances-. Nuestro propósito era marchar de aquí mañana por la mañana.

- Os llevaré a primera hora de la mañana. Está en mis tierras, a poco trecho de aquí. El tiempo que estéis allí será el que vosotros decidáis.

- De acuerdo; tampoco tenemos excesiva prisa -dijo el joven-. Nosotros ya nos retiramos a descansar, que estamos algo fatigados.

- Muy bien. Mañana, poco después del alba, pasará a recogeros. Tened buena noche.



Cuando entraron en la habitación, Zenia se sentó en su cama, algo abatida.

- ¿Qué te pasa, Zenia? Has estado bastante silenciosa en la cena.

- Ya... Es que me sigo encontrando extraña sin Banlot...

- ...y conmigo, ¿no?

La joven no deseaba que se molestase, y le respondió:

- No, Brances, te portas muy correctamente conmigo...

- ¿Correctamente? -la interrumpió el muchacho-. Pues me gustaría mejor, a ser posible, poder ayudarte, y sobre todo alzarte los ánimos, que se te ve a menudo muy alicaída.

»La vida continúa, Zenia, y has de seguir viviéndola al máximo. Todo pasa, hasta las personas pasan; van y vienen. Aunque francamente, no dudo en lo más mínimo que vuelvas a encontrarte con Banlot; vuestra historia y vuestra amistad no han concluido aún en absoluto. Y así será por mucho tiempo.

El joven se sentó junto a ella y le tomó la mano. Le pareció tan fina y aterciopelada...

- Estás... estamos viviendo un episodio que a pocos ni se les asomaría por la imaginación experimentarlo en sus vidas -la miraba con ojos dulces-. Sé muy bien que, hoy por hoy, preferirías mil veces antes estar con tu amigo que con este aburrido desconocido. Pero no cierres tu corazón por la congoja, que se te escapará toda la magia de la vida, ahí afuera esperando para ti. Aún te quedan muchas emociones por vivir, y mucho que experimentar y con lo que regocijarte.

Su voz y sus palabras eran alivio fragante para su distraído corazón, e intentó aspirar el aliento que le infundía su nuevo amigo.

- Gracias por todo lo que me dices -hizo un esfuerzo por sonreírle-. Estoy exhausta y me gustaría acostarme ya.

- Claro, perdona...-él se levantó y fue hacia su cama.

- Voy a quitarme el vestido. No mires, ¿eh...? -dijo Zenia un poco avergonzada.

- No, claro que no...

El muchacho se sintió algo azorado y empezó a revolver entre sus cosas, como buscando algo.

Ella también le dio la espalda, y mientras se desabrochaba, inquirió:

- Por cierto, ¿qué le has dicho a los dueños de la posada para que no pongan reparo en que durmamos en la misma habitación?

- Que eres una prima que llevo a mi aldea para que la conozcas y sepas de nuestra rama de la familia.

- Ja, ja, ja, pues menos mal que se lo han creído a pies juntillas, porque no había más habitación que ésta -dijo la muchacha tresla-. Uf, no soy capaz de desabotonarme este vestido nuevo, por más que lo intento. ¿Podrías echarme una mano?

Brances, más nervioso aún que antes, se acercó a ella y le fue desabrochando la parte alta del vestido, quedando al descubierto la espalda de la joven. Ella, al apreciar



un chocante silencio, se dio la vuelta.

- ¿Qué pasa? -preguntó.

- Nada, nada... -él bajó la mirada aceleradamente, pero unos segundos después, se armó de valor y volvió a ver esos ojos violeta escudriñándole-. Que eres muy hermosa...

Zenia se desconcertó tanto con aquel comentario, que ahora fue ella la que bajó la mirada, ostensiblemente turbada.

- Discúlpame, Zenia, no tenía que haber dicho eso.

Y fue a girarse para encaminarse hacia su camastro, cuando ella lo retuvo, agarrándole de la mano.

Él se quedó, pero incomodado y sin saber qué hacer ni qué pensar. Ella le dijo:

- No eres nada aburrido. Y de no haber sido por ti, me habría vuelto majareta pensando todo el día en Banlot y en lo peor que le hubiese podido ocurrir. Me distraes y me infundes mucho ánimo. Y es verdad que la vida prosigue, y tú formas parte de la mía ahora mismo. Me alegro profundamente por ello...

Se miraron con ternura e inocencia...

- Gracias... -dijo Brances apretándole la mano-. Ahora debemos dormir. A ver qué nos depara mañana nuestra nueva travesía. Y veremos qué tiene que mostrarnos ese tal Mentur.

- Muy probablemente tenga que ver con nuestra quinta puerta.

- ¿Tú crees?

Acabaron de acomodarse para dormir y apagaron los candiles de la estancia, hasta que el nuevo día despuntase para reportarles una nueva jornada juntos...



Se asomaron a un gran patio que se ubicaba en la parte trasera de la posada, mientras esperaban a Mentur.

En el centro, había un imponente y admirable roble de anchísimo y recio tronco. Su porte centenario y fortaleza los atrajo bajo su grandiosa copa.

- El rey de los bosques -dijo Brances sumido en la magia de sus gruesas y retorcidas ramas-. Árbol sagrado de los druidas, representa la fuerza y el poder, y la hospitalidad y el conocimiento.

- ¿No tienes la impresión de que no estamos aquí solos tú y yo? -preguntó Zenia contemplando las verdosas y lobuladas hojas.

El joven le regaló una sonrisa, y acercó su mano al tronco, acariciando su corteza. Zenia los observó, a medida que parecían embeber uno la energía del otro y hacerse uno: hombre y árbol...

En ese instante, apareció Mentur, saludándolos de lejos. Los muchachos se alejaron del árbol y fueron con él, saliendo de la posada.

Anduvieron durante una media hora por uno de los caminos que salía del pueblo, cuando tropezaron con una gran reja de hierro forjado, que daba acceso a un terreno vallado cuyos límites se perdían en la lejanía, hasta no alcanzar a verse.

En el centro de la reja negruzca, en su parte superior, podían leerse unas letras negras contrastadas contra el cielo azul, que decían: "El ombú".

Abrieron la chirriante verja y entraron.

Transitaron por un sendero que, unos quinientos metros más allá, se bifurcaba.

- La ruta de la derecha conduce hasta mi casa y otros edificios adyacentes -dijo Mentur-. Tomaremos esta otra, a la izquierda.

Tras caminar unos veinte minutos más -rodeados de alisos, olmos y almendros que cobijaban arbustos dispersos de perfumado mirto, majuelos y espinos-, llegaron a lo que asemejaba una pequeña pero alta nave acristalada de planta rectangular,

semioculta entre el follaje que la rodeaba.

Al llegar a una puerta entreabierta de madera de cedro, Mentur les dijo:

- Entrad y deleitaos. Podéis estar todo el tiempo que gustéis. Yo vuelvo por el camino, y luego hacia mi casa. Cuando dispongáis volver, tomad la misma senda, que allí en la casona os estaré esperando.

- ¿Por qué no entras con nosotros? -le preguntó Brances.

- Porque es una experiencia que debéis atender vosotros -le contestó-. Nos vemos luego.

Lo vieron alejarse por el sendero de vuelta, hacia el cruce de caminos.

Brances terminó de abrir la puerta y, no sin cierto recelo, se asomó a la entrada del recinto. Zenia lo siguió.

Tras pasar al interior de la estancia, ambos se miraron, sobrecogidos por la emoción y el estremecimiento.

Fue como entrar en un mundo íntimo y enigmático. Todo allí era verde, agua y luz.

Con profundo deleite, avanzaron por aquel paraíso de generosa fecundidad, repleto de helechos ancestrales, hiedras y otras plantas trepadoras, arcaicas araucarias, plataneras de más de cinco metros, delicadas orquídeas, frescos musgos, y una infinidad de vegetales frondosos y reverdecidos.

El techo acristalado permitía derramar una luz brumosa y blanquecina con brillos de oro, que era tamizada por una fina red de vida vegetal.

La pared del fondo, enfrentada a la puerta, era la única de piedra gris, transformándose y tomando forma semicircular. A sus pies, se alojaba un estanque con esta forma, tapizado de nenúfares, ninfas, lirios, lotos y toda suerte de plantas acuáticas exóticas.

La exuberancia del lugar los estaba dejando embriagados, y sólo podían mirarse sin mediar palabra, que ni la conmoción los dejaba ni podrían las palabras, burdas y toscas como resultan, encaramarse tan siquiera a aquellas alturas de belleza, éxtasis y vida...

Zenia miraba a todos lados, queriendo retener cuanto veía, y Brances tenía una sonrisa en el rostro, sintiéndose en un lugar acogedor y familiar.

La muchacha, al llegar ante el estanque, se sentó en su borde de piedra y estiró una pizca su brazo, para poder alcanzar una de las ninfas en flor.

Sus pétalos eran aterciopelados y de un azul índigo. Consiguió acercarla a ella, y tuvo la necesidad de hablarle internamente, de la maravilla que sentía en su corazón.

«Qué bella eres...», le dijo acariciándola. «Tu bondad resplandece en el brillo azul de tus pétalos de seda».

Uno de los rayos de sol que atravesaban aquella bóveda verde desde algunos de los cristales, incidió directamente en la flor y en sus estambres dorados. Zenia vio cómo estos comenzaron a moverse casi imperceptiblemente, empujados por una inexistente brisa, acercando así sus puntas hacia el centro geométrico de la flor y atrayendo tras de sí los pétalos color añil, que acabaron replegándose sobre sí mismos y cerrándose en un capullo.

La joven deseó tocarlo y, tras sólo rozarlo, la flor se abrió -en una centésima de segundo- en una sorprendente explosión de partículas lumínicas que llenaron todo el espacio en el que se encontraba.

Las minúsculas luces parecían tener vida propia, arremolinándose entorno suyo. Ella sonreía como una niña que acababa de descubrir la magia.

«¿Quiénes sois?», dijo de nuevo internamente. «¡Qué alegres estáis!».

Escuchó muchas risitas en su cabeza, y una vocecita vergonzosa e infantil se oyó clara en su mente: «¿No te acuerdas de nosotras? Cuántas veces hemos jugado juntas...».

Zenia se echó a reír con ellas, y movió sus manos para tocarlas. Cada vez que lo hacía con una de ellas, brotaba un cosquilleo en sus dedos y saltaba una chispa

estrellada y una carcajada pequeña.

«Somos los espíritus de las ninfas», siguió la voz. «Venimos a saludarte y a honrarte».

«¿A mí...?», preguntó la muchacha desconcertada.

«Sí. Tu juventud no te impide progresar en tu andadura con valentía y madurez. Habla ahora con el árbol de la Bella Sonrisa. No tengas miedo ni recato por hacerlo, que él te indicará cómo debes llevar tus pasos ahora. Te dará tu objeto: guárdalo con amor, pues en él anidará la esencia del bosque».

Fueron moviéndose más velozmente, y se alejaron.

«Adiós, amigas... y gracias», dijo la joven despidiéndolas con la mano.

Miró la ninfa abierta y sus hilos de oro, ahora estáticos, repletos de jugoso polen. Volvió a acariciarla con sumo cuidado, más ahora que conocía a quienes acogía, y se despidió también de ella.

Se levantó y buscó a Brances entre la pequeña selva húmeda.

Ya cerca de la entrada, lo vio acercar su rostro al interior de un asombroso helecho rizado cuyas frondes alcanzaban hasta los dos metros. La escuchó llegar y levantó de nuevo la cabeza, portando una sonrisa radiante.

- Qué lugar tan mágico... todo lleno de amigos -exclamó él con regocijo.

- Sí... -dijo ella aún impactada.

Y le habló de la flor azul de ninfa.

- Una vez hemos traspasado la quinta puerta, la del reino vegetal del bosque -añadió Zenia-, debemos dar ahora con el árbol del objeto. Vayamos a casa de Mentur.



Ninguno de los dos había mediado más palabra, impresionados como estaban por sus vivencias en aquel extraordinario invernadero, durante el paseo hacia la casona. Cuando llegaron, Mentur los esperaba con un tentempié de media mañana en el lujoso salón del inmueble.

Mientras alegraban el paladar, Mentur preguntó:

- ¿Qué tal vuestro encuentro con el mundo arraigado a la tierra de las plantas?

- Me pasaría días enteros metido en aquel edén -respondió Brances con el rostro iluminado-. Me resulta tan familiar el universo oculto vegetal...

- No lo dudo, joven -le interrumpió el hombre-. Pero, ¿qué tiene que decirnos nuestra bella dama?

A Zenia le chirrió la manera en la que acababa de dirigirse a ella.

- Ejem... Nada de particular -contestó escuetamente.

Aquel hombre le imponía...

- No te dejes impresionar por mis toscas maneras -dijo él-. Puedo ayudaros más de lo que creéis, pero tendréis que confiar en mí aunque no me conozcáis. Cuéntame tu vivencia, quizá pueda aportaros información adicional, más valiosa de lo que podáis imaginar...

Los acechaba con la mirada, y aún más a Zenia, con una sonrisa que no acababa de abrirse.

Zenia consultó a Brances de un vistazo, por saber su impresión. Éste asintió con la cabeza, invitándola a relatar.

Ella siguió desconfiando en su interior, pero echó cuenta al muchacho y contó lo que le había acontecido en el estanque.

Mentur escuchaba muy atento y alerta, con mirada casi inquisitoria. Brances, por el contrario y de tanto en tanto, la ayudaba con los gestos del rostro a continuar.

Cuando acabó, el hombre de Vrendor, tras una breve pausa, habló:

- Esta hacienda debe su nombre a un árbol, el ombú, al que ciertos seres bajitos

llaman el árbol de la Bella Sonrisa...

Dejó enlentecer, a posta, la parte final de la frase, observando atentamente la reacción de la joven.

Ella sabía perfectamente a qué seres bajitos se refería y, a pesar de que hablaba de sus amigos kramitas y este recuerdo la dulcificó, no pudo evitar sentir cierto resquemor en su pecho.

- Ese árbol -continuó-, único en estas tierras del norte donde las condiciones idóneas para su supervivencia son inexistentes, lleva cientos de años viviendo su creciente frondosidad en el centro de una planicie, situada en estos terrenos.

- ¿Podría llevarnos allí, por favor? -preguntó cortésmente el joven.

- Ando muy ocupado en estos días y no puedo demorarme más tiempo con vosotros -respondió bruscamente.

- Por supuesto. No queremos entretenerte ni retardarte más. Ya te hemos robado suficiente tiempo -se disculpó el muchacho.

- Pero os indicaré cómo llegar -se ofreció Mentur-. No tiene pérdida.

Salieron a la entrada de la vivienda, y desde allí dio las indicaciones pertinentes para tomar los senderos correctos que llevaban al lugar.

Se despidieron de él, aunque no sin antes preguntar Zenia sobre algo que no acababa de casarle:

- ¿Quién construyó ese invernadero?

- Siempre estuvo ahí -contestó Mentur algo escamado por la pregunta-. Mis antepasados lejanos ya hablaban de él en los restos encontrados de sus escritos.

- ¿Y tu familia siempre vivió en estas tierras? -volvió a indagar Zenia.

- Vinieron de tierras más altas aún para establecerse por estos lares, incluso antes de existir la aldea. Pero de eso hace tantos lustros, que nadie cuestiona la pertenencia de estos terrenos a mi familia desde siempre.

Aunque Zenia no quedó del todo satisfecha con la explicación, se fueron de la mansión en la dirección que Mentur les había indicado.

- ¿Qué ocurre, Zenia? -preguntó el joven, una vez iban caminando solos-. Desde que conocimos anoche a Mentur, me da la sensación de que andas muy recelosa respecto a él. Es cierto que no sabemos nada sobre este sujeto y que parece una persona misteriosa e intrigante. Pero si me detengo a cavilar, constato que nos ha invitado a su casa y ha compartido algo suyo que pocos han visto. Sus actos también indican algo de él, ¿no crees?

- Suponiendo que sea su casa... -dijo ella con un gesto de cabeza.

- ¿Qué quieres decir...?

Zenia tardó en contestar, sumida en sus reflexivos pensamientos.

- No lo sé, Brances -contestó la tresla taciturna-. Estoy siguiendo tus pasos porque no sé cuáles son los míos.

- Pero, ¿qué es lo que te ocurre con él? -insistió el muchacho.

- Independientemente de sus formas o hasta de sus acciones, mi sexto sentido me dice que hay algo anómalo y sospechoso en él -contestó Zenia, desahogándose.

- Puede que tengas razón... -recapacitó Brances-. Encontremos entonces el árbol y salgamos cuanto antes de aquí.



Después de un largo rato de pasar por numerosos cruces de caminos, se detuvieron a la sombra de un gran álamo solitario y plateado que se apostaba junto al camino.

- Esto es un poco extraño, ¿no te parece, Zenia? -comentó el joven-. Por lo que Mentur nos dijo, ya deberíamos haber dado con el árbol.

- Yo diría, inclusive, que estamos volviendo a los mismos emplazamientos -dedujo la muchacha-. Creo haber visto antes este álamo aquí, pegado al camino. Reparé en él por verlo solo y sin las aguas cercanas a las que suelen arrimarse.

- Pues hemos seguido las indicaciones exactas del hombre -replicó Brances con el ceño fruncido.

- Primera prueba sospechosa de sus intrigas...

- ¿Y qué hacemos?

- Ni siquiera sabemos con absoluta certeza si el árbol se encuentra en este sitio -dijo Zenia-. Creo que debemos irnos cuanto antes de aquí. Presiento que éste no es un lugar seguro para nosotros...

- ¿Por qué dices eso...? -preguntó Brances intranquilo.

- Hasta los árboles son aquí diferentes -contestó ella señalando la copa del árbol bajo el que se cobijaban-. No sólo es anormal la posición de este álamo aquí, sino el que sus hojas, bien iniciado como está el otoño, no estén ya amarilleando y a punto de caer.

- El álamo es el árbol de la muerte -apuntó el muchacho-, pero también el de la resurrección, porque simboliza fuerzas positivas y negativas. Por eso dicen que ayudan a resolver problemas y son buenos contra la desesperanza y el desaliento.

- Positivas y negativas... -meditó Zenia.

Escucharon un potente ruido, combinación de crujido y de viento silbante, y otearon alrededor suyo rastreando el origen, pero no entrevieron nada irregular.

- ¿Qué es eso...? -preguntó Zenia espantada.

Brances empezó a conjeturar sobre lo que estaba sucediendo... y pensó y reaccionó velozmente.

- ¡Vámonos, corramos! ¡Lejos de aquí!

Asió con vigor la mano de la muchacha y salieron en estampida en dirección opuesta a donde venían, atravesando la foresta y sorteando árboles y setos.

Mientras lo hacían, el ruido se iba acrecentando y acercándose a ellos, como si su huida fuese estéril y no les alejase de nada.

- ¡Rápido, Zenia! ¡Cuanto más corramos, mejor!

La muchacha no entendía nada, pero su corazón, desbocado y angustiado, le gritaba como nunca que no se despegase de su amigo ni le soltase la mano.

El cielo, en un segundo, comenzó a ensombrecerse...

Miraron asustados hacia arriba y, en una exhalación, vieron cómo el cielo sobre sus cabezas se llenaba de troncos, ramas y hojas que venían desde la dirección que habían dejado y que formaban parte de un monumental árbol que caía sobre ellos.

Zenia chilló, cubriéndose y resguardando la cabeza con los brazos, y Brances se lanzó sobre ella, tirándola al suelo y colocándose encima para protegerla.



- Brances, Brances...

La muchacha levantó la cabeza del joven, que yacía con los ojos cerrados a su lado, pero no despertó.

Retiró, tan rauda como pudo, las ramas y follaje que lo atrapaban. Al quedar libre, puso directamente su mano en el pecho de él para comprobar si su corazón latía.

Suspiró... y se relajó: vivía. Acarició su rostro, retirando el largo cabello del muchacho, cuya expresión era serena.

Zenia no se dio cuenta de que contemplaba sus labios, carnosos y fuertes, y que al hacerlo, estaba experimentando una vibración en su cuerpo que desconocía... Observó sus cabellos, brillantes y del color de la tierra que pisaban, y que resaltaban el azul de sus ojos. Deseó verlos abiertos de nuevo y volver a sentir su tierna sonrisa dentro de

su corazón.

Se le vino a la mente cómo, desde que Banlot desapareciese, el joven había ocupado su lugar protector con creces. Podría decirse que había llegado a salvaguardar su vida ya en dos ocasiones. Y en esta última, le conmovía recordar de qué manera se había expuesto él con la intención de auxiliarla del daño.

Rebuscó entre los sacos de viaje algún odre de agua y, mojándose las manos, las pasó con cuidado por el rostro de Brances.

Al no obtener resultado, se dejó llevar por su instinto, y le colocó una de sus manos bajo la nuca y la otra sobre el pecho. Sintió cómo la energía de sus manos penetraba en el cuerpo de él, devolviéndole la vitalidad.

Por último, volvió a coger el odre de piel y, esta vez, vertió ligeramente unas gotas de agua sobre su cabeza.

Repentinamente se movió, y abrió despacio los ojos. Se encontró con los de ella...

Qué honda alegría sintió la muchacha en su corazón. De nuevo, veía brillar la nobleza en esos ojos azul intenso.

Y todo cesó en aquel instante...

Zenia percibió que su cuerpo entero se turbaba con esa mirada acariciadora y envolvente. No quería más que estar allí, más que bañarse en el mar insondable de anémonas y corales que hallaba en sus ojos...

Un alcaudón real repicó, revoloteando por encima de ellos... y ella volvió a la tierra.

- ¿Cómo estás? -le preguntó tocando su hombro.

Él intentó incorporarse, y se cogió el cuello por detrás.

- Uf, qué dolor...

- ¿Sí...? El árbol debió golpearte en la nuca -dijo Zenia levantándole el pelo y examinándole el cuello-. Tienes sólo una pequeña herida, pero parece que ha sido más el golpe que el corte.

Se pusieron en pie, y él pudo constatar que, excepto el golpe en el cuello, no había sufrido ningún otro descalabro.

- ¿Y tú? ¿Estás bien?

- Sí, claro, gracias a ti...

La muchacha no pudo dominarse y se abrazó fuerte a él, susurrándole al oído:

- Gracias de corazón por lo que has hecho...

Él se asombró hasta tal modo por el gesto de la joven, que no acertó a decir ni palabra, pero acabó abrazándola a su vez -con todo el decoro que pudo-, apreciando la calidez de su cuerpo y el perfume de sus suaves y ondulados cabellos, que le caían sobre la espalda.

Ella quiso permanecer así por siempre, entre su amplio pecho y sus acogedores brazos, que hacían mecerle el alma allí adentro.

- Deberíamos irnos de aquí cuanto antes -sugirió Brances, y se soltaron.

- Tienes razón -dijo ella recordando lo arriesgado de su coyuntura.

- Estamos sanos y salvos, pero hemos podido morir aplastados por este árbol enorme, que dudo que ningún viento lo haya tirado -interpuso él.

- ¿Quieres decir que... -empezó Zenia.

- Que alguien lo ha cortado y empujado, sabiendo que nos encontraríamos por la zona, y comprobando previamente que estábamos bajo aquel álamo.

- ¿Cómo llegaste a saber que debíamos alejarnos de allí? Tu perspicacia nos ha salvado. Si llegamos a quedarnos bajo aquel árbol o cerca de él, no estaríamos aquí contándolo.

- Mi perspicacia no, la tuya -aclaró contundentemente el joven-. Ahora lo entiendo todo, casi hasta el último detalle, gracias a ti... y a los árboles.

La muchacha le solicitó que se explicase, aunque aquello supusiese demorarse unos minutos más en aquel, ya lúgubre, lugar.

- Lo más primordial que deduzco de todo lo que ha ocurrido, Zenia, es que es vital y siempre prioritario que escuches a tu corazón, y que sea yo quien vaya con él y no al revés, como incautamente hemos hecho.

- Pero es que yo no sabía qué camino tomar; por eso tomé el tuyo -se explicó la muchacha.

- Pues esperamos hasta que des con él, en vez de andar ciertamente sin rumbo -comentó el joven-. Y sí que tenías ya un camino trazado, que era el de evitar a Mentur. Sobre eso, hasta tú misma me lo comunicaste, pero no me di cuenta entonces... Aunque algo me puso sobre aviso, y fueron tus palabras.

- No acabo de ver la relación de todo esto con que supieses lo que iba a ocurrir en ese instante con el árbol.

- No sé en qué basarías tus recelos hacia él -continuó Brances-, pero supo conseguir la información justa que quería sobre nuestro siguiente paso en la misión.

- Sí, y sé que dijo lo del ombú y los kramitas para que pareciese que sabía más de lo que creíamos sobre nuestra historia, y así confiásemos en él -recordó Zenia-. Hasta tengo mis dudas sobre el invernadero, porque se sintió incómodo cuando le pregunté. Había algo sospechoso en él...

- Él sabía que iba a pasarte algo muy concreto en el invernadero. Es por eso que no le interesaba mi explicación, sino la tuya.

- Sí, eso es cierto. Sigue...

- Evidentemente -prosiguió él-, nos explicó el camino al ombú de manera que acabásemos aquí, dando rodeos como en un atolladero. Fue bajo el álamo y al escuchar el rugido del otro árbol comenzando a caer, cuando lo vi todo claro. Tu repetición de mis palabras sobre las fuerzas positivas y negativas de los álamos me dio la clave.

- Me resultó un poco contradictorio que en los árboles hubiese fuerzas negativas -aclaró la muchacha.

- Hay árboles que, como otros seres vivos, pueden responder a las intenciones negativas si así se los conduce. Aunque sus almas sean puras, neutras.

- ¿Te refieres a sus esencias o espíritus? -quiso saber Zenia.

- Sí, pero si son inducidos a hacer el mal o a la oscuridad, responderán a ella, secundándola. El álamo nos atrajo a los dos, y no creo equivocarme si afirmo que así fue porque había una intención superior a él de hacernos permanecer allí, para a continuación concluir la tala del gran árbol, también bajo su dominio, y hacerlo caer sobre nosotros.

»Cuando reparé en el ruido, se me hizo familiar; ya lo había escuchado antes, cuando los leñadores llegan a adentrarse en las cercanías de nuestra cabaña. Lo natural hubiese sido suponer que estaba bajo control y que no había peligro alguno; era un árbol más siendo talado. Pero tus palabras sobre las fuerzas negativas de los árboles me hicieron encajarlo todo en un segundo.

- Gracias a Dios... Tus conocimientos sobre los árboles nos han salvado.

- Y tus conocimientos sobre el carácter y la naturaleza de las personas -sonrió Brances-. Lo que no entiendo es por qué un hombre como Mentur querría hacer tal cosa e impedirnos continuar en beneficio y salvaguarda de los bosques, cuando en su casa tiene un espacio tan mágico y amistoso como el que nos enseñó.

Zenia no había dejado de elucubrar mientras escuchaba a su amigo, pero aún no dijo nada de lo que se barruntaba, excepto que debían marchar ya.

Sortearon las ramas y las hojas de lo que quedaba del árbol tras su caída, y prosiguieron en el mismo sentido en el que habían echado a correr.

A los pocos minutos, parecían regresar a los mismos sitios: los paisajes se repetían una vez y otra.

- Dios mío, es como si anduviésemos en un laberinto del que no podemos salir -dijo

Brances empezando a inquietarse.

Zenia aprovechó para expresar lo que cavilaba en su cabeza. Por primera vez desde que se quedó sin su amigo Banlot, se encontró segura de sí misma.

- Esta experiencia debería enseñarnos que la oscuridad puede alcanzar a cualquiera. Creo que Mentur es una especie de mensajero o intermediario de ella, y por eso sabía sobre toda la misión y sobre mí o mi encuentro con los kramitas. Como dijeron los hermanos del corazón de la tierra, la oscuridad está sobre nuestros pasos observando cada una de nuestras maniobras.

Brances vio como novedad para él a una joven audaz y decidida hablando.

- Le molestó hablar sobre el invernadero porque no le pertenece, al igual que estas tierras, aunque las conoce bien. Su auténtico dueño debe estar ausente y él ha suplantado su lugar.

- Si eso es así -intervino Brances-, supongo que podremos corroborarlo cuando regresemos y consultemos a los dueños de la posada, que seguramente tendrán conocimiento de ello. Si es que regresamos...

- Tiene poder y dominio suficientes como para controlar a los árboles y a las plantas de esta zona y *moverlos* a su antojo, haciéndonos andar en círculos sin que nos demos ni cuenta.

- Habrá alguna forma de salir, seguro, aunque no se me ocurre ninguna... -se lamentó el joven en su desesperación.

- Es que no hay que salir -dijo Zenia muy meditabunda.

- ¿Cómo dices?

- Al querer salir es cuando no lo hacemos -comenzó a aclarar la joven-. Nos movemos físicamente con nuestros cuerpos de aquí para allá, pero no es del plano físico del que hay que escapar, sino de nuestras mentes.

- No sé muy bien lo que quieres decir -Brances andaba un poco aturdido con las explicaciones de la tresla.

- El laberinto está en nuestras mentes -intentó esclarecer Zenia-. Mentur es una persona muy inteligente. En cierto modo, me recuerda a Banlot, aunque estando éste, por descontado, en la benignidad y generosidad de la luz.

Tuvo que parar: el sentimiento de añoranza que le albergó, le llenó los ojos de lágrimas y bajó su mirada. Cómo extrañaba a su preciado amigo...

Brances quiso consolarla y confortarla, pero no supo cómo; se sentía tan torpe y rudo ante sus lágrimas...

El anhelo de verla bien fue mayor que su timidez, así que se aproximó a ella para darle un beso en la mejilla, bañada en lágrimas, y acariciársela.

Ella alzó los ojos para mirarlo, y él se juró a sí mismo que haría siempre todo lo que estuviese en su mano para que esos ojos jamás volvieresen a teñirse con esa tristeza tan honda.

Zenia secó sus lágrimas y procuró continuar.

- Mentur sabe que no saldremos de este laberinto mental en el que nos ha metido, mientras no nos demos cuenta. Por eso, ahora mismo la balanza está a nuestro favor, porque él cree que aún andamos ignorantes, dando vueltas por aquí.

- ¿Y cómo podremos liberarnos de ese laberinto en nuestras mentes? -preguntó Brances.

- Cuando menos ya somos conscientes, que es el primer paso para salir de cualquier trance -respondió la joven recapacitando-. Y lo único que se me ocurre es que, puesto que hemos pasado la puerta del mundo de las plantas y los árboles, es el mejor momento para hacer uso de la magia y contactar con las shajas para que éstas nos ayuden. Eso fue lo que me aconsejaron, si era necesario.

- Es cierto -afirmó él-. ¿Y cómo contactaremos con ellas? Aquí se diría que los árboles estén confabulados contra nosotros.



- Las shajas son los espíritus de los árboles, y como tú bien has dicho son neutros y seguirán nuestra intención. Intentaré contactar con las mismas shajas que me visitaron en sueños.

Cogió su bolsa y sacó los cuatro objetos y la llave.

- Aún no sabemos el funcionamiento ni el significado de esta llave -dijo, cogiéndola en su mano y observándola delante mismo del sol.

Al hacerlo, la piedra rosa labrada reflejó los rayos en todas las direcciones, incidiendo contra los troncos de los árboles cercanos.

Ella presintió que debía permanecer con la llave en aquella posición. En escasos segundos, unos hilillos de humo negro salieron de diversos puntos de las cortezas de los árboles. Algunos de ellos fueron imperceptiblemente amarilleando sus hojas, y varias incluso cayeron.

El humo cesó, y la llave dejó de brillar. Zenia bajó su mano y guardó de nuevo todo en su macuto.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Brances sin entender.

- No sé muy bien, ni si realmente ha sucedido algo que pueda servirnos, pero los árboles han vuelto a su estado natural, y por ello sus hojas ahora son otoñales. En la oscuridad parece que no existe el paso del tiempo ni las estaciones.

- ¿Crees que han sido las shajas las que han hecho eso?

- Seguramente... -contestó la muchacha-. Es un instrumento que les pertenecía, y quizá sólo con la intención de nuestra mente, haya sido suficiente para que aparecieran e hicieran su labor.

- Eso espero -dijo el joven-. ¿Hacia dónde vamos ahora?

Zenia dirigió su mirada a los árboles y, de forma desenvuelta y casi sin reparar en ello, les interrogó en voz alta:

- ¿Dónde está el árbol de la Bella Sonrisa, mis queridos amigos?

Las aves callaron y se hizo el silencio.

Un soberbio y majestuoso castaño, que aún no se había despedido de sus hojas de fuego, comenzó a agitarlas cada vez más temblorosamente, como si un aire creciente las meciese.

Zenia se arrimó a él y tocó su tronco. Al elevar la vista hacia arriba, vio cómo todas sus hojas se balanceaban en la misma dirección. Concluyó que era ésa la que debían tomar.

- Hacia allá, y no creo que tardemos mucho en encontrarlo -dijo rotunda.

Así fue, y en cuanto echaron a andar, divisaron a lo lejos un amplio llano con un vistoso árbol en su centro cuajado de grandes y brillantes hojas verdes. Su tronco era sorprendentemente nudoso y ancho, extendiéndose hasta varios metros de diámetro, y sus raíces tortuosas sobresalían, en gran parte, sobre la tierra.

Se sentaron sobre uno de los montículos de aquellas raíces.

- Por fin un árbol bajo el que cobijarnos y que me hace sentir en paz -dijo Brances con una sonrisa tranquila en los labios.

- El árbol de la Bella Sonrisa... -dijo Zenia apoyando la cabeza sobre una de sus raíces.

Se sintió muy cansada...

- ¿Quieres que hagamos una pausa aquí para descansar? -planteó el joven-. Después de tantos sobresaltos... ya no creo que haya peligro.

-No, los árboles vuelven a ser nuestros amigos -dijo Zenia con dulzura y acariciando la raíz.

- Comemos algo y nos vamos, ¿te parece bien? -propuso Brances.

- De acuerdo -asintió la muchacha.



Al acurrucarse en un hueco de la enorme raíz, después de comer, quiso sentir toda la vitalidad del árbol centenario, y cerró los ojos.

Brances, mientras, se había echado en el verdoso y lozano pasto adyacente al árbol, a su sombra.

Zenia fue relajándose, cuerpo y mente, a medida que era mecida por la amable y acogedora energía que manaba del árbol.

En medio de un dulce sopor, entreabrió los ojos y vio un cielo verdemar repleto de anchas hojas lanceadas que refrescaban todo cuanto se hallaba bajo su cobijo.

Las ramas que acogían las hojas eran muy flexibles, como si de un arbusto se tratase, y vio en su adormecimiento cómo iban reclinándose y acercándose a ella.

Escuchó una risita que le supo familiar. Detrás de una de las hojas, apareció...

Ahí estaba ella, una shaja que, a diferencia de las que vio en el bosque de los kramitas, portaba un tocado plateado sobre sus cabellos verdes como la hierba. Su cuerpecito brillaba como si estuviese lleno de minúsculas estrellas, y sus alas eran delicadas transparencias que hacían aún más elegante el porte de aquella pequeña y sutil criatura.

- ¿Te conozco? -preguntó Zenia, que no le pareció que estuviese soñando.

- No. Conoces a algunas de mis hermanas -dijo una voz delicada y musical-. Soy Friha, el espíritu del ombú, el árbol de la Bella Sonrisa, como le llaman tus amigos.

Y al sonreír, se iluminó el árbol entero, y el corazón de Zenia se inundó de pacífica alegría...

- ¿Tienes tú mi objeto? -siguió preguntando Zenia-. Los espíritus de las ninfas me dijeron que el ombú me lo ofrecería.

- Sí -contestó Friha-. Hace muchos siglos fui coronada en este bosque como representante de todos ellos, puesto que el ombú es un árbol que aúna características de los tres estratos de la vida vegetal de los bosques: hierba, arbusto y árbol. Por eso, me designaron a mí para darte la esencia de nuestros dominios boscosos.

Aquel pequeño ser revoloteó y se acercó al tronco principal del peculiar árbol, susurrándole algo ininteligible.

Se acercó de nuevo a ella y le dijo:

- Por la cara sur de la copa darás con un racimo verde con sus frutos. Aunque aún no sea su época de producirlos, él lo hará para ti. Sus bayas son venenosas, pero esto puede serte útil en algún momento. En su interior, sus negras y relucientes semillas custodian la esencia de nuestro mundo vegetal, conteniendo sus tres diferentes crecimientos, como te dije.

- Gracias, Friha -agradeció Zenia-. Lo conservaré como un tesoro.

- Un tesoro, ciertamente, es... que porta la misma vida encerrada en apenas un centímetro. Este árbol bajo el que os guarecéis salió de esa minúscula semilla. ¿Acaso no es eso un milagro? Los humanos soléis rechazar de plano todo lo relacionado con lo que llamáis la magia, simplemente por desconocimiento; o bien la buscáis incesantemente, para experimentar sobrecogedoras y excitantes emociones.

Zenia escuchaba atentamente...

- Pero, ¿qué más magia puede haber que en un trocito de vida contenida? -continuó-. La semilla es pura magia, o así deberíais estimarlo, tanto unos como otros. Y ese árbol salido de las entrañas de un encantamiento, creará aún más vida contenida; y así sucesivamente hasta el infinito...

Zenia comenzó a notar de nuevo esa somnolencia, pero no quiso terminar sin interrogarle acerca de algo que le había intrigado desde que conoció a estos diminutos seres.

- ¿Tú puedes relatarme sobre cuándo y cómo yo me comunicaba con los animales y los árboles?

- Eso no tiene importancia aún... Lo que incumbe ahora es que sigues haciéndolo, aun cuando antes ni te dabas cuenta. Hemos hablado a menudo contigo, te hemos protegido y aplacado tu corazón, hemos desnudado tu mente y elevado tu alma. No nos olvides...

Voló hacia arriba y se esfumó entre la frondosa hojarasca esmeralda.

Zenia se levantó y fue a la zona sur del árbol. Allí se encontró un racimo, de un verde intenso, que pendía de una de las ramas curvas más bajas. Le pidió permiso para extraerla, tal como había visto hacer a Vrajant, y la separó, dando las gracias por su generosidad y ofrecimiento.

El árbol entonces volvió a alumbrarse, y Zenia le devolvió la sonrisa...

Fue a sus enseres y guardó el fruto con el resto de objetos.

- Brances... -llamó la muchacha.

Éste despertó de su leve sueño.

- Debemos irnos de aquí -dijo Zenia.

- ¿Y el objeto? -preguntó extrañado el joven.

- Ya lo tengo -contestó la joven tresla-. Por el camino te contaré. Salgamos de estas tierras.

En cuanto dieron unos pasos, llegaron a la primera bifurcación que daba al invernadero y tomaron el camino de vuelta.

Y de ahí a Vrendor, donde decidieron distenderse con un final de tarde reposado, paseando por la aldea y alternando y platicando con sus paisanos.

Ya mañana, el día traería su afán...

## 9. El Shirim



Aquella mañana cogieron todos sus bártulos para partir definitivamente de Vrendor. Al despedirse de los posaderos, procuraron investigar algo sobre Mentur, por si cualquier indagación pudiese resultarles de utilidad para el futuro.

- Vimos ayer, dando un paseo -comenzó Brances-, unas tierras con el nombre de "El ombú". ¿Las conocéis?

- Sí, claro, son las tierras del viejo Jermy -dijo la posadera-. Pertenecen a su familia desde tiempos inmemoriales.

- ¿Jermy? -preguntó el muchacho-. ¿Suele rondar por aquí por la cantina?

- Alguna vez -respondió la mujer-, pero muy de tarde en tarde.

- Pero, ¿está ahora mismo por la posada? -insistió el joven-. Nos han hablado de un lugar allí donde pueden contemplarse especies de plantas exóticas y poco corrientes por estos lares.

- Pues ahora no vais a poder visitarlo -informó el posadero-. Está fuera, de viaje, desde hace pocos días, y aún no ha retornado. Es cierto que hay un edificio de cristal todo repleto de plantas, muy querido para él, y que cultiva y preserva con mucho esmero, pues perteneció desde hace siglos a sus ancestros.

- ¿Lo construyeron ellos mismos? -preguntó Zenia.

- Sí, eso parece -contestó el hombre-. Hay un conjunto de pergaminos donde se describen al detalle las plantas de ese lugar, su origen y quién ideó y construyó ese invernadero: un apasionado de la naturaleza, sin duda.

- Dicen que allí habitan incluso seres mágicos y misteriosos que sólo unos pocos han visto... -añadió con mucha intriga la mujer.

- Queríamos saber también -continuó Brances-, para poder despedirnos de él, si habéis visto a aquel hombre que se sentó en nuestra mesa anteanoche. No sé si os fijasteis en él.

- Sí, yo lo vi -contestó la posadera-. Me llamó la atención su aspecto severo y tieso. Debe ser forastero, porque por aquí nunca lo habíamos visto. Me sorprendió que se sentase a vuestra mesa.

- No había sitio en aquel momento -explicó el joven-, y se puso a conversar con nosotros.

- En estos días pasa gente muy extraña por acá -comentó el posadero-. Hay que andar precavidos...

Agradecieron su gentileza y el trato afable recibido, y se despidieron cortésmente de la pareja, prosiguiendo con su recorrido.



En su respiro de media mañana, se cobijaron bajo un grupo de alisos, pues arrancaba a lloviznar y amenazaba tormenta.

- Como nos caiga un relámpago, Brances...

- No te preocupes -comentó él-. Te he traído bajo estos alisos porque son de los escasos árboles que no atraen los rayos, y de momento podemos guarecernos. Pero habrá que buscar mejor refugio, por si aprieta la lluvia.

La muchacha se sentó en un tronco caído cercano.

- Dos puertas por abrir... -dijo discurriendo en voz alta-. Empiezo a notarme un poco

cansada, más cuando pienso que puedan acosarnos más Mentures por las esquinas cortándonos el paso o atentando contra nuestras vidas. Ufff...

- Saldremos airosos de todo, ya lo verás -la animó Brances-. Y ten en cuenta que, a cada paso que damos, sabemos más que el anterior. Llegaremos al final.

- ¿Sabes qué soñé anoche? -dijo Zenia acordándose-. Soñé que volvía a aquel paraíso al que me condujo Persty: el lago violeta. Y allí veía maravillas en las que no reparé la primera vez.

- ¿Qué maravillas?

- Pues no lo recuerdo -dijo ella negando con la cabeza-. Tú estabas conmigo, y entonces desperté con esa evocación de haber visto cosas nuevas y extraordinarias. Aunque por más que me lo propuse ya despabilada, no desentrañaba qué fueron.

- ¿Yo estaba contigo, dices? Porque si es así, quizá se trataba de un sueño premonitorio. A veces se dan, y con la de cosas tan fuera de lo común que te han ido pasando en esta aventura tuya, un sueño de lo que va a ocurrir es lo más corrientito de lo que llevo escuchando o viviendo últimamente, ja, ja, ja.

- Hey, eso no ha estado nada bonito -refunfuñó Zenia-. ¿Acaso no me crees?

- Claro que te creo, boba...

- Oye, el bobo lo serás tú... -la muchacha le enseñó la lengua, y salió corriendo bajo la lluvia.

Brances fue volando tras ella, mientras vociferaba:

- ¡A mí no me saca nadie la lengua...!

Aunque la joven tresla se deslizaba como una gacela, el muchacho bien que podía alardear de gran corredor, así que la atrapó en un periquete.

Se enzarzaron entre risas tontas y empujones. A ratos se perseguían, hasta que exhaustos, se apoyaron en los numerosos troncos de un alto avellano, aún cuajado de hojas.

Él la miró, con esa mirada que le traspasaba el alma y que, desconocía el porqué de tal desatino, le hacía estremecerse de pies a cabeza.

Brances observó el árbol bajo el que se encontraban, y dijo:

- El avellano...

- Háblame de él... -le susurró la muchacha.

- Es un árbol inspirador, receptáculo de sabiduría. También simboliza la fecundidad, la abundancia y el renacimiento. Es un árbol encantado para revelar mensajes, pero sobre todo...

Calló repentinamente.

- Sobre todo... ¿qué? -quiso saber la joven.

No dejó de mirarla a los ojos, mientras le decía:

- Sobre todo, auspicia que el amor tiene los ingredientes secretos para el éxito, y proclama el encuentro de dos amantes...

Sólo se escuchaban sus respiraciones agitadas... y la llovizna derramándose sobre la tierra.

Zenia consideró que su corazón latía demasiado aprisa para darse cuenta de lo que pasaba, y el cuerpo le temblaba de frío, según creía...

¿Acaso era cierto lo que contaban aquellas crónicas románticas que su madre solía leer y que ella nunca había soportado?

Se había propuesto no meterse nunca en esas lides en ningún momento de su vida. Sus rancias amigas se pasaban el día entero acicalándose, para luego suspirar y penar por este o aquel zagal, y eso sólo traía disgustos y malestares.

¿Y para colmo, ver después cómo se pasaban el resto de su vida tirándose los trastos el uno al otro, como los ancianos de la aldea?

Que no, que no, se decía, que ella quería vivir su propia vida, y salir al mundo a experimentar y disfrutar los tesoros y milagros de la vida...

Pero qué milagro esos ojos, esa mirada, qué tesoro esos labios...

Era todo tan desconocido y novedoso para la joven, que comenzaba a inquietarse con lo que estaba sintiendo, pero no podía obviarlo: aquello le gustaba y le parecía tan excitante...

Cómo le atraía aquel joven valiente y apuesto. No era como los aburridos y fastidiosos muchachos del pueblo, siempre reclamando su atención.

El joven valiente y apuesto temblaba también de la emoción, que las piernas casi no le sostenían, pero se armó de coraje y... acercó su rostro al de ella, besando despacio esos labios de miel que tanto había deseado desde el primer momento.

La abrazó delicadamente y la acercó a su cuerpo mientras la besaba.

Ella sospechó que había entrado en otro sueño de shajas o hermanos del firmamento, y que despertaría en cualquier momento, porque la turbación que atravesaba todo su cuerpo no podía ser real, de intensa y placentera que era...

Mientras se besaban, ella revolvió sus largos cabellos y jugó con ellos; él acariciaba sus mejillas de terciopelo. El muchacho lamía, mordisqueaba y acariciaba con su lengua sus dulces y encarnados labios.

A la joven le pareció que transcurrían los minutos y los minutos... Y se escuchó el fragor de un trueno en la lejanía.

Despegaron sus labios, pero permanecieron unos instantes más, abrazados en un único latido.

Cuando separaron sus cuerpos, se miraron de nuevo, sin lograr saber qué decir.

Ella se sonrojó y bajó los ojos, y dijo:

- Todo esto es tan nuevo para mí...

- Si hay algo que no quieras hacer, dímelo sin dudar, y no volveremos a hacerlo.

- No, no... -dijo la joven-. Ha sido tan... fascinante. Es tan sólo que me asusta, porque nunca me había encontrado así.

- Es otro episodio más de tu nueva aventura... -le dijo el joven, sonriendo.

- ... que también habré de vivenciar, ¿no?

- Sin miedo y hacia adelante.

- Tú ya has hecho esto, ¿verdad? -preguntó ella con cierta cortedad.

- Dos o tres veces -contestó él un poco aturullado-, pero no de esta manera...

- ¿De qué manera? ¿Qué es diferente?

El muchacho pareció amilanarse aún más con sus preguntas.

- No vayas a acobardarte tú también -dijo la joven-. Seamos atrevidos incluso en esto, porque no hay nada malo en ello, ¿no?

- No, claro que no, todo lo contrario.

La miró directo, y añadió:

- Desde que te descubrí en la orilla del río, sentí algo agudo e impetuoso que no podría describir, pero supe que algo en mi vida se transfiguraba ya por siempre.

Zenia escuchaba con suma deferencia los pensamientos íntimos del joven.

- Cuando me miraste por primera vez en la cabaña -continuó-, sentí cómo algo horadaba mi corazón. Me siento turbado y muy atolondrado en tu presencia, aunque procure disimularlo, pero cada vez me resulta más difícil ocultarlo.

- Lo siento de verdad... -dijo la muchacha tresla, bajando la cabeza.

- No, preciosa, no... -le levantó el rostro con suavidad-. Tú no eres culpable de ser tan bella, por dentro y por fuera, y de provocar ese efecto en mí. Lo único que sé es que haría lo que fuese por ver eternamente esa sonrisa y esos dulces ojos mirándome así, con esa fuerza e inocencia a la vez.

Su cuerpo suspiró, y ella quiso hacerle partícipe a él de cuanto sentía, hasta el más mínimo detalle, desde lo más profundo de sus entrañas... pero no fue capaz. Algo le aprisionaba y ahogaba la garganta, y prefirió cerrar los ojos para no sentir.

Al volver a abrirlos, aspiró la dulzona fragancia de la tierra mojada, y dijo:

- Un árbol inspirador... y revelador de mensajes, dijiste. Uno ha llegado: debemos partir hacia el lago violeta. Para entonces, ya se habrá abierto nuestra sexta puerta.

Brances no acabó de comprender aquel silencio anterior y ese cambio repentino, pero lo acató y volvió a esos menesteres.

- ¿Y sabes desde aquí cómo conducirnos hasta las tierras kramitas? -preguntó.

- No tengo ni la más mínima idea, porque no sé ni dónde estoy respecto a mi aldea y el condado, con que respecto al bosque kramita...

- ¿Cómo llegasteis hasta allí? -preguntó Brances, procurando atrapar alguna pista.

Zenia recapacitó, y la pregunta dio un resultado satisfactorio.

- Es cierto -dijo, acariciándose la barbilla-. Algo me dice que podemos volver a acceder allí... ¿Cómo? Estrechando nuestras mentes, como dijo Banlot.

- ¿Y eso cómo se hace?

- Vayamos caminando, que ya llegará la oportunidad en la que el bosque nos brinde la ayuda para conectar con nuestro yo superior. Así, trascenderemos las dimensiones, dejando atrás el tiempo y el espacio...

Brances admiraba también su inteligencia, y no podía menos que admitir que seguir a una dama por esas tierras inhóspitas era una auténtica labor de humildad y modestia, por la parte masculina que le tocaba.

Volvieron al bosquecillo de alisos y recogieron sus cosas, ahora que la ligera lluvia había cesado.



Poco antes de la hora del condumio, tras atravesar un prado aún florido y adentrarse ahora en el bosque húmedo, distinguieron a lo lejos un grupo de cévidos que pacían reposadamente sobre las verdes y jugosas hierbas, humedecidas por la lluvia.

El camino les fue acercando a los ungulados. De entre ellos, uno levantó la cabeza y los miró. Fue ahí cuando constataron que se trataba de un reducido grupo de grandes y elegantes alces: algunas hembras con sus crías.

Se pararon para no espantarlos y respetar su descanso.

- Qué bellos son... -exclamó Zenia, que muy rara vez los había visto tan cerca.

- Sí, y las hembras suelen ser muy pacíficas, si respetas su espacio -dijo el joven con tono de conocimiento-. Es poco usual encontrarlos a esta hora del día, porque aunque son de costumbres diurnas, suelen concentrar su actividad al alba y al crepúsculo.

La joven quiso saber.

- No has llegado a hablarme apenas nada de tu relación con el bosque.

- ¿Qué quieres saber?

- ¿Cómo sabes esas cosas de los árboles? ¿Y cómo te haces uno con cualquiera de ellos o uno con el bosque?

- Hay algo de tradición en esa información -explicó el joven-, que ha ido transmitiéndose de generación en generación a partir de los hombres-árboles, como se les denomina en mi tierra, que en tiempos ancestrales conocían el lenguaje secreto de los árboles. Pero también hay algo de lo que ellos mismos te cuentan, si sabes escucharlos...

- ¿Escucharlos? -Zenia no sabía a qué se refería.

- Ellos te hablan en un lenguaje muy sutil -susurraba casi el muchacho-. Recuerda el castaño con la oscilación de sus hojas, o una ramita que cae, un crujido, el silbido del viento en su follaje, el aroma de sus flores... Sólo has de saber traducirlo e interpretarlo.

Al joven le relampagueaban los ojos.



- En contacto con él -prosiguió-, te entregará su energía y podrás percibirla en unión con la tuya, hasta transformarse en comunión de dos seres en uno. Pueden irradiarte fortaleza, paz, poder, sabiduría, esperanza, paciencia, amor... según a cuál te arrimes.

- ¿Y los animales? ¿Hablas con ellos?

- Son diferentes -contestó Brances-. Es una energía más directa, y pueden acudir a ti. Si tienes ocasión de mirarlos a los ojos, te relatarán muchas cosas. Y te recordarán nuestro origen, en un tiempo en el que el hombre no saqueaba la tierra ni torturaba a los animales, y donde se respetaba y veneraba cada ser vivo, regalo del planeta.

- Los animales son seres libres y salvajes -comentó Zenia.

- No nos pertenecen -afirmó el muchacho-: nada nos pertenece. Son préstamos para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, son ofrendas divinas que nos sustentan y obsequian vida. Sin ellos, no existiríamos; ellos, sin nosotros, seguirían existiendo.

- ¿Crees que pueden llegar a sentir amor hacia nosotros?

- Algunos, sí -contestó él-. Son como nosotros: variados de carácter. Llevan la fiereza de su naturaleza, de la supervivencia, de la defensa de sus crías, pero también pueden amar... a su manera y en su inocencia. Nosotros nos hacemos adultos y perdemos esa inocencia; ellos la conservan toda la vida.

Miraron justo delante suyo, y allí estaba...

Observándolos... una hembra alce color caramelo oscuro de ojos tiernos y profundos, que los examinaba apenas a dos o tres metros de ellos.

A Zenia la desbordó una explosión interna de júbilo y sentimiento, y miró en la inocencia de aquellos ojos...

Abrió su mente, y escuchó una voz algodonosa y maternal que le decía:

«Ve al lago... Allí encontrarás lo inusitado, lo que pocos ojos humanos han visto. Y déjate mecer por la magia del lugar y de sus habitantes, sin aprensión. Un lurham muy especial te hablará y te ofrecerá un presente. Escucha sus sabias palabras...».

La hembra alce dio media vuelta y salió al galope hacia sus otros congéneres.

- Qué hermosura y bravura de animal -dijo Brances sobrecogido.

Zenia reflexionaba...

- Qué silenciosa te veo -le dijo el joven-. ¿Qué te ha dicho?

- ¿Cómo sabes que me ha dicho algo?

- El animal no te retiraba la mirada -respondió-, y vi cómo proyectaba su energía sobre ti.

- Ahora sí que encontraremos el lago -sentenció Zenia-. La sexta puerta, la de la fauna salvaje de los bosques, se ha abierto para nosotros...



Tras comer, no demoraron más la espera, así que se encaminaron en la misma dirección en la que habían estado apostados los alces.

Poco más avanzó el sol surcando el cielo, cuando se internaron en una densa maraña de vegetación que a Zenia le resultó muy familiar.

- Nos encontramos muy cerca -anunció.

En verdad fue así, porque antes de que se diesen cuenta, salían de aquel tupido entramado vegetal a cielo abierto, a aquel edén que a Zenia le daba la impresión de haber visitado ya hacía meses.

Brances no daba crédito a la belleza del espectáculo que se abría ante sus ojos.

- Te quedaste muy corta al describirme todo este panorama.

- Como verás, es imposible describirlo con palabras -se excusó la muchacha.

- Desde luego, sobre todo el lago -el muchacho seguía extasiado recreándose en su contemplación-. No me voy sin meterme en él.

- ¿De veras? -le sonrió la joven-. A ver si vas a salir morado, ja, ja, ja.  
- No del frío, seguro -dijo, agachándose en la orilla y metiendo la mano en las aguas-. Están templadas.

El joven empezó a desabrocharse la blusa, después de haberse quitado el chalequillo.

- ¿De verdad que te vas a meter? -preguntó Zenia atónita.

- No veo por qué no -dijo él, quitándose una bota-. Puede sentarme estupendamente. Tú también deberías probarlo.

- Espera, Brances... -le hizo un gesto con la mano-. ¿Por qué no vamos junto a la cascada? Hay una pequeña cala cercana; allí estaremos más cómodos.

- Tienes razón -dijo el joven mirando en aquella dirección y volviendo a ponerse el calzado-. Vamos para allá.

Cuando llegaron, Brances acabó de quitarse la blusa, y Zenia no pudo evitar quedarse ensimismada mirando su torso desnudo al sol.

El joven se dio cuenta, y sintió una fuerte atracción hacia ella, pero con gran esfuerzo dijo:

- Quizá sea más conveniente que no mires...

- Sí, claro...

Ella se giró, y se fijó en aquellos sauces donde había visto por segunda vez a las shajas y que se localizaban muy cerca de allí.

Pero su antojo fue más fuerte que ella, así que se volvió disimuladamente para ojear al muchacho, que se encontraba de espaldas quitándose las botas.

Finalmente, se metió en la orilla.

Zenia se mordió el labio inferior al ver ese cuerpo de anchas espaldas sumergirse en el lago. No concebía cómo podía sentir ese calor en su propio cuerpo, que tanto la ruborizaba.

- Oooh, Zenia, esto es maravilloso -dijo el muchacho desde las aguas de la laguna-. ¿Por qué no entras tú también? No te arrepentirás.

Las ganas no le escaseaban, que estaba muy cercana de necesitar aplacar ese fuego que se le estaba encendiendo en el interior...

- Pero, ¿cómo voy a hacer eso? -preguntó, sintiéndose avergonzada.

- Pues muy fácil -le gritó de lejos el joven-. Quitándote el vestido y entrando en el agua.

- ¿Cómo...? -se escandalizó la muchacha.

- No te preocupes, que no miro.

Y se dio la vuelta para ponerse de espaldas a la orilla, donde ella aún andaba dubitativa.

Recordó el baño en aquel otro lago -de aguas más corrientes- con su querido Banlot, y cómo nada le impidió divertirse como una sirena.

Se fue desabrochando, y se bajó y quitó el vestido, así como los zapatos, hasta que estuvo lista para zambullirse. Y allá fue...

Cuando el agua le cubría casi hasta el cuello y se aproximaba a Brances, le dijo:

- Ya estoy aquí.

El joven nadó hasta llegar a ella.

- Valía la pena, ¿verdad? -dijo él.

- Sí, esto sienta muy bien -la tresla era feliz.

- Se te ha mudado la cara... Estás más radiante y esplendorosa -la disfrutaba, al caer sobre su rostro los rayos de la tarde.

Ella se sentía liberada, limpia de cargas arbitrarias impuestas. Y en ese ahora, sólo anhelaba estar junto a él en aquel lugar encantado, donde Persty le habló de su felicidad y de la responsabilidad que tenía, en ese sentido, para con ella misma.

Brances no la trajo aquí tampoco. Ella había determinado que él la acompañase,

que él estuviese allí con ella en ese paraíso, que se bañase con él para disfrute de los dos... que él la besase...

Todo lo iba decidiendo ella, y así iba trazando su rumbo y su destino... Y su felicidad, si tomaba también libremente ese ramal.

Sí, así lo quería.

Hizo realidad aquel último deseo y acercó sus labios mojados a los de él...

Se fundieron de nuevo en uno, y las exóticas y multicoloreadas aves navegaron por el cielo con sus burbujeantes cantos, posándose sobre los sauces.

La melaza y seda de los labios de la joven encendían cada vez más al muchacho, que acercó su cuerpo al de ella bajo el agua, donde se hacían más etéreos los movimientos.

Rodeó su cintura con un brazo y su espalda con el otro, empujándola hacia sí y notando sus pechos apretados contra él.

A Zenia se le estremecía hasta el último poro de su piel, y creyó que sus pechos se le derretían de placer en contacto con el ardiente y sensual Brances, que empezaba a recorrerle toda la espalda con sus manos cálidas y seductoras bajo el agua.

Vio que la sofocaba un fuego imparable que bajaba hasta sus muslos... y lo paró.

Distanció su cuerpo del de él y lo miró, sobresaltada, mientras él también la observaba, sorprendido por su reacción.

Zenia se marchó nadando en dirección a la cascada, tan solo a unos metros de ellos...



El agua caía cristalina y cincelada sobre el lago, y la muchacha quiso esconderse dentro de su sonido relajante y así dejar de pensar...

Entrevió que, tras la cortina de agua, había un entorno de rocas y plantas. Quiso explorarlo, así que se sumergió en el agua y buceó por debajo de la cascada, apareciendo al otro lado, a una breve playa de arena blanca como el nácar, rodeada de profusos y exuberantes vegetales, y con una pequeña gruta al fondo.

Salió del agua, a la arena, que era suave, fina y brillante. Supo que aquel lugar contenía un atractivo indescriptible, que no había sido desvirtuado ni contaminado por mano humana.

Brances, entretanto, no había querido seguirla cuando se alejó. Pero al verla atravesar la caída de agua, no quiso dejarla ir sola, y allá fue a la cortina transparente para cruzarla también.

Se acercó a la joven en la orilla y, sin intención de molestarla, le dijo:

- Ya te dije que lo que no quieras que hagamos, no lo haremos.

- Lo sé -respondió ella de forma cortante.

- Entonces, ¿por qué huyes? O mejor dicho, ¿de qué huyes?

- ¿Yo...? No huyo de nada -dijo irritada-. Hago lo que quiero, ¿no es eso de lo que hablamos?

- ¿Qué te asusta? -el muchacho insistió.

- No me asusta nada. Déjame en paz.

Y se alejó unos pasos de él.

A Brances no se le ocurría cómo ayudarla, pero la veía tan bloqueada y encerrada en sí misma...

Se atrevió a acercarse de nuevo, y le dijo con toda la suavidad que pudo:

- Creo que esto forma parte también de tu aventura, de tu experiencia, pero sigues intentando apartarlo, obstaculizándolo e impidiendo que fluya como debe hacerlo.

- Yo no obstaculizo nada -siguió ella bruscamente-. Pero hemos venido aquí a por un objeto, no a tontear como dos adolescentes.

El joven optó por no echar cuenta a su última frase, y continuó:

- Quizá esto constituya la parte de un todo y no puedas progresar mientras no dejes que *todas* las cosas pasen.

- ¿Y tú qué sabes? -le gritó visiblemente enfadada.

Brances calló esta vez, pero no sin sentir tristeza por verla padeciendo, revuelta y tan trastornada.

Esperó unos segundos, y dijo muy calmadamente:

- Yo, lo que sé... es que no puedo arrinconar a un lado lo que siento, pero es que tampoco quiero hacerlo. Te deseo, sí, mi cuerpo desea tu cuerpo con todas sus fuerzas. Y aunque no veo mal alguno en ello, puesto que se trata de la misma vida y es algo hermoso y natural para mí, si tú no lo consideras así o si, aun considerándolo, no quieres nada... nada habrá. Pero no juegues conmigo, porque yo no lo hago contigo...

Zenia no sabía dónde meterse, que no quería escuchar más sus palabras, que se le colaban por el corazón y se lo desarmaba.

- Me gustas tal como eres, hasta con tus enfados -sonrió a la muchacha, que seguía con el rostro tenso y fruncido-. Me gustaría escuchar siempre tu voz y tu risa, mirarme siempre en lo profundo de tus ojos, sentir tu cuerpo bajo mis manos, siempre seducirte, ser deslumbrado por tu belleza, tu valentía, tu inteligencia, tu intuición, tu magia... toda tú.

La muchacha no quería mirarlo a los ojos -esos ojos que, sabía bien, hablaban sinceramente-, porque caería en sus redes, en las redes del amor... y no quería. Cómo luchaba por no sentir...

- Pero si tú no quieres -prosiguió él con gravedad-, si eso te hace sufrir de alguna manera, sólo te acompañaré como guardián de tus pasos, pero nada más. Y si ni siquiera eso, me iré ahora mismo y te dejaré en paz para siempre... Tú decides.

Zenia bajó la cabeza, sintiendo un calor sofocante en el rostro que le hizo explotar... y las lágrimas se le derramaron como torrentes de amargura.

No quiso atosigarla el muchacho, pero le urgía tanto consolarla y tenerla en su seno para calmarla y aplacar esas lágrimas...

Zenia no pudo contenerse por más tiempo, y ya no cesó de llorar...

En la desesperación de su dolor, se tapó la cara con las manos, y él le tocó suavemente el hombro, observando su reacción. Ella acercó la cabeza a su pecho y él, aliviado, pudo abrazarla con el mayor amor que alcanzó a darle en aquellos tristes y atribulados instantes.

Tras unos minutos de llanto silencioso y desolado, respiró profundamente, y se quedó unos minutos más sintiendo cómo los brazos de él la abarcaban toda.

Levantó la cabeza y lo miró. Regresaba la Zenia de siempre de mirada profunda y tierna.

- Volviste... -dijo él risueño-. Que por un momento llegué a preguntarme si esta vez era a ti a quien la oscuridad había hecho una visita.

- No creas que estás tan alejado de la realidad -respondió ella con seriedad-. Desde nuestro primer beso esta mañana, me acechaba una sombra por dentro que me oprimía el corazón.

- ¿Lo dices en serio? -preguntó Brances inquieto.

- Sí, muy en serio -contestó ella-. Tenías razón, estaba bloqueando algo, aunque llegué a creer que era yo misma con mis recelos; pero ahora sé que no fue sólo eso. Algo oscuro quiso aprovecharse de mis miedos para engrandecerlos, frenando al fin y al cabo nuestra misión. Porque si en ella está incluido que nos amemos... sea.

Seguían abrazados, y ahora Brances le sonrió con esa sonrisa amplia que tanto la inflamaba.

- Lamento tanto haberte hablado así... -a la joven se le llenaron los ojos de lágrimas-. Cualquier cosa menos hacerte daño... Tú, que tanto bien me has hecho y

que tanta nobleza y atención ha habido siempre en ti...

- No, no llores por eso... -le enjugó las lágrimas que nuevamente comenzaban a caerle-. Ya sé que no quieres hacerme daño, porque a ti también te determina tu nobleza. Puede que la oscuridad, cada vez más cerca de nosotros a medida que nuestra misión avanza con éxito, rastree ahora nuestras debilidades para asentarse en ellas, y así, sujetar nuestros pasos de forma definitiva.

- No será así, te lo aseguro -dijo la tresla contundentemente-. Porque yo no pienso retener más mis sentimientos.

Lo miró de una manera tan apasionada...

- Yo siento igual que tú -le dijo-, pero tenía tanto pavor a experimentar y a dejarme llevar por estas poderosas energías que nos envuelven...

- La energía de Eros... del amor -dijo él mirándola fijamente.

Un rayo columnar, con los siete colores del arco iris, incidió desde detrás de la cascada, allá en el lago, hasta la arena que estaba a sus pies.

- Miedo a sentir, miedo a vivir, miedo a ser feliz... -dijo él.

- Sí -confirmó Zenia-. Miedo a expresarme, a hablarte de mis sentimientos y emociones, cuando tú posees un don para eso, porque no te preocupas en esconder lo que sientes y lo que eres. Hablas de una forma tan directa y franca, y sin tapujos ni cortapisas absurdas.

- Lo que es... es. ¿Para qué disfrazarlo o encubrirlo? Por experiencia sé que eso, a la larga, no trae más que conflictos y desgracias.

- Es cierto -meditó ella-: a la vista ha estado conmigo. Y es que cada día que pasa me resulta más fatigoso y espeso el camino, más penoso de andar; hasta los objetos me parecen más plúmbeos y cargantes.

- A lo mejor eso es porque las tinieblas y su densa vibración están cada vez más presentes.

- Puede ser. Y la ausencia de Banlot sigue afectándome, aunque he de admitir que eso mismo está ayudándome a madurar aún más rápido y a tomar, cada vez con más seguridad y convicción, mis propias determinaciones.

- Eso está bien -le agradó al muchacho-. Y al final, volverás a encontrarte con él.

- He sido injusta contigo -continuó la joven tresla-. No he sido del todo veraz como tú te merecías.

- No digas eso, tú no has hecho nada. Y si es así, ha sido sin darte cuenta.

- Pero quiero estar a tu altura y ahora sincerarme yo.

El joven abrió los ojos sorprendido.

- Yo también creo que empecé a sentir algo en la cabaña, seguramente cuando noté tus manos sanando mis heridas, y la bondad y cuidado que había en ellas.

Al muchacho le centelleó la mirada, conmovido.

- Me atraes tanto... -confesó la chica-. Y eso me daba pánico.

- ¿Y ahora? -la interrumpió.

- Ahora... no -dijo ella-. Ahora sé que es maravilloso lo que me está pasando, que puede valer la pena vivirlo y que quiero que me acompañes. Yo también quiero sentir tu voz, tus manos, quiero embriagarme con tu sonrisa y no dejar nunca de ver esos ojos melosos que siempre me apaciguan...

Esos ojos dulcificadores la miraban ahora, derritiéndose en los de ella y humedecidos por la emoción...

Se besaron una vez más, y luego se abrazaron fuerte, muy fuerte...

En esos arrebatados instantes de afecto y unión, se escuchó un chasquido. Ambos miraron hacia la gruta, pero no avistaron nada.

Volviéron a unir sus labios, y él prosiguió con besos pequeños por su largo cuello de marfil, hasta llegar a sus hombros. Ella suspiraba placentemente...

Se oyó un ligero ruido de rama crujida. Miraron, pero tampoco vieron nada.

Zenia -que presentía algo-, fue a indagar, separándose del muchacho para dirigirse despacio hacia la entrada de la reducida cueva.

Brances se quedó allí atrás, observando atentamente.

Cuando ella pisó con los pies desnudos sobre la roca en la entrada de la gruta, a unos cuantos metros y desde el fondo derecho de aquella, apareció una mediana figura.

Zenia permaneció inmóvil, pero la figura se acercó un par de pasos. Ella no había visto nunca nada semejante...

Brances ahora sí se acercó, para analizar mejor a la criatura recién aparecida, y al llegar al lugar de Zenia, exclamó en un susurro:

- Dios mío, no puedo creerlo, es un shirim...

- ¿Un qué...? -preguntó Zenia bajito.

- Un shirim... -repitió él con la boca abierta de asombro-. Somos muy afortunados; casi nadie ha visto ninguno.

- ¿Qué son?

- Son criaturas misteriosas muy asociadas con la mística y la magia. Por eso siempre andan ocultos, a menudo tras una cascada como ésta. Suelen mostrarse en situaciones extraordinarias y a seres limpios de corazón. Porque son animales que aman a su querido compañero de camino, el hombre, aunque en la sombra, la que ellos no tienen...

Zenia se fijó, y así era: no había ninguna sombra proyectada sobre el suelo de la gruta entorno a aquel enigmático ser.

- Su luz y su sutileza son tales -continuó el joven-, que emana inocencia y pureza, prestando al hombre un servicio de guía al señalar el camino, y esperándolo hasta el final de los tiempos... A veces se manifiestan en sueños.

La joven no dejaba de admirar, hechizada, la extraña belleza de aquel animal que la observaba, quieto, al fondo de la gruta.

Se acercó despacio a él. Continuaba estático sobre sus cuatro estilizadas patas.

Tenía una envergadura entre un caballo y un gran can. Su cuerpo era musculoso y de un blanco brillante e inmaculado. El cuello, largo y fuerte, acababa en una cabeza de terciopelo azabache en la que destacaban unos penetrantes e insondables ojos azul claro como el cielo del mediodía.

La muchacha se detuvo a unos tres o cuatro metros de él, fascinada con aquellos redondos ojos inocentes y fieros a la vez. El animal movió su larga cola y levantó las pezuñas para caminar, de forma elegante, hasta un palmo de ella. A continuación, escarbó con una de sus patas delanteras y bajó dócilmente la cabeza.

Ella sintió tal ternura y sensibilidad, que posó su mano sobre el terciopelo de su oscura cabeza y lo acarició.

El shirim levantó la cabeza hasta su altura y miró de frente a la muchacha, que cogió entre sus dos manos el rostro del animal, mientras le sonreía con bondad.

Brances, más retirado, estaba estupefacto y absorto con la escena y la comunión que se deslizaba entre ambos.

Mientras acariciaba al animal, Zenia *escuchó* en su mente y vio en sus celestes ojos:

«Anhelaba nuestro reencuentro, mi amada dama...».

A ella le pareció familiar aquella voz en su cabeza, tan armoniosa y fresca.

«Sabía que te elegirían a ti para este difícil cometido... Tú comprendes nuestras necesidades, porque nos amas. Y tú nos salvarás a todos, inclusive a ti misma, de la oscuridad que nos cierne».

El animal dobló sus patas delanteras y se agachó hasta quedar sentado. Ella se agachó y también se sentó frente a él, y comenzó a atusar su cuello y su lomo, también de terciopelo, suave y níveo.

«No olvides tus vivencias de hoy», prosiguió, «no sólo conmigo, sino con tu nuevo compañero de viaje, porque un diamante está comenzando a brillar y debéis mantenerlo límpido de desasosiegos y sombras».

El shirim apoyó su negruzca testa sobre el regazo de la muchacha, que siguió acariciándolo ahora en su tierna cabecita, mientras seguía prestándole toda su atención.

«Te haré un regalo, símbolo de mi amor, que te entregarán mis fieles amigas las aves. Y ten presente que la llave que portas es sólo un símbolo, una representación única de tu última puerta, y también de todas las puertas; por eso, todas se abren con ella. Un símbolo en sí no importa, sino lo que encarna.

»Ahora mismo es crucial que sigas a tu corazón más que nunca, para que cuerpo y mente lo sigan al unísono y atraveses la séptima y última puerta bien acompañada. Todos los que te amamos estaremos cerca de ti; tennos presente».

La criatura se puso en pie y acercó su alargado hocico a la mejilla de ella, lamiéndosela con delicadeza.

Ella lo abrazó por el cuello con cariño y adoración, y se separó con tristeza.

El shirim se alejó unos pasos y la miró en señal de despedida. Miró también al joven por vez primera, que percibió en ese instante una llama cálida en su corazón. Volvió a mirarla a ella... y se fue.

Cuando Zenia pudo reponerse de las impresiones del encuentro, volvió junto a Brances, al que vio conmovido por lo que acababa de presenciar.

- Os habéis comunicado, ¿no es cierto? -dijo él con los ojos llorosos.

- Sí... -Zenia aún no podía casi hablar.

- ¿Qué debemos hacer ahora?

- Vivir...

Se dirigió a la orilla y volvió a meterse en las aguas del lago en dirección a la cascada, para traspasarla otra vez. Brances la siguió en silencio.

Al salir al otro lado, nadaron hacia la orilla de la cala.

Mientras se vestían, cada uno en lo suyo, Zenia comentó:

- El shirim va a regalarme algo que me entregarán las aves...

Brances asintió con la cabeza.



La tarde marchaba a oscurecer ya, y las aves del lugar revoloteaban sus últimos vuelos contra el cielo purpúreo.

Una de ellas, de vuelo más encumbrado que ninguna otra, volaba en amplísimos círculos concéntricos que iban acercándola más a la laguna en cada vuelta. Era la más corpulenta de todas, pero no solía dejarse ver tan bajo.

En uno de aquellos círculos, ya bajos, amplió su recorrido y se fue acercando a la playa de la cala.

Los dos jóvenes advirtieron la presencia de la rapaz y dedujeron que algo les traía.

Acabó posándose en la arena, después de liberar algo que retenía entre sus garras. El águila los escudriñó con porte altivo y con unos ojos como flechas que brillaban cual ámbar. Movié su cabeza de forma majestuosa hacia abajo, y remontó su vuelo, desplegando unas alas de enorme envergadura.

- ¡Gracias...! -voceó Zenia.

Y fueron a examinar lo que el gran pájaro les había dejado.

- Parece tener forma de huevo -dijo Brances, pero dejó que ella lo recogiese de la arena.

Zenia contempló el guijarro plano y ovalado, de un blanco puro y deslumbrante como la nieve y suave como el marfil, y sobre el que había grabado en bajorrelieve un

perfil de un shirim. Vibraba de vida en sus manos, más aún que ellas mismas.

- Simboliza la vida animal, que está contenida en esta piedra -dijo Zenia-. Toma, cógela.

Brances la sopesó en su mano.

- Qué cálida es... -dijo-. Como si le hubiese dado el sol.

- El sol, origen de la vida... -añadió Zenia.

- Oí que el shirim, en ocasiones, concede algo -comentó él- para dejar constancia de su paso por un determinado sitio, pero nunca supe lo que era; siempre imaginé que sería algo que lo identificase. Esta piedra tan extraordinaria tiene el calor animal...

Se la devolvió, y ella la atesoró con esmero junto al resto de objetos.

- ¿Qué haremos ahora? -preguntó Zenia-. Me siento tan abatida...

Él le acarició el rostro y le dio un beso menudo en los labios.

- Pues descansaremos -dijo él mesándole el cabello-. No creo que haya ningún impedimento por hacer noche aquí. En este paraje parece primavera. Cubriéndonos con las mantas, creo que podremos pernoctar al raso, sobre la arena.

- De acuerdo, me parece buena idea -respondió ella-. Cenemos algo, que desearía reposar cuanto antes.



Extendieron las mantas y se acurrucaron debajo de ellas.

- Por ahí arriba andan los hermanos del firmamento... -dijo Zenia contemplando el cielo sobre sus cabezas, cuajado de brillantísimas luces.

- Muchos más de los que podamos imaginar, seguro... -le comentó Brances-. ¿Tienes resuelto adónde ir mañana?

- Sí, está muy claro.

Y permaneció callada.

- Ya veo... ¿Y no me lo vas a decir?

- Bueno, eso depende... -dijo ella de forma traviesa.

- ¿De qué, si puede saberse, señorita tresla?

- Ah, pues de que te portes bien o no.

- Um, eso suena bastante regular... -dijo él con retintín-. ¿Y qué he de hacer para portarme bien?

- Bueno... ejem... -comenzó la joven.

- Dilo, dilo sin miedo, no te cortes -animó el muchacho.

- Si te arrimas un poquito más a mí, estarás siendo un chico bueno -dijo Zenia mimosa.

- Uyyy, no sabes lo bien que me voy a portar, ja, ja, ja -el muchacho se acercó y se pegó a ella, acurrucados ahora uno junto al otro.

- Bueno, no lo has hecho mal, je, je, je -rió Zenia-. Pues verás: estando donde estamos, es incuestionable que acudamos a hacerles una visita a mis amigos kramitas. Confío en recordar el camino de vuelta a su casa.

- Magnífico, así tengo el gusto de conocerlos -dijo Brances.

Le rodeó los hombros con el brazo y la acercó a él. Ella apoyó la cabeza sobre su pecho.

- Qué hermosas son las estrellas -añadió él observándolas-, y desde este rincón paradisíaco lo parecen aún más de lo habitual.

- Sí... -Zenia lo besó en los labios-. Buenas noches, Brances.

- Buenas noches. Que descanses y te repongas de tantos sobresaltos emocionales.

- Sí, lo necesito... -dijo la muchacha en un murmullo, medio dormida.

Él la besó en la frente, y siguió extasiado contemplando las estrellas...

«Gracias, universo», pensó, «por tantos dones y presentes que nos has dispensado»



hoy... Gracias por traer a este lucero a mi vida... Protégela por siempre».

Él cayó también rendido...

Sólo quedaron despiertos los astros y cuerpos celestes, que velaban el sueño reparador de una pareja bondadosa y valiente...

## 10. El Fuego



El sol, apocado y retraído tras la noche, afloraba sus primerizos rayos por todo el lago, ofrendando un entorno irreal y misteriosamente violeta...

Tras un sueño abundante y rehabilitador, Zenia despertó a las cálidas y amorosas radiaciones de aquella estrella amarilla que la saludaba por el horizonte.

«Cuántos días y cuánto recorrido, transitado y vivido...», pensó desperezándose, «y seis puertas tras nosotros, que nos conducen a la última, hoy o quizá mañana».

Se acercó a la orilla del lago y bañó sus pies en él, refrescando con ello su alma, y contemplando la luz tan sobrenatural que empapaba cada recoveco del lugar...

Unas manos la prendieron por la cintura, y ella sonrió feliz al notar el cuerpo de Brances pegado al de ella por la espalda.

La rodeó con sus brazos desde atrás, y la besó suave por el cuello, susurrándole:

- Buenos días, princesa...

Ella se dio la vuelta y lo besó en los labios, fundiéndose en un abrazo que despertó en un suspiro sus sentidos y los envolvió en un fuego dulce e inflamado.

Se miraron a los ojos, y Zenia dijo:

- Hace apenas cuatro o cinco días que nos conocemos, ¿cómo es posible que me sienta como si hubiese compartido contigo toda la vida? Con Banlot ocurrió algo similar, pero no reparé en ello, porque pensé que él era el causante por tratarme de esa manera tan cariñosa y familiar desde el primer momento.

- A veces nos sucede con algunas personas -dijo él-, con las que sin saber por qué, en pocos días entablamos una relación más intensa e íntima que con otras a las que llevamos tratando durante años. Es un misterio para mí.

- Cómo me agradecería poder permanecer aquí contigo unos días más... -dijo ella con nostalgia-, máxime ahora que sé que aquel shirim habita este lugar tan impresionante...

- Había un nexo entre vosotros fuera de lo común.

- Sin duda -respondió la joven-. En su presencia, me llegó a inundar una energía de amor como nunca he sentido en este mundo. Ese ser me transmitió un amor no terrenal, un amor de una vibración que va más allá de cualquier emoción o sentimiento amoroso que haya experimentado cualquier persona por otra.

Brances casi llegó a envidiar a la muchacha, porque sus experiencias personales eran tan trascendentes como únicas.

- Pero debemos marchar -dijo el joven lamentando quebrantar el instante mágico que saboreaban.

- Sí. Tengo también enormes deseos de volver a estar con los pequeños kramitas. Fue apenas poco más de una semana, pero también les cogí mucho cariño. Son criaturas igualmente peculiares y excepcionales...

Recogieron y se despidieron del lugar, agradeciendo la armonía y serenidad que les había tributado.

- Persty y yo aparecimos por ahí -dijo Zenia señalando la zona más boscosa lindante al lago-. Creo que sabré dar con el camino de vuelta.

Y así fue, a medida que iban recorriendo los mismos montes, valles, arboledas y praderas que atravesaron en aquella otra ocasión las dos mujeres.

Cuanto más se acercaban al hogar de sus amigos, de más entusiasmo y excitación iba gozando la muchacha. Se le vinieron al recuerdo las palabras de Persty cuando le

dijo, con absoluta certeza, que volverían a verse.



Y allí estaba, en medio de aquel prado lozano y reverdecido, esa pequeña casa de madera y adobe, tal como la había dejado unos días atrás.

El humo salía cimbreado por la chimenea del salón, y hasta ellos alcanzaba un aroma que le resultó muy conocido a Zenia.

- ¡Persty está horneando sus exquisitos dulces de nueces con polen fresco y castañas! -dijo complacida-. Ya verás, Brances, te van a encantar; están de rechupete.

- Si saben como huelen -dijo el muchacho meneando la cabeza-, creo que me voy a zampar una bandeja entera.

- Habrá más de una para cada uno -dijo la joven riendo-, porque ella cocina siempre para un regimiento, ja, ja, ja.

Cuando estaban a unos pasos de la vivienda, vieron surgir una figura a la derecha de su campo de visión.

Zenia se figuró que sería Vrajant, y comenzó a sonreír, pero se dio cuenta de que no se trataba del kramita, y se paró.

Brances reparó en Zenia, que observaba alerta y vacilante.

- ¿No es un kramita? -preguntó él en un susurro.

- No lo sé -le contestó ella-. No es ninguno de ellos dos, pero tampoco consigo distinguirlo bien.

El extraño se iba acercando y todavía no se había percatado de la presencia de ellos, hasta que ocurrió lo dicho, y se quedó aún más parado en seco que ellos.

Se miraron perplejos los tres por unos segundos, sin saber muy bien lo que estaba pasando y sin atinar cómo reaccionar.

Justo cuando aquel ser estaba dando media vuelta para echar a correr, se escuchó una voz desde el interior de la casa que hizo a Zenia captar en un tris tras de qué se trataba todo aquello:

- ¡Alard!

Zenia le dijo en alto, para que pudiese oírla:

- *Bere, Alard, loha cem pristi* -aún recordaba las palabras que le oyó pronunciar a Banlot la primera vez que contactaron con los kramitas, y que después él mismo le enseñó.

Brances le lanzó tal mirada, que le hizo recordar la que ella le echó también, en aquella ocasión, a Banlot. La situación le pareció simpática, y le sonrió.

El joven, como entonces ella, prefirió permanecer callado y vigilante a cuanto iba sucediendo; jamás en su vida había visto a un kramita.

Éste, puesto que había caminado algo más antes de advertir la presencia de los humanos, llegó a estar más a la vista de ellos, y Zenia pudo reconocer la misma mirada penetrante de sus amigos, el mismo tipo de vestimenta que ellos y su escasa altura de apenas cinco o seis palmos.

Si el hombrecillo se había sorprendido al verlos, más todavía lo hizo al escuchar a la muchacha hablar en su propia lengua.

- *Bere...* -dijo despacio y con desconfianza.

Zenia se fue aproximando a él.

- ¡Oooh, mi queridísima Zenia...!

Los tres dirigieron su mirada hacia la casa, de donde provenía aquella voz, y a la muchacha se le iluminó todo el rostro al divisar en la puerta, plantada, a una Persty radiante de júbilo y con los brazos abiertos para recibirla.

La joven fue corriendo a su encuentro, y se agachó a abrazarla con fuerza. La kramita, a continuación, le cogió la cara con cariño y le estampó varios besos sonoros

en el rostro.

- ¡Qué alegría volver a tenerte aquí, mi pequeña!

La muchacha no atinaba bien qué decir y sólo sonreía.

- Has cambiado, mi niña... -dijo Persty mirándola con detenimiento-. Has madurado y pareces más mujer. Has debido de pasar por muchos sucesos intensos y potentes en todos estos días.

- Sí, Persty, sí... -dijo ella con lágrimas de emoción en los ojos.

- Bueno, ya me lo contarás todo despacio -la cogió de la mano-. Ahora ven a conocer a mi hijo.

- Sí, ya hemos cruzado alguna que otra palabra en kram, ja, ja, ja.

- ¿De veras? -se le abrieron los ojos como platos-. Pues conociéndolo como si lo hubiese parido, eso ha debido de impresionarlo mucho, porque nunca había visto y menos aún oído en su idioma a ningún humano.

- Pues sí, bastante impresionado, je, je, je.

- Constató que vienes bien acompañada... -dijo la mujer con chanza-. ¿Y ese joven tan apuesto?

- Ya te contaré despacio, sí, sí... -le guiñó un ojo y la kramita se echó a reír.

Tanto Brances como el kramita acudieron también a su encuentro.

- Desde que Alard llegó y supo de ti y de Banlot, se ha puesto a estudiar a fondo vuestra lengua, pero aún habla y entiende poco.

Persty le habló en kram, y Alard acabó haciendo un gesto que a la joven le recordó a la kramita.

- Él es Brances -presentó la muchacha-. Hace unos días que viene acompañándome en mi camino.

El joven se puso la mano en el pecho.

- Me alegro de conoceros al fin -dijo con cortesía pero aprecio-. Zenia me ha hablado tanto de vosotros...

Persty lo miró, curiosa. Y añadió intrigada:

- Bueno, ¿y Banlot? Tendremos el grato honor de volver a verlo también, ¿no? ¿Dónde está?

Cuando se le ensombreció el rostro a la muchacha, la kramita se temió lo peor.

- Oh, lo siento. ¿Qué ha pasado? ¿Le ha ocurrido algo malo a nuestro amigo?

A punto de llorar, la muchacha respondió:

- También te lo contaré despacio, pero hasta ahora no sabemos nada de él.

- Pero está vivo... ¿verdad que sí...?

- Ni siquiera eso lo sabemos...

Las lágrimas ya le corrían por el rostro...

Brances la rodeó con el brazo, y le dijo bajito:

- Ánimo... Todo se arreglará.

Y la besó en la sien.

Persty no perdía puntada y, sin intención de interrumpir la escena, dijo:

- Banlot no es hombre de desaparecer y esfumarse así como así, sin más; sabremos de él, seguro. Venga, muchacha, seca esas lágrimas y vamos adentro, que me contéis todo con pelos y señales.

»Y luego os prepararé un almuerzo contundente y energético que os hará reponer fuerzas, niña, que tú estás más delgada de tanto deambular por esos caminos de Dios.

Entraron en la casa, y Zenia se sintió gratamente reconfortada en aquella cocina de caldos y pucheros, tan entrañable para ella...



Persty se maravillaba con cada acontecimiento y cada incidente que le relataban los

jóvenes, y llegó a emocionarse cuando la joven describió la desaparición del anciano y sus infructuosos intentos por dar con él.

- ¡Has hablado con los lurhams! -exclamó la mujer al escuchar la experiencia con los alces y luego con el shirim-. Mi hijo, cuando era muy pequeño, vio un shirim por estos lugares.

Al traducirle a Alard, éste sonrió y miró a la muchacha con sus ojos profundos, compartiendo con ella ese amor con el que aquellos animales les inundaron.

Brances se percató, y aquella especie de vínculo entre ellos dos le revolvió algo por dentro.

Persty a su vez, que estaba pendiente de todo y principalmente del muchacho, no pasó por alto el gesto contrariado del joven.

- Nunca hubiese sospechado que tu aventura pudiese significar pasar por todas esas peripecias -dijo la mujer cuando finalizaron el relato de sus correrías-. Has contactado con seres de todo tipo y condición. Hasta con uno de la oscuridad...

- De no haber sido por Brances -ella lo miró con dulzura-, no estaríamos aquí contándolo, por culpa de ese dichoso Mentur.

- Tienes coraje y eres leal, por lo que veo... -dijo la kramita mirando en el fondo de sus ojos azules.

Él, sin saber muy bien por qué, comenzó a sentirse ligeramente incómodo.

- ¿Recuerdas lo que te dije sobre los seres protectores y sobre no encontrarnos solos? -la kramita se dirigió a la joven-. Pensaba hablarte sobre ellos algún día, pero constato que ya no es indispensable, puesto que incluso los conoces directamente y has podido comprobar por ti misma cómo velan por todos nosotros, con un amor difícil de encontrar.

- Pues sí, así es -confirmó la muchacha-. Lo que aún no está del todo completado es la primera puerta, cuyo objeto es el catalejo de Vrajant. Um, no había vuelto a pensar en ello...

La mujer la miraba con curiosidad, pero con un cierto brillo en la mirada.

- ¿De veras que no sabes qué puerta es? -le preguntó.

- No -contestó la joven-. ¿Acaso lo sabes tú?

- Mira atrás y recapacita sobre todos los elementos del bosque cuyas puertas has atravesado. ¿Te falta alguno todavía de los que conoces?

- El cielo y el sol, la tierra, el agua, las plantas, los animales... -enumeró la tresla-. ¿Qué parte del bosque puede faltar que no esté representada?

- A veces nos salimos tanto afuera de las cuestiones para analizarlas, que olvidamos que nosotros realmente tenemos también un lugar en esas cuestiones.

La joven cavilaba sobre sus palabras intentando averiguar qué quería decirle su amiga.

- ¿Estás insinuando que nosotros también formamos parte del bosque? -preguntó, empezando a ver claro.

- Bueno, que formamos parte es evidente... -la kramita levantó una ceja.

- Le decía a Banlot hace unos días que esa primera puerta tenía que ver con vosotros...

- ¿Y con quién estabas, además, cuando la cruzaste? -inquirió Persty.

- Con él... -contestó pensativa la joven.

La kramita la miraba sonriente, procurando inspirarla.

- La puerta de los seres del bosque... ¿es así? -le preguntó con la mirada.

La mujer prefirió esperar a que ella sola siguiese.

- Vosotros los kramitas -efectivamente continuó-, nosotros los humanos...

La puerta de la cocina que daba a la parte trasera del jardín se abrió, y apareció Vrajant, sorprendido por las voces que escuchaba desde fuera.

- ¡Vrajant...! -la espontánea Zenia fue a darle un efusivo abrazo.

- Hola, preciosa Zenia -dijo él con un fuerte acento kramita.

A la joven la pilló desprevenida el detalle de hablarle en su idioma, pero le contestó:

- *Bere, Vrajant, sum palesi kearn.*

Ella, así mismo, había estado aprendiendo otro poco más de kram con Banlot los siguientes días a su marcha de aquellas tierras.

El kramita esbozó una sonrisa de oreja a oreja que Zenia jamás le había visto.

- Bueno, chicos, llegó la hora de llenar el buche -dijo animosa la mujer-. Tú, Zenia, te encargarás de echarme un cable en la cocina, y aquí los hombres que se vayan a dar un largo paseo.

La kramita les dijo en su idioma que se llevaran a Brances para mostrarle los alrededores.

- No creas que no me he dado cuenta... -dijo la muchacha en cuanto estuvieron a solas.

- ¿De qué? -hizo como que no sabía de qué le hablaba.

- De que los has despachado para quedarte a solas conmigo -le contestó la joven con gesto simpático y acusador-. Sabes que la cocina no es lo mío.

- Pues debería serlo -le replicó la kramita con un cucharón de madera en la mano con el que la amenazaba con cariño-, ahora que estás enfrascada hasta el cuello en la magia de la vida y la búsqueda de tu felicidad. Cocinar es poner riendas a tu imaginación y crear un universo único de sabores, olores, colores y condimentos aromáticos.

- Nunca consideré que ver a mi madre casi todo el día en la cocina tuviese algo que ver con la creatividad -dijo Zenia torciendo el gesto.

- Pero, por lo que me referiste de tu familia, ella no tiene ninguna necesidad de hacer tal cosa -comentó Persty-. No te has dado cuenta, pues, de que ella es una hechicera de los alimentos, como muchas mujeres (bueno, y algunos hombres), y se ve que eso le apasiona. Toma nota mientras cocina y aprenderás mucho de ella.

- Ojalá supiese cuándo podré hacerlo... -dijo la joven con suma añoranza.

- Seguro que no está tan lejano -apuntó con seguridad la mujer-. Anda, ve adonde las especias frescas y tráete algo que alegre este guiso que tenía a medio hacer.

- ¿Algo que alegre? -preguntó pasmada Zenia-. ¿Y eso cómo va a ser?

- No te cierres, niña, y haz lo que te digo. Ven aquí a oler y ver mi guisado... Eso es, quédate con esos colores y ese olor. Ahora dirígete a las estanterías y tráeme una hierba que, por su olor y su vista, alegre este cocido.

La muchacha fue donde le dijo, sin tener la más mínima sospecha de cómo hacer aquello.

- Venga, Zenia, ¿me vas a decir que estás cualificada para comunicarte con alces, shirims y árboles de la Bella Sonrisa y no eres capaz de tratar con una sencilla hierbecita?

- Bueno, visto así... -contestó la joven vergonzosa.

Miró la prolífica colección de voluminosos botes acristalados que cubrían aquella pared, esperando escuchar alguna vocecita en su cabeza... pero nada.

- Pero, ¿cómo van a decirte nada si no las hueles? -y la mujer volvió a su puchero.

Zenia comenzó a bajar todos los botes y los fue abriendo uno por uno, oliéndolos con dedicación y esmero.

Algunos le resultaron familiares: creyó distinguir el aroma del eneldo y la mejorana, el orégano y el tomillo, el romero y la albahaca, y otros que desconocía pero que embriagaban su olfato con aromas penetrantes o sutiles.

El cedrón con su toque fresco y alimonado la persuadió. Pero aquel bote de purpúreos pétalos no dejaba de reclamar su atención; su perfume era almibarado y sensual a la vez.

Como no se decidía, cargó con los dos botes y se los llevó a la kramita. Ésta los vio,

y le dijo con una sonrisa:

- ¿Las dos?

- Ésta es perfecta e ideal -dijo señalando el bote de cedrón-, pero esta otra me llamaba con vehemencia, así que querrá meterse en tu comida.

- Buenas elecciones -señaló Persty-. ¿Sabías que esta primera viene siendo utilizada, desde tiempos inmemoriales, para reanimar al más alicaído? Pero también es muy digestiva y refrescante, y relaja los nervios.

»Esta otra es la hierba del buen amor, que con sus flores rojizas, propician una vibración de amor y amistad a quienes la toman.

Zenia se sonrojó con la explicación de la mujer.

- Bien, me parece que ha llegado la hora de que me expliques todo lo relacionado con ese muchacho -dijo la kramita con firmeza-. Es una pieza más de tu historia, pero no la habéis contado.

- ¿Tanto se nota...? -preguntó Zenia abochornada.

- No, muchacha, no -le contestó-, es que mi olfato femenino me ha hecho observaros, sobre todo a él. Por cierto, que no le ha sido nada grata la forma en que mi hijo te miraba cuando hablaste del shirim.

- ¿Sí? ¿De verdad? -se asombró la chica.

- Ha estado a solas contigo desde que te conoció y te ha atesorado toda para él, pero ahora que ve que tú también compartes tu afecto y atención con otros, se encuentra un poco desplazado.

- No me había percatado, la verdad -la joven negó con la cabeza.

- Es algo natural, nos pasa a todos. Pero cuéntame qué hay entre vosotros, y cómo estás tú...

En este nuevo relato, Zenia dio rienda suelta a su dicha y regocijo por las experiencias compartidas con el joven.

- Nunca había vivido nada parecido... -dijo con los ojos brillantes como estrellas-. Aunque me siento muy vulnerable e inexperta en esta otra aventura paralela e incierta para mí.

- Se ve que, al mínimo, te tiene aprecio y siente atracción por ti, muchacha -le dijo la kramita analizando la situación-. Te estás convirtiendo en esa hermosa mujer que estabas llamada a ser y que rondaba dormida en tu interior.

- Mmm, qué bien huele eso, Persty -la joven acercó su bonita nariz a la enorme olla.

- Es tu toque personal, querida -le sonrió ella-. Le has dado alegría, pero sobre todo amor, a este guiso tan personal y exclusivo que todos vamos a compartir.

Se escucharon voces a lo lejos y no tardaron en aparecer los tres, con un apetito voraz.

- Pues todos a la mesa -dijo Persty palmeando con las manos-, a degustar los manjares que nos ofrece nuestra madre tierra.

Todos agradecieron la existencia de aquellos alimentos en la mesa, y dieron comienzo al almuerzo.

Los dos jóvenes no dejaron de cruzarse miradas entre ellos durante toda la comida...



Tras la comilona a la que los tenía acostumbrados Persty, todos pasaron al salón, donde los kramitas solían echarse una buena siesta en sus acolchados sillones.

Los dos muchachos también decidieron relajarse, porque se diría que a todos la comida les había producido sueño. Pero prefirieron salir al jardín trasero y, colocando una manta sobre la blanda hierba, se tendieron a descansar.

Se agarraron de la mano, y cerraron los ojos...



A pesar del sueño restaurador del que la muchacha se había beneficiado la noche anterior en el lago, cayó en un soporífero estado...

En su sueño, vio pasar ante ella unos rostros que le eran muy queridos: su padre - aún le quedaban algunos recuerdos de él-, su madre, Persty, Vrajant y Alard, Shim, Dulter y Cheskry, Friha, el shirim... Banlot... y un Brances deslumbrante como el sol, que iba acercándose a ella para besarla...

Y despertó.

- Banlot... -fue lo primero que dijo.

Brances se espabiló también al oírla.

- ¿Qué ocurre?

- Nada... -contestó ella afligida-. Sólo ha sido un sueño...

- ¿Has visto a Banlot en tu sueño? -Brances volvió a sentir el encanto y la proximidad de esos días atrás, cuando la acompañaba en su odisea.

- Sí.

No dijo nada más.

El joven acató su silencio, pero al cabo de un rato le pidió cariñosamente:

- Anda, cuéntame tu sueño, preciosa.

Zenia le fue nombrando a todos los que vio, y cómo la miraban derrochando amor, hasta llegar a su beso.

- ¿Y...? -preguntó Brances cuando acabó.

- Y... ¿qué? -la muchacha no entendía.

- Habitualmente, cuando tienes una ensoñación o similar justo antes de traspasar una puerta invisible, sabes luego con certeza el significado y la puerta que atraviesas.

- Es que no lo sé, Brances -ella se sentía fuera de lugar en aquella situación.

- ¿Quieres decir que ni siquiera sabes si has pasado ya la última puerta?

- Sí, creo que sí, pero no lo sé del todo -la joven frunció el ceño-. Me encuentro desorientada ahora mismo... Ver a Banlot de esa manera tan nítida, tan real...

- ¿Has llegado a percibirle quieres decir?

- Sí, justamente como si lo hubiese tenido delante mía. Ha sido un sueño muy claro y vívido.

- Bueno, ya lo entenderás -le puso la mano sobre el hombro-. Dejemos que las cosas pasen, y vivamos mientras...

Acercaron sus labios y se besaron... Se abrazaron.

- Quiero que esta aventura acabe, porque se ha llevado a mi mejor amigo... -dijo Zenia apretándolo fuerte en el abrazo.

- No, Zenia -dejó de abrazarla y la miró a los ojos-. No digas eso; aún desconocemos lo qué ha sido de él. Y esta aventura tiene un objetivo, y en él debemos concentrarnos todos.

- No veo qué más puedo hacer -dijo ella escéptica-. No me veo con fuerzas para llegar al final.

- Ahora que estamos tan cerca... -Brances no daba crédito a su desánimo-. Escucha bien una cosa, amiga: antes del día que te conocí, en la aldea ya se hablaba sobre alarmantes extensiones arrasadas de bosques que estaban propagándose con celeridad y que rondaban peligrosamente Chancetur. Los bosques están siendo talados o quemados, y con ellos, pastos, praderas, montes y valles. Nada escapa a la oscuridad cuando se cierne sobre la vida...

Zenia lo miraba horrorizada.

- ¿Y cómo no me lo has referido en todo este tiempo?

- Porque no quise desasosegarte más -contestó él acariciando su rostro-. Pero viéndote a punto de tirar la toalla, me ha parecido apremiante que estuvieses al tanto del alcance del mal en este trance, y lo mucho que está en juego si no proseguimos. ¿Crees que a tu amado Bosque de Plata no llegará la mano gélida e impasible de la

oscuridad?

Zenia había vivido tantos momentos felices de su vida en aquel valiosísimo lugar... Y ahora que conocía a todos sus habitantes, incluidos shajas, lurhams y kramitas, no soportaba ni toleraba ni por su imaginación que pudiesen perder sus hogares, sufrir algún daño o algo peor.

Miró hacia la casa y vio por el ventanal de la cocina a Persty, que la observaba con su aguda mirada.

- Volvamos enseguida... -dijo ella.

Atravesaron el jardín y, al entrar al hogar, la kramita les preguntó:

- ¿Ha ocurrido algo?

- No sé aún, Persty -respondió la joven tresla-. Creo que hemos pasado la séptima puerta, pero no lo sé con seguridad ni de qué puerta se trata. Aunque mi mente, tras el sueño que he tenido, está en un estado semejante a las otras ocasiones de apertura de las puertas.

- ¿Qué sueño? -interrogó Persty, tras lo que llamó a Vrajant y a Alard-. Cuéntanos.

Les relató brevemente.

- Todos los seres que se han manifestado en tu sueño son muy apreciados por ti, ¿verdad? -preguntó la kramita.

- Sí, y yo por ellos -contestó la muchacha.

- En todos hay algo en común que está ligado a esa puerta -continuó la mujer-. Y es algo en cierto modo universal, porque abarca a seres hasta de más allá del planeta.

- Cuando traspasas una puerta -intervino Brances-, lo que transcurre o el lugar en el que estás tiene que ver con el significado de esa puerta, ¿no es así?

- Estaba contigo en el jardín.

- Y el final del sueño lo protagonizó él... y un beso -le comentó Persty a la joven.

- No alcanzó a dármele porque en ese instante me desperté -recordó Zenia.

- No acabo de entenderlo... -repuso Brances.

- En fin, no le demos más vueltas -dijo la muchacha-. Me voy a dar un paseo; necesito despejarme y aclararme. Y estar sola...

- Muy bien, cariño -dijo la mujer, besándole las manos-. Ve y aprovecha tu soledad.

Se asomó por el jardín, y encaminó sus pasos hacia el río donde escuchó a sus amigas las shajas, pero de pronto algo le acudió a la mente y retornó a la casa.

Entró por la cocina, donde ya sólo se encontraba Persty, y le dijo:

- Voy a llevarme la llave. Quizá pueda servirme de algo.

La sacó del macuto y, analizándola entre sus manos, comentó recordando:

- El shirim dijo que esta llave era un atributo específico de esta puerta, pero que además se encontraba en las anteriores, y que es por eso que todas se abren con ella. ¿Qué puede simbolizar que se ofrezca a abrirlas?

- Estamos cerca de averiguarlo, estoy segura -contestó Persty confiada-. Ve a ese paseo y guarda la llave en tu mano.

Cuando ya salía por la puerta se volvió, al escuchar las palabras de la kramita:

- Os vi antes en el jardín.

- Ya me di cuenta -le dijo Zenia-. ¿Desde qué momento?

- Desde que os besasteis...

Ella se sonrojó.

- No, mi niña, no te lo digo para que te avergüences -se acercó a ella-. No es ninguna recriminación; todo lo contrario. No conozco a ese muchacho ni sé bien cómo es, pero lo que advierto es que sabe tratarte con ternura y está muy pendiente de ti... Y lo más significativo de todo, que es verdadero en eso que hace contigo.

- No sé nada de hombres, Persty -dijo Zenia algo apesadumbrada-, pero yo diría que es una persona honesta, y es cierto que me asiste con cuidado y respeto.

- Eso no es poco, querida -le sonrió la mujer-. Pero continúa conociéndolo, y

averigua e indaga sobre su parte oscura, que todos la tenemos...

Zenia se quedó desconcertada con este último comentario, pero se despidió y se fue.



Las aguas chasqueaban al tropezar contra las grandes piedras que rasgaban el río. La corriente las abrazaba y proseguía su rumbo río abajo, al rastreo de otras rocas a las que enamorar...

Zenia contemplaba, embelesada, la magia de aquel fluido cristalino que se adaptaba a la forma de todo cuanto tocaba y se rehacía a sí mismo cada vez que continuaba su singladura.

En aquel tramo, el río era ancho y caudaloso y discurría con presteza y soltura hacia su destino.

La transportó a aquel otro río en el que vio por última vez a su gran amigo... Pero esta vez, no forcejeó con esa realidad y se dejó arrullar por el torrente del agua, que conquistaba y libertaba cada piedra a su paso.

No comprendía... pero aceptó.

Aceptó que todo tenía un *para qué*, como ya él mismo le había instruido alguna vez. Y que, como ella estaba entreviendo a lo largo de este camino, todo llega y aparece en su momento: hasta las explicaciones más inesperadas.

Sí, aceptaba que Banlot se hubiese ido de su vida, si era ése su destino: el de él y el de ella. Si así estaba decidido...

Todo lo podíamos elegir, le dijo también la kramita, y ella escogía que Banlot reapareciese en su vida pero, aunque no sabía el porqué y menos aún ese para qué, al parecer eso era imposible... Pero lo aceptó.

A veces, elegimos cosas que son las que deseamos o ambicionamos, pero que no son lo mejor ni lo más idóneo para nosotros. De ahí que la vida, finalmente, nos ofrezca lo que más nos conviene, porque es lo que realmente nos hará feliz. Si echamos un vistazo atrás, comprobamos que esto fue así.

Recordaba estas últimas reflexiones que un día Banlot le ilustró, pero sobre las que no entendió nada ni descifró a qué aludían. Ahora cobraban un sentido, y su corazón comenzaba a asimilar...

Todo es para bien...

Y el río le dio la paz y el sosiego a los que su alma turbulenta aspiraba. Seguiría adelante, siempre adelante, allá donde la vida le llevase...



Un olor fuerte y penetrante le hizo levantar la cabeza, y divisó en el horizonte una columna de humo negro y denso. Alarmada, volvió a la casa a alertar a sus amigos.

Cuando llegó, los convocó a todos.

Salieron afuera y, desde el mismo jardín, pudieron avistar la culebra de humo.

- Si no estoy errado -dijo Brances intranquilo-, el origen de ese humo es un fuego...

Se hizo un silencio sepulcral, y ninguno se atrevió a ponerle palabras a lo que a todos rondaba por la mente.

Vrajant habló algo con Persty y Alard. Éste asintió y echó a andar, alejándose de ellos en la dirección del humo.

Persty explicó a los muchachos que Alard se dirigía a un monte cercano desde el cual poder divisar con más exactitud lo que acontecía allá, a lo lejos.

Después de un buen rato, regresó muy agitado, y habló nerviosamente con la pareja kramita.

- ¿Qué sucede? ¿Es un fuego? -preguntó Zenia, que proseguía sobresaltada.  
- Me temo que sí, mis amigos -contestó la mujer-. Alard dice que hay amplias zonas de bosque y terrenos ardiendo hasta donde alcanza la vista, y que desde la cima del monte ha podido ratificar que la dirección del viento atrae hacia acá las llamas.  
- ¡Oh, Dios mío! -exclamó la muchacha cogiéndose la cabeza con las manos.  
- ¿Y qué podemos hacer? -preguntó Brances notoriamente desesperado-. Hay que detener esta locura como sea.  
Los kramitas hablaban entre ellos.  
- Quizá el fuego haya arrasado ya los bosques de Chancertur... -dijo el muchacho pesimista.  
- Lo que tenemos que impedir ahora mismo es que avance hasta aquí y arruine todo esto para siempre -comentó decidida la tresla.  
- ¿Existen cortafuegos por la zona? -preguntó Brances a la mujer.  
- No sabemos bien lo que es eso -contestó-. Aquí no hemos tenido un fuego durante decenas de años.  
- ¡Pero qué imprudencia! -exclamó el joven enfadado.  
Zenia lo miró, apabullada por la reacción del joven en aquella tesitura.  
Los kramitas continuaron debatiendo acaloradamente.  
- ¿Se puede saber de qué habláis, en vez de empezar a hacer algo ya? -preguntó el muchacho en tono acusador y aún más trastornado.  
- En estos momentos, decidimos sobre qué es lo mejor y más eficaz que podemos hacer para salvaguardar nuestra casa y los terrenos adyacentes -le contestó la kramita mirándolo fijamente y con el rostro sombrío.  
Continuaron la discusión, y al término, la mujer les dijo:  
- No hay tiempo que perder. Necesitamos de toda vuestra ayuda, vamos.  
Se encaminaron al granero, y allí hicieron acopio de todo tipo de herramientas y utensilios, y salieron al camino cerca del río.  
Y comenzaron a arrancar, desbrozar y talar cuanto encontraron, a lo largo de una zona que escogieron de parapeto contra el viento y el fuego, por si se acercaba hasta ellos...



Después de unas pocas horas, fueron cayendo extenuados, y Alard reemprendió el camino al monte cercano para baremar la situación.  
Volvió gritando y agitando los brazos. Los muchachos no entendían qué ocurría.  
- ¡El fuego está a unos metros de aquí! -dijo Persty con el terror en su cara-. Y el viento sopla recio y tenaz, haciéndolo avanzar veloz.  
- ¡Hay que hacer algo! -gritó Brances asustado-. No debemos quedarnos aquí viendo cómo llega. Corramos al río y llenemos hasta arriba los bidones: el agua podrá ayudar algo.  
- Eso no servirá de mucho... -repuso la kramita cada vez más abatida.  
- ¡El fuego no puede vencer! -volvió a gritar el muchacho.  
Zenia, que permanecía callada, lo miraba cada vez más espantada, no sabía si por el fuego que los atenazaba o por la violenta reacción de su compañero.  
Brances se precipitó hacia el río, y los kramitas persistieron en su trabajo ampliando al máximo el cortafuegos improvisado.  
La muchacha, consternada y desolada, no supo adónde ir.  
El tiempo transcurría tan acuciante como las llamas, que ya alcanzaban a distinguirse a lo lejos.  
Alard y su padre rompieron a discutir, y finalmente el joven kramita se fue en dirección al granero.

Todo era una vorágine de humo, fuego, calor, sofoco, gritos y peleas. Cada uno por su lado, Zenia no alcanzaba a ver qué diantre estaba pasando y cómo era posible que la oscuridad estuviese ganando la batalla de esa manera tan desgarrada.

- ¡Parad ya...! -gritó de pronto comenzando a entender.

Pero, en ese mismo instante, una potentísima ráfaga de aire atrajo hacia ellos grandes llamaradas provenientes del fuego próximo.

Tuvieron que alejarse, entre ahogos y toses asfixiantes.

La joven se apresuró al río a buscar a Brances, donde lo encontró exasperado llenando enormes recipientes de agua.

- ¡Corre, suelta eso! -le gritó ella-. El fuego ha llegado.

- ¿Pero eres estúpida o qué? -le vociferó él fuera de sí-. ¿Cómo voy a dejar esto aquí si es lo que apaga ese fuego que dices que ha llegado?

Zenia se quedó petrificada...

Sintió una herida en el corazón, pero a la misma vez, la sangre que manaba de ella le hizo ver ahora todo con claridad absoluta.

- Tienes razón -le dijo con los ojos repletos de lágrimas pero sin dejar de mirar los de él-. He sido una estúpida por no darme cuenta de algo tan evidente. Cojamos todos los bidones que podamos y regresemos con los otros.

Y se alejó, cargada.

Cuando llegó al cortafuegos, se percató de que el granero había comenzado a arder por un lateral. Fue corriendo con el agua, y allí se encontró con la pareja kramita, que estaba chillándole al hijo, y éste a ellos.

Brances llegó detrás.

- ¡Dejad de discutir y echemos toda el agua que hemos acarreado! -gritó el joven a los tres.

Con muy mala cara, los cuatro comenzaron, junto con Zenia, a vaciar los recipientes sobre las llamas, aplacándolas en cierta medida.

Cuando concluyeron, Brances les recriminó en un tono muy duro:

- Si hubieseis atendido mis consejos, ahora mismo tendríamos bidones repletos de agua para mitigar el fuego del granero. ¿No se os ocurre otra cosa que ponerlos a discutir en medio de tal catástrofe?

Zenia no pudo más y explotó, agachándose hasta el suelo y empezando a llorar con gran desesperación. Las lágrimas corrían libres por sus mejillas...

Los cuatro se quedaron mirándola, impotentes e inmóviles sin saber qué más hacer.

Las llamas volvían a propagarse por el granero...

- Esto es el fin... -susurró Brances.

- ¡Nooo...!

El grito de la muchacha los desgarró a todos por dentro.

- ¿Es que no entendéis? -volvió a gritar ella.

Exhaustos por el calor, el sudor, la tizne y el cansancio, la seguían mirando sin enterarse de nada.

- No es el fin, no hay ningún fin... si nosotros no queremos.

- Pequeña, estamos todos muy trastornados, y es lógico que te sientas así... - empezó a decir la kramita.

- No, no es eso -seguía entre sollozos.

Los miró a todos con sus ojos llorosos, y dijo:

- No habéis comprendido el objetivo del fuego, el objetivo de la oscuridad tras él.

Sólo se escuchaba el ruido de las llamas a su paso por todo aquello con lo que se topaba y destrozaba.

- No lloro por el fuego ni por el granero, ni siquiera por culpa de nuestra impotencia - continuó la joven angustiada-. Lloro por nosotros, porque la violencia y la ira es nuestro propio fuego, que se lleva todo por delante.

El granero continuaba destruyéndose.

- Lloro porque no soporto ver cómo discutimos entre nosotros, haciéndonos daño unos a otros y llegando a despreciarnos. Sobre todo, porque eso es lo que persigue la oscuridad: colarse en nuestras almas para distanciarnos y desmembrarnos, porque sabe bien que si nos mantenemos aunados, no nos puede derrotar.

Miró a Brances, y le dijo:

- Es el fin, sí... si cada uno va por su lado, en su orgullo herido de ir a lo suyo y queriendo llevar la razón por encima de todo.

Miró al resto...

- Una situación semejante debería unirnos y hermanarnos para juntos emprender lo que sea necesario, no separarnos y disgregarnos dolidos por causa del otro.

Respiró hondamente, y continuó:

- Somos afortunados, porque a pesar de toda la tragedia que está sucediendo, seguimos vivos... Y para mí, lo más preciado sois vosotros.

Zenia se percató de que Brances había bajado los ojos y, con el rostro marcado por el dolor, le caía alguna lágrima.

- Sigamos unidos como antes -concluyó- y todo se arreglará, no sé de qué manera, pero estaremos juntos. Y con nuestro amor, la oscuridad nunca nos alcanzará ni atrapará.

El joven se secó las lágrimas con la manga del chaleco. Todos se miraron con un resplandor especial en los ojos.

La kramita les tradujo, y ahora todos sabían lo que había revelado. Y aun antes de saber, la gravedad, humanidad y firmeza detrás de las palabras de la joven les había calado a todos.

Se cogieron las manos, y en ese preciso momento el viento volvió a soplar como un huracán, con ímpetu y vigor, acabando casi de destruir el granero y dirigiéndose hacia la casa...

- Ay, Dios mío, nuestro hogar... -rompió a llorar la kramita.

Vrajant la abrazó fuerte.

- ¿Qué va a ser de nosotros? -dijo con profunda congoja y desconsuelo la mujer.

Todos se sentían tan indefensos y desarmados...

Zenia, en medio de su desesperación, dijo:

- Si Banlot estuviese aquí, él sabría con toda seguridad qué hacer.

Miró al cielo, oscurecido por el humo, y gritó con toda el alma:

- ¡Banlot! ¡Reaparece...! Ven y ayúdanos, por favor, te necesitamos...

El tiempo pareció detenerse, y con él, los tristes sonidos de un bosque agonizante...

Ahora, de forma inexplicable, se escuchó el sonido del río acercándose...

Y vieron cómo una gran riada se aproximaba a grandes zancadas, echando a correr despavoridos hacia la casa.

Las aguas los alcanzaron en un santiamén, desplazándolos unos metros, pero sin llegar a cubrirlos.

Duró apenas unos minutos -hasta que el agua se retiró tan milagrosamente como llegó-, pero los suficientes como para que el fuego fuese arrancado de cuajo desde su base y las llamas languidciesen y muriesen.

Aunque la riada los había separado momentáneamente, se llamaron a voces, hasta que volvieron a estar todos reunidos.

Todo estaba mojado por doquier: tierras, árboles, prado, casa, granero...

Pero estaban vivos... y el fuego había cesado.

- Ha sido él -afirmó Zenia con rotundidad.

Fueron hacia la casa, por si el agua había entrado y poder evaluar el alcance de los posibles destrozos, pero Zenia se quedó, oteando en la dirección del río, como esperando...

Y allá lo vio, en la lejanía... Una figura peculiar que se acercaba, con paso tranquilo y reposado.

La muchacha se frotó bien los ojos, por si era otra más de sus ensoñaciones, pero allí seguía y se clarificaba a medida que se iba acercando.

- ¡Banlooot...! -sus pulmones no podían desgañitarse más.

Estaban ya cerca de la casa, pero todos miraron atrás con el atronador grito de la joven.

La vieron correr como un rayo al encuentro de una estilizada figura que asomaba a lo lejos...

Avanzaron con rapidez hacia ellos, mientras Persty farfullaba:

- No puede ser, no, no es posible... Es él, sí, es él...

Cuando aparecieron ante ellos, Brances vio a Zenia abrazada estrechamente a un hombre de largas cabelleras de plata que la rodeaba con una ternura extrema.

Ella no cesaba de llorar y llorar...

## 11. El Buen Amor





Se apañaron en la cocina para cenar aquella noche, porque el agua no había penetrado con exceso en el interior de la casa.

Persty, ayudada por Zenia, arregló una cena improvisada y bastante frugal -sobre todo para los siempre hambrientos kramitas-, y resolvieron que al despuntar el día y ya con luz natural, diagnosticarían y comenzarían a reparar los daños perpetrados por la actuación del fuego y el agua.

Sentaron a la mesa, donde Zenia y Banlot, uno junto al otro, no dejaban de mirarse y sonreír.

- Querido Banlot, ahora mismo nos vas a referir con toda suerte de detalles lo que ha sido de ti en estos días -dijo Persty en cuanto el hombre probó el primer bocado-. Nos has tenido a todos, y a esta criatura durante días, con el alma en vilo sospechando lo peor.

- Cuánto lo lamento... -le cogió la mano a la muchacha y se la acarició-. Me fue imposible venir antes.

Brances, que observaba la escena, se mantuvo retraído y circunspecto. Desde que Zenia hablase justo antes de la riada, no había pronunciado ni una sola palabra.

- Cuánto has cambiado en tan pocos días... -le dijo Banlot a la joven-. Tú también tendrás mucho que relatarme, me imagino.

- Sí, por supuesto -le respondió ella con dulzura-, pero antes tú, que me urge saber todo lo que te aconteció desde que te vi hundirte y desaparecer aguas abajo, aquel fatídico día...

- Pues no sé dónde acabé -comenzó-, porque me golpeé tan numerosas veces contra las rocas del río, que después de mucho ir río abajo perdí el conocimiento. Al despertar, estaba tendido en la orilla del río, pero allí éste era mucho más delgado y escuálido y sus escasas aguas eran muy mansas.

»Debí de permanecer mucho tiempo sin sentido arrastrado por el río, porque al despertar al día siguiente y volver río arriba, por más que pasaban las horas, no remontaba al lugar de origen. Todo apuntaba a que pretendían alejarme del escenario de la misión.

Entonces, se dirigió a Zenia y le comentó:

- Te llamé casi todo el tiempo. Podías estar en cualquier sitio, incluso malherida.

- Yo también te llamé mientras Brances y yo te rastreábamos, pero la búsqueda fue árida y baldía, y tuvimos que desistir y continuar con nuestro cometido, muy a mi pesar.

- Obraste bien, amiga mía -le dijo-. En aquella situación eso estaba por encima y debías proseguir sin mí.

- ¿Y hasta dónde llegaste subiendo por el río? -la kramita preguntó, a la par que traducía a sus familiares.

- Cuando yo también desistí en mi búsqueda, ya entrada la noche, me adentré por un camino que avisté junto a la orilla y finalmente llegué a una aldea, donde pernocté.

»Allí empecé a indagar y a interrogar, y me informé sobre las aldeas cercanas al cauce del río, puesto que lo único que se me ocurría era sondear en cada una de ellas, por si daba con alguna pista sobre ti. Además, sabía que el objeto de la cuarta puerta tenía que ver con el agua, supuestamente con el río o, todo lo más, con el lago donde nos bañamos.

»En última instancia, volvería aquí, por si la divina providencia hubiese tenido a bien

traerte de nuevo con tus amigos kramitas. Aunque era mi último cartucho, porque imaginaba que las siguientes puertas no se abrirían desde aquí.

- ¿Por eso viniste hoy aquí, Banlot? -preguntó la mujer.

- No, no exactamente -contestó él-. Un par de días después llegó a mis oídos, por fortuna, alguna noticia sobre ti. Recorriendo las aldeas, fui a parar a Vrendor.

- ¿Vrendor? -preguntó admirada la joven-. Allí permanecimos durante dos noches.

- Sí, y yo atraqué por la mañana el mismo día de vuestra partida, pero vosotros ya habíais marchado temprano. Y aunque no tuviese la certidumbre exacta de que se tratase de ti, en mi fuero interno sabía que lo eras. Y es que primero me hablaron de dos primos, y eso me desconcertó.

- Sí, ja, ja, ja, fue iniciativa de Brances para poder conseguir la única habitación libre que quedaba en toda la aldea -Zenia echó un vistazo al muchacho, que la miraba con tristeza.

- Pero en el momento en el que te describieron -continuó Banlot-, el peculiar color de tus ojos me reafirmó que eras tú, y un oportuno acompañante. Me quedé mucho más tranquilo sabiendo que habías reanudado tu camino y que además ibas convenientemente acompañada.

El anciano miró al joven, que apenas atisbó una sonrisa.

- Independientemente de esto, mis planes cambiaron drásticamente de rumbo y fue prioritario ausentarme un día más por otros asuntos. Hasta que esta mañana fui informado convenientemente del espeluznante alcance de los desatinos de la oscuridad y de cómo se arremataba peligrosamente a estas tierras kramitas.

»No contaba con la segura convicción de que hubieses vuelto aquí, Zenia, pero era una posibilidad, y lo que entonces me impulsó fue salvar estas tierras y a sus habitantes, y a partir de ahí dar contigo si aún no te habías presentado.

- ¿Sabías que volvería aquí? -preguntó Zenia.

- No, yo no lo sabía -contestó Banlot-. Fue Persty la que me lo comunicó antes de irnos. Y lo que te confirme un kramita que va a ocurrir, jamás pongas en duda que así será.

El hombre le ofreció una gran sonrisa a la kramita, que se la devolvió con creces.

- Así que viniste a socorrernos... -comentó la mujer-. ¿Y lo cumpliste? Porque Zenia asegura que sí.

Sus ojos reflejaron una luz chispeante cuando ella le preguntó.

- ¿Yo...? Ejem... bueno... -balbuceó el anciano con mirada astuta-. El fuego y las aguas son poderosos, pero nuestra mente lo es más...

Al escucharlo, los ojos de la joven se llenaron ahora de esa luz...

- Bien, llegó mi hora de escuchar -dijo Banlot-, así que soy todo oídos. Y yo también quiero pelos y señales de todo, ja, ja, ja.

Qué alegría y satisfacción tan grandes revivieron en la muchacha al volver a oír su risa...

Así que, rauda pero detallista, volvió a contar sus andanzas a un Banlot que gozaba, a cada palabra, con el progreso y maduración de su amiga a lo largo del camino.



- ¿Por qué no hablas con él?

La kramita aguardaba respuesta, mientras le entregaba a Zenia el plato que recién acababa de enjuagar para que se lo secase con el paño.

- Lo veo tan mustio y afligido...

La mujer insistía...

Le pasó otro plato húmedo.

- Estará sufriendo por su comportamiento -Persty volvía al ataque-, pero todos procedimos mal esta tarde y nos gritamos y discutimos... excepto tú.

Se escuchaban las voces de los hombres en el salón, y a la cocina llegó el aroma entrañable de las hierbas de la pipa de Banlot, lo que hizo a la tresla esbozar una sonrisa.

- ¿Te habló o hizo algo durante el fuego que yo no presencié? -preguntó a bocajarro la kramita-. Es que se le ve tan consternado... Juraría que ha pronunciado apenas tres o cuatro palabras desde entonces, y yo diría que está así, sobre todo, contigo. ¿Me equivoco?

- No sé... -la muchacha persistía en su ceño fruncido cada vez que la mujer discursaba sobre el tema.

- Vi que lloró cuando tú hablabas -era difícil superar la persistencia de Persty-, y se me antoja que no es un muchacho de lágrima fácil, la verdad. Algo impactante debió de ocurrirle, y la situación se lo afloró y trastocó mucho. Da la sensación de que el fuego le impresiona y le remueve bastante.

La muchacha continuaba secando los platos.

- ¿Es que no vas a decirme nada? -la mujer elevó el tono de voz-. ¿Se puede saber qué es lo que os pasa? Dudo mucho que el asunto dé para tanto porque, sea lo que sea, el muchacho ya está pagando por ello, que parece un alma en pena. Y si no pasa nada entre vosotros, no estaría de más investigar por qué está así.

Le quitó el plato de las manos y le clavó la mirada.

- Dime, niña...

La joven, cohibida, se ruborizó.

- Verás... es que en el río -comenzó insegura-, cuando fui a alertarlo al llegar el fuego, me habló tan mal y con tanta ira... que algo se rompió en mi interior.

La mujer la cogió de las manos, y le dijo con delicadeza:

- Si algo se rompió dentro de ti, tú misma has de repararlo, puesto que todo, absolutamente todo puede aliviarse, recomponerse y sanar. Él también está padeciendo, y si tú no le importases de veras ni el haberte dañado, no se encontraría tan deprimido. Quizá le aconteciese algo que nada tiene que ver contigo, aunque tú lo hayas pagado injustamente. Si es así, lo está pasando doblemente mal.

- A mí también me importa él y lo afligido que está, pero temo que vuelva a herirme.

- En realidad, él no puede herirte si tú no se lo permites... -repuso Persty-. Y no hay más que verlo, mi niña, para saber que realmente no te haría mal alguno. Conversa con él, que pueda expresarse y explicarte qué le pasó. Después de lo ocurrido, con más motivo se conducirá con cuidado, ya verás.

La kramita la abrazó con amor. Zenia se sintió más reconfortada.

- Voy a llamarlo para que venga -anunció la mujer-. Dad un paseo a la luz de las estrellas.

- Gracias... -la muchacha la contempló con ternura.

- Brances, ¿puedes acercarte un momento a la cocina? -dijo en alto para que la oyese bien.

La mujer se escabulló diestra hacia el salón en cuanto el muchacho se presentó por la puerta.

El joven, que no se había percatado de la treta, se quedó mirando a Zenia, pero enseguida bajó la mirada.

- Brances... ¿damos... un paseo? -farfulló la joven en tal aprieto.

- Eh... Claro... como quieras.

Y salieron al jardín, al abrigo de aquel bruno manto de luces...



No habían pronunciado ni una sola palabra hasta llegar al río. Allí, sólo prendían de los árboles los sonidos del bosque nocturno, más apagados que nunca tras el devastador incendio.

En la orilla del río, se anclaron a la tierra, inmóviles, como petrificados y sin habla.

Zenia lo veía de reojo y se daba cuenta de los esfuerzos que hacía el muchacho por comunicarse con ella.

La joven quiso hablar para facilitarle el diálogo, pero resolvió que no debía ni le correspondía; por mucho que esto le supusiese, él en el fondo se lo agradecería después.

El muchacho, no sin dificultad, se acercó y se agachó a recoger una pizca de agua del río. Se refrescó el rostro, se dio media vuelta y, en dirección hacia donde se encontraba Zenia, dijo:

- Me resulta muy difícil hablarte de todo esto.
- Lo sé -contestó enseguida ella para que se sintiese menos incómodo.
- Hay dos asuntos de los que quisiera hablarte, pero no sé por dónde empezar, porque ambos se me confunden en la cabeza y, sobre todo, en el corazón.
- No te ofusques, yo espero el tiempo que precisas para aclararte. Pero ve empezando por lo que sea, y ya sabrás cómo proseguir.
- Sí, la verdad es que sí que sé por dónde he de empezar y sin dudarlo -tuvo el valor de mirarla de frente-. Me parece tan lamentable haberte gritado antes aquí, que no sé ni cómo pedirte perdón...

La muchacha le permitió expresarse cuanto requiriese.

- Eres para mí alguien tan especial, que sólo pensar que yo mismo te haya perjudicado de esa manera... -bajó la cabeza-. Pero es que encima tú, además de ser firme y no responderme poniéndote a mi mismo nivel, me hablaste con una humildad y entereza...

- Bueno, no hubiese servido de mucho echar más leña al fuego... nunca mejor dicho -sonrió con ironía la muchacha.

- Sé que ya no podrás confiar en mí cuando te diga que jamás te haría daño... -el muchacho se quedó cabizbajo.

- Incluso en aquella situación, tu intención no era hacérmelo, ¿no?
- Claro que no -dijo él con seguridad.
- Estábamos todos alterados; la situación no era para menos.
- No, yo sé que fui el que más perdió los papeles -reconoció el joven-. Pero es que...

Calló bruscamente porque se le hizo un nudo en la garganta.

- ¿Es que qué, Brances? -preguntó ella-. ¿Qué te pasaba? ¿Ése es el otro asunto que querías contarme?

- Sí.
- Pues dime, háblalo sin miedo-dijo la muchacha animándolo.
- El fuego me sacó de mis casillas.
- ¿Y eso por qué?
- Porque... -no era capaz de decirlo.
- ¿Qué te ocurre? -lo miró extrañada la joven-. ¿Cómo es que te está resultando tan penoso hablar? Hasta lo que conocía de ti, te creía una persona directa y franca, pero ahora mismo te veo tan atascado y huidizo...

»¿Recuerdas ayer, cuando me resistía tanto al discurrir de la energía y de la vida porque la oscuridad me rondaba?

Las palabras de Persty respecto a la parte oscura del muchacho se le presentaron claras en su mente, y añadió:

- Mi propia oscuridad, la que habita en mí, como en ti...
- Él la miró, pensativo y lúcido.

- ...buscando nuestras debilidades y nuestros miedos para amplificarlos -él también recordó lo que Zenia le dijo en el lago-, y así frenarnos en nuestro avance.

- Pues sí...

Sus espíritus volvían a enlazarse...

- Mi madre murió de forma espantosa en un incendio cuando yo aún era casi un niño.

Lo dijo tan de sopetón, que Zenia no esperaba ese Brances certero y preclaro.

- Vaya, lo siento por ti.

- Desde entonces -continuó-, no he hablado con nadie sobre aquello. Ni siquiera con mi padre, que siempre evitó hablar sobre ella, al menos conmigo.

- Eso nunca es fácil -comentó la joven.

- Tampoco lo es arrastrar durante años una carga de la que no puedes ni hablar... ni compartir.

- Pues compártelo conmigo -se acercó al muchacho y le cogió con afecto la mano-, si tú quieres.

- Siempre he creído que pude haber hecho más de lo que hice y quizá salvarla... -dijo desolado y dolorido.

- Eras un niño, ¿no? ¿Cómo vas a responsabilizarte tú de algo así?

- Pues me lo he reprochado siempre. Tenía once años. Y hoy volví a sentir el mismo terror de aquel día... y la misma pérdida y desazón.

- Ahora entiendo... -la muchacha movía la cabeza en un gesto afirmativo.

- Cuando hablaste de lo afortunados que éramos por estar vivos, se me clavó una daga en el corazón, porque para ella no pudo ser así... Y yo lo he penado siempre durante todos estos años.

- Ella se fue porque era su hora -le dijo la joven con delicadeza-, no porque tú no pudieses salvarla. Yo tuve la fortuna, cuando muy niña, de poder conversar con mi madre sobre la muerte de mi padre. No fue nunca un tema tabú ni ahora lo es, aunque ya no necesitemos hablarlo. Durante un tiempo lo eché muchísimo de menos porque lo adoraba, pero él debía marchar, y en esas cuestiones ninguno podemos hacer nada ni impedirlo.

- Sí, es cierto.

- Lamento haber sido la causante de ese dolor, aunque haya sido sin querer.

- No, ni mucho menos -el joven no la dejó seguir-. Gracias a Dios fuiste la única que acertaste a captar y discernir todo lo que estaba ocurriendo realmente. Pero no sabías de mi propio incendio interior...

El muchacho siguió describiendo lo que soportó y acaeció aquella horrible noche, en aquel otro fuego destructivo y mortal.

Entreabrió su corazón y mostró su herida, alcanzando la compasión de la joven, que penetraba en los entresijos de un alma de niño atormentada por las desventuras de la fatalidad.

- Gracias por relatármelo -dijo Zenia con el rostro grave cuando terminó-. Debió ser una experiencia terrible y brutal...

- Gracias a ti por permitir expresarme y por comprenderme -le acarició la mejilla-. Y lo siento de verdad...

- Ya está olvidado.

Sus respiraciones eran tan pacíficas y reposadas en aquella noche de maderas calcinadas y ceniza...

Se fundieron en un abrazo de reconciliación, y una brisa naciente y apaciguadora meció sus almas aliviadas.

Fundieron también sus labios en un beso de pasión y calidez suprema...

Cuando se separaron, minutos después, ella dijo:

- Hoy ha sido un día extenuante y abrumador, sobre todo para ti, mi querido

Brances.

Se besaron de nuevo con la mirada mansa de sus ojos dulces...

- Vayamos, pues, a descansar -agregó él.

Regresaron a la casa de los kramitas, donde Persty los esperaba con inquietud en la cocina.

No requirió la mujer cruzar ni una sola palabra con la tresla para captar que todo había ido magnífico y se había resuelto. Sus rostros relajados y felices lo revelaban todo...

- A dormir... -dijo ella.

Dispusieron todo para hacer la estancia y el descanso confortables en aquella noche, porque al día siguiente les esperaba la ardua tarea de reparar la destrucción y los estragos de la oscuridad...



Cuando salieron al exterior de la casa a la mañana siguiente, los seis quedaron mudos de estupor al ver el panorama tan desalentador que rodeaba la parte sur de la casa, por donde había atacado el fuego.

El granero, del que sólo quedaba en pie una reducida parte de su estructura, destrozado; toda el área anterior y posterior al cortafuegos, desolada; y el bosque adyacente y casi cuanto alcanzaba la vista, calcinado por completo.

- Pobres shajas... -dijo Persty.

Zenia buscó con la vista la zona de los arces, donde tuvo su primera comunicación con ellas. Destacaba entre las muy contadas arboledas que se mantuvieron intactas en el lugar al llegar las llamaradas.

Empezaron la labor de reconstrucción hasta donde ellos alcanzaban, puesto que los kramitas tenían conocimiento sobrado -a pesar de su inexperiencia con fuegos- sobre el bosque y su autoregeneración, y sobre cómo en muy pocos años y en algunos casos meses, semillas y brotes resurgirían de sus cenizas en la lucha por la creciente y eterna vida.

Se ocuparon toda la mañana en el inicio del restablecimiento del granero, y limpiaron cuanto les fue posible del terreno de restos secos y carbonizados.

Banlot, de cuando en cuando, observaba a la muchacha y su pronta determinación en aquella dura situación. Se la veía tan resuelta e independiente... Las cuitas de su trayectoria la estaban haciendo ejercitarse y madurar a pasos agigantados.

Y también se fijaba en el muchacho, con especial esmero cuando se dirigía y trataba a la joven. No se le escapó, ni mucho menos, que existía un curioso vínculo entre ambos.

Cuando acaeció la hora del almuerzo, pararon para reaparecer por la casa, donde ya Persty les tenía dispuesta una suculenta comida capaz de reponer al más hambriento y tirado.

- Se ha malogrado parte de vuestras provisiones para este invierno, ¿es cierto? - preguntó Banlot una vez se sentaron a la mesa.

- Sí -respondió la kramita-, pero una buena parte estaba aún en la casa, aquí en la cocina y en la despensa, así que yo diría que nos podremos apañar entre lo que hay y lo que consigamos hasta que nos aborden los fríos y las nieves del crudo invierno.

- Os ayudaremos a conseguir todo el alimento y leña posibles, para compensar la pérdida -dijo Brances.

- Ésas no son grandes pérdidas si todos seguimos sanos y salvos, y unidos... como sabiamente dijo nuestra Zenia anoche -comentó la mujer.

La muchacha miró a Brances por el rabillo del ojo, pero éste mantenía una ligera sonrisa complacida y calmada.

- Creo que amenaza tormenta -dijo él-, así que es muy probable que tengamos que parar en algún momento de la tarde. Pero las lluvias serán el mejor bálsamo y cicatrizante para la tierra y los árboles. Cuando pasen, habrá más impulso de vida en el bosque por reparar la devastación sufrida.

- ¿Y tú, Zenia? -Banlot se dirigió a la joven tresla-. ¿Conoces ya de qué trata la séptima puerta? Y el objeto...

Ella había estado tan sumergida y enfrascada en el tremendo suceso del fuego y en arreglar las cosas con Brances, que no había vuelto a reparar en ello.

- Me temo que no.

Se acordó de que aún guardaba la llave en el bolsillo del vestido, desde la tarde anterior, y la sacó.

Al verla de nuevo, Banlot dijo:

- La piedra del amor...

Zenia lo miró, adivinando que el anciano portaba información que aún no conocía.

- ¿Qué quieres decir? -preguntó-. ¿Sabes algo de esta llave?

- Está tallada en cuarzo rosa -contestó él-, la piedra de la armonía, la amistad y el amor.

- ¿Eso es así? -volvió a preguntar ella-. ¿Las piedras tienen propiedades? ¿Y tú las conoces?

- Las piedras, como cualquier elemento en este mundo -dijo él-, emiten ondas o vibraciones que, según de qué material o color se trate, son diferentes. No hay dos personas iguales, ni dos árboles, ni dos animales. Tampoco hay dos piedras iguales; cada cual tiene sus cualidades.

»El cuarzo rosado es una valiosa y sagrada piedra iniciática que promueve el camino de la compasión, del perdón por los errores propios y ajenos, y de la comprensión por las injusticias o la ignorancia de los celos. Es buena sanadora de heridas del corazón...

A medida que hablaba, Banlot veía cómo iba cambiando el rostro de su amiga y se le encendía como si estuviese descubriendo algo...

- ¿Cómo no dijiste nada cuando la encontramos en el nido de la urraca? -preguntó Zenia contrariada-. Ya entonces sabías todo eso, ¿no?

- Sí, mi amiga -respondió el hombre esbozando una sonrisa-. Empecé hablando de su mandala, pero estabais tan hipnotizados contemplando su maravilloso brillo y su belleza, que vi claramente que no era ocasión apropiada. Las cosas llegan en su preciso momento...

- ¿Qué más sabes sobre ella? -quiso saber la joven cada vez con más entusiasmo.

- Puede transmitir una profunda evocación de serenidad, bienestar y paz interior - siguió contestando-. En casos de tristeza, como por la pérdida de un ser muy querido, da la fortaleza y empuje necesarios para retomar las riendas del camino.

Zenia estaba admirada por la sabiduría de su amigo, y gratamente conmovida por las felices coincidencias entre lo que explicaba y lo que le aconteció a ella el día anterior.

- ¿Y por qué llevará estas incrustaciones de plata en su parte ancha? -preguntó la kramita.

- La plata es un metal muy asociado con la energía de la luna -comentó Banlot-, y es un potente elevador espiritual que transmite entrega y humildad.

- ¿Qué palabra utilizaste antes para designar este dibujo circular en plata? -dijo en esta ocasión la joven.

- Mandala -contestó el hombre-. En todas las culturas de nuestro planeta existen, normalmente circulares como éste, puesto que la circunferencia al cerrarse sobre sí misma no tiene principio ni fin, simbolizando la perfección, lo eterno y lo absoluto. Son habitualmente representaciones simbólicas y mágicas que pueden mostrar desde el

microcosmos hasta el macrocosmos.

Se hizo un silencio compacto y contrastante, después del torrente de información que el anciano les proporcionó.

Todo se le fue recolocando y asentando en cabeza y corazón a la muchacha, que tuvo tiempo de nutrirse de aquella información mientras acababan de almorzar, en un benévolo silencio.

- Ahora sí que encajan las piezas... -dijo Zenia al dar su último bocado al pastel de cerezas, merengue y vainilla que exquisitamente había cocinado Persty-. Como dijo el shirim, la llave es la clave de ésta y de todas las puertas.

Todos la miraban expectantes, y ella miraba la llave, acariciando sus formas rosadas.

- Tú lo has dicho, Banlot -continuó-. El amor... y con él, la amistad y la armonía.

Siguieron esperando a que continuase con la explicación.

- La séptima puerta es la del amor, simbolizado por esta llave que las shajas me dieron para abrir las siete puertas, puesto que todas se abrieron por efecto del amor.

»La primera, por el amor de los seres del bosque, de mi querido Banlot y mis amigos kramitas; la segunda y tercera, por el de los habitantes del firmamento y del interior del planeta, del cielo y la tierra; la cuarta, por el de los seres vivos del agua; la quinta, por el de las plantas y los árboles; la sexta, por el de los animales; y la séptima, por el del mismo amor... -miró a Brances.

- Todo existe porque existe el amor -interpuso Banlot-. El amor es la fuerza universal más poderosa que existe en el universo; todo lo cohesiona.

- La séptima puerta se desveló -retomó la joven- cuando descansábamos Brances y yo en el jardín, tocados por el amor...

Al muchacho le chispearon los ojos al escuchar aquello.

- En ese sueño clarificador -prosiguió-, surgieron aquellos seres a los que profeso un gran amor y ellos a mí. Y el último fue Brances, que quiso expresarme su amor con aquel beso, pero aún no entiendo por qué el sueño se esfumó antes. Todo eso abrió la última puerta.

Banlot aún esperaba, porque sabía que todavía no lo había desentrañado todo.

En efecto, la muchacha siguió dilucidando, y dijo mirando al joven:

- Ante tanta energía de amor y luz, la oscuridad nos embistió para desunirnos y dividirnos con el incendio, y eligió al más débil en aquel momento para ensombrecerlo y fortificar su propia oscuridad, sus propios traumas y miedos... El ego ilusorio que atrapa nuestra mente y nos aísla del otro.

Ahora descubría, por su propia experiencia, estas cuestiones sobre las que Banlot le había versado en previas ocasiones.

Brances la observaba, sin cobardía y sereno, aun sabiendo que se refería a él.

- El amor trajo a Banlot de vuelta -ahora contempló al anciano-: el suyo por nosotros y el mío por él cuando acepté los envites de la vida y confié en lo que ésta nos marca con el destino, que no es más que lo que nosotros mismos nos marquemos en esta vida. Todo lo decidimos nosotros, y todo es para bien...

Y calló.

La mujer kramita se levantó de su asiento y fue hacia la joven para abrazarla cariñosamente...



- Quieres a ese muchacho, ¿verdad? -el rostro de Banlot estaba inspirado por una sonrisa.

- Sí, creo que sí -dijo ella escudriñándolo con sus ojos violeta.

- Sabes que, en verdad, me eché a un lado en tu camino para que él pudiese



aparecer, ¿no?

- Lo que sé es que de no haber sido así, no hubiésemos cultivado tantas vivencias cercanas en tan escaso período de tiempo... Todo se ensambla y tiene sentido, ¿no es así?

- Sí, mi chiquilla... -le dio un beso en la frente.

Se habían alargado, tras el almuerzo, al pequeño bosquecillo de arces para estar a solas los dos desde que Banlot retornara la noche anterior.

- Pero no se te ocurra volver a apartarte de mi camino, ¿eh? -lo señaló con un dedo acusador.

- Ja, ja, ja, no, no, amiga -rió él-. Estás instruyéndote rauda y veloz en tus lecciones y ya no se precisa nada así.

Qué amor tan profundo sentía por aquel hombre...

- A veces...

- A veces... ¿qué? -le inquirió el hombre.

- A veces, es como si echara a faltar algunas cosas en Brances -dijo ella ceñuda.-. Es tan complaciente y amoroso conmigo, y es valeroso, inteligente y veraz...

- ¿Y qué más puedes pedir? -Banlot le sonrió, mesándose la barba-. Además, se ve que él te quiere bien. No sabes aún demasiado de los hombres, pero te aseguro que no hay muchos como él.

- Pero es que yo tengo la mala fortuna de conocerte...

- Ah, muchas gracias... -dijo irónico y levantando una ceja.

- No, no quería decir eso -Zenia se sonrojó en un segundo.

- Me imagino -rió él-. Explícame eso.

- Quiero decir que hay tantas cualidades en ti que adoro y que me fascinan, que me resulta complicado no esperar encontrarlas también en él.

- Pero tú me ves y consideras quizá más bien como ese padre que apenas tuviste... Y no es un padre lo que deberías tener con Brances o con el hombre que sea que te acompañe.

- En ocasiones, todo se me confunde... -la muchacha dirigió su mirada al suelo.

- Ya te irás aclarando -dijo él-, sobre todo a medida que vayas descubriéndolo y conociéndolo, y enriqueciéndose vuestra relación.

El anciano cogió las manos de la joven entre las suyas, y le dijo:

- Y te diré una cosa, Zenia: todo lo que he podido observar y entrever en él, me recuerda considerablemente a mí mismo cuando tenía su edad. Con poco más de veinte años no se puede esperar nunca tener la experiencia de cincuenta o sesenta. Pero se asemeja a mí más de lo que te imaginas, ja, ja, ja.

- Ah, ¿sí?

A la tresla se le encendió la cara, y riendo se abrazó a él.

Tras el encantador achuchón, dijo él:

- Sigue adelante, joven amiga, que es admirable lo que estás realizando. Y respecto a él, déjalo libre y comprobarás que sabrá cómo actuar contigo. Déjale hacer a él, y tú sigue tu camino...

-Gracias... -murmuró ella-. Y doy gracias también a los cielos por volver a tenerte junto a mí...

Banlot la rodeó con el brazo, y así pasearon de vuelta hacia la casa.



- Zenia...

- Dime, Brances.

- Quisiera...

- ¿Qué?

- Estar a solas tú y yo...

Se hallaban los dos en la cocina, y sus ojos brillaron con la luz de la pasión cuando se encontraron...

- Estamos solos.

- No, aquí no. Me refiero con cierta intimidad...

- ¿Para qué?

Al muchacho aún le costaba acostumbrarse a las preguntas directas de la joven.

- Aún no tengo en mi poder el objeto de esta última puerta -dijo ella recapacitando.

- Sí, es cierto... -él procuró centrarse, una vez más, en el camino de ella y la misión.

- Pues yo creo que tiene mucho que ver con vosotros dos -dijo Persty, que en ese momento entraba por la puerta desde el salón.

- ¿Tú crees? -le dijo Zenia poco convencida.

- Te recuerdo que el sueño acabó con él, y justo cuando iba a darte un beso.

La kramita fijó su vista en ella, y dijo en un tono áspero:

- No vayas a abstraerte de nuevo en tu mundo por miedo a experimentar o a sufrir, que aquí no hay nadie que pretenda ocasionarte ya ningún perjuicio o abusar de ti o de tu inocencia. Eres madura también en esto, ¿me equivoco?

La joven se mantuvo reservada y taciturna, y bajó la mirada.

Brances no acababa de adivinar de qué iba aquello, pero optó por ser prudente y discreto, y no dijo nada.

- Deja que las cosas ocurran, niña mía -le dijo en un tono más cariñoso-. Con tus recelos, frenas el discurrir natural y conveniente de la vida.

Brances presintió que estaba allí de más, así que dijo:

- Creo que me apetece dar un relajante paseo por los alrededores, antes de que volvamos a ponernos manos a la obra con el trabajo.

- Hasta él se da cuenta antes que tú misma -dijo Persty una vez que él se marchó.

- ¿De qué me tengo que dar cuenta, Persty? -dijo la joven incomodada.

- Mira -la mujer kramita no tenía pelos en la lengua-, no he podido eludir el escucharos porque venía para acá, y esperé por no interrumpiros, tras el umbral de la puerta. Él no te estaba pidiendo nada vil ni perverso, muchacha.

Ella se sintió un poco abochornada.

- Deja tus temores ya y haz lo que estimes pertinente -reiteró la kramita-. Deja a tu corazón sentir, y a tu cuerpo otro tanto, que no hay ningún mal en ello. Porque no me creo que tú sientas menos atracción que él...

- Realmente... no -dijo con mucho reparo.

- Pues, ¿a qué estás esperando para ir en su busca, antes de que se aleje más de la casa? -le increpó la mujer-. Bésale, abrázale, acarícialo, si así lo deseas. Expresaos vuestro amor sin más trabas, y dejad que os lleve donde haya de ser...

Zenia no dijo nada, y presta, salió volando por la puerta.

- Brances, Brances... -no lo veía por ningún lado.

Fue hasta el río y siguió llamándolo.

- Estoy aquí, Zenia... -voceó el joven de lejos, junto a la orilla del río.

Alzó y movió el brazo para que ella lo viera.

La joven tresla se encaminó a él, y al llegar, le cogió la mano, se acercó... y lo besó.

El muchacho no acababa de entender el talante cambiante de la joven, pero no dudó, ni por un segundo, en volver a acomodarse a ella -no fuese a cambiar otra vez de parecer-, y la besó con locura.

- Yo también quiero estar a solas contigo, en la intimidad... -dijo ella después de unos minutos de abrazos, caricias y besos, cumpliendo el acertado consejo de la kramita.

- ¿De veras...? ¿Y qué podemos hacer? -preguntó él cavilando-. Si Persty lleva razón y el objeto tiene que ver con nosotros, dejémonos fluir. Tú sabes perfectamente

cómo hacerlo, igual que con las otras puertas y objetos.

- Es que es lo mismo, en este caso, mi deseo y mi intuición -dijo Zenia ensimismada en sus sensaciones.

- ¿Tu deseo?

- Mi deseo de estar contigo.

Ella desprendía tal candidez, que él se conmovió.

- Desde que Persty comentó eso antes -retomó ella-, se me viene la misma imagen a la mente, una y otra vez.

- ¿Cuál?

- La del lago violeta...

- ¿De nuevo allí? -el joven quiso corroborarlo.

- No tiene mucho sentido -reconoció Zenia-. Pero llevamos vividas tantas cosas que no lo tienen...

- ¿Es lo que ves?

- Sí.

No dijeron nada más.

Los dos jóvenes volvieron y, al llegar a la casa, anunciaron que partían hacia el lago.

Banlot se sorprendió ligeramente con la noticia, pero al ver el grado de decisión de ambos, y más el de ella, no vaciló y les dio su bendición:

- Id allí, si aquel es vuestro lugar, y descubrid el objeto. No os inquietéis por nosotros y regresad cuando sea oportuno.

- Gracias, mi amigo -dijo Zenia, y lo abrazó en señal de despedida.



Aparecieron en aquel bello vergel poco antes de que el sol se fuese arrimando al horizonte, y caminaron hasta la cala.

Todo seguía igual: el encanto, el sosiego, la luz embrujadora, los sonidos envolventes...

Volvieron a encontrarse apaciguados, tras la agitación de los dos últimos días. Decidieron pasar la noche nuevamente allí, sobre la arena.

Pero Zenia tuvo un impetuoso deseo de volver a la cueva del shirim, y así se lo comunicó a Brances, que la acompañó por deseo de ella.

Se metieron en las templadas aguas violáceas y cruzaron la cascada.

- Cómo me complacería volver a verlo... -dijo Zenia ojeando la entrada de la cueva.

- Los shirims se presentan cuando ellos deciden -dijo Brances-. Por eso es inútil llamarlos o invocarlos.

- Aparecerá.

Y contempló el rostro del joven... sin miedo, sin titubeos, sin expectativas...

- Quiero sumergirme en el mar de tus ojos... -dijo sin el más mínimo rubor.

Brances, que adoraba a aquella Zenia despierta y vital, se acercó a ella para ofrecerle sus ojos y cuanto ella quisiese.

Durante un rato prolongado se deleitaron con sus miradas... hasta que él la besó y fue como si, al pronto, una coraza se viniese abajo, y un torrente de energía envolvió sus cuerpos, cautivándolos y uniéndolos en perfecta comunión.

Acabaron de desnudarse uno ante el otro para mostrarse tal cual eran, sin máscaras ni disfraces...

Reconocieron sus cuerpos y sus almas, que eran todo uno, integrándose así dentro del paisaje idílico en el que se descubrían el uno al otro.

Como aquella vez, un rayo de arco iris compareció hasta ellos desde detrás de la cortina de agua. En esta oportunidad, incidió sobre ella, que rió al sentir los colores en

su rostro.

Él le tomó la cara con las manos y la besó con pasión y delirio, fundiéndose en un abrazo de cuerpos amantes y amados. Porque amante es el que ama...

Las aves del lugar fingieron ponerse de acuerdo, y arrancaron una sinfonía de voces aflautadas y armónicas que seducían sus cuerpos en un arrebatador y hermoso acto de amor subyugado y enardecido...

Ella dirigió su mirada al fondo de la gruta, al escuchar unos pasos leves, mientras él besaba con ardor sus cabellos, su cuello, sus hombros... y le rozaba y paseaba todo su cuerpo con tiernas, dulces y suaves caricias de buen amor...

Y ahí estaba, contemplándolos con esa delicada mirada turquesa, lo que le desencadenó una emoción íntima que la embargó. Y, con los ojos llenos de lágrimas de turbación, apretó su cuerpo al de él y con amor puro lo amó...



Las tempranas radiaciones del sol naciente atravesaron la cascada desde el lago, sorprendiendo a los amantes abrazados en un sueño insondable compartido...

Abrieron los ojos con la luz, cruzando sus miradas y recordando la noche, extasiados...

Cuando se levantaron, vieron que algo relucía con mucha intensidad detrás de ellos, junto al lugar donde se habían recostado.

Se acercaron y Zenia lo sostuvo en sus manos.

Era algo tan asombroso y admirable para ellos, que no supieron cómo reaccionar.

- Parece un cuerno de cristal -dijo Zenia maravillada-, pero tiene luz propia y un arco iris dentro.

- ¿Quién ha podido dejar algo tan prodigioso? -se preguntó Brances embelesado-. ¿El shirim?

- Sí, él.

- ¿Ha estado aquí?

- Sí, anoche lo vi -dijo la joven-. En varias ocasiones que miré hacia la gruta, allí estaba él, acompañándonos en nuestro amor...

- Es tu objeto, ¿verdad?

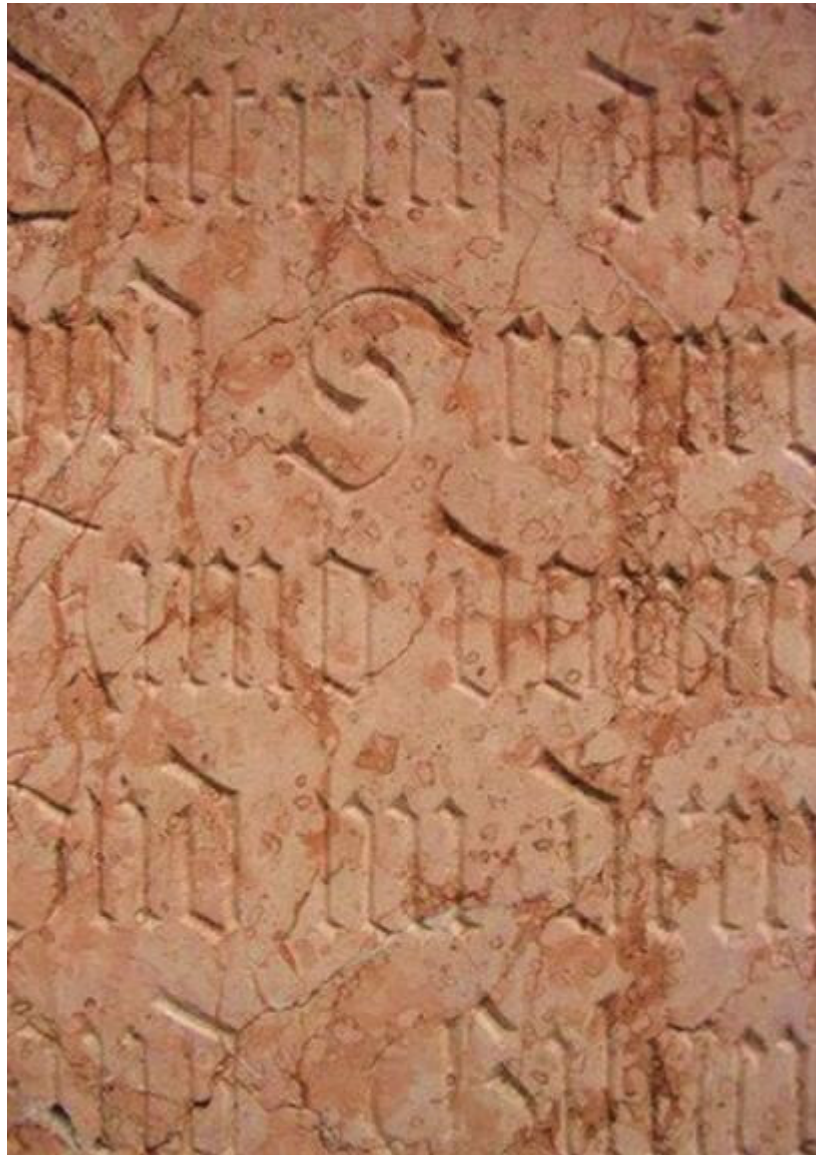
- Sí... fruto del buen amor verdadero.

Él la besó entre sus brazos.

- Volvamos, Brances.

- Sí, amor...

## 12. El Enigma



En los alrededores de la casa se respiraba el aroma de la tierra mojada, y la atmósfera límpida y relumbrante llenaba de majestuosidad el espacio, a pesar de lo arrasado y castigado del lugar.

Todos andaban inmersos en las labores de reparación y reconstrucción cuando los jóvenes reaparecieron, avanzada ya la mañana.

Ninguno pudo ignorar la transfiguración de la pareja, pletórica y rebosante de energía, luz y fuerza. Sus rostros, trascendentes y resplandecientes, portaban una llama penetrante y lúcida en sus miradas que no dejó indiferentes ni a Banlot ni a la familia kramita.

No dijeron nada. Tan sólo mostraron el objeto de cristal, y un regocijo se instaló en el corazón de todos, que ya no se extinguiría.

Se unieron a ellos en la faena, hasta que se presentó el tiempo del almuerzo.

- ¿Y ahora qué...? -preguntó Persty, ya todos entorno a la mesa de la cocina-. Las siete puertas reveladas, los siete objetos escogidos... ¿Qué más te dijeron las shajas?

- Lo siguiente que me corresponde hacer es convocarlas para resolver junto a ellas el enigma -respondió Zenia-. Eso fue lo que me comunicaron.

- ¿El enigma? -repitió la kramita despistada-. ¿Qué enigma?

- No dijeron nada más -comentó la muchacha-. Supongo que me lo aclararán cuando las convoque. Tan sólo que aún no sé muy bien cómo hacer eso...

- ¿Estaremos llegando ya al final? -repuso el joven.

- Así lo deseo, Brances, porque cada día que va transcurriendo estoy más ansiosa por que todo esto tenga un final.

- Y así será, mi pequeña... -Banlot presentaba en el rostro ese gesto característico en él tan profético-. El fin se acerca...

Esas palabras aliviaron una miaja el espíritu fatigado de la joven tras tantas andaduras inciertas e interminables.

- La oscuridad no triunfará, ahora que estamos conexiados por el amor -dijo la joven mirándolos a todos-. Pero antes, habrá que desenmarañar ese enigma, sea cual sea.

- Has abierto siete puertas partiendo casi de la nada -objetó el muchacho-. No será menos con el enigma. En él estará quizá la esencia y conclusión de todo.

Apenas conversaron más a lo largo de la comida; andaban abstraídos y meditabundos. Tantos acontecimientos amortiguaban el entendimiento.

- La tierra y la atmósfera están húmedas -dijo Brances-. ¿Ha llovido esta mañana?

- Sí -respondió el anciano-. Y ayer tarde, como vaticinaste. Al bosque le ha venido estupendo para limpiar sus quemaduras y apaciguarlas. El agua de las lluvias es mucho más que agua...

- ¿En qué piensas, Zenia, con esa mirada de añoranza? -le preguntó la mujer al fijarse en ella.

- En mi aldea -respondió-: sus calles, sus casas de madera, sus gentes... en mi anhelado Bosque de Plata, que confío aún siga intacto... y en mi madre.

El semblante se le tornó con un matiz sombrío al nombrarla.

Su relación con ella desde que se adentró en la adolescencia no dejó de estar salpicada por la rebeldía y el rechazo a sus formas anticuadas y obsoletas.

Siempre fue un espíritu libre y nada encorsetado por las normas y lo establecido.

Pero por su madre, en demasiadas ocasiones, se adaptaba a todo ese entramado artificial y acababa sucumbiendo y convirtiéndose en uno de ellos. La rebeldía era la que la ayudaba a escapar, nuevamente, de ese pozo de las habladurías en el que ella misma ingresaba.

Sin embargo, ahora... Ahora todo aquello se le antojaba tan banal y hasta pueril...

Las profundas y transformadoras vivencias de aquellas últimas semanas le habían hecho percatarse de que no era necesario rebelarse, porque esa rebeldía era, verdaderamente, hacia ella misma, hacia lo que pretendía ser sin serlo. Y eso ya no lo precisaba, porque comenzaba a ser la que era.

Ahora se daba cuenta también de que había sido un poco injusta con su madre, porque en su juego de rebeldía sólo quiso ver la parte de ella que le interesó para ese juego del ego.

Y lo que no le interesó, resultó ser lo más valioso y auténtico de aquella mujer, que tanto se desvivió por ella durante toda su vida.

Haber hablado con Brances sobre la madre de él, también le había hecho apreciar tan sólo el hecho de que Sternia continuase aún en su vida, y el haber llevado con tanto tacto y cariño la desaparición de su padre en aquel doloroso trance.

Los sentimientos se le arremolinaban en el corazón, y ya no veía el momento de volver a verla, abrazarla y transmitirle cuánto la quería.

La vida va sucediendo, y si los bienes y grandes tesoros que poseemos en ella pasan de puntillas, ¿qué vida es ésa que ni nos acordamos de vivirla ni de calarnos hondo, que se presta vacía y tediosa?

Ay, tediosa llegó a creer que era su vida en Larimor, pero tediosa hubiese sido en cualquier otro lugar, porque la huida y ausencia de su ser hubiese ido con ella, como una lapa, allá donde fuere.

Reconoció que este viaje había sido el viaje hacia sí misma, hacia su propio encuentro, hacia el descubrimiento de una mujer que elegía su propio destino y a las personas que formaban parte de él y a las que amaba.

Zenia decidió que, esa misma tarde, se acercaría ella sola al bosquecillo de arces, con la llave y los siete objetos, para ver si lograba ver a las shajas o al menos soñar con ellas.

Llegado ese momento, los demás permanecerían en la casa y condensarían sus energías para que los acontecimientos fluyesen para la joven, en su recta última.

Hasta entonces, proseguirían todos en las tierras trabajando.



- Ahora os une un hilo de luz, inclusive cuando no estáis juntos -le comentó Banlot a Zenia en un momento de la tarde en el que estaban parejos en sus tareas.

- ¿Qué quieres decir? -preguntó ella aun cuando presentía a qué se refería.

- Vuestros destinos se han aproximado desde anoche -respondió él-. Andáis ahora una trayectoria común que, hasta ayer, era cercana pero bífida. Mas, independientes han de ser vuestros pasos.

»Tú, Zenia, te has descubierto a ti misma en tus propias huellas; eso deberá acompañarte para siempre, lleves un rumbo en solitario o andes un mismo rumbo en compañía de otros. Es el arte de caminar hacia dentro y caminar hacia fuera de forma equilibrada, sensata y juiciosa. No desaparezcas jamás de ti misma, ni por la persona más amada en tu corazón.

Creyó entender el significado último de su mensaje y sus consejos. Por eso, no necesitó ni preguntar ni comentar nada sobre aquella exposición.

Siguieron con la recomposición de los terrenos hasta que el sol decidió hacerle una visita a la tierra, y allá se encaminó, ávido y afanoso.

Zenia anunció que había llegado la hora.

Todos abandonaron lo que estaban realizando para acercarse a la casa. Habían trabajado duro durante muchas horas y se habían ganado un merecido descanso en la vivienda kramita.

- Estamos contigo -le dijo Persty a la joven- en cuerpo, mente y corazón.

Banlot sólo necesitó una mirada para comunicarle todo su aprecio y aliento, transmitiéndole fuerza y coraje.

Padre e hijo kramitas la abrazaron brevemente, infundiéndole ánimo y arropamiento.

Brances, con escaso pudor, la besó breve pero enamoradamente.

Cogió sus siete objetos y la llave, y salió al jardín para encaminarse al grupo de arces.

Al llegar, miró hacia arriba a sus anaranjadas y casi desnudas copas.

En ese instante, el viento meció sus pocas hojas, y con ellas vio caer una lluvia de sámaras aladas que giraban sobre sí mismas, difuminando las semillas de aquellos árboles de resistente madera.

Las shajas le daban la bienvenida...

Eligió uno de estos árboles de porte alto y firme, y colocó ante él, sobre la suave tierra, cada uno de los objetos, dibujando un círculo en cuyo interior colocó la llave.

Se sentó bajo aquel ejemplar, apoyando su espalda contra la corteza lisa y gris que vestía su tronco. Y esperó...

El sol, ya mimoso, quiso acurrucarse sobre el horizonte buscando los suaves y acogedores abrazos de la tierra y la noche vespertina.

La luz dorada y semiumbría que respiraba bajo los arces estaba temperando a la joven, que se sumía en un sopor inevitable contra el que luchaba inútilmente. Quería estar despabilada y vigilante a todo cuanto acaeciese a su alrededor, pero el adormecimiento la iba venciendo.

Optó por no resistirse, así que se dejó llevar por los vaivenes aterciopelados de su mente...

Apareció, clara y luminosa: su rostro sonriente saludaba a una Zenia ahora lúcida que, no obstante, sabía que soñaba...

Una pequeña shaja se mostraba ante su rostro, suspendida por un imperceptible aleteo de espuma cristalina.

«Gracias, nuestra apreciada dama», susurró con su voz musical, «has traspasado nuestras expectativas más allá de lo esperado, pues aun teniendo conciencia de que la oscuridad te sorprendería en el camino, la has sorteado exitosamente en cada oportunidad, con la ayuda de tus acompañantes, en esta travesía que alcanzó a tornarse sombría y peligrosa».

Zenia inclinó tenuemente la cabeza, en un gesto de noble agradecimiento por sus palabras.

«Has manifestado tu valentía», continuó, «así como tu evolución, juicio y conocimiento, imprescindibles en esta prueba del destino. Confiamos en ti, y no sólo no nos has defraudado sino que has vuelto a desarrollar y conectar con esa trascendente y sabia fuerza e intuición que albergaba tu ser.

»Cada paso inmediato y diestro de la oscuridad no lograba doblegarte ni amilanarte, saliendo airosa de cada incertidumbre, de cada barrera, de cada vacío...».

A la joven le resonaron aquellas palabras en la cabeza: *has vuelto a desarrollar y conectar...* Acaso recordase, de forma sutil y por un fugaz instante, algo muy familiar para ella, pero no conseguía reconstruir nada nítido en su mente.

«Vienes aquí a ofrendarnos los siete objetos», prosiguió el ser alado, «tal como te solicitamos y tú, honesta y fielmente, aceptaste. Desentrañaste el significado mágico de nuestra llave, puesto que mágico es siempre el amor, que abre todas las puertas de la



vida...».

Zenia miró abajo a la tierra, donde estaban dispuestos los siete objetos más la llave, y se dio cuenta de que todos, ahora, centelleaban con una luz brillante y argétea.

«Sabes bien del abismo de los tentáculos de la oscuridad, puesto que los has sufrido en carne propia. Conoces el alcance de la gravedad del estado de nuestros bosques, muchos de ellos arrasados por la avaricia y la codicia de la oscuridad y sus secuaces».

La shaja había menguado su sonrisa durante las últimas frases, y así prosiguió.

«Has podido contener, en diversas y oportunas situaciones, los zarpazos de la oscuridad. Pero habrás podido constatar, así mismo, que con ello sólo conseguías retrasar su tenebrosa y pérfida labor de propagación del caos, la separación y la duda; ya no estamos a salvo en ningún rincón».

A Zenia se le helaba el corazón al escuchar lo que ya sabía, y la impotencia que sentía le constreñía el alma toda.

«Pero aún hay esperanza...», parecía responder a los sombríos sentimientos de la joven. «La esperanza es la luz que guía siempre nuestras pisadas en la insondable noche negra, antes del amanecer. Este planeta verde y azul nos ha sido obsequiado para nuestro deleite, no para su saqueo y nuestra perdición. Es por eso que somos nosotros mismos los que podemos salvarlo: nosotras, como representantes de los bosques y de todos los seres que los habitan, y tú, como representante de la bondad y hermandad que aún anidan, empañadas, en el corazón de los seres humanos».

La muchacha quiso ver un rayo de aquella luz esperanzadora de la que hablaba su amiga shaja.

«¿Y cómo podremos llegar a hacer nosotras tal cosa?», se atrevió a preguntar la joven.

«No dudes ahora de tu poder, porque todo está en ti: la oscuridad... y la fortaleza y el coraje para combatirla».

Los ánimos de la joven iban templándose, pero seguía sin comprender hacia dónde debía dirigir sus pasos. Después de todo lo transitado, ¿qué más se podía hacer?

«Te hablamos de un enigma que habrías de resolver junto a nosotras», la shaja, finalmente, precisó.

«¿Cuál es ese enigma?», interrogó Zenia, puntualizando también.

Y la shaja habló en una lengua ajena, pero conocida para la joven. Estaba casi segura de que era kram, aunque sólo entendió alguna palabra aislada: río, sol, piedra, luz...

¿Por qué le hablaba en un idioma que no comprendía? ¿Y cómo podría, además, retener lo que no entendía?

Y despertó.

Qué extraño todo... Miró a su alrededor para procurar descifrar algo de lo ocurrido en el sueño, pero todo seguía igual que antes de dormirse.

Los objetos se mantenían en la misma posición en la que los dejó. Los recogió y, con paciencia, volvió a hacer acopio de su confianza y regresó a la casa.



- ¿Y bien...? -preguntó Persty en cuanto la joven entró por la cocina.

- No mucho -contestó pensativa la muchacha.

Les narró lo sucedido, y cómo había despertado antes de conocer el enigma.

- Bueno, no es tan raro -comentó Brances-. Un enigma se caracteriza por desconocer su significado: ése es el reto.

- ¿Por qué te lo transmitiría en nuestra lengua, aun sabiendo seguramente que tú apenas la conoces? -se preguntó la kramita.

- Vuestra lengua es una de las más sonoras y mántricas que existen -dijo el anciano acariciando su barba de plata.

- ¿Qué quiere decir eso, Banlot? -preguntó la joven.

- Los mantrams son palabras de poder... -dijo con excelencia y profundidad el hombre-. Cada palabra tiene su vibración particular, pero algunas poseen una vibración trascendental que puede llegar a inducir poderes en acción y hasta activar las funciones de la naturaleza. Es el poder del sonido como fuerza espiritual y creadora.

- ¿Y el kram posee esas cualidades? -preguntó Zenia boquiabierta y orgullosa de conocer algunas de sus palabras.

- Tiene cierta sonoridad muy particular, y algunas palabras son utilizadas con ese poder, sí -respondió Banlot, conocedor somero de la lengua.

- A veces, para conectar con los animales, con las plantas o incluso con los fenómenos atmosféricos -repuso Persty-, utilizamos ciertas palabras usuales pero que entonamos enfocando la atención...

- La lengua kramita es la más cercana a los sonidos de la naturaleza -informó el anciano- por ser utilizada por una comunidad de seres amantes de ésta y muy cercanos al bosque y sus pobladores.

- Entonces -intervino Brances-, ya sabemos por qué la shaja habló a Zenia en kram: el enigma original está en ese idioma. Pero seguimos sin conocer la mayoría de sus palabras; menos aún su significado.

Todos quedaron callados: llevaba razón.

Vrajant, que al igual que su hijo Alard, estaba siendo eficaz y convenientemente informado de la conversación a través de Persty, llevaba un buen rato circunspecto, tratando de esclarecer algo.

Habló unas frases con la mujer, y ésta dijo:

- Vrajant recuerda que, en su infancia, los más ancianos hablaban de un lugar que ninguno había llegado a conocer nunca. Dice que las pocas palabras traducidas por ti, Zenia, formaban parte de la descripción que hacían de él. Son palabras ordinarias, pero sobre todo una de ellas es lo que ha hecho recordarle aquel sitio. Siempre tuvo el anhelo íntimo de descubrirlo y conocerlo.

- ¿Qué palabra? -quiso saber la muchacha.

- *Piedra* -contestó el mismo Vrajant.

- ¿Y por qué esa palabra le ha evocado aquel sitio? -indagó el joven-. ¿Hay allí alguna piedra en particular?

- En efecto -confirmó Persty-. En aquel lugar hay una gran piedra sagrada y venerada por nuestros ancestros, donde está grabada una inscripción en nuestro idioma.

- ¿Podría ser el enigma? -se aventuró inquieto el joven.

- Podría ser... -propuso Banlot mirando de reojo a la muchacha.

Zenia había estado atendiendo muy atentamente la conversación última. Intentaba, como otras veces, ahuecar su mente de activos pensamientos que enturbiaban su intuición y conexión con su propio interior, donde siempre acababa encontrando respuesta a cada incógnita del camino.

- Es evidente que lo es... -dijo casi sin pensarlo.

Todos la miraron asombrados, no ya por sus palabras, sino por la certidumbre y seguridad con las que se expresaba en momentos así.

- ¿Y cómo daremos con ese sitio? -se adelantó Brances, siempre tan práctico y resolutivo.

- Hay un río -dijo la kramita sin mucha convicción-. Es lo único que tenemos.

Zenia seguía a la búsqueda de una respuesta, mientras Banlot también seguía observándola y confiando.

- Tú lo sabes, ¿verdad, Banlot? -le preguntó de improviso la muchacha.

El anciano le dijo sonriendo:

- No he venido a resolver enigmas, sino a acompañarte: a compartir mi tiempo y mi espacio contigo...

La joven volvió a su proceso interno.

Miró a Vrajant, que a su vez la miraba con sus ojos profundos, y le dijo:

- Has de hallarlo tú.

El hombre afirmó con la cabeza, puesto que no precisó traducción para discernir lo que la joven le transmitió.

Conversó con la mujer, y ésta tradujo:

- Sabe de un llano, no excesivamente distante de aquí, que no ha vuelto a pisar desde que era niño, pero al que cree que sabrá llegar. Recuerda haber ido a aquel lugar con los mayores. Fue allí donde escuchó hablar del sitio sagrado, al que ninguno pudo acceder a pesar de encontrarse bastante próximo.

- Pues no perdamos tiempo -propuso Brances-. Cada día que pasa, más zonas boscosas desaparecen por la oscuridad. Mañana por la mañana nos dirigiremos allí.

- No se hable más, entonces -dijo la kramita-. A cenar ahora mismo, que mis tripas ya no dan más de sí sin probar bocado.

Partirían muy temprano, para emplear bien la mañana, así que se recogieron pronto a dormir, deseosos de culminar con éxito esta última fase, y con ella, toda la aventura de los bosques...



Al día siguiente, con los albores, se encaminaron hacia el norte, en una dirección que no habían tomado en días anteriores. De ahí que desconociesen aquel paisaje, a excepción de los kramitas que, de tanto en tanto, solían alargarse un trecho por allí para recolectar ciertos tipos de verduras silvestres y tubérculos que crecían sólo en aquel emplazamiento.

Pero se aventuraron más allá -cuando podía ya contemplarse el sol redondo y anaranjado, en su determinación de acompañarlos todo el viaje-, adentrándose en terrenos que, de aquella compañía, sólo apenas conocía el cabeza de familia kramita.

Atravesaron un bosquecillo de almeces y abedules, y salieron a un dilatado y hundido valle en cuyo lecho serpenteaba una corriente de agua sonora y decidida.

- ¿Es el mismo río que discurre por las proximidades de vuestra casa? -preguntó Brances a la kramita.

- Supongo que sí, aunque por aquí corre más veloz y caudaloso -contestó Persty.

Bajaron al lecho, y siguieron transitando por la orilla izquierda buena parte del trayecto, a los pies de las laderas del valle, repletas de abetos y pinos silvestres.

Por último, llegaron a una espaciosa explanada con medianas piedras diseminadas aquí y allá.

- Éste es el llano donde estuvo Vrajant cuando niño -comentó Persty después de hablar con él-. Desde aquí, el lugar de la piedra sagrada no está lejos, pero nadie ha sido capaz de localizarlo en muchísimos lustros.

- Aparentemente, estamos como al principio: sin saber adónde dirigirnos -repuso Brances al ver la escasa consistencia de las últimas operaciones que estaban emprendiendo.

- Tú lo has dicho, Brances -le dijo Zenia-: *aparentemente*. Las apariencias pueden ser fieles espejos de la realidad, o bien mostrar una imagen que se distorsiona en nuestra mente, creando falsedades que han llegado a cambiar incluso el curso de los acontecimientos de la historia de los hombres.

Si Brances quedó perplejo con el comentario de la joven, más aún lo hizo Banlot, que sonreía complacido.

- Nunca estamos como al principio -añadió-, máxime si hemos recorrido antes un sendero que nos acerca a nuestro destino, aunque desconozcamos dónde se alberga éste.

Al hablarle así, el joven cayó en la cuenta de que, desde que compartía nuevamente camino con los amigos de ella -sobre todo con Banlot-, se sentía desplazado y difícilmente partícipe ya de la aventura de la muchacha. Sus propias palabras e intervenciones eran, en ocasiones, maneras de disimular ese sentimiento de aislamiento en el que se había sumido desde el día anterior.

Tomó la resolución, así pues, de no disimular más y callar si nada tenía que decir. Pero, ante todo, permanecería junto a ella, disponible para lo que fuese menester y cuando se le requiriese.

Así que, aunque hubiese querido preguntar qué hacer, se contuvo y esperó a que los acontecimientos siguiesen su curso.

Se sentaron en las piedras, aprovechando para hacer un paréntesis, mientras el sol se enorgullecía de alzarse surcando el cielo frío del asentado otoño. En aquella pradera, el viento soplaba helado.

No se prodigaba mucho la inspiración, ya que todos se mantenían muy callados, inmersos en sus quehaceres mentales.

- El sitio debe ser similar a éste -Zenia pensaba en alto- y con una roca como éstas, o quizá mayor, con la inscripción. Persty, pregúntale a Vrajant si conoce otros lugares cercanos parecidos a éste.

Al poco, la kramita respondió:

- No lo recuerda bien. Cree que sólo vio éste, pero es muy probable que la zona tenga más formaciones rocosas, característica de este paisaje geológico.

Zenia creía encontrarse en un callejón sin salida. La mujer, al percatarse por el gesto ceñudo de la joven, le dijo resueltamente:

- No, mi niña, no te obceques. Todo es más simple: habla con tus nuevos amigos.

Así era, y la joven volvía a ver una puerta cerrada donde varias ventanas se abrían de par en par.

Se fue relajando, a medida que iba integrándose en la energía del espacio que la rodeaba.

Cerró los ojos y acabó de calmarse, que desear algo con demasiada intensidad es el peor freno para su consecución...

Cuando volvió a abrirlos, vio un verde y lozano acebo frente a ella, en el linde opuesto de la planicie, que la llamaba poderosamente.

- ¿Qué sabes del acebo, Brances? -preguntó.

El joven no esperaba esa pregunta, pero menos todavía que se dirigiese a él.

- ¿El acebo? -el muchacho llevó su mirada al lugar donde se dirigían los ojos de la joven-. El siempre perenne acebo es un árbol sagrado que representa la inmortalidad. Sus hojas, eternamente lustrosas, verdosas y brillantes, combaten la tristeza de las largas noches del invierno, en el que la mayoría de los árboles se han desnudado de sus hojas. Protege de las influencias malignas, resistiendo ante el paso de las estaciones, inmune a la muerte del invierno caduco.

- ¿Son guardianes de la vida? -preguntó la joven.

- Así es, mi dama... -contestó Brances contemplándola.

Zenia respondió a su mirada y, durante unos segundos, volvió a discurrir entre ellos la potente corriente de vibración del día anterior. Ello la impulsó, completamente decidida, a acercarse al arbolito y hablarle con seguridad y respeto:

- Dime, sagrado guardián, ¿dónde se ubica la piedra del enigma?

Zenia no imaginaba de qué forma podría darle respuesta, puesto que las hojas del acebo, duras y espinosas en su parte baja, no podrían agitarse por efecto del viento, que en aquellos instantes, además, se ausentaba.

Un alcaudón real gris perla, blanco nevoso y negro azabachado cantó en el extremo alto de la copa del árbol, y elevó el vuelo en dirección recta, alejándose de allí.

- ¡Es aquella dirección! -les dijo a sus compañeros la joven-. El ave nos lo ha indicado.

Ninguno puso objeción, porque confiaban en ella. Por otro lado, tampoco disponían de alternativa alguna.

Banlot, que en todo momento se había mantenido al margen, no pasó por alto, no obstante, cada uno de los quehaceres de la joven.

Reanudaron la marcha, buscando por la orilla del río algún tramo que les facilitase atravesarlo, ya que el pájaro cruzó el río rumbo a la otra orilla.

- Ahora comprendo la dificultad para llegar al sitio -repuso Persty cuando comprobaron el peligro que entrañaba cruzar el río-. Desde aquí no se divisa, ni río arriba ni río abajo, trecho alguno que no contenga estas aguas inquietas y peligrosas.

Otro escollo en el camino: las aguas corrían vertiginosas y entre rocas, cauce abajo.

Zenia y Banlot se miraron, recordando el fatídico día de su forzada separación, en el que un torrente mucho mayor los llevó por delante.

Mientras indagaban cómo hacer para pasar al otro lado, el joven Alard abrió su holgado zurrón y sacó de él una soga de grueso esparto. Cuando la fue desenrollando, todos lo miraron impresionados por el temple que manejaba en aquella situación.

Su padre le comentó algo, y conversaron durante unos minutos. La kramita explicó:

- Alard, este hijo que tenemos tan aventurero, al parecer está familiarizado en cruzar ríos así, y hasta riadas como la vuestra si hiciese falta... -movió la cabeza en un gesto negativo-. Cualquiera día nos da un disgusto; la providencia no lo quiera...

Con una destreza fabulosa, el joven kramita lanzó con fuerza e ímpetu la cuerda por encima del cauce, quedando felizmente enganchado el pulpo de hierro asido en su extremo a un árbol pegado a la otra orilla.

Amarraron a conciencia el otro extremo a otro grueso árbol junto a ellos, y el joven comenzó a cruzar colgado del sólido y resistente cordel. Tras algún momento de tensión, en el que se le escurrieron los pies en las aguas por vencimiento de la cuerda, puso pie en la otra orilla.

Todos aplaudieron dichosos.

Desde allí, tensó mejor la cuerda, afianzando el artilugio de hierro. Y lanzó el extremo de otro cordel, de tal manera que cuando fuesen pasando, lo llevarían atado a la cintura, por si en nefasta coyuntura se soltasen del primer cordel. Así, las aguas no los tragarían río abajo y podrían tirar de ellos y rescatarlos.

Así pues, comenzaron a traspasar el ancho cauce: primero Persty y Zenia; tras ellas, el kramita, Banlot y, por último, Brances.

Dejaron la cuerda clavada para cuando retornasen y entrecruzasen nuevamente el río.

Continuaron el trayecto trazando una diagonal muy cercana, casi paralela, al discurrir del torrente, según el vuelo del alcaudón guía.

El penetrante aroma de los pinos que atravesaban les infundía una vitalidad y empuje que los reconfortaba, ante la incertidumbre de cada paso que daban...



Tras una hora más de camino, otearon un claro en el margen izquierdo de la ruta que llevaban.

Al acercarse, Zenia se quedó boquiabierta al ver que se trataba de otro prado, salpicado de enormes piedras dispuestas de igual forma a aquellas que Banlot y ella encontraron, antes de su ensoñación con el hermano del firmamento y de la caída del rayo.

Estaba dispuesto en el centro, como en aquella otra situación, un ara de piedra.

Buscaron, inquietos, alguna inscripción grabada en cualquiera de aquellas rocas enormes. Todas eran graníticas y rugosas, pero ninguna mostraba la más mínima hendidura inteligible.

Zenia se acercó a la mesa pétrea central, y allí vio algo...

- Está grabado en el altar -dijo.

Los demás se acercaron de inmediato.

- Traduce, Persty, por favor... -pidió la joven con emoción.

Los tres kramitas se colocaron mirando al norte geográfico, de tal forma que leían el rectángulo de piedra a la perfección, desde una de sus bases menores.

- Es kram, pero bastante arcaico... -comentó inicialmente la mujer-. El texto es el siguiente:

*«El río discurre, aguas abajo, hasta llegar al sol. No frenes su discurrir, que si lo haces, te desbordará. El río va arrastrando las piedras del camino, erosionándolas. Todos los ríos alcanzan la mar...»*

Zenia apuntaba cada palabra, para poder analizarlo y estudiarlo todo después.

Ya lo tenían, así que sólo les restaba regresar, puesto que poco hacían ya por aquellas tierras. Pero antes, Vrajant instó a todos al recogimiento en aquel lugar, sagrado para ellos y sus ancestros.

Se silenciaron todos, lo que les hizo percatarse del impresionante peso del lugar. Notaron cómo sus mentes eran inundadas por una potentísima energía que no dejaba cabida a pensamiento alguno.

En medio de aquel imponente silencio, Vrajant entonó unas palabras que, según comentó luego Persty, eran una especie de oración de agradecimiento.

Al terminar, aún silenciosos, se alejaron del lugar, retornando entre los abetos y los pinos...



Cuando llegaron al cruce del río, cuán grande fue su estupor al ver que la cuerda había sido cortada y el enganche del árbol sacado de éste y destrozado.

- Pero, ¿quién ha podido hacer algo así? ¿Y para qué? -se preguntó la kramita llevándose las manos a la cabeza-. No ha sido para utilizar la cuerda, porque está aquí toda rota.

Banlot, que hasta entonces había permanecido muy callado, habló:

- Estad alerta, amigos. Nuestra insensatez en un momento tan delicado nos ha pasado factura. Hemos de ser muy cautos, que oscuras intenciones andan al acecho...

- Estamos más próximos que nunca del final -interpuso Zenia-. Y, así mismo, tendremos más oposición que nunca para conseguirlo...

Un viento gélido les recorrió a todos la espalda, y miraron asustados a cada rincón, en busca de sombras...

- El miedo tampoco es buen compañero de viaje cuando ronda la noche del alma... -añadió el anciano mirando a la joven.

Desolados, cavilaron la manera de acometer el cruce del río.

Alard aún conservaba el segundo cordel, pero no tenía enganche, así que no habría manera de cruzarlo por el cauce. Aparte, atravesar con tan sólo una cuerda y sin la más mínima sujeción de seguridad, multiplicaba considerablemente el riesgo.

Después de admitir que no había forma alguna, razonablemente segura, de atravesar tan movido y grueso río, se concentraron en la única posibilidad que tenían, y en último término decidieron utilizar los escasos medios que les quedaban.

Ataron con consistencia una piedra a uno de los extremos de la soga. El muchacho kramita, con la destreza que lo determinaba, lanzó la piedra, procurando engancharla

entre las ramas de un fuerte abeto que eligieron entre los más cercanos de la orilla contraria.

Al tercer intento, se asió fuertemente.

El primero en cruzar para constatar la resistencia de la cuerda fue el joven kramita, que avistó la otra orilla sin mayor complicación.

A continuación, la mujer kramita -siempre la más temerosa-, consiguió arribar, no sin gritos y sustos.

Cuando le tocó el turno a Zenia, se colgó con valentía del cordel, avanzando poco a poco.

Banlot no le quitaba ojo, a medida que atravesaba por encima del lecho. No presentía nada bueno...

Un ruido sordo se escuchó en lo alto de la ladera en la que aún se encontraban los tres hombres. Al dirigir todos la mirada a la cima derecha, el ruido se fue transformando en un rugido, y vieron aterrados cómo un tropel de grandes rocas se abría paso entre árboles, tierra y piedras, a los que arrastraba con ellas a su paso.

- ¡Apresuraos y corred hacia arriba del río! ¡Rápido! -les gritó el anciano a Brances y a Vrajant.

Y mirando hacia el otro margen, añadió voceando:

- ¡Y vosotros dos, alejaos cuanto podáis de vuestra orilla!

Todos salieron corriendo precipitadamente en las direcciones que les aconsejó el hombre.

Todos... excepto Brances.

Éste, antes de que tan siquiera hubiese reaccionado nadie a los gritos de Banlot, ya se había abalanzado hacia la cuerda, avanzando por ella a una velocidad desenfrenada y acercándose a toda marcha a la muchacha, que colgaba en mitad del furioso río, bloqueada y sin acertar a dónde ir.

- Pero, ¿qué haces, imprudente? ¿Estás loco o qué...? -bramó el anciano.

Quiso ir tras él, pero temió que el cordel no pudiese aguantarlos a los tres y la tragedia fuese segura.

Mientras tanto, la avalancha de piedras, despojos de árboles y tierra había recorrido gran parte de la ladera oriental y estaba tan sólo a unos metros en dirección al río.

Banlot, en su desesperación y ante la fatal idea de morir los tres sepultados, tuvo que optar por aquello a lo que se había negado rotundamente a hacer hasta ahora si no era en verdad apremiante e inapelable, como estaba siendo el caso en aquella tremenda situación.

Con el largo báculo de madera de cerezo en su mano izquierda -con el que solía andar los caminos-, dio un golpe en el suelo, y con una voz bronca que retumbó en todo el valle, habló en un idioma extraño lleno de sonidos oclusivos y opacos. Lo hizo mirando fijamente las rocas y levantando con firmeza la palma de la mano derecha hacia ellas.

Las rocas, milagrosamente, siguieron su desplazamiento hacia abajo del monte pero a una velocidad aminorada, y algunas hasta quedaron paradas por el camino. Por último, las que faltaban por detenerse acabaron rodando incluso hasta la orilla, pero frenando suavemente al caer sobre los guijarros.

Se dio media vuelta para ver cómo se encontraba la pareja. Brances tenía agarrada ya a la joven, que intentaba proseguir avanzando por la cuerda.

Y todo sucedió en apenas un segundo...

Ambos cayeron al agua junto con la cuerda, que se aflojó y cayó con ellos...

Zenia gritó al caer, justo en el instante en el que vio que, en la orilla a la que se dirigían, de pie y con los brazos en jarra, le sonreía con mirada despiadada e implacable el mismísimo Mentur...

El río empujó a toda velocidad a los jóvenes, llevándoselos por delante río abajo,

mientras Banlot, impotente, los veía desaparecer...

- No, de nuevo no... -murmuró desesperado.

Miró enfrente, y allí se percató él de la presencia de Mentur, al otro lado del río.

- ¡Maldito...! -vociferó el anciano al hombre, que persistía en su sonrisa maliciosa-.  
¡No lo conseguiréis! ¡Su poder es mayor que el vuestro...!

Lo amenazaba con su báculo. El hombre se giró y desapareció entre los árboles.

Banlot se sentó en uno de los peñascos que habían caído en la orilla, y se cubrió el rostro con las manos...

La oscuridad, traicionera y persistente, había ganado la partida...



Vrajant... extraviado. Persty y Alard... al otro lado del ya infranqueable río, si es que habían permanecido juntos. Y Zenia y Brances... desaparecidos, en el mejor de los casos, porque en el peor...

- Banlot -le pareció escuchar una voz, pero estaba tan hundido en sus apesadumbrados y abatidos pensamientos, que creyó haberlo imaginado.

- Banlot, *valah shustrasim aum hanter chis prustum*.

Alzó la mirada, y allí vio a Vrajant. Se levantó y fue a abrazarlo...

Se preguntaron qué podrían hacer en tan estremecedora tesitura: ir en busca de los jóvenes río abajo, o ver la manera de atravesar el cauce e ir tras los otros dos kramitas para aunar fuerzas en la búsqueda de los muchachos.

Se inclinaron por la segunda opción, cuando vieron aparecer frente a ellos y al otro lado del río, justamente a los dos kramitas.

Madre e hijo les sonrieron.

- ¡Gracias al cielo que estáis a salvo! -gritó la mujer-. ¿Y los chicos? ¿Dónde están?  
El grave semblante de Banlot la angustió.

- Cayeron río abajo -respondió el hombre.

- ¡Oh, no...! -la kramita se tapó la cara en un gesto de amargura.

Alard la abrazó para consolarla.

- ¿Los arrastraron las piedras? -Persty temió lo más fatídico.

- No, las piedras no llegaron al río -contestó el anciano alzando la voz para que le oyese-. Cortaron la cuerda y cayeron.

- Pero, ¿quién ha podido cometer esa crueldad?

- Con toda certeza fue Mentur, porque se encontraba justo en aquel momento en esa orilla -le dijo el anciano señalando donde estaban ellos dos.

- ¿Cómo sabes que era él? -se extrañó la mujer-. Tú no lo conocías.

- Sí, sí llegué a conocerlo cuando estuve en Vrendor -respondió Banlot de lejos-. No quise comentárselo a Zenia para que no se preocupase. Cuando vi la primera cuerda cortada, imaginé que deambulaba por aquí.

- Ay, mi niña, ¿qué habrá sido de ella? -sollozó la kramita.

- Si te sirve de alivio, mujer -le dijo el anciano-, cuando caían e iban río abajo con la corriente, Brances no la soltó, resguardándola con su cuerpo.

- Ese muchacho se ha convertido en su segundo ángel protector cuando tú te ausentas, Banlot.

- Sin duda...

Puesto que no veían la manera de cruzar el río hacia un lado u otro, sólo se les ocurrió caminar cauce abajo en busca de los jóvenes, cada uno desde su orilla.

Todo el primer trecho permitía seguirse sin problema con la vista, de uno a otro margen, puesto que los lindes bajos de ambas laderas no eran muy frondosos.

Fueron bajando ágilmente por los dos bordes del río, mientras de tanto en tanto iban llamando a los muchachos.



Pasó largo y fatigoso rato... y nada.

Hicieron un breve paréntesis para comer algo y reponer fuerzas, y continuaron el rastreo.

El río seguía bajando con el mismo estruendo y exaltación que en la parte alta.

Por otro lado, los kramitas y el anciano sabían que, cuanto más se dejasen caer corriente abajo, más se distanciarían del hogar kramita, y apenas si venían preparados para alejarse poco más de unas horas.

Y así pasó alguna más, hasta que el torrente se fue tornando más calmo y liviano.

Banlot y Vrajant se atrevieron a cruzarlo por este nuevo tramo, donde el agua casi les cubría, pero la corriente era lo suficientemente manejable como para poder evitarla y nadar hasta la otra orilla. Allí, Persty y Alard los recibieron con gran alborozo, abrazándolos.

Encendieron una rápida hoguera para poder secar en todo lo posible las ropas mojadas del anciano y el kramita, antes de regresar.

- Pero no podemos dejarlos aquí, Banlot -lloró la mujer.

- Escúchame, Persty -le dijo Banlot, con expresión muy grave y mirándola a los ojos-. Aquí no podemos hacer hoy mucho más. Las aguas están bastante más reposadas, así que si siguen vivos y han llegado hasta aquí, hace tiempo que ya no se encuentran en el río. Y si perecieron o perdieron el conocimiento, pueden encontrarse incluso mucho más abajo, y no venimos preparados para pernoctar por aquí al ras, que las noches se adentran ya en el otoño húmedo y ventoso.

La mujer bajó los ojos, entristecida.

- El sol no tardará en ocultarse -continuó explicándole-, así que deberíamos apresurarnos en volver, descansar y organizarnos para volver aquí mañana si no hay ninguna novedad, y continuar descendiendo por el cauce hasta que demos con ellos o hasta que el río amaine más aún y comprobemos que no han podido ir más abajo. Si seguimos sin localizarlos, volveremos a subir pero adentrándonos por los lindes a cada lado. Y además traeremos, amén de otras cosas, instrumentaria especializada y segura para cruzar el río cuantas veces haga falta.

A Persty le costaba sobremanera aceptar la idea de esperar hasta el día siguiente para seguir con la búsqueda.

- Y si andan por aquí, ¿cómo van a poder pasar ellos la noche? -preguntó compungida.

- Por lo que he podido constatar -contestó Banlot con convicción y confianza-, Brances es un joven de amplios recursos y enorme valor, y está familiarizado con el bosque y sus secretos. Y bien sabes ya que nuestra querida amiga posee el don de comunicarse con los habitantes del bosque. No estará sola, te lo aseguro.

- Pero, ¿y si no han salido del río? ¿Y si... ellos... han... -cada vez estaba más acongojada.

- ... muerto? -el anciano acabó la frase con la nefasta palabra que la mujer no quiso ni pronunciar-. No puedo demostrártelo, mi buena amiga, pero sé con toda certidumbre que ella respira ahora mismo como tú y como yo.

- ¿Cómo puedes estar tan seguro? -dijo la kramita casi reprendiéndolo.

- Todos estamos conectados por finas corrientes de energía -empezó a ilustrarle el hombre-. Y las vibraciones de las partículas que nos conforman pueden viajar en el tiempo e incluso aventurarse en ir más allá de él, puesto que el tiempo y el espacio no existen sino en nuestra mente, como recreaciones. Podemos comunicarnos, Persty, estemos donde estemos; podemos percibirnos, si sabemos focalizarnos. Y yo la siento aquí, viva...

El anciano se tocó el pecho con la mano, y miró a la kramita con una honestidad tal, que la mujer esbozó una sonrisa, persuadida por sus palabras, y aún más, deseosa de que no fuesen erradas.

Apagaron el fuego y retornaron apresuradamente, ya que el crepúsculo, y la noche con él, les pisaban los talones a sus espaldas.

El recorrido final del camino de vuelta se hizo bastante arduo y penoso, puesto que la noche se les echó encima, densa y oscura, sin el más mínimo asomo de la menguante luna; y desconocían aquellas tierras. Persty comprendió los prudentes y juiciosos razonamientos del viejo, perdidos en aquel lugar remoto e inhóspito, si se hubiesen quedado a hacer noche.

Gracias a su tesón, consiguieron entrar en territorio familiar para los kramitas, cuya visión en la oscuridad era tan audaz como la del rápido y regordete mochuelo, así que pudieron moverse como pez en el agua hasta regresar al anhelado hogar kramita.

En cuanto llegaron, encendieron el fuego de la gran chimenea del salón para entrar todos en calor, pues tenían el cuerpo casi entumecido.

Persty se dirigió luego a la cocina para preparar una copiosa y fortalecedora cena.

Banlot fue junto a ella para ayudarla y no dejarla sola.

- ¿Por qué? ¿Por qué la han elegido a ella? -preguntó la mujer sin entender-. Una sencilla e inocente chiquilla que apenas sabía de la vida y que no estaba ni preparada ni se merecía nada de esto.

- La vida, mi querida kramita -le contestó el anciano cariñosamente-, nunca te pondrá pruebas ni situaciones para las que no estés capacitado. Puede llevarte, todo lo más, al límite, pero siempre disponemos de los recursos necesarios para salir airosos de cualquier aprendizaje de vida. No lo dudes, Persty, ella es la elegida.

Permanecieron en silencio el resto del tiempo y casi durante toda la cena, en la que ninguno pudo apartar de la mente la triste y trágica suerte de la pareja.

Tras agenciar todo lo necesario para la gran batida del día siguiente, se acostaron pronto porque los ánimos estaban demasiado debilitados.

Pero ninguno pudo apenas dormir. Y cuando lo hacían, las pesadillas aparecían llenas de rocas derrumbándose o ríos rugiendo bajo sus pies...

## 13. Las Puertas de la Vida



**D**os cuerpos yacían en la orilla, inertes, cuando el frío crujiente y cortante del ocaso se abrió paso entre las altivas coníferas hasta llegar al lecho del río.

El aire acarició el rostro de ella... y despertó.

¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había llegado hasta allí?

Comenzó a incorporarse, vio el río, y su cuerpo dolorido le hizo reaccionar... y recordar.

Las aguas truculentas, la sonrisa de Mentur, la corriente desenfrenada del río, las inmersiones en el agua... y Brances.

Acabó de levantarse, rauda como un rayo, y buscó al muchacho con la mirada. Allí lejos... allí había algo.

Se acercó corriendo precipitadamente. Era él, boca abajo, y quieto como un frío peñasco.

Quiso imaginar que ocurriría como aquella vez, cuando él también la protegió al caer aquel gran árbol en las tierras del viejo Jermy, usurpadas por el maléfico Mentur.

En tal caso, él estaría vivo...

Le dio la vuelta con cuidado y vio su rostro lívido, extrañamente inmóvil.

El corazón de la joven empezó a latirle con fuerza, y el miedo le atenazó la razón. Se quedó impávida, sin saber cómo reaccionar. Su intuición, ésa que ya laboraba tan bien, le decía que algo andaba mal, muy mal...

Sacó fuerzas de flaqueza y se enfrentó a la verdad, fuese la que fuese. Hizo como entonces, en el bosque, y se apoyó en su pecho para escucharle el corazón.

No, no era posible...

Tomó su muñeca, tocó su cuello... Buscó por cualquier fragmento de su cuerpo algún latido, alguna actividad, algún asomo de vida.

Debía estar allí, en algún recoveco, en cualquier célula de su bello cuerpo...

Pasaron los minutos, los más insoportables que la joven pudo padecer, pero no dejó de renunciar a mover el cuerpo del joven y buscar lo que en él ya no se hallaba...

- No, no, no... -la muchacha no quiso aceptarlo, mas su negativa era a la misma realidad.

Pero no podía rehuirlo por más tiempo: ya no albergaba ninguna duda.

Brances había muerto...

El joven, esta vez sí, de forma dramática y siniestra, había dado su vida por ella...

- ¡Nooo...!

Su grito desgarrador se oyó en el extenso valle, y los pájaros que dormitaban ya en las ramas de los árboles alzaron el vuelo al unísono y llenaron el cielo con sus notas tristes y apagadas.

Después... se hizo el silencio.

Y en el corazón de ese silencio se oyó el trágico llanto de una joven mujer desolada en los albores del amor...

Tenía cogida su cabeza sobre el pecho, y las amargas lágrimas se le derramaban hacia el rostro de él.

Los días vividos con él habían sido tan intensos, apasionados y profundos... inolvidables. Pero ahora, en su tremendo dolor, no sabía si sentía todavía más no haber sabido apreciar su coraje, su honestidad, su inteligencia, su bondad... todo al servicio de su amor incondicional... hasta la muerte.

Había llegado a dudar y a fluctuar sobre sus propios sentimientos hacia él, creyendo no corresponderle en la misma medida. Pero tal cosa sólo provocó la ceguera de no ver con los ojos del alma el regalo que el universo le brindaba.

Ay, cuando un presente que la vida te ofrece no se valora en su justa medida, la misma vida te lo puede arrebatar. Es más: en realidad, nunca te perteneció...

Y ya... cuando apreciaba demasiado tarde un amor escasa y difícilmente alcanzable en esta vida, se le desgarraba el corazón por no poder besarlo y abrazarlo, por no volver a ver esos ojos de mar azul profundo, por no poder gritarle cuánto, cuánto lo amaba, cuántas cosas aún quería decirle, hacer con él, compartir con él, vivir con él...

Lo que hubiese dado por llevar una vida normal junto a él, despertar cada mañana con su sonrisa y con su abrazo, reír con él, llorar sobre su pecho, amar su fuerte cuerpo masculino, mirarle en el abismo de sus ojos...

Ni con la desaparición de su querido Banlot soportó herida tan sangrante en el espíritu, porque con su estimado amigo, en la profundidad de su ser, sentía una frágil llama de esperanza... esa luz que orienta los pasos en la oscura noche hacia el amanecer...

Pero, ¿qué amanecer podía quedarle ahora a ella? La muerte de su amado apagaba todas las llamas de esperanza del mundo...

Sumida en su dolor, el tiempo iba transcurriendo y no se daba cuenta de que la noche hacía rato que se había presentado en su visita rutinaria.

Su propia noche interna, más negra y desolada aún, la retraía hasta del frío helado que comenzaba a dormitar junto al río.

Sólo cuando su cuerpo tiritaba sin control sacó su capa de cálida lana y, echándose sobre el pecho del joven, se arrojó con ella.

No quiso separarse de él, y sí recordar cada minuto que compartieron juntos... Cuando la rescató del río y la asistió, cuando decidió acompañarla -bendita decisión-, cuando la escudó al caer aquel árbol, cuando lloró durante el fuego, cuando se toparon con los alces y con el shirim... Cuando se amaron en el lago violeta...

No pudo retener por más tiempo las exiguas lágrimas que le restaban y volvió a llorar amargamente sobre él... hasta que el peso del llanto la fue venciendo... y adormeciendo.



Un rayo de fina luna incidió sobre su cara, y Zenia levantó los párpados hinchados por el llanto...

Como un relámpago, recordó lo sucedido, y un agudo puñal se le clavó en el pecho.

Su cuerpo estaba tan aterido como su corazón, y apenas los sentía ya. Sin embargo, le parecían tan densos y pesados... que no quiso ni moverse, con la mirada perdida en la penumbra de la noche...

Y oyó el chasquear de una rama... y luego pisar sobre los guijarros de la orilla...

Pero prefirió no mirar. Ya no le importaba nada: ni los bosques, ni las shajas, ni las puertas... Y si era Mentur, mejor que mejor, que acabase ya con todo porque todo había fracasado.

Se acurrucó sobre el cuerpo de Brances y cerró nuevamente los ojos.

A los pocos minutos, notó que algo le daba empujoncitos en la espalda y se alejaba unos pasos...

Abrió los ojos, algo asustada, levantó la cabeza y miró atrás.

Parecía un espejismo de la noche, producto de la brumosa luz de la luna recién amanecida.

Se dio la vuelta del todo para verlo mejor, si es que era real...

- ¡Oh, eres tú...!

Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas, y se quedó arrodillada delante de él con el rostro oculto por las manos.

- ¿Para qué has venido? ¿Para recordarme nuestro amor...? -la muchacha negaba con la cabeza-. ¿De qué me sirve salvar todos los bosques del mundo, si no puedo salvar lo que más amo? ¿Por qué vencer a la oscuridad ha de tener un precio tan elevado para mí...?

No deseaba mirarle...

- Creí llegar a entender de la vida, y ahora veo que no entiendo nada... -dijo en un murmullo que se apagaba.

Y volvió el silencio de la noche...

Ella no se movió, pero él tampoco.

No dejó de mirarla con sus ojos, con su tierna mirada celeste...

- Mi shirim... ¿Qué haces aquí, tan lejos de tu hermosa gruta?

El animal se acercó a ella y le acarició con el hocico los cabellos dorados. Se agachó y se sentó, para quedar a la misma altura de la joven. Ella respondió a sus caricias mesándole el pelo corto y sedoso de su oscura cabeza.

Eso la sosegó instantáneamente, y consiguió respirar con menos dificultad.

Con sus ojos tristes y apagados, miró los de él, inocentes y cálidos.

Pero la pesadumbre seguía compungándole el pecho...

«No te aflijas, mi dama...», le susurró el shirim en su mente.

Se acordó de la última mirada de complicidad de Brances, delante del acebo, cuando él la llamó así. Y eso la afligió aún más...

«En las últimas horas te han dado mensajes y secretos para cambiar hasta el curso del universo...».

Zenia intentó comprender sus palabras.

«Sigues con el poder en tus manos... Y la oscuridad triunfará en la última batalla, si permites que te haga creer que ese poder se desvaneció».

Temió que la última batalla ya la hubiese perdido, al haberle sido arrebatado su mayor tesoro... Todo estaba perdido en su interior, y sólo quedaba desorientación y derrota.

«Confía... Cada acontecimiento tiene un porqué y un para qué».

- ¿Y qué sentido puede tener que el valiente y generoso Brances ya nunca más esté aquí...? -la joven proseguía con una gran desazón.

«Mucho más del que crees... Confía...».

- Estoy tan cansada... -dijo cabizbaja- de puertas, de objetos, de enigmas, de dudas, de búsquedas... Ya no quiero averiguar nada más.

«No hay nada que averiguar; todo está aquí ya. Sólo siente...».

- Sólo siento dolor. No hay nada más en mi corazón...

«El dolor es un gran maestro».

- No quiero aprender nada de ese maestro -la joven puso cara de disgusto y frustración.

«Pues si es así, existe otro maestro que instruye sin dolor... el maestro de maestros... Cuando tú así lo decidas, aparecerá para guiarte».

- ¿Y qué hago, mientras, con este dolor...?

«Puedes transformarlo... con la espada de la voluntad».

- ¿Y cuál es ese maestro? -por primera vez la muchacha puso interés de veras.

«El amor...».

- Por amor sufro.

«No, mi bella dama. El auténtico y verdadero amor, el buen amor, jamás induce al sufrimiento».

- ¿Y por qué sufro entonces?

«Porque dejaste de confiar en la vida y en ti misma... Porque vuelves a frenar el fluir de la vida en ti... Es tu ego el que sufre, esa imagen que crees ser, pero que no eres tú. El amor es lo único que puede librarte de tu sufrimiento, con la voluntad en sus manos».

Zenia apenas sospechaba el trasfondo de las palabras del shirim, pero cuando se percató, el corazón se le estaba amansando y su respiración era del todo reposada.

Acarició con sensibilidad la cabeza del animal, y entendió que su visita ni era casual ni era banal.

- ¿Qué vienes a decirme, mi sabio Shirim? -miró en la hondura de sus ojos claros.

«Vengo a recordarte que, si pierdes tus pasos, todos estamos perdidos... Que nada te ocurre para que sufras, sobre todo si no es tu voluntad... Que todo tiene siempre un trasfondo noble y hermoso... No huyas de él».

A la joven se le volvía a escurrir entre los dedos el significado de su mensaje, pero una luz volvía a prender en su interior.

«Acuérdate de las palabras de tu sabio y juicioso amigo y de las de tu amiga alada... Ellos son los que te han dado las claves».

Banlot y la shaja de los arces...

«Y recuerda también que la muerte no existe...».

Zenia se quedó perpleja con aquella afirmación.

«No es más que una transformación... El ser continúa su andadura en otro estado; y los seres nunca se separan. La prueba de ello está en tu corazón. Siéntelo ahí, porque ahí vive y permanece».

El corazón de la joven tresla se aflojaba y se expandía por momentos...

«Sin embargo, no es el caso de tu amado».

- ¿No vivirá en mi corazón...? -Zenia no sabía qué quería decir.

«Siempre vivirá en tu corazón, pero no aún de esa manera».

- Entonces... ¿de qué otra manera?

«Como hasta ahora».

- Él está muerto. No puede ser igual...

«Sigue tus pasos, no te demores, que la felicidad está siempre detrás de cada recodo. Nada existe, todo es pura ilusión. Y será como tú deseas, tú eres la diosa de tu propio universo, tú lo creas todo. Así que crea lo que tu corazón anhele...».

El shirim inclinó la cabeza hasta llegar al regazo de la joven, que lo acarició con más mimo y delicadeza incluso.

Después de unos minutos de dicha que apaciguaron el malparado espíritu de la joven, el shirim se levantó majestuosamente y la envolvió con su reluciente mirada.

Zenia presintió que había llegado la hora de la despedida.

No dijeron nada con palabras...

Ella sabía que era la última vez que lo vería en este viaje, pero no perdió la esperanza de volver a encontrarlo, y no sólo con los ojos del corazón.

Se dio la vuelta el animal y se fue trotando entre suaves chasquidos de piedras...



Cuando Zenia retornó a su soledad, la pena le atenazó nuevamente, pero se dijo a sí misma que, ante todo, no estaba sola aunque lo pareciese.

Al menos, renacía en ella un impulso a actuar, y eso le dio ánimos.

Le vino a la mente el enigma y que lo había escrito y guardado en su macuto. Lo sacó y, a pesar del agua del río, la tinta apenas se había corrido y podía leerse casi en su totalidad.

En cualquier caso, ella lo recordaba bastante bien.

*«El río discurre, aguas abajo, hasta llegar al sol. No frenes su discurrir, que si lo*

*haces, te desbordará. El río va arrastrando las piedras del camino, erosionándolas. Todos los ríos alcanzan la mar...».*

Procuró analizarlo, pero lo único que sacó en conclusión fue que el río, el sol, las piedras y la luz eran símbolos o metáforas de aquello a lo que debía llegar.

El río era, sin duda, la columna vertebral del texto. Pero, ¿qué significaba el río?

No obstante, sabía que por ese camino no llegaría, porque la mente sólo es una herramienta, un instrumento que si no está al servicio del corazón, flaco favor hace. Decidió reposarlo.

Ahora se preguntaba de qué asuntos le habló Banlot que resultasen ser tan relevantes. Desde la tarde anterior se había mostrado reservado, como acostumbraba hacer cuando ella debía debatir entre sus siguientes pasos.

Lo primero que apareció en su recuerdo fue la breve conversación que mantuvo, después de retornar del lago violeta, sobre su conexión con Brances. Sí, le habló de su camino interno y externo.

Comprendió del todo, ahora sí...

El anciano le había prevenido de no desaparecer de ella misma, ni siquiera por la persona a la que más amara.

Y como consecuencia de la muerte de su amado Brances, ella se había esfumado en un segundo, había dejado de existir con su partida, todo se había desmoronado: su misión y hasta su vida. Dejó de vivir, de discurrir como el río... y llegó a pensar que había perdido todo su poder, al sumirse en su propia oscuridad.

Porque la shaja... ella también le habló de la oscuridad, de cómo habitaba en ella misma, pero también de cómo en ella estaban el coraje y la fuerza.

Y esto, a su vez, le llevó a otras palabras más de su gran amigo... Aquello estaba resultando ser una ristra concatenada de recuerdos.

Él le habló del miedo, mal compañero de viaje durante la noche del alma.

Las piezas iban encajando... El miedo y el sufrimiento ante la muerte la habían hecho desaparecer en el centro mismo de la oscuridad, creyéndose derrotada en su última partida...

Oh... Volvía la luz de la esperanza, aunque ignoraba qué sentido tenía en aquella trágica y descorazonada situación.

Había algo por hacer, algo valioso y primordial, pero la luz de su intuición no alumbraba más allá.

Miró la luna, delgada y de plata, que también la amparaba y acogía en su noche con su misteriosa luz...

Retomó el enigma, a cuya resolución debía llegar con las shajas. Se le ocurrió que, aunque los arces quedaban lejos, quizá podrían aventurarse hasta allí como el shirim. No demoró más su disposición y decidió llamarlas.

Se acercó al cuerpo yacente de Brances y le besó los castaños y largos cabellos.

A continuación, desde esa orilla derecha del río, se dirigió a uno de los frondosos abetos y, alzando la vista, le habló:

- Mi noble árbol, en ti habita una mágica shaja. Comunícale mi deseo de citar aquí a la shaja del bosque de los arces; ella sabrá cómo hacerlo.

El abeto meció levemente sus ramas más bajas, y la joven esperó.

Se sentó bajo el árbol para refrescarse el corazón en su regazo... hasta que se quedó adormecida...

Volvió a verla, delante de su rostro...

«Me has llamado...», le sonrió.

«Sí, mi querida shaja. Ha llegado el momento de resolver el enigma, y sin vosotras no podré hacerlo».

«Bien, mi amiga. De momento, has dejado atrás otro escollo más, doloroso para ti... aunque aún no lo has culminado del todo... Dime, ¿qué has averiguado?».



Zenia le habló del río, eje esencial del enigma, y de cómo ella, al dejar de discurrir como el río, se había desbordado.

«¿Qué es el río, pues...?», preguntó la shaja.

La muchacha se quedó reflexionando y recordando a Persty decirle, en más de una oportunidad, que no frenase el fluir de la vida.

«¿La vida...?», preguntó tímidamente.

«La vida es el río que va a desembocar en la mar...», recitó el pequeño ser.

Zenia miró el texto del enigma con ese nuevo enfoque.

«¿Y las piedras...? ¿Qué arrastra la vida y erosiona?», quiso averiguar la joven.

«¿Qué es lo que más se ha moldeado en ti en esta última etapa de tu vida?», le preguntó la shaja.

La tresla no tardó mucho en contestar:

«Mi carácter, mi personalidad...».

«Lo externo a tu esencia, tu caparazón durante tu camino, que cuanto más erosionado y moldeado esté, cuanto más flexible sea, antes correrá aguas abajo y más fácil y rápido llegará a su destino».

«Aguas abajo...», murmuró la joven.

«...hacia tu interior», explicó la shaja.

El mosaico del enigma iba completando sus teselas.

«¿Y el sol...?», le faltaba poco al enigma, «¿qué significa el sol?».

«¿Qué significa el sol para la vida?», la shaja siguió contestándole con interrogantes.

«El sol da la vida. Sin él, no existiría ésta, no habría nada vivo sobre la faz de la tierra. Es la fuente de la que bebe la vida», dijo Zenia inspirada.

Estaba a punto de culminar la simbología.

«¿Y el destino del río, de la vida...?», se preguntó ella misma. «La muerte, que al final es la luz. ¿Eso es así?».

«La vida no lleva a la muerte, sino directamente a la luz, a la conciencia, de donde procede el ser», afirmó la shaja.

«El shirim dijo algo parecido», recordó la muchacha. «En realidad, nunca dejamos de existir...».

«Son estados de los que podemos ir y venir», aclaró la pequeña criatura.

Zenia volvió al texto, y releyó:

*«La vida discurre, hacia tu interior, hasta llegar a la fuente. No frenes su discurrir, que si lo haces, te desbordará. La vida va arrastrando la personalidad del camino, moldeándola. Todas las vidas alcanzan la conciencia...».*

La shaja y ella se miraron sonrientes.

«¿Y ya está? ¿Todo acabó?», preguntó la muchacha desconcertada.

«Todo acabó en tu mente, mi amiga», le contestó el ser luminoso, «pero ahora, tras la interpretación del enigma y su significado, has de resolver el tuyo propio. O más bien realizarlo...».

La joven sentía que algo relevante y significativo se aproximaba...

«¿Qué he de hacer?», preguntó Zenia con ímpetu.

«Yo no puedo decirte eso... Cada paso que das es una decisión, y sólo tú has de tomarla», le dijo la shaja. «Sólo recuerda lo que te dije sobre la magia del amor...».

Se alejó un poco de Zenia, con sus alas metalizadas por la luna; llegaba el momento de su partida. La joven sólo dijo:

«Gracias... por todo».

La shaja le regaló una ancha sonrisa, y sus alas se iluminaron. Se fue volando y se escurrió entre pinos y abetos...

Y ella se despabiló...



Otra vez sola...

El frío de la noche le congelaba los huesos, pero debía resistir hasta el final, que parecía asomar ya por el horizonte...

¿La magia del amor...? ¿Qué fue exactamente lo que le dijo la shaja bajo aquel arce?

No dio con la respuesta, así que volvió a la orilla y se arrodilló junto a Brances.

Miró su rostro a la luz de la luna: era plácido y profundo, como sus ojos cuando tuvieron vida.

- La muerte no existe... -dijo en voz alta la joven recordando los mensajes del shirim-. El ser continúa y los seres no se separan nunca.

Seguía cavilando... Las palabras de Banlot, del shirim y de la shaja nunca eran arbitrarias ni vacuas.

- Soy una diosa capaz de crearlo todo -siguió ordenando en su mente las palabras del shirim-. Crea lo que tu corazón anhele... Y yo, ¿qué anhelo, Dios mío?

Oteó el cielo y lo vio cuajado de estrellas, que aquella noche cedían su brillo exultante a la reina luna.

- ¿Qué puedo anhelar yo... sino que retorne mi amado a la vida, que regrese aquí?

Se quedó empapándose de sus propias palabras...

- El amor, sí... -la memoria se le refrescó-. La magia del amor abre todas las puertas de la vida...

Miró el cuerpo dormido de Brances y volvió a repetir:

- Las puertas de la vida...

Sintió una enérgica fuerza en su interior y un poder inexplicable invadió su pecho.

¿Acaso podría ella...?

No, no, eso no era posible.

Pero... ¿qué locura era aquella? ¿Por qué pensaba en esas cosas?

Y en ese trance, la luz de la luna declinó y todo el paraje quedó en penumbra.

Zenia, estremecida, alzó la vista al cielo, pero tan oscuro estaba que no pudo entrever si se trataba de alguna nube.

La oscuridad...

La luna la alertaba.

Pero, ¿de qué? ¿Por qué todo se oscureció? ¿Qué iba a ocurrir ahora?

La joven miraba a todos lados presintiendo algo... ¿Estaría Mentur de nuevo al acecho?

Así transcurrieron varios minutos eternos. A Zenia la atenazaba una angustia cada vez mayor.

Era incapaz de borrar de su mente la imagen de la sonrisa harpía de aquel hombre. Creía verla detrás de cada árbol.

El miedo le oprimía el pecho. Tan indefensa se sentía...

Se escuchó un alarido espeluznante en la noche, y con él, la joven salió corriendo despavorida hacia el bosque de coníferas de la ladera.

Pero antes de internarse en él, miró hacia arriba y vio sobrevolar sobre su cabeza, a tan sólo unos centímetros, las grandiosas alas de un búho real.

En una décima de segundo se protegió la cabeza con las manos y se agazapó, justo cuando el ave rapaz surcaba casi a ras del suelo. Remontó el vuelo y se alejó allá arriba hacia la sombra de la luna.

Lo que acababa de ocurrir la mantuvo pegada al suelo, sin poder moverse y sin saber qué hacer. No comprendía lo que pasaba, y aquel pájaro nocturno con su terrorífico grito se le antojó un enviado de la oscuridad para congelarle la sesera... Y diantre que lo estaba consiguiendo.

Las ideas se le apetonaban en la cabeza, que estaba a punto de explosionarle. Ya no lo soportaba más...

Fue decidida hacia el río, se quitó el calzado y metió los pies en el agua helada. Se agachó y tomó un poco del agua fría para echársela en el rostro. Y se sentó sobre una roca en la orilla.

Ratificó que, ciertamente, el miedo se tornaba mal compañero en circunstancias de ese calibre...

En la noche del alma... No había reparado en aquellas palabras de Banlot, pero ahora se preguntaba en qué consistía exactamente esa noche.

Una vez, el anciano le había dicho que tal como es arriba, es abajo; y tal como es afuera, es adentro. La luna se oscureció afuera y le embargó el temor adentro... ¿O fue al revés?

Y vio la luz a sus pesquisas...

Ella había vuelto a dudar de su poder, y entonces la oscuridad se cernió sobre su mente... Hasta le pareció ver a Mentur tras cada árbol. Llegó a creer en su presencia y estuvo a punto de aparecer, sin duda, puesto que con su energía mental lo atraía, como antes había atraído que se apagase la luna.

La oscuridad estaba afuera porque dentro de ella habitaba... dejándose vencer por la vacilación y la desconfianza.

Hasta llegó a recordar ahora unas palabras sobre el miedo que el mismo Grest, uno de los hermanos del corazón de la tierra, les dijo a Banlot y a ella cuando lo conocieron; se le habían quedado muy marcadas. La oscuridad se alimenta del miedo; por ello, no la temáis.

Se abstraigo del exterior cerrando los ojos.

Buscó dentro, muy dentro, esa paz que había quebrantado y que ahora parecía volver a rebrotar ante ella...

Y tomó una firme decisión.

Pero en su flamante determinación, le flaquearon las fuerzas cuando el chillido del ave nocturna irrumpió en la paz rebrotada de la joven.

La divisó entre la penumbra, suspendiendo su débil sombra en dirección al lugar donde yacía Brances. Se le helaron las entrañas cuando sospechó las intenciones del siniestro pájaro.

Llegó en un soplo al sitio, en el momento en el que las garras cubiertas de plumas del animal se posaban sobre el cuerpo sin vida del muchacho.

Su pico ganchudo y puntiagudo no llegó a desgarrar su objetivo, porque la fiereza e ímpetu que surgieron de la tresla amedrentaron de tal forma al ave, que se levantó por encima batiendo con fuerza sus interminables alas y rasgando el sosiego de la noche con sus escalofriantes gañidos.

- ¡Aléjate de él...! -gritaba desafiante la muchacha interponiéndose entre el joven y la sobrecogedora rapaz-. ¡Ni lo toques! ¡Vete!

Los casi dos metros de envergadura sobre su cabeza y los dos largos mechones de plumas de las orejas, junto a su mirada feroz anaranjada y relampagueante, no conseguían amilanar a la joven, que acabó ahuyentando al gigantesco pájaro.

Éste se ocultó en el bosque de coníferas.

Zenia, presta, cogió el macuto de sus objetos y buscó, angustiada, el racimo de frutos del árbol de la Bella Sonrisa. Su instinto le trajo a la memoria el consejo de Friha, el espíritu del ombú, sobre la oportuna utilidad de sus bayas venenosas.

Desgajó algunos de los pequeños frutos circulares y los colocó a unos metros de donde se encontraba. Volvió junto a Brances, y aguardó.

No se demoró el gran búho en regresar a por sus presas, pero permaneció sobrevolando en círculos unos segundos, hasta que se posó sobre las piedras de la orilla.

Su mirada, afilada entre las sombras, hacía temblar de pies a cabeza a la muchacha, que esperaba con impaciencia que el animal cayese en su sencilla e improvisada trampa.

Al fin, la más grande rapaz nocturna se alargó a grandes saltos hasta donde estaban las bayas y, tras olisquearlas, se las zampó unas tras otra.

Con el corazón en un puño, la joven tresla ansiaba verificar algún significativo cambio en el comportamiento del animal.

Entonces, el ave extendió y sacudió sus alas, a la vez que removía altiva su cabeza, remontando el vuelo y cerniéndose sobre el lugar donde estaban los jóvenes.

Pero su vuelo se tornó irregular y sus estruendosos gritos volvieron a irrumpir en el valle.

Tras unos minutos de aleteos anómalos y discontinuos, el ave se fue alejando entre chillidos de protesta que surcaron el páramo.

Su eco, rebotando en el valle, le pusieron los vellos de punta a la muchacha: se asemejaba tanto a la voz de Mentur...

Zenia no volvió a escucharla ni a verla. Sabía, a ciencia cierta, que no volvería jamás.

Paradójicamente, los frutos del árbol que él había utilizado como catalizador para hacerles perderse en el laberinto de aquellas tierras de Vrendor y poder derribar aquel árbol sobre ellos, ahora parecían alejarlo definitivamente de la luz...



Cuando retomó su decisión -abortada por los ataques de la rapaz de la oscuridad-, se arrodilló ante el cuerpo de Brances.

Las últimas palabras revivieron: el amor, con su magia, puede abrir las puertas de la vida...

Todo el lugar se encendió con una luz de nácar, más blanca y pura que antes de oscurecerse; la luna volvía a relumbrar sobre el río. La serenidad se reflejaba en el rostro de Brances, y eso le dio el arrojo que precisaba.

Puso sus manos sobre el pecho de él, tal como aquel día en el bosque bajo el árbol caído, en el que el joven terminó reanimándose.

«Reanimarse dista mucho de revivir...», la mente se le volvía a llenar de mortificantes pensamientos. «¿Cómo puedo atreverme a tocar algo tan sagrado como la vida...?».

- ¡Basta ya! ¡Atrás, oscuridad! -gritó en mitad del silencio sepulcral de la noche tapándose los oídos.

No quiso atender los lóbregos y sombríos pensamientos que atenazaban su debilitada mente aprovechando cualquier resquicio de duda.

Retiró una de sus manos del cuerpo de él y la llevó al centro de su pecho.

Y le habló...

Le habló de cada minuto que compartieron, desde que ella abrió los ojos y lo vio por primera vez cerca de su cabaña, hasta que la protegió al caer al río y después ella perdió el conocimiento.

Pasaba el tiempo, mientras relataba cada detalle, cada gesto, cada caricia, cada mirada grabada en el corazón...

Cuando acabó, sintió una fuerte presión en las manos, acompañada de un intenso calor...

Y una ventana se le abrió en la mente, y vio con los ojos del espíritu lo que durante muchos años le había sido vetado.

Las shajas no habían querido hablarle entonces de aquello, y las palabras del primer encuentro con la shaja del arce cobraron total sentido: *había vuelto a*

*desarrollar y conectar con aquella fuerza trascendente...*

Se vio a sí misma tan pequeña, correteando sola por su Bosque de Plata y riendo, jugando y parloteando con sus amigos, los habitantes del bosque...

Le entusiasmaba correr detrás de las shajas de sus amadas hayas, con sus alas de plata, o tras las de los castaños, más pequeñas y de alas de oro... pero las de las ninfas del lago cercano eran sus predilectas.

Y gustaba de trotar a lomos de su animal preferido en el bosque... Era él, el de la mirada aturquesada, sobre el que su cuerpecito de niña se acurrucaba y, asiéndolo por el blanco y alargado cuello en un abrazo, la llevaba a los confines perdidos de la foresta, con su preciosa y libre melena dorada al viento perfumado de la espesura. Su amado shirim la custodiaba y protegía allá donde ella fuere...

Pero ahora, se le abría otra imagen terrible y recóndita en su tierna memoria infantil. En ella, un ruido breve y opaco silenciaba repentinamente los sonidos musicales del bosque, y ella corría en pos del lugar al que sus amigos del bosque la guiaban.

Y allí estaba, agonizante, aquel retoño de ciervo, que al llegar la miró con mirada inocente y suplicante, muriendo ante sus ojos.

La mano negra del hombre había sido la causante de su muerte, y ella en su cándido corazón se sentía corresponsable de aquella desgracia. Por aquel entonces, había escuchado hablar de unos cazadores desaprensivos e indeseables que estaban masacrando, sin ninguna piedad, varias de las especies habitantes del bosque.

Pero lo que más nítidamente rememoró fue cuando se acercó al cuerpo del cervatillo y, sin saber por qué lo hacía, colocó sus manitas sobre él, deseando con todas sus fuerzas y con todo su amor volver a ver esos inmensos ojos salvajes llenos de vida.

El pequeño, después de un rato intenso, iba moviendo sus cortitos miembros y abría los ojos con una mirada que, hoy por hoy, Zenia nunca volvería a olvidar...

En estos momentos, seguía con una mano sobre el pecho de Brances, y todos aquellos excepcionales recuerdos reforzaron su ser, y creyó en su propio poder.

Ésta era su última prueba, la resolución de su propio enigma, la última batalla librada contra la oscuridad, contra el miedo, contra el espejismo de la ilusión...

El espejismo de la muerte... Brances estaba allí mismo, sólo tenía que llamarlo, recordarle que debía volver, que aún su sendero no estaba completado, que la oscuridad quiso sesgar su vida, pero su hado era otro y debía seguir cumpliéndolo.

En definitiva, que su camino aquí aún no había concluido.

- ¡Brances...! ¡Regresa...! -gritó la joven-. Tu sitio aún está aquí... junto a mí...

Retiró la mano de su propio pecho porque éste se le inundó de una energía y resplandor tan poderosos, que sentía que su corazón se abría y expandía, rodeando e impregnando el cuerpo del muchacho.

Sintió tal vibración compasiva de amor, que las lágrimas le corrían por el rostro, y por su mente comenzaron a desfilar las imágenes de sus padres, de los kramitas, del shirim, de las shajas... La energía del amor se centuplicaba y lo llenaba todo.

Vio a su querido Banlot sonriendo, y fue hasta tal punto su dicha, que cogió la mano de Brances y la apretó.

Y entonces, la luz que los envolvía y las imágenes fueron extinguiéndose... hasta que la noche volvió sigilosa y calma.



La decreciente luna avanzaba por entre los astros, apagándolos con su magnífica luz.

Zenia cerró los ojos y se dejó mecer por el viento fresco que ahora le acariciaba la cara.

La noche se había trocado en algo mágico y extraordinario...

Y ocurrió...

Le pareció captar un sutil movimiento en uno de los dedos de Brances.

Dio un respingo. ¿Estaba soñando...?

Cogió entre sus dos manos la de él, y se quedó esperando, a la par que se fijaba, sin pestañear siquiera, en el rostro de Brances.

Probablemente era mucho mayor el deseo que la realidad, pero en este caso, después de minutos de profundo anhelo, la mano apenas hizo un leve movimiento...

Zenia, nerviosa, le cogió las dos manos y se las fue frotando con suavidad pero insistencia. Se quitó su capa y se la echó al joven para que su cuerpo entrase en calor.

Pegó su oído al pecho del muchacho, esperando sentir algún latido. Pensó que estaba loca, pero creyó escuchar un lejano y débil sonido, que se le antojó celestial.

¿Y si se lo estaba imaginando?

Todo estaban siendo sutilezas que se le trastocaban con ansiosos deseos, pero quizá nada más.

Siguió frotando sus manos y echándole todo su aliento, hasta que tomó una de ellas y se echó sobre su torso. Escuchaba unos latidos, pero no era capaz de distinguir si eran los suyos propios llenos de tan deseada vida...

Se concentró en ese pacífico y melodioso sonido acompasado, hasta que se quedó dormida.



La despertó un ligero vaivén.

La luna declinaba ya y se iba aproximando al horizonte de abetos.

Algo había rozado su mano, y eso debía haberla despertado... Abrió los ojos y lo que vio fue su mano cogida por la de él...

No, eso no era posible.

Recordaba perfectamente haberse quedado asiendo la mano de él, así que era imposible que él le estuviese cogiendo ahora la mano.

A menos que...

Vio que un dedo se movía, casi imperceptiblemente... ¡pero lo hacía!

Lo vio y lo sintió...

Se incorporó en un vuelo y contempló con minuciosidad el rostro de Brances: seguía inmóvil. Se lo acarició con ternura, mientras percibía en la otra mano cómo los dedos de él iban asiendo débilmente su mano...

No pudo evitar la turbación del momento y los ojos se le llenaron de alegres y gozosas lágrimas de júbilo.

Aquello no podía ser... Era un milagro que estuviese sucediendo.

Seguía tocando con dulzura su cara, y entre lágrimas se acercó y le besó esos añorados labios...

Lo hizo con toda el alma, deseando recibir su cálido aliento nuevamente y mordiendo sus labios, besándolos, acariciándolos con los suyos... Y se separó de su rostro.

Y en unos segundos de emoción cautivadora que la dejó impávida e inmóvil, el muchacho abrió, despacio, los ojos... y la miró.

Ríos de vida cruzaron esa mirada, que se había tornado más serena, profunda y compasiva.

Dulces lágrimas afluyeron a aquellos ojos azules de mar, y el joven lloró...

El corazón de ella se deshizo en mil partículas con aquellas lágrimas, y lo abrazó fuerte, echándose sobre su pecho.

Al poco, apreció cómo los brazos de él se movían con dificultad, pero llegaban a

abrazarla.

Oh, lo que sintió ella al volver a estar entre sus brazos...

Y así se quedaron durante un lapso infinito de tiempo, hasta que la joven escuchó un delicioso susurro en su oído:

- Zenia...

Renacía también su melodiosa y varonil voz...

El muchacho fue recuperando poco a poco los movimientos del cuerpo y pudo volver a acariciarla, a abrazarla, a mesarle los cabellos... y a besarla, apretándola sobre su cuerpo.

Tras amarse sin palabras, se echaron la capa por encima y se adormilaron. El frío era hiriente, ya cercano al alba, pero el calor de sus cuerpos pegados los mantenía abrigados por el amor.

Y así se quedaron dormidos, soñando con mansos ríos de vida que iban a parar a un mar dorado de luz...



Zenia escuchó un ruido y entreabrió los ojos.

Vio a pocos metros de ella un petirrojo pequeñajo que la miraba con inocencia... y elevó un bello canto de gorjeos musicales que le contentó el alma.

Ella le sonrió, y el pajarito salió volando hacia los árboles.

Sentía a Brances abrazado a ella por detrás.

De súbito, una duda ensombreció su corazón y se movió para mirar atrás.

¿Fue lo de anoche una ensoñación más en la que contactó con Brances?

El muchacho, con el movimiento de ella, despertó.

«No debería dudar tanto...», se dijo ella. Y le ofreció su más alegre y radiante sonrisa.

Cuando estuvieron de pie -él se levantó con no pocas dificultades, pero fue asistido por la muchacha-, frente a frente, se miraron a los ojos ahora con la creciente luz del amanecer, y Zenia, llevándose las manos al rostro, dijo repitiendo:

- Gracias, gracias, gracias...

Emocionada, se pegó a él y se fundieron en un abrazo que acabó de revivir y recargar al joven de energía vital.

- ¿Cómo te encuentras, mi amado? -le preguntó la joven en cuanto se separaron.

- Extraño... -contestó él-. Pero muy dichoso.

- Anoche pasé por tantas cosas... -dijo ella apesadumbrada.

- Lo siento de veras...

- No quiero casi ni recordarlas -apuntó la muchacha-, pero jamás había pasado por tanta pena y abatimiento, jamás tan separada de mí y de la vida.

- Pero eso ya pasó, mi princesa preciosa -le dijo él con enorme dulzura.

- Brances... Brances... -pronunció con deleite la joven-. El universo me lo quitó y el universo me lo devolvió. Nada ni nadie nos pertenece. En este presente viviré y saborearé como nunca mi más preciada joya...

El muchacho le sonreía con una madurez en su mirada que reconfortaba todavía más a la joven.

- Desterramos a la oscuridad, Brances...

- Lo sé -dijo con calma.

- ¿Qué fue de ti en estas horas? -preguntó ella queriendo saber-. ¿Dónde estabas? Te marchaste de aquí.

- Sí, me fui de aquí -contestó él-. A un lugar donde se toman grandes decisiones.

- Te lloré tanto... -su rostro reflejó el dolor.

- No desaparecemos, Zenia, ni dejamos de existir -le explicó el muchacho-. Desde

allí pude ver todo tu sufrimiento y tus dificultades para pasar tú sola tu más importante prueba. Sentí el desgarrar de tu dolor.

Zenia se maravilló de pensar que él había estado presente, en cierto modo, durante su difícil trance.

- Te llamé para volver -dijo ella-, después de comprender cuál era mi batalla contra la oscuridad: sólo dentro de mí.

- Y yo esperaba, paciente, ese momento... para poder volver -repuso él-. Si tú superabas tus propios miedos, enfrentabas tu ego y te convertías en lo que eres, la dueña de tu vida y de tu mundo, yo podía volver.

- ¿Cómo puede ser eso así? -se sorprendió ella-. ¿Cómo podía depender tu vida de mí?

- Porque, en realidad, mi vida debía continuar aquí -le contestó-; aún no era mi hora. Pero la oscuridad truncó mi destino sagrado y quiso intervenir en él, para acabar contigo y con todas tus esperanzas. Eligió la forma más hábil y ladina posible, sin duda.

- Pero mis amigos, una vez más, me sacaron de ahí.

Se acordó del shirim y la shaja, y se le iluminó la cara.

- No, Zenia, ellos te ayudaron, pero no te sacaron de ningún sitio -repuso el joven-. Fuiste tú... porque sólo tú podías salir del oscuro pozo de tus miedos e incertidumbres. Ellos no podían hacerlo por ti. La conciencia no puede darse ni regalarse.

- Sí, es cierto -afirmó con un breve movimiento de cabeza.

- Por eso, sólo tú podías devolverme a la vida, por así decirlo, a mi propio destino, el que estaba ya trazado. Bueno, yo así lo tracé antes de venir aquí, como hacemos todos.

- Qué terrible responsabilidad en mis manos...

- Ése, a su vez, era tu destino... el que tú elegiste -le dijo él con claridad-. Y con toda seguridad, estabas preparada para ello. Claro que no dejó de ser una dura y dolorosa prueba.

Zenia cavilaba...

- No quiero más el dolor como maestro -dijo pensativa-. Elijo este maestro mejor: el del amor.

Y sonrió... Él hizo otro tanto y la besó con tanto ardor y dicha... El placer de volver a tocarse se les antojaba un paraíso.

El sol les templaba un poco el cuerpo, cuando Brances propuso:

- Deberíamos comer algo para reponernos. Desde ayer en la mañana no has vuelto a probar bocado.

- Tenerte aquí otra vez es mi mejor alimento... -comentó ella cogiéndole la mano.

- Y yo tenerte a ti... -dijo él besándole la mano-. Pero nuestro cuerpo es un templo sagrado al que hay que honrar también.

- La comida la portaba Persty -apuntó la muchacha-. Y sé que Banlot suele llevar con él algunas viandas que reportan energía. Así que...

- No hay problema -respondió el joven resuelto-. Por aquí encontraremos alimentos de los muchos que nos brinda nuestra generosa naturaleza. Vuelvo en un rato.

No postergó mucho su vuelta, y así pudieron disfrutar de un frugal pero vigorizante y nutritivo desayuno con brotes tiernos de hojas comestibles, bayas, setas, frutos y hasta miel. El joven se manejaba bien en el bosque.

- ¿Qué habrá sido de Banlot y de los kramitas? -preguntó Zenia metiéndose un buen puñado de dulzones piñones en la boca-. Las rocas estuvieron a punto de sepultarnos a todos, pero la rapidez, la magia y el poder de Banlot frenaron la caída de las piedras.

- Sí... -dijo Brances recordando-. Eso fue lo que nos salvó.

- Sabía que había sido él el que había provocado la riada aquel día para hacer cesar el fuego desenfrenado -recordó ella también-. Si no hubiese sido por él, los



kramitas ahora mismo no tendrían ni granero ni hogar y todo hubiese sido calcinado por completo. Por no hablar del riesgo de nuestras vidas...

- Pero cuando se requiere, es un hombre reservado, discreto y humilde -dijo el muchacho con respeto-. Ahora comprendo perfectamente tu adoración por él.

Zenia observó con detenimiento a Brances, y vio ante sí a un joven maduro, experimentado y ecuánime. La vida -y la muerte- también habían hecho reverdecer a un Brances más auténtico y fiel a sí mismo.

- Creo que todos están bien -comentó con cierta convicción el joven.

- Yo también lo presiento así -confirmó Zenia-. Y anoche aparecieron todos en mi mente. Banlot, especialmente, me miraba y sonreía como si estuviese aquí mismo.

- Pues apresurémonos en regresar, deben estar preocupados buscándonos -dijo Brances.

- ¿Crees que tendremos dificultades para volver? -preguntó la joven.

- En absoluto -contesto el muchacho sin vacilar-. Es cuestión de remontar río arriba hasta que arribemos a la primera explanada de piedras. De allí, seguiremos un poco más por el río hasta que encontremos arriba el bosque de abedules y almece que atravesamos previamente.

»La casa de los kramitas está desde aquí en dirección sur, así es que, una vez en ese bosque, tomaremos esa orientación siempre que nos sea posible, y seguro que tarde o temprano llegaremos a algún sitio que nos resulte familiar.

- Dios te oiga...

- Los llamaremos por si están cerca rastreando -completó el joven-. Además, ¿qué problema puede haber ya, si dejamos atrás la oscuridad?

Su mirada era traviesa, y ella le dio un empujón y echó a andar.

- ¿Se puede saber adónde te diriges tan aprisa? -le preguntó el joven con una sonrisa irónica en el rostro.

- Pues a casa, ¿no? -contestó ella.

- Por ahí no.

- Y, ¿entonces? ¿No vamos río arriba?

- Sí, mi dama -le dijo él-. Pero es mejor abordar el río por aquí, que apenas cubre y está manso, que más arriba. Debemos ir por aquella orilla, no por ésta.

- Ah, qué listo...

Y como una cría, le sacó la lengua, al igual que aquella lluviosa mañana en el bosquecillo de alisos.

- No te metas conmigo.

- ¿Yooo...? Líbreme el cielo de ello -contestó picarona.

Y salió corriendo hacia el bosque en dirección contraria al río.

- Pero, ¿a dónde vas...?

Brances fue volando tras ella, hasta que le dio alcance bajo la copa de un magnífico abeto.

Entre juegos y risas, cayeron al suelo, y se besaron.

- El abeto es el árbol del renacimiento y de la inmortalidad -dijo ella tendida boca arriba al contemplar las extensas ramas del árbol que los abrigaba.

- ¿Y cómo sabes tú eso? -le preguntó él.

Estaba sobre ella, apoyando los antebrazos en la tierra.

- Porque ellos te trajeron de vuelta a la vida, porque ellos te vieron volver a nacer y porque con ellos nada perece, sólo se transforma.

Él la besó nuevamente.

- Vuelve a llamarme así -le susurró ella.

- Así... ¿cómo? -preguntó él-. ¿Mi dama?

- Sí. Quiero escuchártelo decir cientos de veces más.

- Mi dama... mi hermosa dama...

## 14. El Reencuentro y una Despedida



El exquisito aroma a vainilla, canela, avellanas y yema tostada se iba colando por cada rincón del hogar hasta escurrirse junto al fuego, donde los tres hombres contemplaban el crepitar cálido de las llamas de la chimenea.

- ¡Vamos a la mesa! ¡A desayunaaaar...! -voceó Persty desde la cocina.

Allí los esperaban, entre otras delicias, aquellas tortitas de avellanas únicas e inimitables en las comarcas kramitas, pues eran receta muy secreta de la bisabuela de la pequeña mujer.

- Persty, estas tortitas de tu familia no tienen parangón alguno -comentó Banlot en cuanto probó el primer bocado-, por no decir que son placeres de dioses para el paladar.

- Gracias, eres muy amable, amigo -sonrió satisfecha la mujer.

La luz ya alboreaba por la ventana de la espaciosa pero acogedora cocina.

- Pero, aunque me halagues de esa manera tan agradable, no puedes engañarme -repuso Persty intrigante-. Hoy has amanecido con una pincelada de tristeza y preocupación en los ojos... ¿O estoy equivocada?

El anciano deseó mirar hacia otro lado, pero la mirada inquisitoria de la mujer no le dio mucha opción.

- No hay necesidad de preocuparse -intentó escabullirse.

- No, claro que no, pero tú lo haces -le reprendió la kramita-. ¿Qué es lo que pasa, Banlot? ¿Qué sabes?

El hombre se quedó mirando los cerezos por la ventana y, sin ver salida, dijo:

- No, no me preocupo, pero anoche soñé...

- ¿Que soñaste...? -le interrumpió la mujer-. ¿Los viste en tus sueños? ¿Les ha pasado algo?

- Sólo pude ver a Zenia... -comenzó a contar el anciano.

- ¿Y estaba viva? ¿Se encontraba bien? -la pobre kramita se reconcomía con la incertidumbre.

- Tranquila, Persty, déjame explicarte -la tranquilizó Banlot-, si es que quieres de verdad saberlo...

- Sí... -dijo débilmente la mujer-. Dime lo que tengas que decirme.

- De acuerdo. Vi a Zenia terriblemente desazonada y angustiada...

Persty se puso pálida.

- ... pero ella estaba viva -continuó.

- ¿Ella viva...? -preguntó con pavor la kramita-. ¿Y él...?

El rostro de Banlot se tornó muy sombrío.

- Zenia estaba ante el cuerpo de Brances, que yacía... muerto -acabó en un susurro.

Persty no dijo nada. Bajó los ojos y se le escurrieron varias lágrimas.

- Desperté -prosiguió él-, y mi corazón sufrió el dolor de nuestra joven amiga; la vislumbé inconsolable y fuera de sí. Procuré infundirle toda la energía y ánimo que me fueron posibles, pero percibí que una nube oscura y densa la rodeaba y no dejaba pasar nada.

- ¡Oh, Dios mío...! -exclamó la kramita.

Cada vez le resultaba más dificultoso contener el torrente de lágrimas.

- Sin embargo, advertí que no estaba sola, y eso me tranquilizó.

- El joven y leal Brances terminó dando su vida por ella... -repuso muy consternada Persty-. ¡Pobre muchacha! Apenas tuvo tiempo de gozar del amor apasionado de ese chico...

- Si te ayuda en algo -añadió Banlot-, después volví a verla, y andaba sonriente y feliz.

- Pero, ¿cómo puede ser eso? -se sorprendió la kramita-. Habiendo fallecido su enamorado...

- Volví a dormirme -explicó-, y entonces reapareció, pero esta vez estaba iluminada, y me miraba...

- ¿Y eso cómo va a ser? ¿Qué le ha podido ocurrir? Esto es un poco extraño...

Persty no sabía qué pensar: aquello no la convencía del todo.

- Quizá sea sólo un sueño... -replicó Banlot-. Pero lo único que urge ahora es dar con ellos, sea como sea.

- Sí, deberíamos salir cuanto antes, el sol ya se está asomando.

Recogieron todo lo que habían dispuesto la noche anterior, y alguna que otra tortita que Vrajant y Alard se vieron tentados de añadir al macuto de la comida, y salieron de la casa.

A retomar el mismo itinerario del día anterior y a esperar que los divinos hados se compadeciesen y los guiasen aprisa al lugar donde se hallasen los muchachos.



- Llegamos a desembocar muy abajo del río, ¿verdad, Brances?

- Sí, eso parece -contestó el joven-. Todavía no hemos llegado a la primera explanada. Pero al menos, el río ya por aquí está mucho más caudaloso y salvaje que allá abajo. Quizá sí que hayamos llegado a la altura del claro de la piedra del enigma, pero en la orilla contraria.

- ¿Crees que habrán hecho noche por aquí? -preguntó la muchacha.

- No lo creo, si es que Banlot es la persona prudente y sensata que yo diría que es. Ayer no veníamos preparados para pernoctar, y era más cuerdo regresar y retomar la búsqueda hoy.

- Entonces, igual han vuelto a tomar el camino hacia acá, ¿no? -preguntó la joven esperanzada.

- Puede ser.

Seguían llamándolos de vez en cuando, esperando encontrar respuesta.

- No los vemos tan sólo desde ayer -comentó ella-, pero estoy tan deseosa de verlos y abrazarlos... y a Banlot, mi amigo...

Brances le brindó una de sus claras sonrisas...

- Es normal -dijo-. Y cuanto antes sepan que estamos bien, mejor que mejor, que andarán angustiados buscando la manera de dar con nosotros.

- No puedo creer que falte tan poco para retornar a Larimor... -dijo la joven añorante-. Hasta echo de menos a sus gentes, quién me lo iba a decir a mí, ja, ja, ja. Yo, que siempre los he detestado a la mayoría...

- La vida da muchas vueltas -objetó el joven.

- Y tú que lo digas.



- ¡Zeniaaaa...! -la voz le fallaba de tanto vociferar por aquellos páramos-. Aún queda mucho para llegar a la parte baja del río donde llegamos ayer, ¿no es así, Banlot?

- Bastante, Persty, bastante -contestó el anciano, que portaba su báculo-. Si se alejaron del camino que anduvimos ayer, hoy nos espera un día duro y agotador.

- Ojalá que no sea así y los encontremos prontamente... -suspiró Persty.

Hacia rato que habían dejado atrás la primera explanada de piedras del lado izquierdo del río, por el que ahora bajaban.

- Aunque estoy intranquila por la muchacha -comentó la mujer-, eso no me impide descubrir que hoy el bosque está radiante, con una luz que hacía tiempo no veía brillar, y los pájaros canturrean henchidos de felicidad. Incluso esta mañana desperté con una paz que llevaba demasiados días ausente. ¿Qué es lo que está ocurriendo, Banlot?

- Nada que no sea benigno y esperanzador -contestó él con una media sonrisa-. Cuando nos encontremos con Zenia, sabremos sobre todo ello.

Banlot presentía que la oscuridad había huido para siempre, y Persty, a su manera, recibía las señales del bosque.

Siguieron unos minutos en silencio, impregnados por la mansedumbre que calaba cada átomo del lugar.

- Ve con cuidado, Persty -avisó el anciano al ver tropezar a la kramita-. Por aquí hay muchas piedras incrustadas por el suelo.

- Ya veo, ya veo -dijo la kramita con la cara constreñida por el dolor y frotándose un tobillo-. Pues eso es porque estas piedras, de entrada, no me conocen y me toman por una intrusa en sus tierras. Pero cuando vayamos a...

- Ssshhh... -siseó Banlot levantando la mano.

Los tres kramitas alzaron la vista del suelo y lo observaron.

- ¿Qué pasa? ¿Has oído algo? -murmuró Persty excitada por la emoción.

- No sé, me ha parecido escuchar una voz muy lejana -dijo el hombre-, aunque con el estruendo del río no estoy nada seguro.

- Qué oído tan fino el tuyo, amigo -se maravilló la kramita.

Ella, por más que se concentraba, no oía más que aguas bravas chocando contra rocas, guijarros, tierra, y las mismas aguas.

- Sigamos un poco más adelante -recomendó el anciano.

Persty llamó a los muchachos con todas las fuerzas que le restaban a su extenuada garganta.

Nada...

Prosiguieron, pacientes, siguiendo el curso del río y más atentos que nunca a cualquier sonido que pudiese distinguirse más allá de la avalancha de agua.

- ¡Ahora sí! -exclamó Persty-. Lo he oído, alguna voz... ¡Zeniaaa...! ¡Branceees...!

- Se vuelve a escuchar algo, sí -repuso Banlot con atención-. Vamos, vamos más abajo.

Fueron más deprisa, descendiendo por la orilla hacia el lugar de donde procedían las posibles voces.

Un tiempo después, no cabía duda: unas voces se escuchaban, cada vez más claras y audibles.

- Ay, madre mía, Banlot -le decía la kramita-, que no sé si voy a poder resistir tanta emoción... Me urge verlos ya, si es que son ellos.

Banlot no salía de su asombro, porque bien parecían una voz femenina y otra masculina, y por aquellos remotos andurriales, difícilmente podrían ser otros.

Continuaron avanzando. Y la mujer, al pronto, gritó:

- ¡Allí están! ¡Ve algo moverse! -señaló con el dedo-. ¡Son ellos!

La joven pareja apareció a lo lejos, remontando río arriba en dirección a ellos.

Al llamarlos, ambos miraron, y salieron corriendo a su encuentro...

Aquel rincón del valle se llenó por un momento de luz, amor y alegres risas...

Los abrazos se prodigaron sin el más mínimo reparo. Se disfrutaban como si todos hubiesen vuelto a la vida con aquel reencuentro...

- ¡Estáis vivos! -exclamaba Persty sin poder contener la emoción.

La mujer kramita, más extrovertida y expresiva, estaba alborozada y feliz por volver

a abrazar a sus buenos amigos.

Banlot contemplaba a la pareja, y acaso le parecían más esbeltos y majestuosos, a pesar de su juventud. La hondura en sus miradas delataba las difíciles experiencias que habían atravesado.

Estuvieron de acuerdo en volver a la planicie de las rocas -en dirección a casa- para hacer allí una buena parada, descansar, tomar alguna provisión, y luego de esto, ya regresar.

Así tendrían tiempo de charlar un poco con los chicos...



- Algo sucedió con Brances... -Banlot la escudriñó con la mirada.

- ¿Qué quieres decir? -preguntó Zenia.

Aunque, como tantas veces, ella ya imaginaba a qué se refería...

- Te vi llorándole... y él muerto, en tus brazos -le dijo con gravedad.

Zenia, al mirar a su amigo, recordó aquellos cruentos momentos.

- Fue mi peor prueba... -comentó ella-. Pretender volver a tener esperanza y creer en la vida, más allá de la muerte, se me hizo casi imposible.

- ¿Qué ocurrió? -indagó el hombre-. Volví a verte luego, y me mirabas con una sonrisa clara y limpia como nunca te vi. Parecía no existir ya para ti la muerte... ni las sombras. En ese justo instante, supe que habías derrotado a la oscuridad y que todos éramos al fin libres de su yugo... Pero me preocupabas tú... Y me preguntaba qué había sido de Brances, que no se merecía un final así.

- No estaba destinado ese final para él... -dijo la joven tresla.

Le contó con pelos y señales cuanto vio, sintió, percibió, padeció y vivió aquellas amargas horas.

- La luz venció... -dijo la muchacha al acabar.

- La conciencia, mi amiga -afinó él-, que descubre el juego de las sombras y del ego, en el teatro de la vida. Más allá de la ilusión, no son necesarios ya ni el bien ni el mal, ni la dualidad de los contrarios, de la vida y la muerte.

»Elegiste el camino del hombre/mujer equilibrado, el que te hace crecer internamente, el que integra la mente, la emoción y el cuerpo.

- A veces, ni yo misma soy del todo consciente de lo que hago -dijo ella con un centelleo en los ojos-. Pero, cada vez más a menudo, sé lo que tengo que hacer... y lo hago. Es cierto que no me paro a juzgar si está bien o mal; y las veces que sí que lo he hecho he acabado estropeándolo o frenando todo, como decía el enigma.

- Porque, cada vez más a menudo, utilizas la conciencia... Eres conciencia. Cuando te paras a ver si algo está bien o mal, estás analizando, estás metiendo la mente, aún al servicio del ego, de la oscuridad que está detrás, y de esa dualidad esclavizante y moralista.

»Salir de Larimor supuso para ti dejar atrás el camino de la moral, del bien y del mal, que te ahogaba ya entre tu gente (que se rigen aún por esos parámetros, necesarios por falta de conciencia) y del que saliste huyendo, cuando verdaderamente huías de ti misma y de esa realidad dentro de ti.

Zenia veía el rostro de Banlot relumbrante y joven, y le pareció que aquel ser no tenía edad...

- Este largo y tortuoso camino que elegiste andar -prosiguió con un brillo intenso en los ojos- te ha ido orientando a la luz, a medida que te ibas enfrentando a la oscuridad, y con ello, a tu ego y tus contradicciones.

»Ibas alcanzando un estado de comprensión en el que empezabas a hacer lo que te conducía a la luz, empezabas a guiarte por la conciencia y dejabas de valorar si lo que hacías era bueno o malo, porque ibas más allá de las apariencias.

Sentados en uno de los bancos del jardín kramita, las anacaradas hojas de la enredadera que cubría la blanca celosía que los rodeaba bajo aquel templete, refulgían de rayos al declinar el sol en la tarde.

El viento era suave y fresco, rezagada reminiscencia del estío que se resistía a entrar de lleno en el otoño. Éste, tomaba posesión de puntillas...

- ¿Persty sabe lo que viste sobre Brances? -le preguntó Zenia al hombre.

- Sí. Pero no quise confirmarle entonces sobre el final de tu misión -le contestó-. La vi demasiado alterada como para poder asimilarlo todavía. Los kramitas andaban preocupados por vosotros, aunque algo había cambiado en el ambiente... Se respiraba una paz y una luz de la que ellos, no obstante, eran conscientes.

- Me cuesta creer que todo haya acabado.

- Sí, han sido días y semanas muy intensos -comentó Banlot-. Respecto a los kramitas, creo que es mejor que no sepan sobre lo ocurrido con Brances. No hay necesidad, y son hechos extraordinarios que podrían no entenderse y tergiversarse. Por otro lado, son experiencias trascendentales que deben airearse lo menos posible.

- ¿Y tu báculo...? -le interrogó Zenia.

Ella se movía ya como pez en el agua en estos temas de hechizos y encantamientos.

- ¿Qué le ocurre a mi báculo? -dijo sagaz el anciano.

El hombre frotaba el cuarzo amatista que coronaba su bastón y al que parecía sacarle brillos ocultos y fascinantes.

- Sabes muy bien a lo que me refiero... -lo miró traviesa-. Con él frenaste las rocas, y sé muy bien que también trajiste el agua del río acá para apagar el fuego.

- No se te escapa ni una, ¿eh, brujita...? -le sonrió con su simpática mirada.

- ¿Brujita...? Oooh... ¿Eso significa que ya no soy una aspirante...? -cualquiera diría que era una chiquilla toda entusiasmada-. ¿He conseguido graduarme?

- Has conseguido graduarte en esos menesteres y en otros muchos -la observaba feliz-. La entereza y generosidad de una persona marcan sus actos, y eso es lo que trasciende y va transformando cualquier realidad.

Zenia, emocionada, lo abrazó.

Transcurrieron varios minutos así, fundidos en un abrazo de luz que los penetraba y alzaba a un estado de gozo y paz indescriptibles.

- Gracias por estar ahí... -le susurró la joven al oído-. Por ser mi guía, mi apoyo, mi fuerza...

- No, mi joven amiga -él se separó y le dijo-: Todo eso lo fuiste tú misma. Si no, no hubieses llegado donde estás.

Se cogieron las manos...

- Volvamos a la casa, que Persty ya nos estará echando de menos, je, je, je -dijo la joven.

- ¿Persty solamente...? -el anciano le guiñó un ojo.

- Uf, ¿qué habré hecho yo para haberme ganado tantas bondades últimamente? -la muchacha cabeceó.

- Algo has debido hacer, digo yo... -volvió a guiñarle sonriente-. Ese joven ha regresado de las tinieblas, entre otras cosas, por ti... Y vuelve cargado de nobleza, integridad y sabiduría.

- No supe valorar esas incipientes cualidades en él -repuso la muchacha-. No tenía ningún sentido compararlo contigo.

- Él bebe los vientos por ti...

- Lo sé muy bien -afirmó con la cabeza-. Lo ha mostrado repetidas veces, hasta jugándose (y perdiendo) la vida. Pero yo también los bebo por él...

- Así es -dijo el hombre-. No hay más que ver esas chispas en tus ojos cuando hablas de él. Tan sólo que no te habías dado cuenta hasta ahora.

- Cierto...

Banlot se levantó para encaminarse de vuelta a la casa.

- Aún no me has hablado del báculo -dijo ella entornando los ojos.

- No hay mucho que contar -dijo él quitándole importancia-. No es más que un instrumento intermediario para focalizar la energía de su portador. Facilita la concentración de esa energía para que, desde el mineral que lleva en su parte superior, salga direccionada y con más fuerza hacia el objetivo deseado.

- Se pueden mover hasta montañas... -dijo fascinada la joven.

- Bueno, eso ya depende de quién lo porte -comentó Banlot-: de su poder, su talla y, por supuesto, su honestidad. Las capacidades y aptitudes pueden emplearse a favor de la luz... o de la oscuridad; del amor y la conciencia... o del ego.

- Es una gran responsabilidad -dijo Zenia con solemnidad.

- Tenemos poderes casi ilimitados de los que apenas somos conscientes -aclaró el anciano-. Somos dioses en acción creando continuamente, a cada decisión que tomamos y a cada acción que acometemos.

»Por eso, a medida que nuestras decisiones, y como consecuencia nuestras acciones, las vayamos realizando desde la conciencia, seremos capaces de cambiar este mundo en un lugar mejor. Uno de los trascendentes objetivos del hombre es llegar a establecer el paraíso en la tierra...

Todo quedó silencioso en el frondoso jardín de plantas verdes y lustrosas, y perennes y amigables árboles.

Reposaron la conversación en calma y meditación, y Zenia dejó calar las palabras de Banlot en su alma, donde se asimilarían como fuese menester.

Y tornaron a la casa -donde los demás los esperaban en el salón-, para culminar la tarde con una agradable y amable velada.



Zenia, Banlot y Brances determinaron pasar unos días más en el hogar de los kramitas para restablecerse en su totalidad, tanto física como anímicamente.

La joven, básicamente, dedicó en los primeros días muchas horas a dormir, descansar y desconectar de todo lo acontecido para poder recuperar fuerzas y temple.

Persty le prodigaba toda suerte de mimos, cuidados y abundantes y contundentes pucheros de comida, que siempre creía ver a la muchacha demasiado delgaducha para regresar en aquel penoso estado a su tierra.

Pasaron los días, afables y amenos, en los que pudieron saborear y regocijarse del lugar, de la buena comida y, con diferencias, de la entrañable e inolvidable compañía de sus amigos los kramitas.

Acabaron de reconstruir el granero, y los terrenos estaban ya acondicionados y dispuestos para que la vida rebrotase en ellos, plena y radiante. Recolectaron algunas provisiones más para la época de frío, atiborrando el granero como ningún invierno anterior.

El júbilo y el entusiasmo que impregnaban a todo cuanto hacían daban su fruto rápidamente, trayendo los resultados esperados.

Fueron días felices y tranquilos, descubriendo en las labores que desempeñaban un contento que aún más los conectaba y hermanaba.



Un día, todos a la mesa, Banlot anunció con voz profunda:

- Se acerca la hora de la partida...

- Oooh, no... no digas eso, Banlot -se apresuró a decir la kramita.



- Sabes que llegaré, tarde o temprano -le respondió él-. Éste no es nuestro sitio, por muy felices que seamos en él.

- Pero mejor más tarde que temprano -dejó caer Persty.

- Ya es más tarde que temprano, y tú lo sabes -repuso el hombre-. Nos hemos demorado un poco más de lo indispensable para poder prolongar nuestro merecido reposo y disfrute juntos.

Brances y Zenia, junto a Banlot, tenían otros destinos que aún los aguardaban. Alard, Persty y Vrajant permanecerían allí y sin ellos, una vez marchasen; era lógico que los kramitas insistiesen más en apurar hasta el último minuto.

- ¿Cuándo partiremos? -preguntó Zenia tratando de hacerse a la idea de abandonar aquel maravilloso lugar.

- Mañana o pasado -contestó él.

- ¿Tan pronto? -protestó la kramita.

Y añadió, resignada:

- Pues entonces, pasado.

- Aún nos queda, por tanto, hoy y mañana para vivir intensamente nuestros últimos momentos juntos -dijo Zenia sonriente aunque ya casi con añoranza.

- Volveremos a vernos, ¿verdad, Banlot? -preguntó desconfiada la mujer-. Di que sí, por favor.

- Por supuesto, Persty -declaró el anciano-. ¿Por qué no iba a ser así? Somos amigos que, siempre que queramos, podremos reencontrarnos.

- Eso espero -dijo la kramita amenazando con el cucharón de servir-. Tenéis que tenerme al tanto de vuestra vida, amigos.

A la mujer se le escurrió una lágrima por la mejilla, pero se la enjugó rápido e hizo como si nada.

- ¿Y qué vas a hacer tú, mi querida muchachita, sin mis reconstituyentes guisos? -le preguntó a la joven intentando reponerse.

- Me llevo unas cuantas recetas tuyas, bien exquisitas, en la cabeza -contestó-, y ya verás cuando se las enseñe a mi madre.

- No, no, lo que has de hacer es cocinarlo e invitarla a degustar tu comida kramita -repuso la mujer.

- Sí, eso haré -respondió la joven-: le prepararé los platos de mi segunda madre kramita.

Todos la miraron... hasta los hombres kramitas, que poco a poco seguían asimilando y comprendiendo el lenguaje de sus amigos humanos.

Persty rompió a llorar, y toda nerviosa se secó con el delantal.

Brances se levantó y fue a abrazarla cariñosamente, y le dijo con afecto y sentimiento:

- Es cierto que has sido como una madre para nosotros. Para mí, la madre que yo perdí en el fuego, y para Zenia, la madre que no ha podido acompañarla en este trayecto. Así nos has tratado, y que sepas que te echaremos muchísimo de menos.

Le dio un beso en su rolliza y sonrosada mejilla, y volvió a su asiento.

Vrajant y Alard no decían palabra, pero no sólo por la dificultad del idioma, sino porque ambos tenían un nudo en la garganta y en sus ojos asomaba la tristeza de su marcha.

- Pero este tiempo que nos queda es para disfrutarlo, no para apenarnos -dijo Zenia con vigor-. Todo llegará... Como me dijo un buen amigo, dejemos que cada día y cada momento tengan su afán. Afanémonos en aprovechar hasta el último segundo de nuestra compañía...

Y se dispusieron a comer y a gozar de una animosa charla, en la que a Banlot le afloró todo su sentido del humor, que era mucho a la hora de contar sus múltiples andanzas y correrías por los senderos del destino...



Y llegó el amanecer del día esperado...

No tenían urgencia alguna, así que pudieron saborear hasta el último instante compartiendo juntos.

Sobre el meridiano de la mañana, estaban listos para partir.

- No tardes demasiado en volver, mi pequeña -le dijo Persty a Zenia en un apretado abrazo.

Las lágrimas se le desparramaban por la cara, pero ya no le importaba.

Todos se fueron abrazando fuerte, como queriendo retener para sí cada trocito del ser del otro.

- Ha sido fantástico conocerlos y tenerlos con nosotros -dijo Vrajant con un acusado acento pero con una orgullosa sonrisa en la faz.

- Volved pronto -dijo igualmente Alard-. Espero estar aquí y conversar con vosotros.

Los dos kramitas se habían esmerado en aquellos últimos días por aprender algunas frases más.

Zenia, conmovida, los besó a los dos con todo su amor... Aquellos hombrecitos, aunque silenciosos, eran seres muy especiales, generosos y nobles.

Persty se acercó a la joven y le estuvo susurrando algo al oído, que fue haciendo brillar los ojos de la muchacha.

Cuando acabó, la joven fue a su macuto y tomó algo. Se acercó al muchacho kramita y le dijo:

- Toma, Alard, esto es para ti.

Le entregó el mineral que contenía el agua cristalina de lluvia. Los ojos del joven se abrieron, asombrado y conmovido por el gesto generoso de la joven.

- Este objeto apareció tras la puerta del agua vital, fuente de vida -explicó la tresla-, y tú nos condujiste a través de ésta hasta el enigma, puesto que gracias a ti pudimos cruzar el río.

Al traducirle Persty, dijo él:

- *Preshem...*

Y se llevó el cuarzo al corazón.

- Gracias a ti, mi amigo Alard -contestó la joven-.

Ella volvió a su bolsa y cogió ahora el fragmento que quedaba del racimo de frutos del ombú que le ofreció Friha, la shaja, y se dirigió a Vrajant:

- Te ofrezco estos frutos -le dijo-. Este objeto pertenece a la puerta del mundo vegetal, sin el que ninguno existiríamos. Planta estas semillas en vuestro jardín, para que crezca en él el árbol de la Bella Sonrisa y os ilumine en vuestras vidas. Él te agradecerá eternamente tu amor por las plantas y los árboles.

- *Preshem...* -dijo en un suspiro, y bajó los ojos emocionado.

La muchacha retornó otra vez a sus enseres y sacó el bulto mayor de todos: el cuento. Con una sonrisa en los labios, fue a Persty y le dijo:

- El cuento te pertenece. Este objeto proviene de la puerta de la madre tierra y fue creado en el corazón de la misma tierra. Desde un corazón... hasta tu corazón.

Se lo entregó, y continuó:

- Te recordará siempre a tu hija adoptiva humana y su aventura de los bosques a través de su mundo interno. Sigue siendo la madre tierra desde la que germina la alegría y la vida.

Sin dejar de llorar, la mujer volvió a abrazarla...

Cuando ya iniciaron la marcha, los tres kramitas, claramente afectados, los despidieron con la mano desde la puerta de la casa, viendo cómo sus tres amigos partían de vuelta hacia el bosque que los trajo hasta allí.

Los kramitas se zambulleron en sus quehaceres, para no pensar en demasía. Los viajeros cogieron camino adelante, para no recordar más de lo oportuno cuánto dejaban atrás...



Pasó largo trecho hasta que se escuchó por vez primera la voz de alguno de ellos, y fue para detenerse a comer el rico almuerzo que la kramita, bondadosamente, les había elaborado.

Aún así, continuaron bastante reservados: interiorizaban cada uno de los acontecimientos pasados.

- Persty me ha dado la receta secreta familiar de sus tortitas exclusivas -dijo Zenia con una media sonrisa en los labios-. Justo al despedirnos... No ha podido brindarme mayor regalo. Sé lo que significa para ella hacer algo así, y para mí ha sido un grato honor.

- Ha sido su forma peculiar de decirte que, para ella, tú también formas parte de su familia -le dijo Brances pausadamente.

Banlot los escudriñó a los dos, y añadió:

- Brances, ya tenemos cita segura en casa de Zenia para invitarnos a merendar sus tortitas kramitas, je, je, je. Ineludible.

- Bribón, ja, ja, ja -le rió la muchacha.

Pero se tornó seria enseguida.

- ¿Qué te pasa? -le preguntó el anciano aun sabiendo qué era lo que ocurría en su cabeza.

Ella miró a Brances, y éste también comprendió.

- Iré con vosotros a Larimor -dijo el joven de inmediato-. Quisiera acompañaros, conocer la aldea, tu casa... y a tu madre.

La joven lo observaba atentamente.

- Eso es lo que haré, de momento -prosiguió-. Después regresaré a Chancertur, porque deseo volver a ver a mi padre y también departir con él.

Zenia y el anciano continuaron escuchando su explicación.

- Una vez tú y yo, Zenia, hayamos hablado de nosotros, decidiré cómo proceder después -concluyó-. Todo se verá...

La joven, decidida, le contestó:

- Iremos viendo cada paso. Nada me alegra más en el alma que el que te vengas ahora con nosotros. Puedes quedarte los días que quieras, y ya hablaremos...

Banlot disfrutaba como un bendito contemplando el intercambio amoroso de miradas, expresiones y gestos de los muchachos.

Zenia, entonces, se levantó y rebuscó entre sus cosas. Sacó el catalejo del kramita y se sentó junto a Banlot.

- Éste es para ti -le comunicó-. Este objeto apareció tras la puerta de los seres del bosque, construido por uno de nuestros estimados amigos kramitas, incluyendo en él todos los elementos que componen el bosque.

»Gracias a tu dominio de esos elementos y todos los elementos de la naturaleza, nos salvaste la vida en más de una ocasión. Gracias...

»Con él, podrás conectar con esos otros mundos infinitos, las estrellas del firmamento, recordándote que no estamos solos.

- Lo guardaré como mi mayor tesoro... -el brillo en sus ojos delataba su turbación.

Volvió a levantarse hasta su macuto y sacó algo más, que llevó a Brances, junto al que ahora se sentó.

- Y el cuerno de cristal es tuyo -le dijo ofreciéndoselo-. Este objeto llegó con la puerta del amor, del buen amor, procedente de un ser muy especial. Gracias a tu amor,

tú también me salvaste la vida, hasta con la tuya. Guárdalo como recuerdo de mi agradecimiento y de mi amor profundo por ti.

Se fundieron en un beso extasiado de cariño...

Cuando acabaron, Banlot preguntó:

- ¿Qué harás con los otros dos objetos?

- La piedra del shirim se la daré a mi madre -contestó-, por su amor hacia los animales, que siempre me inculcó. De hecho, mi gata Noraj se quedó junto a ella cuando salí de la casa familiar, porque ése era su sitio y allí quiso quedarse. Mi madre tiene muy buena mano con ella.

- ¿Y la geoda del hermano del firmamento? -le inquirió el anciano.

- Ésa será para mí, me la quedaré yo -respondió.

La sacó de la bolsa y la contemplaron, fascinados, porque con la luz solar todos sus cuarzos irisados brotaron.

- Este objeto provino de la puerta del cielo -dijo Brances a la joven-. Por él, estarás en permanente contacto con nuestros hermanos del espacio, velando siempre por ti. Algo único te une a ellos, y tú eres como esta geoda: brillas cuando la luz irradia en ti y saca el arco iris multicolor de tu ser...

Lo miró fijamente, y dijo sonriéndole:

- Me convence tu explicación. Ahora con más motivo me la quedo.

Banlot los miraba complacido...

- ¿Tardaremos mucho en llegar, Banlot? -le preguntó la joven.

- No lo creo -contestó-. Ya no hay mucho que recorrer en esta aventura que completamos.

- Hemos llegado al final... -repuso ella.



Después de unas pocas horas, aparecieron en un lugar que a Zenia le resultó conocido.

A la izquierda del sendero que atravesaban, vio a lo lejos una imagen que le produjo una extraña impresión, mezcla de recuerdos y de irrealidad.

Allí estaba aquella cabaña, la que hacía tantas semanas que ocuparon una noche, la primera del camino. Parecía casi un sueño del que apenas recordaba nada.

Banlot vio el gesto confuso de la joven, y seguidamente planteó hacer noche allí mismo, para llegar al día siguiente a su último destino.

- Está todo tal como lo dejamos, Banlot -dijo la muchacha cuando llegaron al cobertizo-. Los restos de nuestro fuego... la mesa, los cinco catres... ¡Mira! Y la madera que cortaste de más para el que llegase... No tendremos que buscarla ni que cortarla.

Se miraron satisfechos, pero ella más, que ahora todo lo comprendía mejor y distinguía los guiños de la vida y sus mensajes.

La última noche en el bosque fue cautivante y emotiva.

Ante un hogareño fuego que engullía el frío extremo de la noche alrededor, los jóvenes y el anciano conversaron cordialmente sobre lo divino y lo humano, sobre el ir y el devenir, sobre las pisadas andadas en la vida y los encuentros mágicos del camino...

Y se recogieron a dormir tempranamente, para encontrarse descansados al siguiente día, último de la travesía.

## 15. Regreso al Hogar



A lo largo de la siguiente mañana, fueron caminando sosegadamente, pues sabían que en tan sólo unas horas avistarían la aldea, y querían destilar, casi dilatar, hasta la más mínima sensación vivida en su última jornada.

A Zenia le parecía ver amigos por todos lados en el regreso a su amadísimo Bosque de Plata.

- Qué buena fortuna que este bosque no fuese alcanzado por la tala o el fuego -dijo Zenia cuando acababan de detenerse para comer.

- No era necesario llegar a tocarlo para que tú cumplieses tu misión y tu aprendizaje -dijo Banlot observando el extremo mineral de su bastón.

- ¿Qué pasó antes del fuego en los terrenos kramitas? -preguntó la muchacha-. ¿Qué asuntos tan relevantes te mantuvieron alejados de nosotros? ¿Y quién te informó del acercamiento del fuego?

La joven, como era ya costumbre, desconcertaba con sus inesperados interrogantes.

- Aún no es necesario que os ocupéis en esos asuntos -contestó él-. Tan sólo puedo deciros que, mientras la oscuridad campaba cada vez más a sus anchas, hubo un importante encuentro de portavoces del planeta, al que fui invitado para gran honor mío.

- ¿De veras...? -a Zenia se le quedó la boca abierta.

- Se hacía indispensable detener aquella locura, y no había tiempo que perder -continuó-. Y en cuanto llegó la noticia del fuego en las tierras lindantes kramitas, fui asignado a ponerle freno.

»Allí se decidió, además y entre otras cuestiones de gran trascendencia, que había que apoyarte y ayudarte en todo lo posible, siempre respetando tu libre albedrío. Era muy positivo y conveniente concentrar parte de las energías en ti y en que llevases a cabo tu cometido.

Zenia se quedó perpleja. Aún le costaba asimilar que ella hubiese tenido un papel tan relevante en aquella aventura... su aventura, al fin y al cabo.

- Estamos ya bien cerca -repuso el anciano-. Creo que a media tarde llegaremos al pueblo.

Se terminaron la comida que aún les restaba de la kramita, y echaron a andar el último trecho.

Se acercaban a uno de los lindes del Bosque de Plata, cuando vieron entre la espesura una encantadora y luminosa casa de piedra pintada de blanco, que asomaba.

- ¡Mira, Brances! -le dijo la muchacha-. La preciosa casa de Banlot. Él la reformó de pies a cabeza y la llenó hasta arriba de su magnífica energía.

Hicieron una primera parada en la casa para asearse y reposar.

Convinieron que Brances se alojase allí con Banlot, en una de las habitaciones del vasto habitáculo, mientras permaneciese en Larimor. Decidieron también alargarse hasta la aldea para acompañar a la joven a su casa.

Cuando se acercaban a la entrada del poblado, Zenia volvió a ver aquellas añoradas casas de madera repletas de flores otoñales.

La luz de la tarde se adormecía ya por entre las calles de la pequeña ciudad, y los transeúntes se iban refugiando del temprano frío del crepúsculo en sus casas, al abrigo del hogar.

Una vez en la pequeña casa de la joven, ésta comentó:

- Me gustaría ir ahora a ver a mi madre. Menuda sorpresa se va a llevar...

- Es una idea estupenda -dijo Brances-. Nosotros volvemos a la casa, ¿no, Banlot?

- Sí, además va haciendo frío, y un fueguito no vendría nada mal, je, je -dijo el anciano frotándose las manos.

- Me quedaré en su casa a dormir -repuso la muchacha-, lo cual me apetece muchísimo... como nunca antes. Mañana podríamos vernos allí, y así conoces a mi madre, Brances. ¿Os parece bien?

- Fantástico... Nos vemos mañana -el muchacho la besó en los labios-. Disfruta de esos momentos familiares.

- Lo haré, sin duda.

La joven besó en la mejilla a Banlot, y les dijo:

- Serán tan sólo unas horas, pero sé que os echaré de menos, mis queridos caballeros... Una noche sin ti, Brances, después de tantas juntos desde que nos conocimos.

- Mañana más gozaremos de volver a vernos, mi dama...

Los tres salieron, y ella se encaminó a la gran casa.

Al llegar, la emoción la abrumó cuando vio la antigua y cincelada puerta de roble de la entrada. Golpeó con el llamador dorado, y después de una breve pausa, el portón se abrió entre crujidos de madera y bisagras.

A la luz de los candiles que se diseminaban por toda la estancia de la entrada, pudo ver a una mujer de mediana edad, algo menos esbelta que Zenia y vestida con un traje aterciopelado de color granate, morena y con un rostro atractivo de facciones agradables y mirada directa y clara.

El corazón de la joven se le aceleró...

Se sonrieron levemente durante algunos segundos, y ella no pudo contenerse por más tiempo y la abrazó con todas sus fuerzas.

La mujer no se esperaba aquel gesto tan intenso y emotivo, y aunque al principio vaciló ligeramente, acabó apretándola también hacia sí.

Entraron a la casona, y ya en el gran salón, la muchacha le contó sobre sus peripecias, hasta donde ella creyó pertinente que podría comprender.

Al rato, se sentaron a cenar ante la gran mesa de arce.

Tras la sabrosa cena, continuaron charlando, y Zenia le habló de Brances y de su estancia en Larimor. Sternia tuvo mucha curiosidad e interés en conocerlo.

Finalmente, la joven quiso hablarle de ella misma, de su vida en la aldea, de su infancia... de cuánto reconocía y apreciaba sus desvelos, su educación, sus conversaciones sobre su padre...

A medida que la muchacha ahondaba más y más en su propio corazón y en ese intenso sentimiento de agradecimiento, más se relajaba el rostro de la mujer y más se le iluminaba el semblante.

Ya casi de madrugada, las dos mujeres callaron, y con los reflejos de luz del crepitante fuego del salón, sus rostros eran tan jóvenes que parecían dos amigas incondicionales que habían trasnochado con sus parloteos e intimidades.

- Ya es hora de acostarnos -propuso Sternia-, si quieres estar fresca y lozana para la visita mañana de tu amado.

La llevó a su antiguo dormitorio.

- Tengo un regalo para ti -le dijo guiñándole un ojo y sonriéndole como jamás había visto la muchacha.

Sobre la cama de la joven había un fascinante y bellissimo vestido, todo de un profundo color violeta y cuajado de bordados florales de hilo de plata.

- Oh... ¿tú has hecho...? -exclamó Zenia.

- Sí, te lo he confeccionado yo -contestó la madre- y te lo he bordado hasta la última

puntada.

A la muchacha le empezaron a afluir las lágrimas...

La mujer se acercó rauda a secárselas, y le dijo:

- Mañana te lo pondrás para recibir a tus amigos, y yo te arreglaré el pelo.

Madre e hija volvieron a abrazarse de forma conmovedora, y al separarse, la mujer dijo:

- Que descanses, hija mía, después de tantas y ajetreadas aventuras... Mañana será otro día -y la besó en la frente.

Tras meterse en la mullida y suave cama, Zenia se dio cuenta de que, al fin, había retornado al hogar... y se durmió profundamente.



Cuando Zenia les abrió la puerta, los dos hombres se quedaron embobados y clavados en el suelo contemplando embelesados a aquella joven, atractiva y cautivadora mujer que los recibía.

El más hechizado y fascinado era Brances, que tan habituado a ver a la muchacha despreocupada por su apariencia durante el viaje, se quedó anonadado al redescubrir a aquella deslumbrante y encantadora dama...

Su nuevo traje le encajaba al talle a la perfección, exhibiendo un escote amplio que dejaba al descubierto gran parte de sus hombros. Su melena de oro oscuro estaba semirrecogida más arriba de la nuca, y sólo le caían algunos mechones ondulados sobre el contorno de la cara. Este tocado del cabello -adornado con un broche de plata a juego con el bordado del largo y sedoso traje- le permitía lucir su elegante cuello de cisne.

Banlot ya estaba acostumbrado a verla tan femenina, pero el cambio tan hondo interno que había dado la joven durante la aventura, ahora se reflejaba por cada célula de su cuerpo, y él mismo no daba crédito a la afortunada metamorfosis que había experimentado.

- Pero no os quedéis los dos ahí, como pasmarotes -dijo la muchacha riendo.

Entraron con torpeza y aturullados.

Acompañados por la joven, llegaron al salón, donde les esperaba la anfitriona de la casa.

- Encantada de volver a verte, Banlot -dijo Sternia en cuanto vio al anciano-. He de agradecerte, ante todo y desde el fondo de mi alma, la protección y guía que le has profesado en este viaje a mi hija.

- Siempre es un placer para mí acompañar a tu hija, allá donde a ella se le ocurra ir... -le echó una mirada traviesa a la muchacha-. Pero debo ponerte al tanto de que aún mayor protección, hasta con su propia vida, ha recibido de este joven que ves aquí.

Señaló al muchacho, y la mujer dijo:

- Ah, tú debes de ser Brances... -el joven la besó cariñosamente-. Gracias de corazón, la has traído sana y salva.

- Conocer a tu hija ha sido el mayor obsequio que la vida podía brindarme -contestó él con respeto pero afecto-. Mi mundo ha cambiado con ella...

Ante la sinceridad de aquellas palabras, la mujer sonrió y miró con profundidad en los ojos del joven.

- Zenia, enseñale la casa de tu infancia a Brances, y en especial el jardín -dijo su madre.

Cuando quedó a solas con Banlot, hablaron de algunos menesteres acontecidos durante el viaje, pero en algún momento de la amena conversación, la mujer dijo:

- Banlot, quería ser franca contigo...

- Faltaría más, Sternia -le contestó el hombre con un sutil movimiento de cabeza.



- Sabes que, desde que arribaste por estas tierras y tuviste tanto trato con mi hija, te he visto como un extraño forastero que lo único que buscaba era revolucionarle la cabeza a mi loca hija, y que se la llevó para no volver.

Banlot estaba asombrado, no tanto por lo que le refería, que ya tenía conocimiento, como por el hecho de que estuviese siendo tan clara y veraz con él.

- Anoche, mi hija y yo conversamos largo y tendido -prosiguió la mujer tresla-, y supe muchas cosas que desconocía... sobre ella y sobre ti. Sé que hizo tan siquiera un resumen de todas estas semanas de viaje, pero lo suficiente para descubrir que he estado muy desatinada y errada contigo, y que has buscado siempre lo mejor para ella y para su crecimiento.

- De eso no dudes nunca, Sternia -le dijo él con firmeza.

- Me has traído de vuelta una Zenia más madura, más segura de sí misma y, por tanto, menos rebelde. Y más cariñosa, expresiva y sincera. Ha vuelto a tocar mi corazón de la misma forma en que lo hacía cuando era una candorosa y amorosa niña.

- No soy yo quien te la ha traído de vuelta -convino Banlot- ni yo me la llevé. Ella, libremente y en todo momento, ha conducido sus propios pasos; yo no he hecho más que acompañarla. Con considerable fortuna, cuando yo falté y no pude continuar junto a ella, tuvo a su lado a alguien tan dispuesto, o más inclusive que yo, a apoyarla y protegerla.

»Si ves cambios en Zenia, y así es porque son evidentes, sólo ha sido obra de ella misma. Y fue tu hija quien quiso regresar aquí por su propio pie. Ansiaba volver a verte, para mostrar sin trabas el gran amor hacia su madre.

Para Sternia todo esto entrañaba también una transformación interna propia, después de tantos años de lucha con su hija. Porque ahora se le hacía muy clarificadora, así mismo, su porción de responsabilidad en la discordia.

- Por la parte que a ti te toca -dijo la mujer reflexiva-, quiero pedirte disculpas por haber sido tan arbitraria contigo y haberte prejuzgado sin apenas conocerte. Mi única intención era preservar a mi hija, no ir contra ti.

- Lo sé, mujer... -contestó él comprensivo-. Son los desvelos típicos de una madre, pero porque no conoces bien a tu hija y su buena disposición para manejarse en la vida. A veces, incluso mejor que tú o que yo.

- Eso es lo que parece... -sonrió ella.

- Lo único que espero es que no hagas lo mismo con Brances, sólo porque se haya acercado también a ella y aún no lo conozcas.

- Háblame de él -dijo la mujer tresla con interés-. Tiene buenas intenciones, ¿verdad? Yo a Zenia la veo muy entusiasmada... como cuando tú apareciste.

- No hay más que verle, Sternia -contestó el anciano-. Los ojos de ese joven destilan nobleza y honestidad, y ha demostrado con creces que es capaz de hacer lo que sea con tal de que ella esté bien y sea feliz.

- ¿Es cierto cuanto mi hija me ha contado sobre él y sobre todo lo que hizo? -preguntó incrédula.

- Sin ninguna duda -contestó él rotundo-. Yo mismo estuve presente en más de una ocasión.

En ese instante entró, sigilosa, una gata negra de angora y grandes ojos esmeralda. Se detuvo ante Banlot, y ya no dejó de observarlo.

- Hoy en día no se prodigan los muchachos de ese talante, Sternia, te lo aseguro -comentó el hombre-. Deja que Zenia siga viviendo su vida, la que ella decida tener a bien, y acabarás sintiéndote muy orgullosa de tenerla como hija...

Banlot acarició a la gata, que se tumbó, dócil, a sus pies.



- Me parece un sueño celestial estar ante una mujer tan bella como tú...  
 No pudo resistirlo, y aprovechando que estaban solos en el jardín, la cogió por la cintura y la acercó para besarla deliciosamente en sus labios dulcemente afrutados.

- Ahora parezco más una dama, ¿no es así? -dijo ella sonriente cuando despegaron sus labios.

- Tú siempre pareces una dama... porque lo eres -contestó él contemplándola-. Este vestido es una preciosidad, y se te ajusta de maravilla...

- Lo cosió y bordó mi madre para mí -dijo la joven orgullosa-. Me lo regaló anoche.

- ¿Qué tal fue ayer? -preguntó el muchacho.

- Muy bien -contestó ella-. Conversamos durante mucho tiempo, y seguiremos haciéndolo.

- Le contaste tu aventura.

- Sí. Hasta donde se puede contar, ya sabes... -dijo la muchacha-. Y le hablé de ti.

- Ah, ¿sí...? -dijo él entornando los ojos-. Nada bueno, supongo...

- Así es, ja, ja, ja -replicó la joven-. Bueno, volvamos adentro, que van a empezar a extrañarse de nuestra tardanza.

- Pues tendrán que irse acostumbrando... -y la besó otra vez largamente.

Cuando concluyeron, Zenia y Brances volvieron al salón.

Los cuatro charlaron afablemente, y cuando luego los dos hombres hablaban entre ellos delante de la gran chimenea, Sternia le comentó a su hija, bajando la voz:

- Brances parece un muchacho muy agradable y educado. Y es muy guapo...  
 Le hizo una simpática mueca, cómplice...

- ¿A que sí? -contestó contenta la joven.

- Lo que tú hagas, Zenia, me parecerá bien -la miró con cariño, retirándole uno de los rizos que le caía sobre la cara.

A la muchacha le parecía un regalo del cielo escucharle decir esas palabras.

- Gracias, mamá... -y se abrazaron tiernamente.

Banlot, como siempre, disfrutaba desde la chimenea mirando por el rabillo del ojo...



Transcurrieron los días, complacidos por los paseos por el Bosque de Plata, la aldea y los alrededores, por las visitas a Sternia y sus refinadas artes culinarias, por las meriendas en la casona cocinando tortitas de avellanas...

Durante aquellos días, Zenia decidió que se quedaría con su madre en la casona familiar, porque se le antojaba estar cerca de ella y saborearlo.

Fueron nuevamente días felices y distendidos, y los tres se convirtieron en casi inseparables.

Un día, disfrutando de uno de los extraordinarios brebajes de Banlot, en su casa y ante el calor de la chimenea, Brances anunció:

- Se acerca el momento de regresar a mi tierra.  
 Se hizo el silencio...

- ¿Cuánto tiempo piensas estar por allí? -preguntó apocada la joven-. Porque volverás algún día, ¿no...?

El joven no quería hacer sufrir a la muchacha, y dijo enseguida:

- No sé cuánto se tardaría hasta allí, pero...

- Hablé hace unos días con los más ancianos del pueblo -le interrumpió Banlot.

Aspiraba el humo de su pipa, impregnando todo el salón de un aroma almibarado, que se entremezclaba con el olor cálido y acaramelado de las hierbas de la tisana preparada.

- Sabían de tu aldea -prosiguió-, y me comentaron que estaría a unos dos o tres días, todo lo más, desde aquí, en la misma dirección que tomamos Zenia y yo cuando

comenzamos el viaje. Puedes hacer noche en la cabaña, y al día siguiente llegarás a Osternor, de donde puedo indicarte alguna posada. Desde allí, hay poco trecho hasta Chancertur.

- Conozco esa aldea -intervino el joven-. Es cierto que se encuentra tan sólo a unas pocas horas de la mía. Gracias por las indagaciones, amigo.

- No hay por qué darlas.

Y ahora, volvió al tema que más les apremiaba.

- Estaré allí un mes, aproximadamente, si no surge ningún imprevisto. Creo que será suficiente para estar un tiempo con mi padre y ponerle al día de los últimos pormenores de mi vida. Él ya está acostumbrado a mis largas ausencias.

- ¿Y qué haremos...? -preguntó la joven refiriéndose a ellos dos.

- Debemos hablar sobre eso -contestó el muchacho.

- Oh, por mí no os preocupéis -interpuso el anciano-. Yo voy a dar una vuelta por el pueblo, que me apetece estirar las piernas.

- No es necesario, Banlot -le dijo el joven-. Yo no tengo inconveniente en que presencias nuestra conversación; igual hasta puedes aconsejarnos. Y tampoco tengo mucho que decir...

Se dirigió a la muchacha y le dijo, recogiendo sus manos entre las de él:

- Zenia, es muy simple lo que quiero expresarte respecto a este tema. Por mí, no hay el más mínimo problema en vivir donde tú estés, sea aquí en Larimor, en Chancertur o en el mismo Bosque de Plata. Lo único que sé es que quiero estar cerca de ti... si tú así lo deseas también.

Zenia lo abrazó, emocionada...

- Pero yo no quiero separarte de tu aldea -dijo ella al acabar-, y menos todavía de tu padre.

- Ya te digo que él está acostumbrado -contestó él-. Aunque me gustaría visitarlo de tanto en tanto, y que tú lo conozcas, por supuesto. Puedes venir conmigo en la próxima visita. Y más sabiendo ya que no estamos tan lejos; podría ser factible.

- Sí. Hasta ahora quisiera quedarme aquí, junto a mi madre, porque ansío disfrutar de lo que hace demasiados años dejé de hacer.

- De acuerdo, así será -dijo el joven.

Banlot los observaba tras la nube de humo de su pipa.

- Me dijo un pajarito... -Zenia miró al anciano- que tú sabes officiar una hermosa ceremonia de unión, que simboliza el compromiso de la pareja que decide compartir su vida para crecer y avanzar juntos en el camino interno.

- ¿Quién te ha dicho todo eso...? -le preguntó el hombre con una media sonrisa.

- Lo que te digo, un pajarito... del Bosque de Plata.

- Vaya, me han descubierto, je, je, je -objetó él risueño-. Es una práctica muy potente e implica un compromiso. Pero no es concluyente, puesto que se renueva cada año: uno frente al otro analizan ese año transcurrido, la relación, los avances, las lecciones aprendidas, el trabajo interno juntos... y deciden si siguen un año más o bien su camino en común ha terminado.

- Eso suena muy sensato -dijo la joven.

Y dirigiéndose a Brances, añadió:

- ¿Te gustaría?

- Sí, sería un ritual personal, y una forma de simbolizar nuestra unión.

- ¿Harías eso por nosotros, Banlot? -dijo ella ilusionada-. Me entusiasma tanto la idea...

- Por mi pequeña yo haría lo que fuese, ya lo sabes.

Fue corriendo a abrazarlo...

- Yo también tengo algo que comunicaros, especialmente para ti, Zenia -comentó después el anciano.

- ¿Tú también te vas...? -dijo Zenia con cierta consternación.

El hombre retardó un poco su contestación...

- Sabes bien que siempre voy de aquí a allá. Y en Larimor, precisamente, es donde más tiempo he permanecido porque una importante labor se me asignó hacer en este encantador lugar.

- ¿Te encomendaron aquí para prepararme en mi misión? -preguntó Zenia.

- Bueno, más o menos -contestó él-. Hay muchas cosas ya trazadas, incluso por ti, sólo que no lo recuerdas...

- Pero, ¿tú estabas ya al tanto de lo que estaba ocurriendo con los bosques y de que yo tenía algo que ver con aquello? -preguntó muy interesada la joven.

- Sabía que tú jugabas un papel importante en los acontecimientos que se avecinaban -respondió el anciano-, y mi principal cometido era provocar en ti el anhelo del despertar, para que tú misma salieses de tu letargo y alcanzases el máximo de tu potencial, encaminando tus pasos por ese viaje de iniciación de tu conciencia.

- ¿Y eso cómo ha podido tener tanto que ver con todo lo que estaba sucediendo afuera, en los bosques? -siguió inquiriendo la muchacha tresla.

- ¿Recuerdas lo que te dijo Shim, el hermano del firmamento? -Zenia asintió-. Si crees firmemente en la salvación de tu mundo, tu mundo se salvará. Si elevas la vibración de tu ser, contribuirás a elevar la vibración misma de tu planeta; todo está interconectado. Tú has creído y has luchado por la salvaguarda de los pilares de la vida que se nos ha regalado en esta tierra. Si crees en la evolución de tu mundo hacia la luz y la paz, y además colaboras en ello, así será.

»Porque creer en cuerpo y alma es tener la certeza sobre aquello en lo que crees, y la certeza es la chispa con la que creas tu realidad. Tu realidad externa es tu realidad interna. Tú subes de nivel; tu mundo sube de nivel. Porque además, crees en ese mundo, y por tanto, creas ese mundo.

Los tres latían con aquellas sentencias, y el ambiente del salón se tornó mucho más sutil e iluminado.

- Respecto a los bosques -añadió-, sabía lo que se estaba fraguando y que tu compenetración con el Bosque de Plata era muy relevante en tu tarea.

- Pero tú no conocías a las shajas -apuntó Zenia-. ¿Cómo puede ser eso, en alguien que controla los elementos y lo que hay tras ellos, como es tu caso?

- No los conozco de la forma en que lo haces tú o Persty -continuó contestando él-. Yo no las veo físicamente (ni a los lurhams), ni sabía de su aspecto. Aparte, *shaja* es el nombre que le dan los kramitas, y no conocía bien ese vocablo.

»Yo contacto, más que nada, con su energía: modulo las ondas de sus vibraciones, y les ordeno cómo han de organizarse y lo que han de hacer. Los dirijo con mi mente y mi intención. Y el corazón me da el convencimiento. y por tanto la certeza, de que es posible y de que así será. Ése es el secreto.

El silencio, cuando los visitaba, era impresionante...

- ¿Crees que algún día podré llegar a alcanzar tales proezas? -dijo Zenia.

- Ya lo haces -contestó con calma Banlot-. Tú te comunicas directamente con ellos, y te siguen. Sólo necesitas experiencia y seguir ganando confianza y seguridad en ti misma. Todos podemos cursar auténticos milagros, si creemos en ellos y en nosotros mismos. Somos el poder en acción.

Brances también escuchaba, ensimismado, las explicaciones del hombre, despertando en él recuerdos de su infancia y de su cercanía con los animales y los árboles del bosque.

- En fin -apostilló el anciano-, que fue para mí un orgullo y privilegio aportar mi grano de arena en estos turbulentos sucesos de nuestro planeta. Sobre todo cuando ese grano de arena pasaba por conocerte y brindarte todo mi amor.

Zenia vio la emoción en el rostro del hombre, y suspiró.

- Así que ya sabéis que está próximo también mi momento de partir -concluyó, ya repuesto-, pero aún hay tiempo y estaré todavía por aquí cuando tú vuelvas, Brances. Cumpliré, igualmente, con vuestro deseo de esa ceremonia ritual cuando vosotros gustéis.

- Ah, bien, llegué a creer que te ibas ya -dijo la joven más relajada con el tema-. Pero... tú también volverás algún día, ¿verdad que sí?

- No un día, sino muchos días y muchas veces -contestó el anciano recalcando sus palabras-. Es de eso de lo que quería hablarte: aunque seguiré moviéndome como hasta ahora, según se me requiera, he decidido muy gustosamente establecer mi campamento base, por así decirlo, en Larimor.

- ¡Oh, eso es fantástico! -exclamó la muchacha eufórica y satisfecha después de haber temido casi perder a su amigo.

- Podré pasar largas temporadas por estas tierras, porque así lo deseo, y de esa manera estaré el mayor tiempo posible con mis amigos.

La pareja se sintió tan agradecida...

-También quería ofrecerte mi casa, Zenia -continuó-. Deberías dejar la casa en la que te alojabas, y cuando yo me vaya, establecerte aquí definitivamente.

- ¿Cómo voy a hacer eso? Éste es tu hogar...

- Sé lo mucho que aprecias esta casa, junto a tu querido bosque... Es lo que tú te mereces. Si Brances vive contigo, aquí se establecerá también. Y las temporadas que yo venga, no tendré ningún reparo en alojarme en el pueblo.

- Oh, no, eso sí que no -adelantó Brances en un tono divertido-. Tendrás una habitación de invitados para ti con las mejores vistas.

Todos rieron...

- Y... quién sabe, muchacha -a Banlot le brillaron como luceros los ojos-, a lo mejor me acompañas en alguna de mis múltiples aventuras por la vida...

- Ah, no, no... No pienso volver a vivir más aventuras, que ya he tenido bastante por esta vida y la siguiente, ja, ja, ja.

Se miraron, y los luceros se multiplicaron en sus ojos hasta convertirse en miradas al infinito...

Brances los contemplaba, feliz, alegrándose y celebrando que aquellos dos brujitos hubiesen entrado tan de lleno en su vida...

## 16. Celebrando...



-**H**emos sido convocados para un encuentro en el mismo Bosque de Plata.

Los dos jóvenes lo miraron con clara expresión de incredulidad.

- No me miréis así, no fui yo quien lo convocó. Pero hemos sido convidados los tres en calidad de invitados.

Lo que Banlot acababa de comunicarles dejó a Brances y a Zenia impresionados.

- ¿Cuándo será eso? -preguntó Brances-. ¿Y quiénes más asistirán?

- Se me pide discreción, así que habré de guardarla -contestó el hombre-. Sólo puedo informaros de que será mañana, cuando el sol esté en el zenit del cielo. Yo os conduciré al lugar.

- Bah, siempre con tanto misterio... -la muchacha hizo una mueca.

- No deberías mofarte de estas cosas -le previno el anciano apuntándola con el índice-. Lo que mañana sucederá en tu querido bosque no tiene parangón alguno con nada ocurrido antes.

- No pretendía faltar al respeto de ningún modo -apuntó la joven sintiéndose avergonzada.

- Ya lo sé, criatura -Banlot suavizó el tono de su voz-. Vivimos momentos únicos y memorables en la evolución de nuestro planeta. Están ocurriendo acontecimientos extraordinarios que nos acercan cada vez con más intensidad los unos a los otros. Son ocasiones muy especiales, y tenemos la fortuna de ser elegidos para presenciarlas. No os arrepentiréis de asistir.

- ¿Por qué nos has guiñado el ojo, Banlot? -preguntó la muchacha tresla-. ¿Qué nos espera allí?

El anciano lanzó una bocanada de humo de su pipa hacia el techo, donde se abrió en una delgada nube que se fue diluyendo en sus extremos.

- Paciencia... -contestó con voz grave-. La ciencia de la paz.

Ante el evidente silencio del hombre, Zenia comentó:

- Menos mal que será justo antes de partir tú, Brances.

- Saben de tu marcha, muchacho -informó el anciano-, y desean que tú también estés presente.

- Será para mí un privilegio estar allí -comentó el joven con una mano en el corazón.

- Bien, voy a comunicarle a mi madre que mañana nos vamos de excursión y que no estaremos en todo el día.

La joven se levantó y se dirigió a los fogones, donde imaginaba que andaría entretenida su madre.



El día amaneció apretadamente soleado, a pesar de andar agazapado el invierno y presto a entrar cualquier día de aquellos.

- Tú has tenido algo que ver con este día casi primaveral, ¿verdad, Banlot? -le acusó cariñosamente la muchacha-. Te conozco bien...

- Ja, ja, ja -rió el anciano-. Desde luego que me conoces. Pero no he sido sólo yo: hay muchos pendientes de este día y con muy buenos deseos y bendiciones. No puede ser menos que un día luminoso y radiante.

El hombre llevaba a la pareja por un camino protagonizado por hayas de tronco

plateado, a las que esporádicamente acompañaba algún roble, abeto o acebo.

- Además -añadió-, en un par de días tendremos el día más corto con su noche más larga, lo que implicará el nacimiento de la luz, y con ella, el alargamiento de los días.

Se adentraron en una zona harto lejana que Zenia desconocía. No en vano, habían comenzado su paseo matutino bien tempraneros, al amanecer.

- Ya estamos cerca -dijo Banlot.

Los conducía con total seguridad por los diversos senderos.

Entraron en un paraje más laxo de arboleda pero con especímenes más robustos de plantas arborescentes.

Vieron a lo lejos un elegante ejemplar de haya, magnífico y espectacular. Sus ramas, ya desnudas, se expandían en su parte más baja buscando la compañía de los árboles de alrededor.

- Jamás vi tal porte tan grandioso en una haya -comentó el joven maravillado-. Este bosque debe ser muy anciano.

- Y anciana es su sabiduría -añadió Banlot.

Tal había sido el magnetismo que había provocado la talla del árbol, que no repararon en que a sus pies se congregaban algunas esbeltas figuras.

- ¡Son ellos, Banlot! -exclamó Zenia.

Todos los esperaban, majestuosos y sonrientes, iluminados por los rayos solares que caían libres a través del ramaje pelado del gran árbol.

Al llegar bajo la copa del árbol, abrazaron conmovidos a Dulter, Anxis y Grest, que los acogieron afectuosamente entre sus brazos.

- Ellos son los hermanos del corazón de la tierra, Brances -explicó Zenia al joven.

Tras las presentaciones, apareció por un lateral alguien cuya presencia impactó a la muchacha.

- Eres como en mi sueño... -dijo con la boca abierta.

- Soy el de tu sueño... -contestó Shim.

Su cálido abrazo la estremeció...

-¡Hola, Zenia...! -la joven tresla escuchó una voccecita musical detrás del árbol.

Como no se dejaba ver el responsable del saludo, tuvo que rodear el grueso tronco de varios metros de circunferencia, para dar con él.

Pero nada, tras el tronco no apareció; jugaba al ratón y al gato con ella.

Al volver con el resto, apareció corriendo y riendo una linda criatura rubia.

- ¡Mi guapo Chesky! -le gritó la muchacha.

Y lo levantó en el aire, besándolo con amor.

- Te dije que acabaría bien y que ella nos salvaría -le dijo el crío en un tono de niño maduro.

- Por supuesto, mi bien, por supuesto.

Brances, a pocos metros de la escena, estaba sin habla, con una media sonrisa en los labios que delataba su complacencia.

Banlot, el observador, se percató de la satisfacción y disfrute del muchacho ante la tierna y maternal secuencia de la joven con el pequeño.

Después de un breve tiempo de agradable charla, se escuchó un griterío aproximándose.

Miraron en la dirección de donde provenía el alboroto, y vieron acercarse, con nerviosos y rápidos pasos, tres pequeñas siluetas rechonchas. Una de ellas, gritó claramente:

- ¡Mi pequeña! ¡Mi dulce Zenia...!

Banlot, Brances y la dulce Zenia fueron a su encuentro, felices.

- Me recomendaron que llegase silenciosa para daros la sorpresa, pero eso es como pedirle a un limonero que te dé arándanos... Imposible, ¿no es así?

Persty se agarró a la joven y la colmó de besos y abrazos.



Los tres kramitas estaban radiantes...

- ¡Qué pilluelo es este Banlot! -profirió Zenia-. No quisiste decirnos quiénes venían, ¿eh...?

El anciano contuvo la risa como pudo.

Los hermanos permitieron que gozasen de un buen rato de charla con sus amigos kramitas, para mitigar las últimas semanas que habían estado sin verse; hacía casi un mes de la salida definitiva de tierras kramitas.

De vez en cuando, a la joven se le iba la mirada a los hermanos, pero más concretamente a su peculiar vestimenta.

Cuando Banlot le contaba a la familia kramita sobre sus intenciones de asentarse en Larimor, Zenia aprovechó para acercarse a Shim, que la recibió con una brillante y acogedora mirada.

- ¿Quieres saber sobre algo? -le preguntó a la joven.

La muchacha no se extrañó de su aguda intuición.

- ¿Por qué lleváis ese dibujo bordado en vuestros trajes? -le preguntó-. ¿Significa algo? Sois de procedencias muy lejanas y, sin embargo, portáis el mismo símbolo.

- Tú lo has dicho -contestó el hermano del firmamento-: es un símbolo, y como tal, es una representación inconsciente de algo no expresable por la vía de la razón; algo que forma parte de la realidad, pero cuya comprensión sólo puede llegarnos mediante estas representaciones.

»Son imágenes simbólicas que tocan nuestro subconsciente en lo más profundo y nuestro sentido de lo sagrado y del misterio, revelándonos que todos procedemos del mismo origen, que a todos nos tocan igual sus mensajes.

»El lenguaje simbólico está muy relacionado con el mundo espiritual, y es señal inequívoca y eterna de nuestra pertenencia a un todo sagrado, mayor que nosotros mismos.

- ¿Y qué simbolizan el triángulo y el círculo? -preguntó la joven tresla cada vez más atraída por el tema.

- El triángulo es el símbolo geométrico, desde todos los tiempos -respondió Shim-, del número tres, de la trinidad, de la proporción áurea. Simboliza el cielo, la tierra y la unidad de ambos, es decir, lo material, lo espiritual y un tercer aspecto que nace de la unión de ambos. Es la expresión del ser espiritual dentro de un marco material.

»Y este triángulo, con sus tres lados semejantes, representa también la armonía, la divinidad y la proporción.

Zenia escuchaba muy atentamente, aunque se perdiese un tanto en las palabras, pero no se le escapaba la trascendencia de aquella simbología.

- ¿Y el círculo?

Recordaba lo que Banlot les resumió en la cocina de la casa kramita sobre los mandalas y su forma circular. Así y todo, preguntó.

- Un círculo es símbolo también del cielo y la tierra, de lo espiritual en relación con lo material -explicó el hermano-. Supone una representación del alma y de su perfección en la tierra, de su manifestación en la materia.

»Proviene del disco solar, creador de la luz y del fuego de la vida, esencial para la tierra. Innumerables danzas por todo el mundo se realizan en círculos, símbolo igualmente de la fraternidad universal.

- En el lugar en el que te apareciste en mi sueño, las piedras estaban dispuestas en círculo, como en las tierras kramitas, en el lugar del enigma.

- Sí, representan todo esto que te explico -afirmó él-. Y los mandalas también resumen esta combinación espiritual y terrenal.

- ¿Y por qué el triángulo se incluye en el círculo? -continuó la tresla con sus preguntas-. Dos símbolos tan trascendentes juntos...

- En efecto, amiga mía -asintió el hombre-. Cuando veas un triángulo incluido dentro

de un círculo, estarás ante la eternidad, puesto que simboliza lo que ha sido, es y será.

Su voz era grave y precisa, haciendo vibrar cada célula del cuerpo de la joven, que sentía una atracción fascinante por todo lo que Shim le transmitía.

- Quisiera saber más sobre ello -apuntó la muchacha- y sobre el origen de esas simbologías y de otras que existan.

- Tu anhelo por saber te llevará lejos, querida Zenia -le expresó él sonriente-. Tienes cerca un buen maestro en esas lides...

Y dirigió su mirada hacia el grupo donde estaban los kramitas y sus dos amigos. Banlot les observaba en ese momento, en el que sus ojos chispearon al cruzarse con los de ella.

- Te refieres a Banlot, ¿verdad...? -la joven sintió un estremecimiento en todo su ser.

Percibía que se adentraba en un universo mágico y desconocido por explorar y al que quería pertenecer.

Es más, creía haber pertenecido desde siempre...



Los kramitas -Persty, para ser exactos- habían traído comida para toda una tropa, y quisieron invitar y compartirla con todos.

Los hermanos se mantuvieron al margen, pero los tres amigos almorzaron como antaño con aquella encantadora familia, para volver a degustar los manjares de la mujer kramita.

Tras un tiempo de reposo, se sentaron todos en círculo, y después de unos minutos de recogido silencio, Anxis se levantó y comenzó a hablar:

- Mis queridos amigos, os hemos convocado hoy aquí por diversas razones. En este mismo día y en estos momentos se está celebrando un importante encuentro de representantes del planeta como al que tú, Banlot, fuiste invitado hace semanas.

»Junto a nuestro hermano Shim, decidimos celebrar un encuentro paralelo con todos vosotros, protagonistas de esta aventura de los bosques, para conectar a la par con las sutiles energías que allí se mueven. Era también una ocasión ideal para regalaros este múltiple reencuentro.

Zenia se quedó impresionada cuando, desde la posición en la que estaba y tras la hermana del corazón de la tierra, vio una encantadora figura blanca cabecinegra que la miraba con dulzura...

No esperaba volver a encontrarse tan pronto con su amigo shirim, así que se le alegró el alma sólo de pensar que había regresado a su bosque, como en su infancia.

- Hemos venido hasta aquí -continuó Anxis-, en representación de ellos, a encontrarnos con vosotros. Queremos daros las gracias por todo cuanto habéis recorrido hasta aquí, por vuestro tesón y buen desempeño en todo cuanto os fue asignado, aun sin saberlo en muchos de los casos.

A la joven tresla le parecía que el terciopelo de la voz de aquella mujer se le confundía con unas campanitas que le eran muy familiares. Miró arriba del haya y creyó ver unas pequeñas luces... Ellas también habían asistido al evento.

- Y tú, Zenia -se dirigió a ella-, no sólo has cumplido con lo que se esperaba de ti, sino que has llegado a traspasar cualquier expectativa al respecto.

»Fuiste elegida para este cometido porque había puesta en ti una enorme confianza respecto a tu sensibilidad, tu flexibilidad y tu enorme capacidad para evolucionar y superarte a ti misma. Lo has hecho con creces, y eso te lo debemos.

Persty, emocionada, se enjugó una lágrima que le caía.

- Queremos comunicaros -prosiguió- que, gracias a vuestra labor y a ti, Zenia, como guerrera interna de la luz, hoy podemos decir que es un gran día, porque este paso que

os aleja de la oscuridad, os acerca a unos y otros en vuestro anhelo de hermandad y confraternidad.

»Y podemos afirmaros abiertamente que habéis subido un paso más en vuestra evolución, subiendo vuestro nivel vibracional, y por ello, el nivel vibracional de éste, vuestro planeta.

Hizo una breve parada, y retomó la declaración:

- Estamos todos sentados bajo este bello y excepcional árbol, símbolo de la madre y creadora de la tierra, de la sabiduría a lo largo de los tiempos, y en este hermoso sitio que llamáis Bosque de Plata, que nos acoge en su seno como hace cada ser misterioso y mágico que constituye y representa a cada bosque.

»Este ser, estimada Zenia, que tú bien conoces, es un sabio anciano que existe desde mucho antes de que el hombre pisase su fresca y húmeda tierra. Él siempre es generoso para con los seres humanos y todas las criaturas que habitan en su ser.

Las palabras de Anxis provocaron en la joven la constatación de que, cada vez que pensaba, sentía o hablaba de su bosque, lo hacía como si se tratase de alguien, de un ser único, sin saber que así era.

- Por eso elegimos este lugar -añadió la mujer-, uno de los más ancestrales y experimentados de nuestro planeta. Aquí hoy, queremos celebrar este paso conducido que os acerca otro poco más a la luz, en el camino evolutivo de la humanidad en pos de la paz y la confraternización de los mundos.

»Esta reunión es símbolo de ello, y queremos celebrarla invocando y agradeciendo a todos los elementos cardinales de la naturaleza.

Todos se pusieron de pie y permanecieron en círculo.

El pequeño Cheskry se dirigió, ilusionado, a un lateral del grueso tronco de la impresionante Dama Sabia bajo la que se cobijaban, donde se congregaban multitud de flores de todos los colores.

Se agachó y recogió un puñado de ellas, ensartadas en un círculo perfectamente formado.

Estas flores eran de un color rosa purpúreo y desprendían un olor magnético que inundaba el espacio por donde pasaba el chiquillo.

Se acercó a Zenia y se colocó delante de ella, con la corona entre sus manitas.

- Estas rosas -dijo con su cándida voz- son para ti, porque con sus colores y su lindo olor te quedarán muy bien en tu cabeza.

La joven se sonrió y se inclinó hacia delante para que el niño le colocara la corona sobre sus cabellos dorados, resaltando aún más su belleza.

El crío volvió al montón de flores y fue recogiendo, agrupadas en coronas de únicas flores, y colocándoselas a cada participante del encuentro: anémonas, lirios, orquídeas, jacintos, lavandas, dalias, jazmines, madreselvas, flores de cerezo y azahar, que coronaron a los comensales y perfumaron el entorno con sus fragancias y colores.

Cuando acabaron los preparativos, Dulter entró en el círculo y comenzó a hablar:

- Mirando hacia el este, invocamos los elementos del aire, representados en nosotros por nuestros pulmones.

Cuando Zenia se fijó, el hermano portaba una brillante espada de plata cuyo reflejo le daba en los ojos, ahora que el sol iba descendiendo por el prado azul del cielo. Apoyaba su empuñadura sobre el pecho, a la altura del corazón, y apuntaba al frente.

- Mirando hacia el sur -continuó él-, invocamos a los elementales del fuego, representados abajo por el fuego creador de nuestra sexualidad.

El bosque se estaba convirtiendo en un espacio extraordinario en el que las almas henchidas se expandían y confundían con cada átomo del gran ser que erigía aquel bosque

- Mirando hacia el oeste -prosiguió el hermano del corazón de la tierra-, invocamos a los elementales del agua, nuestras emociones, representadas por nuestro corazón.

El silencio, cada vez que Dulter callaba, se extendía por el bosque, como si las aves comprendiesen la magnificencia del momento y respetasen la solemnidad del acto.

- Mirando al norte -concluyó-, invocamos a los elementales de la tierra, nuestra mente, la más densa y situada arriba, en nuestra cabeza.

Con cada frase, los once asistentes se habían ido dirigiendo a cada punto cardinal, con suma emoción en sus rostros.

Dulter volvió al círculo y se cogieron todos de las manos.

- Colocad vuestra mano izquierda hacia arriba a la hora de coger la de vuestro hermano -dijo Grest-, puesto que ésta es la que recibe y ha de estar en disposición de hacerlo, abierta. La derecha, colocadla hacia abajo; es la que da.

Entonaron unos cantos que los hermanos comenzaban y ellos repetían. La joven imaginó que eran mantrams, sobre los que Banlot les había hablado cuando buscaban el enigma.

Su cuerpo entero vibraba con ellos, y advertía el intenso y potente paso de energía por la rueda de la que formaba parte.

Cuando acabaron, todos se abrazaron en señal de hermandad fraterna.

Los pájaros parecían haberse puesto todos de acuerdo y ahora entonaban ellos sus melodiosos cánticos, en una sinfonía alegre de trinos y gorgoritos rítmicos.

- ¿Por qué llevabas la espada así, Dulter? -preguntó un rato después la muchacha.

Acariciando su lacia cabellera rubia, contestó:

- La espada es símbolo iniciático de la voluntad, y en estas invocaciones ha de ir apoyada en el corazón, para que todas las peticiones sean canalizadas por la voluntad desde el corazón. Mi otra mano se apoya sobre el plexo solar, por encima de mi ombligo, como protección.

- ¡Qué increíble y fascinante ha sido! - exclamo la joven.

- Sí -le sonrió Dulter-. Llegan a moverse energías muy poderosas e intangibles, especialmente durante la rueda del amor, que ya no son frenadas por las energías de la mente, pudiendo así expresarse y fluir de forma natural y entrar en el ambiente.

Era cierto que ahora el ambiente estaba empapado hasta el último ápice de una luz hechizante y de oro que todo lo traspasaba, hasta en las miradas de todos ellos.

- Ahora debemos irnos -anunció Grest-. Sirva este bello y breve encuentro como ejemplo de vuestras más íntimas aspiraciones de fraternidad. Es posible, no lo dudéis: vuestro mundo, aquí arriba, puede llegar a ser un lugar de paz y conciencia, de respeto y amor. En vuestras manos está siempre la posibilidad de hacerlo realidad.

- Proseguid así... -añadió Anxis-. He querido ser yo la que os hablase antes porque quería mostrarte, Zenia, que la mujer, debido a su poder ancestral, puede y ha de mover sus energías femeninas para inundar el mundo con ese potencial de amor que alberga nuestro corazón.

»Tú llevas una bruja de magia blanca dentro. Conoces en lo más recóndito de tu ser los ciclos de la tierra y de la luna; sabes bailar la danza más antigua del mundo y de la vida; cuando lo deseas, haces los elementos tuyos: el aire para vivir, el fuego para crear, el agua para amar y la tierra para enraizarnos. Eres una mujer libre caminando por las olas de tu vida...

»Y si un hombre decide acompañarte, ha de ser un guerrero que sepa luchar su propia batalla interna de superación junto a ti, porque libre seguirás andando tu propio sendero. Y valiente ha de ser el que se contemple en el espejo de tus ojos...

Todo lo que la mujer acababa de decir tocó la fibra más íntima de la joven...

Se despidieron con íntimos abrazos, y cada uno volvió en la dirección desde la que habían llegado.

Los kramitas se fueron mucho más esperanzados que en su última despedida, pues vieron que no era tan imposible volver a reencontrarse con sus amigos.



- Qué ceremonia tan intensa y emotiva... -comentó Brances ya de vuelta por el bosque hacia Larimor.

- La de vuestro compromiso será similar -apuntó Banlot.

- Con este encuentro se cierra esta aventura -dijo Zenia-, esta vuelta de ascenso de la espiral de evolución de la humanidad. Lo hemos logrado... y han venido a felicitarnos.

- Ahora, a continuar en nuestra labor del día a día -agregó el hombre-, a seguir aprendiendo a amar... Estas experiencias han servido para ayudar al planeta... y a la galaxia entera. Cada acción cuenta y puede cambiar el curso del universo para siempre.

- Pero no hemos venido aquí exactamente a experimentar -repuso el joven-, sino a disfrutar...

- Ciertamente, amigo -dijo el anciano-. Hemos venido a amar la vida... y a vivirla, por amor, las veces que sea necesario. *Lilah*... el juego de la vida.

»Pero olvidamos nuestro poder, nuestra divinidad, y que estamos jugando, porque esto es un juego, pero no debe parecerlo...

- Somos tan afortunados de estar aquí y ahora... -dijo la muchacha tresla-. Todo lo que necesitamos está ya dentro de nosotros...

Los bajos rayos del sol adormilado de la tarde caían sobre sus cabellos, convirtiéndolos en oro.

El día había sido hermoso e inspirador, y los tres se encaminaban a proseguir sus vidas con el ánimo renovado y fortalecido.

Sin decir nada pararon a la vez, porque delante de ellos, en el camino, apareció el shirim.

Sólo fueron unos segundos... Les miró, movió su cabeza hacia abajo en un gesto de reverencia... y se alejó.

Los tres se miraron con lágrimas en los ojos, y no volvieron a decir ni una sola palabra en todo el viaje de vuelta.

No era necesario...